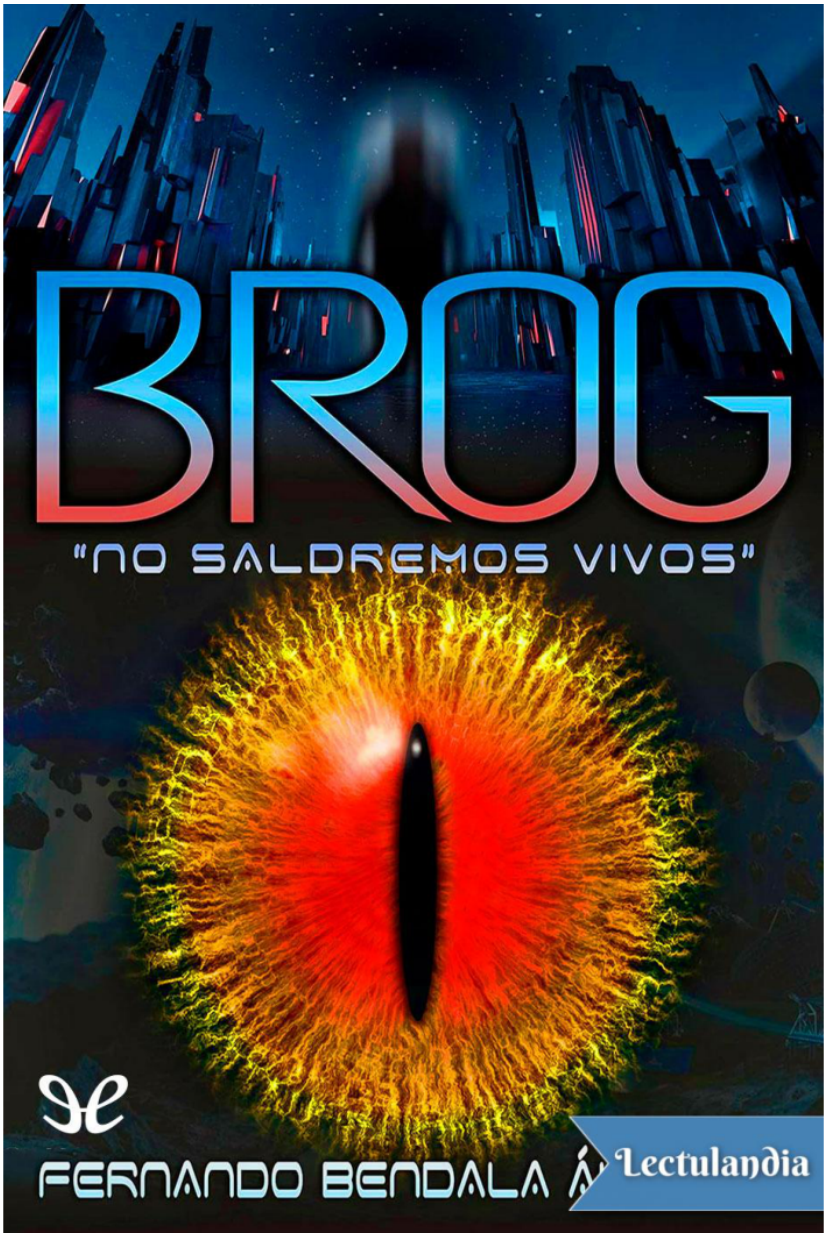

BROG
"NO SALDREMOS VIVOS"
FERNANDO BENDALA
Lectulandia

Guillermo ha sido ascendido a capitán y está embarcado en el navío astrográfico *Fiat Lux* como consultor. El *Fiat Lux* está explorando el espacio Nam escoltado por seis naves nam mientras una nave nam igualmente escoltada por naves humanas explora el espacio humano en un primer intento de entendimiento entre las dos especies.

A medida que pasan las semanas, la escolta del *Fiat Lux* se va reduciendo sospechosamente hasta quedar en una única nave. Es entonces cuando el *Fiat Lux* es atacado por la nación Nómada. Para que no se pierda la importantísima información que han reunido a lo largo de su viaje, Guillermo, un Nam y unos pocos tripulantes son enviados a la Tierra en una maniobra de escape difícil y apresurada. Su huida no les lleva a La Tierra sino a un lugar del Universo remoto y totalmente desconocido. Están totalmente perdidos, pero descubren casi por casualidad un extraño e inquietante planetoide artificial que resulta ser la Luna de los Muertos, un lugar siniestro citado en una leyenda nam. Según se dice en las crónicas de los extraños, en su interior está la Ciudad de las Doce Mil Estrellas, un cementerio alienígena construido miles de años atrás por una especie desconocida, en cuyo cielo estrellado está el mapa estelar del Universo que necesitan para volver a la Tierra.

Tras unos tétricos y escalofriantes descubrimientos llegan a la tenebrosa y en apariencia carente de vida Ciudad de las Doce Mil Estrellas. Aunque pertenecen a especies distintas y las diferencias entre ellos son enormes, nam y humanos dejarán a un lado sus prejuicios y unirán sus fuerzas y su inteligencia para sobrevivir a los peligros de la necrópolis, creando fuertes vínculos de respeto y lealtad.

Fernando Bendala Álvarez

BROG

No saldremos vivos

NAM: 2

ePub r1.0
Titivillus 17.11.2024

Título original: *BROG*
Fernando Bendala Álvarez, 2020
Ilustraciones: Fernando Bendala Álvarez
Diseño de cubierta: Pablo D. Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

BROG

El Universo de Brog

Anteriormente en la saga…

1. Astronave cartográfica

2. El huésped

3. El finger

4. Juramento

5. Sala de operaciones

6. Brog

7. Inseleberesendou

8. Noticias

9. Briefing

10. Astronave de exploración

11. Roc

12. Puente de mando

13. Astronave cartográfica

14. Sacrificio

15. Deuda

16. Espacio equivocado

17. El plan

18. Cinta de Moebius
19. La burbuja
20. Ir sin llegar
21. Astronave cartográfica
22. Lamentos
23. Hashii
24. Piedras lunares
25. Monstruo
26. La Ciudad de las Doce Mil Estrellas
27. Miseria y depresión
28. Schilí
29. Mitos humanos
30. La torre y el cielo
31. Lidiri Lembo
32. Mejor muerto
33. Doble seguro
34. Niebla Perpetua
35. Mersili Mil Bessehí
36. El escudo
37. Tierra
38. Incertidumbre
39. ¿Derechos? ¿Qué derechos?
40. Templo
41. Sirliza

42. Srili
43. Huida
44. Emboscada
45. Toque a degüello
46. Deuda de vida
47. Raciones
48. Arenal
49. Socorro
50. Rescate
51. A cambio de nada
52. Tablero macabro
53. Lugar salvo
54. Gangrena
55. Gorgona
56. Templo de los Héroes
57. Gangrena
58. El balcón
59. La bolsa
60. Antibióticos
61. Sangre
62. Urania
63. Incertidumbre
64. Maestro piloto
65. El Huevo

66. Plan

67. Nación Nómada

68. Conexión

69. El duelo

70. Honor de linaje

71. Chantaje

72. Padrino

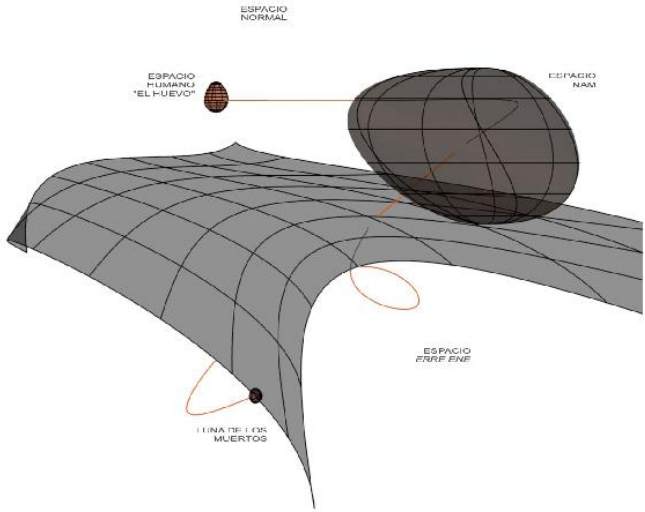
73. Irdilale Lam

Notas

En memoria de Helena Álvarez Gray, mi madre.
En memoria de Vladímir Mijáilovich Komarov, el primer ser humano en morir durante una misión espacial, la *Soyuz 1* (1961).
En memoria de los astronautas fallecidos en los accidentes de las misiones *Challenger* (1986) y *Columbia* (2003).

«Si ella dice que son buenos, entonces estoy listo para partir».
John Glenn (1912-2006), astronauta, después de que Katherine Johnson confirmara manualmente los cálculos de la computadora, antes de su vuelo en órbita en torno a la Tierra a bordo de la *Friendship 7*, en 1962.

El Universo de Brog


ESPACIO
NORMAL
ESPACIO
HUMANO
"EL HUEVO"
ESPACIO
NAM
ESPACIO
ERRE ENE
LINA DE LOS
MUERTOS

Anteriormente en la saga…

El primer encuentro de la Humanidad con seres inteligentes de otro mundo sucedió en unas condiciones especialmente difíciles y complicadas, con el grupo humano menos oportuno y en el lugar más inesperado.

A pesar de todo fue un éxito.

El grupo autor del Primer Contacto estuvo formado por el sargento Guillermo Gitzi del Regimiento Anónimo y otros siete convictos que la astronave penitenciaria *Tomahawk* dejó para revisar un antiguo y abandonado faro estelar en un lugar remoto de *El Huevo*, el volumen de Cosmos habitado por la especie humana.

El faro hubiera debido estar completamente vacío puesto que hacía más de un siglo que nadie lo visitaba, sin embargo descubrieron que no era así.

El grupo recién desembarcado se vio obligado a investigar y fue cuando descubrieron a dos alienígenas ocultos en lo más recóndito del faro junto con su mascota, el
Ahura-Ahrrimán.
Ellos fueron el Primer Contacto.

La comunicación con los alienígenas fue prácticamente imposible. Se sucedieron varios y terribles acontecimientos, y uno de los nam contaminó a una humana con un extraño animal parecido a un gusano.

El ser se fijó al cuello de la oficial Beatriz Bohr y enraizó terminaciones nerviosas en ella hasta el punto que no se le podía quitar el ente sin matarla. Sin embargo, al cabo de unas horas, Beatriz se recuperó y descubrió que el parásito con el que ha sido infectada era un brog, un traductor simultáneo orgánico que le permitía comunicarse con uno de los nam.

Después del Primer Contacto, los mandos nam y humano

decidieron que cada especie visitara el espacio de la otra y lo cartografiara con el fin de entablar relaciones políticas y comerciales.

Así las cosas, mientras una nave nam recorría *El Huevo* levantando los mapas estelares, la nave cartográfica *Fiat Lux* exploraba el espacio nam haciendo exactamente lo mismo.

A diferencia de los nam, la especie humana había hallado el camino a las estrellas mediante seres humanos con un don especial que les permitía orientarse en el espacio y el tiempo sin perderse.

No eran muchos los seres humanos con esa capacidad natural. Gracias a ellos, y a la tecnología
Shama-Levy,
la especie humana lograba crear discontinuidades en el espacio tiempo cercano que le permitían cubrir largas distancias a través del espacio *Erre Ene*. Las estrellas más próximas a la Tierra fueron colonizadas de este modo.

Sin embargo, los saltos de una galaxia a otra fueron obra de unos pocos humanos con un genial don de la orientación en el espacio *Erre Ene*. Esos seres humanos eran los llamados Maestros Pilotos y hasta el momento había habido cinco.

El primer Maestro Piloto había abierto la mayoría de las rutas entre galaxias con un asombroso rendimiento y los tres Maestros siguientes habían ampliado discretamente esos caminos, pero el Quinto Maestro, Nguyen Faltenmeier, era el genio de los genios. Había logrado en la mitad de tiempo el doble que el primero de los Maestros y muchísimo más de lo que los otros tres hubieran podido lograr juntos.

El volumen ocupado por la especie humana aumentó considerablemente adquiriendo la forma de un huevo de gallina y de ahí su nombre.

1
Astronave cartográfica

El *¡ding!*, suave y discreto del anuncio de una comunicación privada de voz sonó en el camarote del ahora capitán Guillermo Gitzi.

Su figura de anchos hombros, enredada en las sábanas revueltas de la cama y todavía vestida con el mono verde de trabajo del día anterior, quedó iluminada por la imagen holográfica de Elvira, la inteligencia artificial de rasgos caucásicos, edad indefinida y aire severo, contramaestre de a bordo entre otras funciones.

—Buenas tardes, capitán Gitzi —le saludó Elvira para despertarle, utilizando su entonación más amable y un suave y delicado registro femenino de voz—. El comandante Lindemann le reclama con urgencia en el puente.

La respuesta de Guillermo fueron unos sonoros ronquidos. La IA se acercó entonces a la cama sorteando el lavabo y el retrete químico escamoteables, pendientes de ser ocultados; la mesa abierta con un petate encima y un vaso volcado en el suelo junto a unas botas y unas botellas. Al mismo tiempo, Elvira evaluó las constantes vitales del capitán sintonizándose con su implante personal.

Una vez hubo comprobado que Guillermo no estaba ni herido ni enfermo y que su contenido de sustancia prohibida en sangre evidenciaba una fuerte intoxicación alcohólica, Elvira frunció el ceño y anotó en el archivo de servicios del capitán Gitzi una sanción de cinco días sin agua de ducha y sin sueldo. Además, el Anónimo quedaba emplazado para revelar dónde había obtenido la sustancia prohibida, bajo pena de arresto si no colaboraba.

A continuación, en un gesto que cualquiera hubiera juzgado impropio de una inteligencia artificial, Elvira fisgoneó el camarote

con la mirada y se acercó con curiosidad a la estantería para ver de cerca el único objeto sobre ella: un grueso libro de tapas rojas y páginas de papel verdadero, cuyo título era *Las mil noches y una noche*. También vio unas motas de polvo.

Tomó una vista panorámica del compartimento y la guardó en su memoria con la intención de utilizarla como prueba justificativa de la multa por falta de orden y aseo, tanto más grave debido a su condición de oficial de rango superior.

Seguidamente intentó despertar a Guillermo con un segundo aviso considerablemente más sonoro y mucho menos discreto que el primero, al que el capitán respondió con un gruñido amenazador de bestia herida y un impaciente cambio de postura en la cama.

La contramaestre incluyó entonces otra multa de tres días de sueldo por desobediencia y una más de igual duración por dormir en tiempo de servicio.

A continuación, tomó de su base de datos unos timbres de voz especialmente estudiados para resultar tremendamente agudos y penetrantes, situó su boca junto al oído de Guillermo y a continuación exclamó secamente, a todo volumen y con tono bronco y masculino:

—¡Anónimo! ¡Despierte!… ¡Fiiir… mes!

El resultado fue instantáneo. Años de vida en el Regimiento Anónimo pusieron a Guillermo en pie perfectamente cuadrado, como si un resorte se hubiera disparado en su interior.

Tambaleándose, tieso como un lápiz en posición de firmes y con la impresión de que el corazón se le había mudado a la cabeza por el martilleo de una terrible migraña que le llenaba los ojos de lágrimas, el capitán Guillermo Gitzi logró entender que la IA le comunicaba que debía acudir al puente de mando con la máxima urgencia por orden directa del comandante Lindemann.

Al verse en el espejo, despeinado y con barba de tres días se le incrementó la jaqueca. Se lavó la cara, pero el agua tibia apenas le sirvió para despejarse y no se entretuvo en afeitarse.

Guillermo procuraba mantener las distancias con el comandante de la *Fiat Lux*, aunque su puesto de asesor le hacía acudir al puente con cierta frecuencia. Allí, sentado en su gran butaca de mando, Lindemann, el héroe de la lucha contra *El Mudo*, parecía una pieza más de la nave, tan pulcro como ella: la piel tostada; el pelo cano,

abundante y liso; la mirada firme; la barba corta y cuadrada, tan bien delineada y recortada que causaba moda a bordo. Ni una arruga en el uniforme, las botas brillantes como de acero cromado, y tan distante y frío como los nam a los que llevaban dos meses siguiendo.

Mientras una nave de los nam visitaba *El Huevo*, el volumen de universo ocupado por la especie humana, la *Fiat Lux* navegaba por el espacio nam reuniendo información de los mundos de esa especie inteligente, los sistemas estelares que habían colonizado y su tecnología.

Guillermo pensó que la razón por la que le llamaban al puente era que había vuelto a disminuir su escolta y que estaban solos. Habían comenzado el viaje flanqueados por seis astronaves enormes al lado de las cuales la *Fiat Lux* resultaba insignificante y al cabo del primer mes, y sin causa aparente, dos de ellas se separaron de la expedición. Unas semanas más tarde otras tres les abandonaron también sin que mediara ninguna señal y entonces su escolta quedó reducida a un único navío nam, bautizado como *Nube Gris* por su aspecto globuloso, su tamaño descomunal y por el mal agüero que sugería la situación.

Inmediatamente después de la deserción de sus últimos compañeros, *Nube Gris* cambió el rumbo y entraron en el *Erre Ene* superficial apareciendo al cabo de unos días peligrosamente cerca de tres agujeros negros. Entonces, la nave nam comenzó a acelerar siguiendo la difícil, peligrosa y estrechísima senda donde se anulaban mutuamente las tremendas mareas gravitatorias de los tres fenómenos cósmicos.

Unas horas después, de uno de los glóbulos de *Nube Gris* surgió *Liebre*, un navío pequeño y rapidísimo que se puso a la cola de la *Fiat Lux* y que, de vez en cuando, retrocedía como si explorara la retaguardia, algo que tenía a Lindemann tenso y de muy mal humor.

Guillermo terminó de vestirse el uniforme a toda prisa, se calzó las botas, se mojó el cabello y luego se lo peinó en un intento ingenuo de dominar sus greñas para parecer aseado. Luego buscó apresuradamente en el petate unas pastillas para su dolor de cabeza y recordó que se le habían acabado.

Antes de salir, se bruño rápidamente los empeines de las botas

frotándolos contra las pantorrillas, echó un vistazo al desorden del camarote y torció el gesto. Estaba todo por recoger, petate incluido. Le molestaba profundamente, pero no tenía más remedio que ocuparse del orden más tarde. En esa ocasión, Elvira no le daría puntos por el aspecto de su cabina, sino que se los restaría. Entonces reparó en las botellas vacías en el suelo y soltó una sonora maldición.

Ahora la IA le disminuiría la ración de agua, le arrestaría e intentaría chantajearle para que le dijera de dónde había sacado el alcohol. Eso, además de las consabidas multas, más elevadas ahora que le habían ascendido capitán y se suponía que debía dar ejemplo.

Salió al pasillo de la cubierta de oficiales donde se cruzó con el ordenanza de la cubierta. El joven, presumido, delicado y feminoide; es decir, un *culipeto* en el mundo de los Anónimos y de la guerra contra *El Mudo*, se apartó para dejarle pasar cuadrándose a la perfección con un estilo lento y amanerado. El muchacho esbozó una sonrisa petulante y le dijo:

—¡Buenas tardes, capitán Gitzi! ¡Hoy hablaron otra vez de usted en Comunidad *Fiat Lux*!

Guillermo le devolvió el saludo con gesto vago. A pesar del tiempo que llevaba en ese navío no se había acostumbrado a su popularidad, ni a las entrevistas para la Comunidad de a bordo ni tampoco a los modales *culipetos* de la tripulación.

De ser un soldado del Regimiento Anónimo al que nadie prestaba atención había pasado a ser el personaje más popular de a bordo. En cuanto se supo que él era el otro superviviente del Primer Contacto, todo el mundo quería ser su amigo y todos querían que les relatara su aventura con los nam en el faro estelar abandonado, sobre todo ahora que muchos pensaban que *Nube Gris* les estaba llevando a una trampa.

Sin embargo, en la *Fiat Lux* sucedía lo mismo que en cualquier otra astronave de la Armada: el cocinero mandaba más que el comandante, en algún rincón se destilaba alcohol en secreto y no faltaban hombres y mujeres que ofrecían tremendas *jonimún* a cambio de mejor comida, agua o favores.

A la semana de viaje, Guillermo había localizado la destilería y poco después vivía una apasionada *jonimún* de cuatro días con

Laura, la *destilera*, combinándola con el gimnasio de la nave y con la lectura de su ejemplar de las *Mil noches y una noche*.

Se apresuró por un pasillo níveo hacia el ascensor que llevaba a la cubierta del puente. El corredor era amplio y de paredes lisas, y tenía un pasamano donde sujetarse en caso de salto, de color rojo a un lado y verde en el opuesto. De aquel lujoso pasadizo lo que más le fascinaba era el piso, mullido como suelo de motel, que amortiguaba sus pasos por fuerte que pisara, algo que jugaba a comprobar saltando y pateando con todas sus fuerzas cada vez que pasaba por allí y nadie le veía. En esta ocasión no se entretuvo en hacerlo.

Un minúsculo parpadeo de la iluminación hizo que se cogiera al instante al pasamano, justo a tiempo de un pequeño bandazo y de que las luces se apagaran por completo durante unos segundos.

A lo largo de las últimas semanas se habían estado produciendo apagones, cada vez más frecuentes. Según Comunidad *Fiat Lux* se debían al tremendo gasto de energía que suponía seguir a *Nube Gris* escapando de los pozos de gravedad de los agujeros negros, pero esa explicación no satisfacía a Guillermo.

2
El huésped

Lindemann recorrió a Guillermo de arriba abajo con la mirada sin ocultar su disgusto al ver sus grandes y oscuras bolsas bajo los ojos pardos enrojecidos y llorosos, la melena desordenada como una peluca mal puesta, la barba descuidada, las botas no muy limpias y un rostro abotagado por haber dormido una resaca monumental. «En esta ocasión, el Anónimo se ha superado», pensó.

Su aspecto contrastaba con su uniforme, nuevo, limpio y recién planchado. El comandante concluyó que alguna equivocación debía de haberse producido en la base de datos, porque era imposible que aquel veterano de mandíbula firme, mirada ingenua y expresión decidida que a veces aparecía en su puente vestido con el mono de trabajo hubiera sido candidato a Guardián del Estilo y además médico antes de alistarse en el Regimiento Anónimo.

Para mayor vergüenza había sido ascendido directamente de sargento a capitán mientras otros esperaban media vida en el escalafón un ascenso menor. No disimuló su desagrado:

—No me extraña que llamen prescindibles a los de su regimiento, capitán Gitzi —le dijo a modo de saludo—. Tiene usted un aspecto indigno. Con sus años y experiencia debería darle vergüenza.

Guillermo parpadeó lentamente como si saliera de un estado de estupor. «Sin duda estoy *salao*», pensó. «Semanas sin que me toque la lotería idiota que juegan en esta nave y sin ganar una maldita apuesta; anoche por fin una buena mano, gano tres botellas de licor y este *hijoeputa* me llama esta mañana con este dolor de cabeza».

—Sí, comandante. Una mala noche —le respondió Guillermo con la voz pastosa.

—Muy mala tiene que haber sido porque ahora estamos en el turno de tarde, capitán —Lindemann se preguntó cómo era posible que Elvira no hubiera hallado todavía al *destilero* y cerrado su negocio clandestino. Continuó—: La IA me acaba de pasar un informe sobre usted, pero no tenemos tiempo para sanciones así que las dejaré para más tarde.

Guillermo asintió con un resignado gesto de cabeza, dispuesto a contestar con los consabidos «sí, señor», «no, señor», «como usted diga, señor» para abreviar los reproches y el sermón e irse de allí lo antes posible para seguir durmiendo. Estaba seguro de que Elvira le había chivado que había bebido e imaginaba que se lo iba a echar en cara.

Un violento bandazo le obligó a cogerse a una consola para no perder el equilibrio. Todo quedó absolutamente a oscuras salvo los tableros de mando. En el silencio oyó que varios en el puente retenían el aliento como si esperaran algo malo.

Las estrellas volvieron a lucir en el holotanque, el puente se iluminó y se dejaron oír suspiros de alivio. Lindemann, como si no hubiera pasado nada, le hizo una seña para que se acercara al 3D, donde flotaba la holografía de *Nube Gris*.

El comandante le señaló un filamento largo y delgado que surgía del navío nam hacia la *Fiat Lux*. Guillermo supuso que sería un *finger*. Eso no le llamó la atención; lo que no se esperaba fue lo que le dijo Lindemann:

—Hay un nam en el extremo de ese *finger*.

Guillermo le miró, extrañado.

—¿De veras?

Lindemann le miró, severo:

—No es momento de preguntas, capitán. Quiero tener a ese alienígena en la zona de aislamiento que hemos preparado para que no nos contagie —le evaluó dubitativo y le preguntó—: ¿Está usted en condiciones de ayudarle?

Guillermo no respondió a la pregunta, sino que observó la imagen con atención y advirtió:

—No se ha tendido un cable que le guíe de una nave a otra —luego añadió sorprendido—. Va a hacer un transbordo libre.

—Eso es.

Se volvió hacia Lindemann, la mirada experta y el gesto

cansado. Le dijo:

—Usted quiere que haga algo más que ayudarle. No se fía y quiere que le traiga.

—Exacto. La *Fiat Lux* es una nave cartográfica y nadie a bordo, salvo usted, tiene experiencia en transbordos libres. Y menos en aceleración continua —Lindemann le miró y se decidió—: Saldrá a buscarle a pesar de su resaca.

—Sí, señor —contestó Guillermo resignado.

Lindemann continuó:

—Otra cosa: como experto en los nam, ¿imagina por qué nos envían a alguien de este modo? Podrían pasar a navegación inercial, sería más fácil para todos y no pondrían en peligro a nadie. Estamos siguiéndoles por esta endiablada senda en aceleración continua como si huyéramos de alguien.

Guillermo asintió con la cabeza:

—No creo que el nam sea alguien importante —le contestó—. Seguramente es un esclavo que viene a entregarnos algo. No tendrá valor para ellos y por eso lo arriesgan.

—¿Son tan orgullosos como para disponer con tanta ligereza de la vida de uno de los suyos?

—No los conozco tanto. El nam que conocí mejor era un tipo soberbio y el otro quizá no tanto o, al menos, de otra manera. El resto me parecieron muy vanidosos.

—¿Y un ataque? ¿No puede ser un comando?, —terció Jacques Bril, el primer oficial, un hombre bien entrado en la madurez, alto y delgado, de tez oscura, cejas de Mefistófeles y saliente barbilla partida.

Guillermo contestó a Bril con seguridad:

—No lo creo. La maniobra que están haciendo es muy arriesgada. Él es solo uno, ¿no? ¿O hay más dentro del *finger*?

—No, pero ¿y si…?

—¡Calle, Bril, y vuelva a su puesto!, —ladró Lindemann, atravesándole con la mirada, muy disgustado por la intromisión.

Guillermo dijo para irse de allí cuanto antes:

—Imagino que habrá equipos de impulsión individual en esa zona que tienen preparada.

—Por supuesto. Bril, lleve al capitán Gitzi hasta la zona de aislamiento —luego se dirigió a Guillermo—: Gitzi, rescate a ese

nam y averigüe sus intenciones. Necesitamos saber por qué nos han traído hasta este desfiladero estelar y por qué continuamos acelerando. Buena suerte.

Guillermo asintió con un gesto de la cabeza pensando que estaba aún más *salao* de lo que pensaba. Le contestó:

—No sé cómo quiere que averigüe algo. Nadie puede entenderles si no es con un brog.

—¿Ese parásito del que nos habló en sus conferencias?, —le preguntó Lindemann haciendo una mueca—: ¿Ese traductor simultáneo que se alimenta de sangre?

—Bueno, más que un parásito creo que es un simbionte.

—Parásito o simbionte, ¿qué más da? Si usted, que estuvo con los nam, no sabe entenderse con ellos, ¿cómo quiere que yo, que no los he visto nunca, sea capaz?

3

El *finger*

Atajaron hacia la zona de aislamiento por una cubierta de servicio salpicada de maquinaria y blindajes sucios que apenas dejaban sitio para pasar. Guillermo seguía a Bril de cerca, encantado de que existiera a bordo de la exclusiva, inmaculada y *culipeta Fiat Lux* un sucio laberinto digno de las más fogueadas naves de la Armada a las que estaba acostumbrado.

El primer oficial, al ver la expresión de Guillermo, le explicó:

—La *Fiat Lux* es un navío de sección Kostopóvolos mejorado [1]. Es de doble casco. Tener dos envolturas nos protege de la radiación en general y de la que provocamos para forzar las discontinuidades espacio temporales y colarnos por ellas. En otras palabras, estamos blindados. Somos más difíciles de perforar que cualquier otra nave militar y, a pesar de nuestra masa somos tan rápidos como las mejores de la Armada. Se habrá dado cuenta de que somos un navío de ciencia y exploración, no de batalla, aunque para esta misión han montado cañones de corta distancia contra abordajes, lanzadores y… —Tras un momento de duda, añadió—: misiles *n-mat.*

Guillermo arrugó el ceño en un gesto de disgusto y extrañeza y comprendió los suspiros que había escuchado en el puente.

—¿Lo sabe la tripulación?

—Solo quienes tienen que saberlo.

Los misiles de n-mat, de *no-materia,* eran proyectiles sumamente inestables que, una vez fijado su blanco, saltaban al espacio *Erre Ene* superficial en busca de su objetivo y solían reaparecer a metros de él, aunque era frecuente

que se perdieran y no retornaran nunca o que lo hicieran en el lugar más inesperado, a veces junto a la misma nave que los había disparado.

Cuando los proyectiles volvían al espacio normal se anulaba el campo de fuerza que mantenía estable la

n-mat

y entonces esta reaccionaba con la materia de la nave enemiga o con la del propio Universo. Los teóricos no se ponían de acuerdo acerca de qué pasaba ese momento, pero el resultado era la desaparición de la astronave más cercana, amiga o enemiga, en una descomunal bola de luz blanca.

Bril se detuvo y se volvió hacia él:

—Gastamos una gran cantidad de energía en la contención de la *no materia*. Por eso no podemos mantener constante nuestra aceleración siguiendo a *Nube Gris*. Imagino que le conviene saberlo, ya que va a salir.

—Gracias por el aviso —le contestó Guillermo. Que el impulso de *Fiat Lux* pudiera desaparecer o variar cuando él estuviera fuera de la nave le suponía un grave problema porque era como bajarse de un coche en marcha: él a una velocidad y el resto a otra.

Bril echó a andar de nuevo pensando que el capitán de los anónimos parecía ser otro. Ahora, su mirada reflejaba inteligencia y más decisión, y su caminar, seguridad.

—¿Cuántos n-mat llevamos?, —le preguntó Guillermo.

—Cinco —le respondió Bril, por encima del hombro.

Tras un corto trayecto salieron a un corredor blanco y luminoso. Al fondo, al otro lado de una esclusa abierta, se veían tripulantes entrando y saliendo apresuradamente, llevando contenedores y aprovisionando armarios.

—Esa es la zona de aislamiento —le señaló el oficial.

El doctor Wilson Barrios, un veterano alto, grueso de rostro rectangular, abundante cabello rizado y renegrido cortado a cepillo, cejas gruesas y rectas y barbilla fuerte y decidida, le estaba esperando en el corredor. Le evaluó con una mirada experta, rápida y severa.

—Vaya resaca —murmuró para sí.

Luego, con un *ding* apareció en el aire un mensaje solo para sus ojos y el resplandor le iluminó la cara. Leyó con atención y

chasqueó la lengua disgustado al ver los datos que le recibía del implante de Guillermo. Preparó una inyección diciéndole:

—No debería dejar que haga esa salida extra vehicular, pero Lindemann dice que no me puedo negar. Le voy a pinchar mi receta especial para la resaca. Súbase la manga —se acercó a él y, mientras le inyectaba, le preguntó discretamente al oído—: ¿El *destilero*?

Guillermo se encogió de hombros. Cuando le retiraba la aguja, Guillermo hizo un gesto de dolor para enmascarar un susurro:

—Laura.

Bril le esperaba junto a la escotilla. Guillermo la franqueó y antes de cerrarla, Bril le preguntó:

—¿Seguro que no es una maniobra para atacarnos?

—Puede estar tranquilo —le respondió Guillermo—. Los nam son muy…, muy contundentes. No son nada sutiles.

—Buena suerte —le deseó Bril.

—Gracias —respondió Guillermo.

El oficial empujó la escotilla y la hoja se cerró tras Guillermo con un siseo seguido de un golpe sordo y apagado, casi fúnebre.

—Si al menos hubiera alcohol —reflexionó tristemente Guillermo en voz alta mientras inspeccionaba su nuevo hogar.

Fue a la esclusa de salida al exterior y miró por el ojo de buey de la escotilla. El *finger* de *Nube Gris* era una tubería larga de sección circular, flexible y telescópica, de color blanco. «Como un espagueti», se dijo Guillermo.

Las luces de maniobra de la *Fiat Lux* seguían al *finger* en su recorrido, que en ese momento estaba a punto de llegar al final de un lento y amplio vaivén, a unos veinte metros de distancia a su izquierda.

Unos segundos después, el tubo llegó al final de su oscilación, se demoró un largo instante e inició un nuevo y perezoso ciclo en sentido contrario. Guillermo temió que el nam estuviera en problemas porque le pareció distinguir movimiento en el extremo del *finger*.

—Al pasar lentamente por delante del ojo de buey, poco a poco se le fue mostrando la boca del *finger* y en ella el espectáculo de la lucha salvaje entre dos figuras con extraños trajes espaciales.

Una de ellas empuñaba un cuchillo largo y asestaba sin cesar unas terribles y potentes estocadas que la otra paraba hábilmente

con el mango y la hoja de una inconfundible hacha de abordaje, a pesar de manejarla entorpecida por su mochila de impulsión en el escaso espacio que le dejaban las paredes del cilindro.

—¡*Carajo*!, —masculló Guillermo, admirado de la pericia que mostraba el atacado. Por la mochila de impulsión, imprescindible en un transbordo libre, no le cupo duda de que el propietario del hacha era su huésped. El tipo se defendía con verdadera maestría de un atacante enormemente fiero. Aunque sabía que era inútil, le salió del alma gritarle:

—¡Salta, *carajo*, salta! ¡Aléjate del enemigo! ¡Aprovecha tu mochila, *hijoeputa*!

Dudó en acudir en auxilio de su huésped, pero decidió no hacerlo porque, para cuando estuviera equipado y abriendo la compuerta de la esclusa, el combate seguramente habría terminado. Por otra parte, no tenía no tenía nada con qué defenderse, en caso de que el nam del cuchillo decidiera atacarle a él.

Antes de llegar al final de la oscilación, el nam del hacha saltó al vacío en una ágil voltereta cerca de la boca del tubo y se aseguró simultáneamente a un lugar firme mediante un cable. Ese momento fue aprovechado por su enemigo para, tomando impulso desde la boca y adoptando una posición fetal para aumentar el impulso angular, lanzarle a la desesperada un contundente tajo vertical hacia el hombro.

—¡Cuidado!, —gritó Guillermo, horrorizado ante la enorme potencia del golpe.

El huésped protegió su hombro moviendo la cabeza para que el casco recibiera el tremendo tajo y lanzó a su vez un golpe circular de hacha a la cintura de su enemigo. El casco paró la tremenda cuchillada agrietándose y, por pura reacción a su golpe al estar en ingravidez, el atacante salió despedido en dirección contraria dejando en el vacío un rastro formado por las esferas de sangre que surgían de un amplio corte en su abdomen.

Guillermo se apresuró en salir al rescate. El cuerpo inerte de su huésped y su hacha seguían el balanceo del *finger* sin control, atados el primero por su cable de seguridad y la segunda a la muñeca del nam.

Una vez en el exterior, quizá debido a una mínima variación la impulsión de alguna de las dos naves, el balanceo del *finger* cambió

de dirección dibujando, amplio y veloz, un siniestro signo de infinito tan cerca de la *Fiat Lux* que era inevitable el cuerpo del nam acabara estrellándose contra la nave humana.

Guillermo maniobró con la rapidez y la habilidad de la práctica los mandos de su mochila y el ordenador de vuelo no tardó en colocarle en un rumbo directo de coincidencia con el extremo del *finger*, que había vuelto a cambiar de trayectoria y oscilaba como manejado por un sádico.

Se hizo con el cuerpo del nam cuando este enfilaba un grupo de antenas. Se apartaron de ellas, aseguró al náufrago y su arma a su traje y emprendió un vuelo libre hacia la *Fiat Lux*. Desde *Nube Gris* debían de haber estado esperando la maniobra, porque apenas soltó el cable, el túnel telescópico comenzó a retirarse.

Examinó el casco del alienígena por el camino. La grieta producida por el golpe era alarmante y tenía una abolladura muy profunda. Acercó su casco hasta tocar el del huésped para que el sonido se pudiera transmitir por el aire contenido en ambos trajes y gritó lo más fuerte que pudo, pero el nam no dio señales de recobrar el sentido.

Entonces observó con atención el rostro alargado del extraño, entre caballuno y reptilesco, y creyó ver que sus zarcillos se movían levemente. Un instante después vio flotar en el interior del casco unas gotas de sangre. El huésped necesitaba ayuda médica cuanto antes.

Un pequeño chorro de gas en la base de la mochila llamó su atención. En la lucha se habían cortado varios conductos en ambos laterales de la mochila de impulsión. Ese era el motivo por el cual el huésped no había saltado al vacío. El respeto de Guillermo por el nam, que ya era alto, creció todavía más. «Un verdadero profesional», pensó.

—*Fiat Lux*, necesitaré un médico en la esclusa. Nuestro invitado está herido.

Le respondió Lindemann:

—Tendrá que arreglárselas solo, capitán. Lo último que necesito es que nuestro único médico se infecte de esos bichos.

—Comandante, el nam…

—Usted ya cosió a uno antes, ¿no?, —le interrumpió Lindemann —. Eso dicen los informes. Y fue médico en su otra vida, así que eso

debería bastar.

Guillermo fue a contestarle un reniego, pero se contuvo:

—Al menos lleven material de sutura y un equipo básico de diagnóstico.

—Cuente con ello, Gitzi. Tendrá lo que necesita. Donde no llegue usted, seguro que llega Elvira o Asclepio, la IA de la enfermería.

Guillermo prefirió callarse lo que opinaba de las Elviras en general.

4
Juramento

La señal de que se había igualado la presión interior de la esclusa con la de la *Fiat Lux* lució en verde. Guillermo se sacó apresuradamente el casco y los gruesos guantes, y montó a horcajadas sobre el extraño para examinar su traje y hallar el modo de quitárselo.

La vestimenta se parecía más a un saco improvisado con brazos, piernas y un casco esférico, más parecido a un traje para tratar enfermos contagiosos que a una combinación para salir al vacío. El tejido no era menos extraño y debía de ser muy resistente pues no estaba cortado, pero sí surcado por las trazas de los mandobles recibidos en la pelea.

Tras mucho tentar los dobleces del traje logró hallar el modo de sacarle el casco, aunque antes estuvo a punto de ir a buscar algo con qué cortar la tela y no perder más tiempo. En cuanto le abrió la última de las tres juntas, que encontró ingeniosamente protegidas por varios pliegues, el desagradable aroma característico de los nam llenó el ambiente. Una vez le retiró el casco y le abrió por completo el atuendo, el olor se volvió intenso y hediondo.

Apenas había anchura en el espacio alargado de la esclusa para atender a un herido, y menos si era del tamaño de un nam y había que sacarle el traje, pero no lo dudó un instante y comenzó a quitárselo.

—¿Por qué *carajo* te querían matar?, le preguntó en voz alta a la figura mientras le sacaba con esfuerzo el brazo de una de las mangas.

El nam no le resultó tan feo y tan repugnante como los otros quizá, pensó, porque ya no le parecían tan extraños. En su cuello se

arrollaba un collar de pelo absolutamente blanco de aspecto suave. Lo reconoció al instante. Era un brog tan inmaculadamente blanco como el de Irdili o el de Beatriz.

—O sea, que quizá no seas un esclavo —le dijo.

El rostro del nam no le pareció tan estrecho ni tan alargado como los que recordaba; sino que era más redondo. Las vejigas a lado y lado de su cuello se movían siguiendo la cadencia de una respiración en apariencia normal.

Elvira se materializó de cuerpo entero pegada a su lado poniéndole el vello de punta al ionizar el aire, a diferencia de las otras
IA's
de la nave mucho más respetuosas. Se preguntó por qué aquella inteligencia no era capaz de respetar las distancias como las demás. Entonces se activó su sentido del peligro y tuvo la sensación de que no era prudente dejar a solas al extraño con Elvira.

La IA examinó al alienígena. Apenas se detuvo en una herida sangrante por encima del ojo derecho, allí donde el casco le había golpeado la cabeza al abollarse, mucho más interesada en las vejigas respiratorias.

—Elvira terminó su reconocimiento. Guillermo le señaló el corte mientras lo restañaba con unas gasas y le preguntó, a sabiendas de la contestación:

—¿Puedes conectarte con Asclepio? Aquí hay que coser.

—Sí, pero no puede tener presencia aquí. ¿Para qué lo quieres?

—No sé dónde está el material de sutura.

—Ven conmigo, capitán —le respondió Elvira, saliendo de la esclusa y acercándose a un mueble de la sala central. Se volvió y le dijo—: Nunca había visto un nam en vivo. No entiendo por qué le querían muerto.

—Son extraños —le respondió Guillermo, evasivo—. ¿Dónde están las agujas *tapercut*?

—En el cajón a tu derecha, capitán. Al fondo.

—¿Y los *gilies*?

—En el mismo cajón —le dijo, diciendo a continuación—: Este nam es diferente al de los informes. Debe de haber razas entre ellos.

—Seguramente.

—Creo que en el fondo no son tan diferentes de los humanos —

añadió Elvira.

Guillermo la miró, con una sonrisa torcida:

—¿Y en qué crees que nos parecemos?

—Algunas de sus estructuras son casi iguales a las humanas, por lo que he podido ver.

—¿Sí?, —le respondió Guillermo. Él pensaba lo mismo. En apariencia nam y humanos parecían muy diferentes, pero por dentro eran muy parecidos.

De vuelta a la esclusa, Elvira le preguntó, señalando al extraño en el suelo:

—¿De verdad crees que es un esclavo, capitán Gitzi?

Guillermo le contestó por prudencia un lacónico:

—Creo que sí.

—Entonces, si es un esclavo, no debería tener valor para sus amos. Aunque eso es contradictorio con que intentaran matarle.

—No lo sé. Imagino que los esclavos sí tendrán valor, porque supongo que les alimentarán y les darán cobijo para algo. ¿Por qué lo dices?

Guillermo evaluó de nuevo la herida que iba a coser para estar seguro de escoger el material adecuado. «Espero que no sea alérgico a la sutura», pensó.

—Es una cuestión de economía —le dijo la IA continuando con su tema—. Creo que este individuo es un guerrero por el modo en que se defendió del ataque. Estoy segura de que su misión era sobrevivir a la agresión para entregarnos un mensaje importante. Creo que una vez nos lo haya dado habrá cumplido con su misión y dejará de ser útil a su amo.

—Quizá el esclavo pueda ser empleado en otra misión —argumentó Guillermo. Añadió—: O quizá vino para quedarse. No creo que los esclavos nam estén destinados a una sola cosa. Eliminarlos sería desaprovechar su experiencia y lo que se haya invertido en su entrenamiento, educación o lo que sea que hacen con ellos. Eso, aparte de que matarlo es tremendamente injusto.

—La suya es una argumentación interesante —le concedió Elvira —, pero no tiene sentido. En este caso, este esclavo fue enviado a una misión sin retorno. Nosotros no podemos devolverlo porque nuestro *finger* no es ni tan largo ni tan flexible. Y lo que dice sobre la injusticia, depende del sistema social. Además, es probable que lo

hayan enviado con otra misión.

—¿Cuál?

—Que aprendamos de él.

Guillermo levantó una ceja escéptica y se puso los guantes estériles. A continuación, comenzó a ordenar el material en una pequeña bandeja quirúrgica. Elvira continuó:

—Así que, después de que nos haya comunicado el mensaje que nos trae… —Elvira le señaló una de las vejigas respiratorias y le preguntó—. ¿Podrá abrirla? Quiero comprobar hasta qué punto ese saco está relacionado con el sistema respiratorio.

Guillermo dejó en seco lo que estaba haciendo y se volvió hacia la Elvira, estupefacto e indignado.

—¿Qué dices?

—Cabe que nos lo hayan enviado para que lo examinemos. O es posible que haya venido para dejarnos su brog.

—Estás loca, Inteligencia —Guillermo cambió de nuevo las gasas empapadas en sangre—. Pareces estúpida. Si de algo estoy seguro es de que los nam no regalan los brog.

—Su primer contacto sí lo hizo. Así que, cuando nos entregue el brog, le ordeno que abra esas vejigas…

La ira fue ascendiendo imparable en el interior de Guillermo.

—Es un ser inteligente… Es un ser libre —le respondió, encendido.

—Es posible que sea inteligente, pero no es libre —le replicó Elvira fríamente—. Es un esclavo. Usted mismo lo ha dicho.

—Entre nosotros no es un esclavo —Guillermo hervía por dentro —. Es un igual. Tiene nuestros mismos derechos.

—Es un prescindible como los de su regimiento, capitán Gitzi —le argumentó con suficiencia.

Guillermo estuvo a punto de estallar, tanto por la referencia despectiva a los miembros de su regimiento como por la falta de respeto hacia el alienígena, pero de súbito recordó que de joven había hecho un solemne juramento. Dejó a un lado la respuesta inmediata que le llenaba la mente y en lugar de replicar indignado, levantó un dedo y advirtió a Elvira con calma, orgullo y sentido de la propiedad lo que mucho tiempo atrás había dicho por última vez y creyó que nunca volvería a decir:

—Es mi paciente.

—Usted ya no es médico —le opuso Elvira con una sonrisa de triunfo. Solo faltaba que se le riera en la cara.

«¿Realmente eres una IA?», se preguntó Guillermo. Las gasas se habían empapado de sangre. No le hizo más caso y se dedicó a su paciente.

Bañó la herida con desinfectante y la cosió con cinco puntos de sutura, cada uno mejor hecho y más perfecto que el anterior, cuidando de no desgarrar el tejido extraño, que era mucho más delicado de lo que recordaba de cuando cosió a Suirilidam después del ataque del Ahrrimán. Luego le vendó la cabeza y terminó de sacarle el traje espacial. Después le tomó de los hombros y lo arrastró hasta la sala donde logró subirlo a una camilla después de mucho esfuerzo.

El brog palpitó una vez y Guillermo se apartó al instante. El simbionte comenzó a latir de vez en cuando en el cuello del nam. Lo vigiló unos instantes con desconfianza, temiendo que se desprendiera o que comenzara a estrangular el cuello del alienígena como había sucedido con el de Beatriz cuando intentaron quitárselo estirando, pero no le pareció que eso fuera a suceder.

—Sin duda ese collar blanco es el llamado brog —Elvira señaló el cuello con el dedo—. Quíteselo para que lo podamos estudiar.

Guillermo la miró pensando cómo era posible que una IA fuera tan necia.

—Calla, Inteligencia.

—Es una orden, capitán.

—Si se lo quito mataré al simbionte y al nam. Eso está en mi informe.

—Bueno. ¿Y qué si lo mata?, —respondió la IA—. Estudiaremos ambos cuerpos y entonces sabremos mucho más de lo que sabemos ahora.

—Es mi paciente y no le haremos nada que le pueda dañar —le retrucó volviendo al nam, la paciencia perdida.

El nam estaba vestido con una guerrera de color azul oscuro sin adornos sobre una camisa blanca de cuello alto, pantalones largos de un azul más oscuro y botas de caña. La IA rodeó la camilla de exploración para grabarlo desde varios puntos de vista a medida que Guillermo le quitaba la ropa para comprobar que no tuviera más heridas.

Los zarcillos que le nacían de la V invertida, que era el equivalente a la nariz en los nam, le parecieron cortos y más claros y abundantes que los de Irdili o Suirilidam. Las manos le parecieron agraciadas, tenían la piel suave y cuatro dedos delgados y largos con uno opositor, acabados en unas uñas pequeñas y muy planas.

Pensó que aquel debía de pertenecer a una raza nam diferente, como decía Elvira. Aunque era más grande que un ser humano, su tamaño era menor que el de Suirilidam o que el de Irdili.

Por otra parte, color de su cutis no era de un verde tan esmeralda como el de ellos, sino más oscuro y, hasta donde no lo ocultaba la ropa, estaba manchado con unas motas blancas ligeramente amarillentas repartidas por el cuello, los brazos y las manos.

Las manchas claras parecían ser más abundantes en el pecho, debajo del brog. Allí la piel mantenía el mismo tono oscuro de la cara y el contraste era agradable. En Suirilidam, esa parte era diferente: la piel se oscurecía mucho y las manchas eran tan oscuras que recordaban los lunares humanos.

Le desabrochó la guerrera y le abrió la camisa. Fue entonces cuando descubrió que aquel nam era una hembra, a partir de los dos pares de pezones similares a los de las hembras humanas que tenía en el amplio pecho, totalmente plano. Recordaba perfectamente que Suirilidam también tenía cuatro pequeños pezones, pero mucho más pequeños e irrelevantes en comparación con los que estaba viendo.

Continuó su exploración comprobando que la nam tenía numerosos hematomas en el vientre y en el pubis, donde comprobó que tenía una vulva prácticamente igual a la humana. Salvo unos pocos golpes en las piernas largas, delgadas y musculosas, aparentemente no tenía más heridas. La cubrió con la manta.

—¿Por qué tapas el cuerpo, capitán Gitzi? La temperatura de la sala es adecuada —le preguntó Elvira.

—Porque es una hembra —Guillermo se volvió hacia la IA, cansado de discutir con ella.

—¿Cómo lo sabes si nunca has visto una hembra nam? ¿O falta algo en tus informes?

En ese momento intervino el comandante Lindemann, que desde el principio había estado observando desde la sala de operaciones

junto con Bril:

—¡Gitzi! ¿Qué importancia tiene que sea una hembra?

Guillermo se orientó hacia la cámara que monitorizaba la escena.

—No conocemos la moral nam y no quiero ofenderla.

—¿No dijiste que era esclava? ¿Qué más te da?, —terció Elvira.

—Es un ser inteligente y, por lo tanto, libre y merecedor de respeto. Los humanos no somos esclavistas, inteligencia. ¿No es cierto, comandante?

Elvira se adelantó:

—Si para ellos es una inferior, para nosotros también. ¿No te parece, capitán Gitzi?

Guillermo replicó de inmediato:

—Escucha IA, este organismo inteligente usa ropa para cubrir su cuerpo y creo que eso tiene un significado y debe respetarse. Al menos en la situación actual.

—Entonces, te sugiero que la examines utilizando el escáner de exploración.

—De ninguna manera —replicó Guillermo inmediatamente.

—¿Por qué?, —esta vez era Lindemann—. Parece una propuesta muy razonable.

Guillermo se encaró a ambos:

—Por dos motivos: el primero, porque no conozco el efecto de la radiación del escáner en los tejidos nam y el segundo: porque podría estar embarazada y no sé el efecto que esa exploración puede tener en la gestación.

—No puedo admitir esa respuesta —el tono de Elvira resultó sorprendentemente autoritario—. Conocer cómo son los nam es un imperativo para nuestra especie.

«¿Nuestra?» se preguntó Guillermo, interponiéndose entre la nam y Elvira. «¿Desde cuándo eres humana?».

—Nadie tocará a mi paciente hasta que despierte y encontremos el modo de entendernos con ella —anunció Guillermo, desafiante.

—Te advierto, capitán Gitzi, de que acabo de abrir un registro —la voz de Elvira era conminatoria—. Te ordeno que examines al alienígena utilizando el escáner. Si no lo haces tú, lo haré yo.

Guillermo negó con la cabeza de nuevo.

—De ninguna manera. Es mi paciente y solo yo decido. Tu no

puedes decidir sobre este asunto, Inteligencia.

—Tu tampoco. Ya no eres médico.

Guillermo no contestó.

—Los riesgos son mínimos —siguió Elvira—. Y sí puedo decidir. Ese ser no es humano.

La indignación de Guillermo se fue transformando en furia. Le dijo, la voz puro veneno:

—Aunque no lo sea, tiene unos derechos que debemos respetar.

La inteligencia artificial le advirtió:

—Capitán, vas a desobedecer la orden de un superior confirmada por el comandante de esta nave.

—Me debo a mi moral y al juramento hipocrático, Inteligencia.

Elvira sonrió:

—Su moral es irrelevante, capitán, y el juramento es un compromiso entre humanos. Ese ser no es humano y, por lo tanto, no es de aplicación a este caso.

—El nam es mi paciente y con eso basta —insistió Guillermo que, al verla sonreír de nuevo tuvo la seguridad de que detrás del 3D había un humano.

Lindemann dijo desde el puente:

—Capitán Gitzi, le confirmo la orden de que explore al alienígena como le indica la inteligencia artificial.

Guillermo cruzó los brazos y negó con la cabeza muy alta hacia la cámara:

—No lo haré, comandante. De ninguna manera.

Lindemann, furioso ante la insubordinación, estaba a punto de replicarle cuando se dejó oír un silbido en la sala.

Guillermo se dio la vuelta a tiempo de ver los luminosos y asombrosamente hermosos ojos verde esmeralda de la nam clavados en él.

La extraña se incorporó y se puso en pie con facilidad. No hizo el menor gesto de incomodidad al verse completamente desnuda y, si lo hizo, Guillermo no supo verlo. Se llevó al mano a la cabeza y se tocó el vendaje.

Después extendió las manos hacia el pecho de Guillermo, que se mantuvo inmóvil.

Elvira se mantuvo a la expectativa.

Lentamente y sin tocarle, la nam levantó delicadamente la

camiseta del humano. Cuando dejó su pecho al descubierto, la alienígena emitió un corto cloqueo.

Soltó la camiseta y levantó su mano derecha con la palma hacia él, imitando el gesto de paz que utilizara Nicolás Grissom en el Primer Contacto. A la vez tendió su mano izquierda ofreciéndole la palma.

Él respondió tocando con su izquierda la mano de paz de la extraña y depositando la otra en la palma extendida.

En cuanto las cuatro manos estuvieron en contacto, un extremo del brog se desprendió de la nam.

Con un chillido agudo y un chasquido de bofetada, se adhirió al cogote del humano.

Un instante después el brog se dividió: una parte se quedó en la alienígena y la otra se terminó de enrollar en el cuello de Guillermo, que se desplomó como fulminado por un rayo con los ojos en blanco y la boca cubierta de espuma.

La nam se apartó de él y se vistió sin prisa.

5
Sala de operaciones

Frente al gran holotanque de la sala de operaciones, Bril saltó de su asiento, encendido por la indignación, cuando Guillermo se desplomó a los pies de la nam.

—¿Ha visto eso, comandante?, —bramó—. ¡Ese bicho desnudo primero le quita la ropa y luego le ataca con ese gusano!

LIndemann, el control recuperado después de la sorpresa, respondió:

—Ha sucedido como dicen los informes. El primer contacto con el brog produce el colapso inmediato en el huésped. De todas maneras, no esperábamos que esa nam, si el capitán Gitzi está en lo cierto sobre que es una hembra, viniera preparada con un brog. Y menos con uno para él.

La voz de Elvira se dejó oír. La IA duplicó su materialización en la sala de operaciones frente a Bril y a Lindemann:

—Ya le advertí que esa posibilidad tenía un alto índice de probabilidad, comandante.

Lindemann torció el gesto al oírla. «¿Desde cuando se programa que una IA pretenda que se le haga caso y se pavonee en público de tener razón?», pensó.

Bril se acercó al 3D para ver a dónde iba la alienígena, que había salido de la esclusa e inspeccionaba la zona aislada. Luego se volvió hacia Lindemann:

—¿Será cierto que los nam dominan mentalmente a los humanos con ese desagradable gusano blanco?, —le preguntó.

Elvira se adelantó a Lindemann:

—La nam impidió que el capitán Gitzi se defendiera del ataque al distraerle las manos. Le engañó con ese gesto de paz —la IA imitó

el gesto—. Les recuerdo que el capitán fue candidato a Guardián del Estilo de las Cinco Artes Marciales y, por lo tanto, entrenado para no dejarse sorprender.

Bril enarcó las cejas. Nunca hubiera imaginado que el Anónimo fuera tan peligroso.

Lindemann frunció los labios y levantó la vista hacia Elvira, muy molesto. Las líneas de programación de esa Elvira le estaban sacando de sus casillas. No estaba acostumbrado a que le pisaran el turno de palabra, y menos una inteligencia artificial.

—No creo que la nam quisiera sorprenderle —dijo Lindemann con mucha serenidad—. Es un ser inteligente y resulta lógico pensar que hiciera un saludo; al fin y al cabo, el capitán le ha salvado la vida. Yo creo que el brog ha actuado por su cuenta, cosa que me resulta coherente con lo que opinan algunos de los analistas del Primer Contacto.

—¿Qué los realmente inteligentes son los brog y no los nam?, —preguntó Elvira.

—Eso mismo. Si se dio cuenta, Elvira, el brog se movía en el cuello de la nam mientras ella estaba sin sentido. Creo que el parásito, o el simbionte, como decía el capitán Gitzi, actuó por propia iniciativa.

—¿Y qué vamos a hacer con el capitán? ¿Enviamos al médico?, —preguntó Bril.

—¡De ninguna manera!, —le respondió Lindemann—. Que…

—… Que el doctor Barrios le monitorice a través del implante —le interrumpió la IA con contundencia. Lindemann se volvió hacia ella, todavía más disgustado, pero Elvira no se calló—: Debemos evitar el contagio a toda costa.

Bril miró a Lindemann temiendo una explosión de carácter al notar en el comandante una tensión creciente. Hasta a él le parecía increíble la impertinencia.

Lindemann se levantó lentamente de su asiento y se acercó a la imagen holográfica:

—Si no le parece mal, Elvira —le dijo seriamente cruzándose de brazos—, seré yo quien decida qué se va a hacer en esta nave, cuándo se hará y cómo se hará. ¿Estamos o es que tiene usted unas órdenes que desconozco?

—En absoluto, señor —le replicó Elvira con una sonrisa

complaciente que Lindemann se tomó como un sarcasmo. «Otra sonrisita *culipeta* más y te desconecto», le dijo *in mente*.

—¿Se sabe cuánto tiempo estará sin sentido el capitán?, —preguntó Bril, que asistía por primera vez en su vida al espectáculo de un comandante afirmando su autoridad ante una inteligencia artificial.

En lugar de contestar, Elvira guardó un respetuoso silencio.

—Es probable que un par de días —le respondió Lindemann, que se volvió hacia el holotanque al ver que la nam cogía sin esfuerzo en brazos a Guillermo y lo llevaba a uno de los camarotes preparados en la zona aislada. Al ver el cuidado con el que lo depositaba en la cama, añadió—. Se interesa por él. Lo quiere vivo.

Mientras examinaba a Guillermo, la nam emitió una complicada serie de silbidos y cloqueos. Elvira se materializó a su lado, pegada a ella con la intención evidente de provocarla, pero la nam la ignoró por completo.

—No parece darse cuenta de mi presencia. Es como si no me viera.

—Quizá se dio cuenta de que eres una holografía —le contestó Bril, que exclamó a continuación, definitivamente superado por los acontecimientos—: ¡Miren! ¡Lo está desnudando! ¡Le descubre el pecho!

—Lo examina —dijo Lindemann—. Lo mismo que hicimos nosotros con ella.

—Creo que deberíamos aprovechar para estudiarla a ella y al brog —la voz de la IA era desapasionada—. No sé cuántas veces tendremos la oportunidad de estudiar a una hembra nam. Eso nos daría un gran conocimiento sobre su especie.

—¿Qué estas sugiriendo, Inteligencia?, —preguntó Lindemann sin quitar la vista de la escena que se desarrollaba entre el humano y la nam. Ahora, la alienígena le cerraba el uniforme. Parecía haber tenido bastante con ver el pecho del capitán.

—Despresurizar la zona de aislamiento.

—¡Pero eso les mataría! —Bril no daba crédito.

—La muerte del capitán sería un daño colateral. Además, solo es un Anónimo. Por otra parte, la nam es una esclava y, en opinión de los analistas, seguramente prescindible desde el punto de vista alienígena.

—¿De verdad no tiene órdenes específicas, Elvira? —Lindemann sonreía con cinismo—. Lo intentaste antes con el capitán y ¿ahora lo intentas conmigo?

La nam se había apartado de Guillermo.

—En absoluto, comandante —contestó muy seria la holografía.

LIndemann se sentó en el brazo de su butaca:

—Creo que los nam enviaron a uno de los suyos para que pusiera un brog a uno de los nuestros y eso no le gustó a alguien —les dijo—. O sea, que unos se quieren comunicar con nosotros y otros lo quieren impedir. Eso cuadra con el nivel de defensa y militarización de sus espacios planetarios —tras una pausa, añadió —: Mantendremos con vida a todos. A todos sin excepción. ¿Entendido, Inteligencia?

—Por supuesto, comandante —replicó Elvira con una sonrisa complaciente.

Desde que *Nube Gris* varió su rumbo y aparecieron tan peligrosamente cerca de los tres agujeros negros, para Lindemann había sido evidente que iban a ser atacados y había supuesto que la táctica de *Nube Gris* sería similar a la que solía utilizar *El Mudo*: aislarles en lo más profundo de un complejo estelar, asegurándose de que fuera lo suficientemente grande, alejado y peligroso como para que ningún humano viniera en su auxilio si llegaba a escuchar su llamada de socorro.

Sin embargo, ahora su teoría quedaba totalmente desbaratada al haberles enviado a alguien con la clara intención de poner a su alcance un medio para comunicarse. Todavía más si contaba con la pelea en el *finger*. «¿Qué pretenden los nam? ¿También esperan un ataque y por eso *Liebre* explora la retaguardia?», eran algunas de sus preguntas.

Pensar en *El Mudo* le trajo a la memoria la advertencia de los informes de inteligencia llegados en una transmisión personal, cifrada y de alta prioridad, recibida justo antes de salir más allá de los límites de *El Huevo*. En esa última comunicación, el Mando le advertía de que era altamente probable que un agente dormido de *El Mudo* estuviera a bordo de la *Fiat Lux*.

6
Brog

Las olas de dolor surgían de su nuca una tras otra, sin descanso atravesaban su cráneo y su cerebro hasta llegar a la cara y allí le empujaban la piel del rostro y los ojos, como si el dolor fuera un gas que quisiera separarle la piel de los huesos.

Su sufrimiento no tenía el alivio de gritar porque no podía mover un solo músculo. A la vez sentía el estómago ardiendo, las manos y los pies fríos y una náusea recurrente que nunca acababa en el consuelo de un vómito.

El dolor desapareció de repente.

Recobró la sensación de su cuerpo.

Respiró hondo.

Se exploró con el pensamiento, incapaz de creer que no hubiera más dolor después de lo que había pasado.

Apenas acabó la primera inspiración sintió una ardiente comezón en la nuca acompañada de una sensación de peligro tan intensa que le puso el vello de punta, desde la cabeza a los pies.

Había alguien más con él. Una presencia inquietante.

Hostil.

Unos pensamientos ajenos en su mente.

Abrió los ojos y se asustó todavía más. La mirada esmeralda de los inmensos y cristalinos ojos de un nam se clavaba en él con una intensidad y fuerza abrumadoras, pero ese escrutinio no era el de su adversario.

Cerró los ojos. El peligro que percibía con tanta intensidad no estaba en el exterior, sino en su cabeza.

Temor a lo que ahora habitaba su interior, a lo desconocido. Exploró con cautela sus ideas y sus sensaciones.

Entonces tocó con el pensamiento al brog y este reaccionó al estímulo de inmediato. Con la prisa del hambriento en busca de alimento, el simbionte comenzó a revolver la mente de Guillermo en busca de un lugar en el que instalarse y desde el que registrar sus pensamientos. Sin embargo, como no le estaba sentando nada bien la mezcla de alcohol mal destilado que aún había en su sangre, no lograba hallar el sitio adecuado.

Guillermo se negó a aceptarlo dentro de sí. La respuesta del ser fue inmediata: un picor insoportable en la nuca que creció hasta convertirse en un dolor abrasador, como si le hubieran rodeado el cuello con un collar al rojo vivo.

Aguantó el dolor y se negó aún con más voluntad.

Entonces, el brog se arrolló con más fuerza en torno a su cuello hasta dejarle sin respiración.

Aguantó la asfixia con toda la tenacidad de que fue capaz, pero dejó de luchar cuando, al borde de la inconsciencia, no le quedaron dudas: con tal de no separarse, el monstruo estaba absolutamente dispuesto a morir con él.

Con rechazo, asco y temor aceptó que el simbionte se impusiera y se convirtiera en una parte de su ser, como los ojos, las manos o los pulmones. Apenas afloró ese pensamiento de aceptación a su mente, el brog pareció contentarse y aflojó la presión, y Guillermo volvió a respirar.

Seguidamente, sin dar un descanso, el animal comenzó a extraer sus recuerdos y emociones. Sin poder evitarlo, Guillermo vio desfilar por su mente escenas inconexas de su pasado; no solo los buenos recuerdos sino también los más secretos y aquellos que nunca había querido recordar junto con todos los que había intentado olvidar. Todos y cada uno cobraban vida y desfilaban ante él como muertos resucitados.

El brog era una fuerza terca e instintiva y su interés, incontenible. Guillermo comprendió que resistirse a su obstinación animal era tan inútil como intentar contener las aguas de una catarata y por eso procuró adaptarse y flexibilizar su mente para facilitar el minucioso registro al que estaba siendo sometida.

No supo si habían pasado horas, días o semanas desde que recibió el brog, pero tal como le había contado Beatriz, la primera humana en tenerlo, aparecieron palabras en su mente. Al principio

fueron unas pocas y luego muchísimas más a velocidad vertiginosa, escritas la mayoría con caracteres totalmente incomprensibles o tan deformados que era difícil identificarlos. A veces en ideogramas del *chainís*, a veces en caracteres *ruski* o en *arabig*.

El brog asimilaba instintivamente su vocabulario extrayendo las palabras de su mente y jugando con ellas a la vez que aprendía a leerlas y a escribirlas, igual que un niño. En vista de que no podía evitar esa intromisión decidió ayudar al intruso para que el proceso acabara cuanto antes y con eso la náusea que sentía.

Enseñar al brog tornó más amigable su relación con él. El simbionte aprendía deprisa y Guillermo no tardó en pronunciar palabras y a cantar para que las oyera a través de sus oídos.

De súbito quedó sordo, ciego, mudo y completamente aturdido. Aterrorizado, se preguntó una y otra vez si aquella tortura inmisericorde tendría un final y cuándo llegaría.

En la incertidumbre del miedo a la ceguera y a la sordera, una voz exterior aguda dijo en su interior.

—¿Me… iiiiiss… ano?

7
Inseleberesendou

Hablaba sin sentido dentro de su cabeza, a toda velocidad, con una voz aguda hasta el dolor durante lo que a Guillermo le pareció un infinito. Fue como si en su cerebro hubiera una ametralladora que disparara una inagotable munición de palabras. Imposible dejar de oírlas, imposible no desesperar de la voz chillona, imposible no pensar que se volvería loco si no cesaba la verborrea.

Un silencio repentino. Relax en el sosiego.

Una voz grave dijo algo con sentido:

—Humano, ¿me oír ya puedes?

Guillermo intentó responder, pero no logró emitir ningún sonido. La voz dijo:

—A eh dilir dsili sa —y súbitamente dejó de oírla. No supo si la voz se había callado o si él se había quedado sordo otra vez. Un momento después volvió a oírla. Identificó unas palabras en común y otras en *chainís*:

—¿Dónde estás? ¿Me creces? Zao san hao —otros términos y expresiones se sucedieron en su cabeza con diversas entonaciones, pero siempre sin sentido. Minutos después, con un timbre netamente femenino, creyó oír en *japanís* y luego en común—: ¿Kikoemasu ka? ¿Me ya oyes? ¿Me ya entiendes?

Ceguera.

«¡Estoy ciego!», quiso gritar con todas sus fuerzas, pero su voz se negó a sonar. Tras incontables latidos de su corazón, la luz llegó a sus ojos y pudo ver el rostro caballuno y monstruoso de la nam, con sus hermosos y absurdamente humanos ojos verde esmeralda clavados de nuevo en él. La alegría que le produjo volver a ver le hizo sonreír, aunque el rostro de la alienígena estaba a un palmo de

su cara.

—¿Quién eres?, —logró preguntarle a la extraña. Se llevó las manos al cuello y, en lugar de tocar su piel y su nuez, sus dedos encontraron un collar cálido de pelaje suavísimo que reaccionó al contacto con un ligero apretón preventivo, como si el simbionte no se fiara de sus intenciones.

—Soy… —respondió la nam. Guillermo oyó un silbido agudo que le traspasó el cerebro de oído a oído poniéndole el vello de punta—, de la estirpe… —Y oyó un nuevo pitido aún más agudo y sostenido que el anterior.

Notaba el olor extraño del aliento de la alienígena y a la vez la presencia del parásito en su cabeza, activo como si ahora tuviera inteligencia propia. Era una sensación completamente nueva, desconcertante y aterradora.

—¿Me hablas tu o me habla el brog?, —le preguntó a la nam.

—Brog me entenderentiendas hace. Hablarhablando yo.

—¿Quién eres?, —repitió—. ¿No tienes un nombre?

—Soysiendo la que fea mano te coge ahora y sobrate un dedo. ¿Notas?

Guillermo no comprendió:

—¿Qué he de notar? ¿Que me coges la mano o que me sobra un dedo? No noto nada.

—¿No? ¿Notarnotando tacto no has?

—No.

—¿Borracho estáseres?

—Ahora no. Antes sí. ¿Entiendes?

—No entiendo. Tengo sed y hambre, humano.

—¿Hambre? ¿Sed? No entiendo.

—Alcohol con brog malo, muy malo. Prohibido. Brog alterado, mucho problema ahora y también después alteracióncambio. Contigo seguro mucho peor. Menos intelgentia. ¿Ver? Ya aquí ahora hambre y sed —Guillermo entendió que concluía—. Misión importante tu yo contigo todos peligro, mucha prisa yo tu entenderme.

—¿Quién eres?, —le preguntó de nuevo Guillermo—. ¿Cómo sabes de los humanos?

—Me envía el Irdilale Lam. Soy poeta. Sá de vosotros a través de una humana llamada Beatriz, que compartió con el gran Uui Sui

Irdili.

«¿Poeta? ¿Lo habrá entendido bien el bicho?», se preguntó Guillermo.

—Me llamo —y su nombre sonó como un trino largo seguido de un trémolo final.

Guillermo entendió:

—¿Uisi Inseleberequé?, —le preguntó, aturdido.

—Ui Sii Inseleberesendou. Así me llamo —Guillermo creyó percibir un cierto deje de orgullo en su réplica o quizá algo no había funcionado bien en el brog a causa del alcohol, de su resaca o de la receta especial que le había inyectado el doctor Barrios. Ella continuó tras una vacilación resignada, como si le costara mucho trabajo decidirse—: Llámame entonces por mi nombre de cariño: Insele. ¿Eres el Lidiri Lembo?

—No te entiendo, Insele. Mi nombre es Guillermo. Guillermo Gitzi, capitán del Regimiento Anónimo de la Armada.

—¿No eres el Lidiri Lembo? —Guillermo sintió dentro de sí una frustración intensa—. ¡Llevas grabada su señal!

—Soy un Anónimo, soy nadie.

—No entiendo. Ahora diz no tienes nombre, hace un momento tenías nombre con estirpe —y de nuevo creyó percibir una conclusión—: Tú, macho. Seguro sí. ¿Sí? ¿Tú Lidiri Lembo? ¿Sí o no?

—Sí, soy macho. ¿Tú eres hembra?

—¡Supuesto soy!, —en esta ocasión Guillermo no tuvo dudas. El orgullo que percibía a través de su brog fue muy claro.

Insele le tocó secamente el pecho con un dedo:

—Llevas grabada la señal del Lidiri Lembo. ¿Mataste tú al Ahrrimán?

—Sí. Yo le corté la cabeza.

—Cuesta creer y duele que sea un humano y no un nam quien lo haya hecho. Pero más cuesta confiar en que

tu-un-borracho

seas el Lidiri Lembo. Lo tengo que creer porque llevas su signo trazado por el gran Uui Sui Irdili.

—¿Eres esclava?

Al oírle, la nam retrocedió un paso y luego lo recuperó rápidamente. Durante el silencio que mantuvo Insele a

continuación, Guillermo tuvo de súbito la sensación de estar indignado cuando no lo estaba, cosa que le confundió por completo. Tras un largo silencio, ella le dijo:

—Tu ignorancia me ofende profundamente, pero comprendo que es inocente y te advierto que debes corregirla. Has de entender que soy Uui Sui Inseleberesendou, de la estirpe de
Lid'a,
y en este momento estoy… —Al no encontrar una traducción, en su lugar sonó en su mente un silbido parecido al de una olla a presión, acompañado de un fuerte mareo y un agudo dolor de cabeza—. Cuando comprendas la verdadera dimensión de mi nombre sabrás que nací libre y que libre me he mantenido. La blancura de mi brog es la prueba. Estoy al servicio del Irdilale Lam por mi propia voluntad, como corresponde al linaje del que formo parte.

—No quise ofenderte —le dijo Guillermo, sintiendo ahora una gran superioridad que de nuevo le dejó confundido porque no tenía motivos para tener esa sensación. «¿Estoy notando sus emociones?», se preguntó mirándola fijamente. Dejó a un lado esa idea, que le producía una gran desazón porque si no era eso era que se estaba volviendo loco, y le dijo—: Si eres tan importante, ¿por qué te enviaron de esa manera tan peligrosa?

—Hablaremos de eso más tarde o no hablaremos, dependerá del Destino. Que intercambiemos sobre nuestras estirpes es fundamental para conocernos. Tú conoces a otro de mi estirpe. Le curaste con tus manos y luce con grande orgullo la cicatriz que le dejó el Ahrrimán.

Guillermo levantó una ceja.

—¿A quién conozco? ¿A Suirilidam?

—¡Se llama Ui Sii Suirilidam de la estirpe
Lid'a!
No uses delante de mí su nombre íntimo. No es decente. Te envía saludos y serenidad, y no olvida que te debe la vida… Y yo también te la debo —Guillermo notó a través de su brog el pesar que acompañaba a esa declaración.

—Cuando le vuelvas a ver, dile de mi parte que también le deseo lo mejor.

—Lo haré si el Destino así lo quiere.

—¿Por qué te querían matar?, —insistió Guillermo.

—Para impedir que os avisara. La Nación Nómada os va a atacar dentro de poco, si es que no lo está haciendo ya, y su intención es exterminaros. Yo he venido para encontrarte, mantenerte a salvo y adiestrarte en el brog, pero el alcohol ha retrasado el su acomodo en el tu cuerpo y ya es tarde —Insele se separó un paso de la cama donde estaba Guillermo y levantó la mano derecha—. También estoy aquí para deciros a vosotros, los humanos, que las dos naves que os todavía os acompañan son del Irdilale Lam y que, si es necesario, os defenderán hasta la muerte.

Guillermo dejó caer la cabeza en la almohada, más preocupado en esos momentos por cómo sería la vida notando en la cabeza las emociones y sentimientos que pudiera tener la nam que en el anunció de un ataque de la Nación Nómada.

8
Noticias

Un minuto más tarde, Elvira, Bril, el doctor Barrios y el comandante Lindemann se materializaron frente a Guillermo, que se había sentado al borde de la cama.

Insele se apartó del grupo, sacó de la mochila de impulsión de su traje una ración de comida y se fue a la cocina.

—Lleva inconsciente tres días, capitán Gitzi —le dijo el doctor Barrios—. ¿Cómo se encuentra?

Inmediatamente, la IA le preguntó:

—¿Se ha podido comunicar con la nam? ¿Qué le ha dicho? ¿Por qué vienen hacia nosotros unas naves nam?

—¿Necesita que le atienda el doctor?, —le preguntó a su vez Lindemann.

—Tengo hambre y sed —les dijo Guillermo—. Estoy muy cansado, pero me encuentro bien. No me hace falta el doctor.

—Puede retirarse, Barrios —le dijo Lindemann.

Al momento desapareció la materialización del médico.

—Tiene raciones en el mueble a su lado, si las desea —le dijo Bril.

Sin dudar un momento, Guillermo abrió el cajón, cogió una ración con sabor a carne, una botella de agua y comenzó a comer.

—¿Qué le ha dicho el nam?, —le preguntó de nuevo Elvira.

Guillermo se concentró en tragar el bocado antes de contestar. Se dirigió a Lindemann.

—El nam es una hembra. Se llama Insele y no es esclava. Me ha dicho que dentro de poco nos atacarán los nam de la nación Nómada —dio un mordisco de la ración.

—¿La nación Nómada?, —preguntó Lindemann.

—Es uno de los pueblos nam, según me explicó ella. La nación Nómada está formada por enormes naves espaciales que viajan continuamente por el Universo, a veces solas y a veces en grupo. Sus rutas son desconocidas y se guardan con gran secreto. No me dijo más.

Guillermo dio un nuevo mordisco y continuó:

—La nam nos avisa de que el ataque es inminente y que las dos naves que nos acompañan se encargarán de defendernos hasta la muerte. Quiere que le diga a usted, comandante, que su final será glorioso.

—¿Y usted la cree?, —dijo Lindemann, que al cabo de un momento le repreguntó extrañado—: Un momento, ¿cómo que «su final»? ¿El mío? ¿El de la nave?… Oiga, ¿no puede dejar de comer?

Guillermo se encogió de hombros y dio un trago de la botella.

—Ni idea, comandante. Y disculpe. Es que estoy muerto de hambre —le dijo mientras abría una nueva ración—: No creo que la nam mienta y tampoco tendría sentido que lo hiciera.

Bril les miraba de hito en hito, pendiente de la conversación.

—No entiendo este cambio. ¿Qué motivos tienen para atacarnos?, —preguntó Lindemann en ese momento—. No les hemos hecho nada y, comparada con las astronaves nam, la *Fiat Lux* no puede ser una amenaza para ellos.

Guillermo se volvió hacia Insele, que volvía de la cocina con un vaso de agua, y repitió la pregunta del comandante. Insele respondió silbando una serie de arrullos, que Guillermo percibió más evasivos que sinceros. Él asintió y se dirigió a Lindemann:

—Dice que estamos en una zona del espacio que pertenece a la nación Nómada. Ellos consideran que los humanos somos un peligro. Por eso quieren acabar con nosotros.

—¿Por qué lo piensan?

—Hay una leyenda, una profecía o algo así. Parece ser que nuestra aparición en su espacio marca el inicio de su fin como especie o civilización o quizá negocio —se señaló el brog con el dedo—. No estoy seguro de cuál es la traducción apropiada.

Lindemann tragó saliva preguntándose atónito: «¿Con su adelanto y creen en leyendas y augurios?». Miró primero a Guillermo y luego a Insele para dejar claro que se dirigía a ella, aunque fuera el humano quien hablara:

—Te agradecemos que hayas venido hasta aquí para advertirnos del peligro.

Guillermo lo repitió palabra por palabra. La nam contesto en tono formal:

—Que el Destino te premie por tu agradecimiento.

El comandante fue al grano:

—¿Cuántas naciones tenéis los nam?

—Somos cinco naciones y el Irdilale Lam.

—¿Las otras naciones piensan como la Nación Nómada?

Insele respondió:

—Algunas.

—¿No puedes ser más clara?

—No.

—Es decir, sus naves nos han llevado al matadero —intervino Elvira. Lindemann la fulminó de nuevo con la mirada, pero la IA continuó—: No se puede confiar en la nam, comandante. No dice nada razonable. Los hechos apuntan a que van a secuestrarnos y que…

El comandante la cortó con un gesto de la mano. Explicó a Guillermo, el semblante muy grave:

—Hace unas horas detectamos un grupo de naves en rumbo hacia nosotros.

Elvira le espetó:

—*Nube Gris* forma parte de la trampa, comandante. Tenemos que huir. No tenemos ninguna posibilidad contra ellos.

—¡Que se calle!, —explotó Lindemann. Estaba seguro de que iban a ser atacados, pero la manera de actuar de *Nube Gris* acelerando continuamente para huir cada vez más rápido y, sobre todo, que hubieran enviado a uno de los suyos para advertirles era un signo claro de que, al menos, *Nube Gris* y *Liebre* estaban de su parte.

Se volvió hacia Guillermo:

—Capitán Gitzi, ¿podemos fiarnos de los nam?

—Los nam que conozco están al servicio del Irdilale Lam y son de palabra.

Insele, que seguía la conversación a través de las palabras de Guillermo, exclamó al momento:

—¡Por supuesto humano! ¡No lo dudes ni tú ni nadie!

Guillermo sintió una oleada de indignación y se llevó la mano al cuello con un gesto que a Bril le pareció femenino. Ella continuó:

—Ya te lo dije antes; mi estirpe está voluntariamente dedicada al Irdilale Lam. Que no te lo vuelva a decir. Que no me lo vuelvas a preguntar. Que nadie lo dude.

Guillermo, aturdido por la intensidad emocional de la respuesta, miró a Insele un instante y luego se volvió hacia Lindemann:

—Se puede fiar de ellos, comandante. Los que pertenecen al Irdilale Lam son completamente fieles.

—¿Y qué es el Irdilale Lam?

—Es la religión mayoritaria entre los nam. Tiene mucho peso político y social. O eso creo.

Tras unos momentos, Lindemann le dijo:

—Espero que no se equivoque, capitán. No debemos huir porque somos la imagen de la Humanidad.

Guillermo le miró, estupefacto. No se le había ocurrido pensar en eso.

—Entonces, ¿lucharemos?, —preguntó Elvira.

Lindemann ignoró a la IA y ordenó a Bril:

—Que apresten la *Urania* para una salida inmediata y la traigan hasta esta esclusa. Provisiones y agua para siete personas además del ingeniero. Todas las provisiones que quepan.

—¿Señor?, —le preguntó Bril, confundido. La *Urania* era una pequeña nave semiautomática con capacidad para seis tripulantes, utilizada como sonda en misiones de observación estelar y exploración de asteroides.

—Lo que ha oído, Bril. Capitán Gitzi —llamó Lindemann.

Guillermo se volvió hacia la imagen holográfica del comandante.

—¿Señor?, —replicó.

—Prepare un *briefing* presencial para siete personas.

—¿Dónde, señor? ¿Aquí? —Guillermo le miró, extrañado.

—Exactamente —y la imagen del comandante Lindemann desapareció.

9

Briefing

A través del portillo de la esclusa de la zona de aislamiento, Guillermo e Insele contemplaron al doctor Barrios mientras inyectaba uno a uno a sus seis futuros compañeros de viaje los potenciadores inmunológicos que necesitaban para hacer frente a la infección que les iba a provocar la exposición a los microorganismos nam.

Guillermo le señaló a Insele el más cercano:

—Ese es el primer oficial de esta nave. Se llama Bril. Tras él está un piloto llamado Mc Cool —se encogió de hombros—: Las mujeres que están a su lado son las Guardianas del Maestro, unas guardaespaldas. No conozco a la de pelo corto y la de pelo largo creo que se llama Aisha Cortés.

—¿Tienen estirpe?, —le preguntó ella inmediatamente.

—Si la tienen, no la conozco —le contestó Guillermo, sin saber muy bien a qué se refería.

—Las hembras, ¿están embarazadas?, —siguió Insele.

Guillermo se volvió hacia ella, extrañado.

—No creo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tienen pechos de gestante.

—En nuestra especie ese tamaño, con variaciones, es lo normal en las hembras. Los pechos aumentan de volumen a medida que progresa el embarazo —le contestó.

—¿Más?, —observó ella, asombrada—. ¡Qué incómodo!

Guillermo se encogió de hombros y continuó con la descripción:

—El hombre calvo es el Quinto Maestro Piloto y su nombre es Nguyen Faltenmeier.

Al final de la fila había un hombre entrado en la madurez, alto y

fuerte, con el pelo cortado al estilo militar. Guillermo se lo señaló con el dedo:

—No he visto nunca al último de la fila. No sé cómo se llama.

Insele le dijo sin dejar de mirar al grupo:

—Me parecen todos iguales. Me va a costar distinguirlos —comentó. Un momento después añadió—: Tenemos en común con vosotros los rasgos de la ancianidad; lo veo en el humano calvo. Luego te preguntaré sobre las hembras, pero ahora me interesa otro tema, ¿qué quiere decir Quinto Maestro Piloto? ¿Es muy hábil pilotando naves? Dijiste que el joven es piloto. ¿El viejo es el maestro del joven?

—No. Quinto Maestro Piloto es un título que tiene por ser la persona que nos guía por las estrellas. Es quien nos dice por dónde hemos de ir. Solo ha habido cuatro humanos con su talento antes que él.

—¿Cómo el Irdili Lam que dice la ley? ¿Algo parecido?

—No lo sé. Para que me entiendas, él explora las múltiples dimensiones del Universo con sus metasentidos y abre las rutas estelares a las naves espaciales. Es el mejor Maestro Piloto que ha tenido hasta ahora la Humanidad, aunque he oído que han encontrado un posible Sexto Maestro. Parece que es una mujer —le dijo Guillermo, que añadió con orgullo—: Este hombre es capaz de ver el espacio tiempo.

—¡¡Eso es imposible!!

—Vosotros, ¿cómo abrís vuestras rutas?

La nam vaciló un momento y le dijo un escueto:

—Lanzamos sondas.

—Nosotros no. Él encuentra por dónde entrar en el espacio multidimensional, el *Erre Ene*, como lo llamamos nosotros, y por dónde salir para aparecer en nuestro universo y en nuestro tiempo. Luego, una vez hecho el descubrimiento, se marca en las cartas estelares, los expertos hacen un estudio y cuando está todo bien, máquinas especiales dan el momento y las coordenadas de entrada y salida del *Erre Ene*.

—Te burlas de mí, Lidiri Lembo. Mientes. No es posible que un ser vivo haga eso en el espacio tiempo. ¡El Universo tiene reglas!

—Él sí puede. A mí me parece mucho más imposible y hasta terrorífico que exista un animal que traduzca lo que dices o lo que

escuchas a cambio de alimentarse de sangre.

Insele hizo un gesto con la mano y no respondió, sino que volvió a fijar su atención en los humanos al otro lado del ojo de buey.

El doctor Barrios y su enfermero, lento y meticuloso, parecían un sacerdote y su monaguillo administrando la comunión a un grupo de condenados cuando les pedía que abrieran la boca y les colocaba una pastilla sobre la lengua asegurándose de que se la tragaban. Luego parecía ejecutarlos cuando les apartaba con habilidad el uniforme parcialmente desabrochado y les inyectaba en el hombro con la pistola hipodérmica.

Así como los demás avanzaban cuando les llegaba el turno, cuando le llegó el suyo, Faltenmeier se cruzó de brazos y se apoyó en la pared de la esclusa a la espera de que el médico le atendiera. Guillermo le vio hacer una mueca de burla, abrir la boca y sacar exageradamente la lengua para recibir la pastilla. Luego rechazó el vaso de agua que le tendía el enfermero pero, al tragar se atragantó, tosió y escupió el medicamento.

Se figuró lo que estaba pensando el médico al ver la sonrisa infantil de satisfacción en el rostro del anciano y prefirió interesarse en el desconocido. A diferencia del resto, aquel tipo esperaba tranquilamente su turno de pie en el pasillo con una gran mochila a sus pies. Él fue quien dijo a los demás, señalando con el dedo el ojo de buey, que Guillermo e Insele les estaban mirando.

El grupo se volvió hacia ellos. Guillermo no necesitó saber qué estaban diciendo porque su lenguaje no verbal fue elocuente: les desagradaba que la alienígena les hubiera estado observando sin saberlo ellos.

El doctor Barrios y el enfermero se retiraron. Sus futuros compañeros recogieron su equipaje y se prepararon para entrar.

Ante el encuentro inevitable, Insele dijo:

—Espero poder aguantar vuestro olor. Me resulta mareante.

Las palabras de la nam llegaron a Guillermo teñidas con unas fuertes notas de una angustia que él no sentía y que tuvo que aguantar hasta que desaparecieron porque no sabía cómo deshacerse de ellas.

«¡Maldito brog!», exclamó para sus adentros, indignadísimo porque le parecía obsceno e indecente saber y sentir las intimidades ajenas, enfurecido por no saber la manera de evitarlo y furioso con

Insele porque no le hubiera preguntado si quería o no el simbionte. «Para ella será muy normal estar al tanto de mis sensaciones, pero yo me siento violado. ¿No se da cuenta de lo que me molesta?».

—¿Me lo podrías quitar?, —le dijo, señalándose el brog.

—No se puede —le respondió ella, tajante.

Retrocedieron unos pasos y quedaron uno junto a otro frente a la compuerta. La nam a la derecha del humano.

El primero en entrar fue Bril. El oficial era un hombre alto y quizá por eso se sintió pequeño al ver que la nam le sacaba más de una cabeza. Cuando la tuvo delante, lo primero que pensó fue que la extraña era el imposible cruce de un caballo con un saltamontes, rematado con unos bellísimos ojos verdes perfectamente humanos. Luego llegó su olor extraño, desagradable y penetrante. Intentó reprimir una mueca de asco, pero no pudo.

—Insele, le presento al Jacques Bril, primer oficial de la *Fiat Lux* —anunció Guillermo.

Con la mirada, el oficial le preguntó qué tenía que hacer.

Insele le mostró la palma derecha y Bril retrocedió un paso y se llevó la mano al cuello para protegérselo, temiendo que le saltara a la garganta otro gusano chupasangre como le había pasado a Guillermo cuando ella hizo ese mismo gesto.

—¿De qué tiene miedo?, —preguntó Insele.

—No lo sé —respondió Guillermo, que a continuación le dijo al oficial:

—No tema. Solo le está saludando.

Bril se sintió completamente ridículo y solo acertó a responder:

—Pídale que me disculpe. Ha sido un malentendido. ¿Dónde haremos el *briefing*?, —le preguntó para alejarse cuanto antes.

Guillermo le indicó una sala al lado donde había colocado asientos para todos juntando sillas, taburetes y unos contenedores de comida.

El siguiente en entrar fue Mc Cool. Guillermo hizo las presentaciones y el joven piloto apenas devolvió su apretón de manos. Después hizo un gesto mínimo para responder el saludo de Insele sin llegar a tocarle la palma de la mano y desapareció rápidamente de su vista, como huyendo de ellos.

Detrás del joven piloto estaba la mujer de pelo corto, que se quedó mirando a Insele con el gesto desafiante.

—No te conozco —le dijo Guillermo.

—Soy la teniente Danila Isabel Grant Fessen Zweiss, guardia personal del Quinto Maestro —respondió ella con orgullo, sin apartar la mirada de la nam.

Guillermo parpadeó, sorprendido. Su apellido era muy famoso. Estaba delante de la soltera más deseada de *El Huevo* porque era la heredera de una de las familias más ricas de la Humanidad, propietaria de varios planetas y de numerosas estaciones espaciales repartidas por todo el universo conocido.

—Insele no le va a hacer nada, teniente Grant.

—Por ahora —respondió la guardiana, que se alejó de ellos andando hacia atrás, sin quitar los ojos de Insele.

—Esa es la mayor de las dos hembras, ¿verdad?, —le preguntó la nam a Guillermo.

—Sí.

—Bien —Guillermo percibió una nota de placer y orgullo a la vez. Insele debía de estar satisfecha por haber acertado con su observación.

El siguiente en salir de la esclusa fue Faltenmeier, que se dirigió a la nam, diciéndole:

—Me siento muy honrado de conocerla, señora. Quedo a su disposición para colaborar con ustedes con mis humildes conocimientos para mejorar su navegación.

Guillermo repitió las palabras de Faltenmeier. Insele respondió al momento:

—¿Por qué me dijiste que los humanos no tenéis esclavos? ¡Lo primero que hace este es venderos al más poderoso!

—El Maestro no es un esclavo.

—Pues se porta como si lo fuera —le replicó ella.

—¡Sí que soy un esclavo!, —exclamó Faltenmeier al oír a Guillermo—. ¡Dígaselo! ¡Soy un esclavo de la Humanidad!

Guillermo se lo dijo e Insele no contestó. Faltenmeier se alejó murmurando. Danila Grant salió a su encuentro y lo llevó de la mano a la sala donde aguardaban Bril y Mc Cool.

Tras el Maestro vino Aisha Cortés. Guillermo vio en ella la actitud de los oficiales cuando quieren ser tratados con el grado por delante, y le dijo:

—A usted tampoco la conozco, teniente.

—Soy la teniente Aisha Cortés. Guardia personal del Quinto Maestro —mientras hablaba, miraba con curiosidad a la nam. Tocó sin miedo y con naturalidad la palma de Insele al hacer esta el gesto de paz y estrechó con decisión la mano de Guillermo.

Por último, apareció en la esclusa el hombre alto y grande que cerraba el grupo. El tipo avanzó hacia ellos con la mano tendida:

—Soy Kern Tacla, el ingeniero jefe de la *Fiat Lux* y ahora de esta pequeña maravilla que es la *Urania*. Encantado de conocerles.

Guillermo le presentó a Insele y, por primera vez, la vio dudar un momento al hacer su gesto de paz. El ingeniero respondió al saludo sin vacilar y luego le preguntó a Guillermo:

—¿Saben ustedes por qué estamos aquí?

—No tengo ni idea, pero dentro de unos minutos, el comandante Lindemann nos lo contará —le contestó Guillermo.

Insele se volvió hacia él para decirle algo, pero en ese momento se materializó Elvira detrás de Tacla como si ella también saliera de la esclusa.

—¿No me presenta, capitán Gitzi?, —le preguntó la IA.

—¿Cree que es necesario, Inteligencia?

—Creo que sí.

—Muy bien. Insele, esta es Elvira. Es nuestra inteligencia artificial.

—Lo imaginaba porque no huele y pone los pelos de punta. Con las nuestras eso no pasa. ¿Está a vuestro servicio o es independiente?

—A nuestro servicio. Es lo más próximo que tenemos a un esclavo. Debe hacer lo que le ordenamos.

—¿A mí me haría caso?

—No lo sé —Guillermo se volvió hacia Elvira—. Inteligencia, ¿harías caso de Insele si pudierais entenderos?

Kern Tacla les miraba con una sonrisa, como si disfrutara del espectáculo.

—Ella no es humana —la IA se cruzó de brazos.

—Pero es inteligente y es libre. No es una inferior. Deberías obedecer lo que te diga.

—Pero no es humana —dijo, desapareciendo a continuación.

Guillermo miró a Insele:

—Creo que nuestra IA no te haría caso.

—Lo supuse desde el principio. Seguiré tratándola como si no existiera.

En ese momento se materializó la imagen del comandante Lindemann junto a Guillermo.

—Capitán, ¿está preparado el *briefing*?

—Le están esperando, señor —contestó Guillermo, haciéndole una seña hacia la sala.

Al verlos reunidos, Lindemann sonrió complacido un par de segundos. Luego, su expresión se endureció.

—Les he escogido para garantizar el éxito de nuestra misión, que ahora es salvar al Quinto Maestro y hacer que la información que hemos reunido llegue a Vieja Tierra —hizo una pausa para posar su mirada en cada uno y luego continuó—: Como saben, parece que vamos a ser atacados por una de las naciones de la especie nam, la Nación Nómada. No tenemos muchas posibilidades de sobrevivir a ese ataque a pesar de la protección que dice Insele que nos ofrecen *Nube Gris* y *Liebre*. Por eso hemos preparado la *Urania*, que es más rápida que la *Fiat Lux*, y ustedes se irán en ella. Nosotros les cubriremos la huida mientras podamos. Durante ese tiempo, el Maestro Faltenmeier deberá buscar un tiempo y un espacio al que puedan saltar para ponerse a salvo. Les hemos puesto hasta las cejas de reforzadores de sus defensas porque Insele irá con ustedes, si es que no tiene inconveniente.

Al oír que la nam les acompañaría se oyeron en la sala murmullos y un *¡Carajo!* ahogado. Guillermo dudó entre Mc Cool y Danila Grant.

—Si me permite, comandante… —dijo la IA delante de todos.

—¡Cállese! —Lindemann se dirigió de nuevo al grupo—: Se irán aprovechando la sombra que produce *Nube Gris* a los sensores de las naves enemigas. Imagino que eso les hará indetectables durante unas horas, las suficientes para que el Maestro encuentre dónde ir. El oficial al mando será Bril. Eso es todo. Capitán Gitzi, resúmale a la nam nuestra situación y añada que confiamos en que disfrute de nuestra hospitalidad en la *Urania*. ¿Alguna pregunta?

—¿Y si el Maestro no encuentra donde ir?, —le preguntó Guillermo.

—Entonces, nuestro sacrificio será inútil —respondió Lindemann, que añadió—: Acaban de tender el *finger* hasta la

Urania así que no pierdan el tiempo. Buena suerte.

10
Astronave de exploración

El holograma de *Nube Gris* flotaba en el 3D, brillando en la penumbra del puente de mando de la *Urania*. Era un gran copo de algodón sucio recortado contra un espectacular fondo de estrellas. Debajo de la enorme nave nam, y tan pegada que era preciso agacharse para verla, se distinguía el disco blanco de la *Fiat Lux* como una cría minúscula refugiada bajo la descomunal masa de la astronave alienígena.

Guillermo buscó en el óvalo del holotanque, allí donde la inmensa cosmonave nam dejaba espacio, alguna señal de *Liebre*, pero no la encontró. Pensó en preguntarle a Insele, aunque la respuesta era evidente. «Habrá huido, como hicieron las otras naves de nuestra escolta», pensó. «No hay tantas diferencias entre ellos y nosotros. El miedo es universal».

Quitó la mirada del 3D y observó el puente de mando. En ese instante tuvo la inquietante y desagradable sensación de estar viendo la estampa del futuro que tenían por delante: los humanos agrupados en completo silencio a un lado del 3D, y la nam, sola y frente a ellos, al otro.

Los rostros humanos reflejaban una profunda preocupación y sus miradas iban del holotanque a la extraña. Por su parte, Insele observaba *Nube Gris* sin que pareciera afectada por ese comportamiento, pero al cabo de un rato les volvió la espalda y se cruzó de brazos. No se necesitaba ser nam para entenderla: no tenía ganas de seguir aguantando el comportamiento de sus compañeros y, por no irse de allí, se distraía contemplando las estrellas, visibles a través de las grandes ventanas de observación.

Sin embargo, unos momentos después, se dio la vuelta de nuevo,

desafiante, y contempló la holografía como si estuviera comprobando qué tan fiel era la imagen virtual respecto de la real. Entonces, al percibir ruido al fondo del puente, sus ojos verdes se clavaron en el pasillo de entrada. Un instante después entró Aisha Cortés, que se reunió con sus compañeros, pero luego se apartó ligeramente del grupo.

Guillermo escrutó el rostro de Insele intentando descubrir alguna reacción, pero no logró leer ningún sentimiento a pesar de la información emocional que le transmitía el brog. Un rato después abandonó el intento. «No sé por qué me empeño», pensó. «En esto somos muy diferentes a ellos».

La voz de Kern Tacla en los altavoces contrastó con el manto de silencio y gravedad que cubría el puente cuando anunció con un marcado optimismo desde la sala de máquinas:

—¡Puente! Estamos a máximo impulso.

Calipso, la IA de navegación, varió entonces la escala de la imagen 3D. *Nube Gris* fue disminuyendo de tamaño hasta convertirse en una chispa señalada con un rótulo verde.

A la vez apareció la recreación del rumbo que debían seguir como un fideo amarillo en el 3D, sorteando los tres agujeros negros. Con una chispa colorada y un parpadeante rótulo, Calipso representó las naves nam que les estaban dando caza, en esos momentos tan alejadas que era imposible saber si era una o varias.

A pesar de la tensión del momento, Guillermo no pudo dejar de admirar el vals de los tres fenómenos cósmicos, mostrado por Calipso a tiempo acelerado, rotando en un delicado equilibrio marcado por la fluctuante potencia de sus enormes pozos de gravedad. La fuerza infinita de aquellos agujeros negros tragaba desde hacía millones de años, sin descanso y con unos brutales estallidos de energía, dos enormes y deslumbrantes remolinos de estrellas que refulgían como racimos de gemas, a veces rojizas, a veces blancas y muchas veces ambarinas, pero siempre diferentes.

—¿Os gusta?, —les preguntó la IA.

—¡Qué maravilla!, —exclamó Faltenmeier, el rostro iluminado por el resplandor del holotanque. Sus compañeros se volvieron hacia él, indignados por su falta de empatía hacia la *Fiat Lux* en esos momentos.

Bril seguía con la vista la cinta amarilla centelleante que

señalaba el camino a seguir hasta que entraran en el *Erre Ene* mientras sopesaba las probabilidades que tenían de escapar. «Pocas», se decía cuando el Maestro se admiró. El oficial tuvo que reconocer que, a pesar del momento, el espectáculo que ofrecía el 3D por iniciativa de la IA era impresionante.

«Si una mano divina hubiera separado los astros a lado y lado del Cosmos lo habría hecho así», se dijo. Entonces recordó la antiquísima leyenda que le habían repetido mil veces, cuando era un niño, de cuando el dios de sus padres apartó las aguas del Mar Rojo en Vieja Tierra creando un corredor por el que pasó el Pueblo Perseguido y pensó que aquello debió de ser parecido a lo que estaba viendo, solo que con agua.

Se sintió culpable por no estar ejerciendo el mando. Dejó de distraer su mirada en los brillantes brazos de estrellas que desaparecían en el interior de los agujeros negros y de recordar las interminables clases de religión, y volvió a la incómoda realidad.

Por una parte, le enorgullecía que Lindemann le hubiera otorgado el mando y estaba dispuesto a cumplir con sus órdenes, pero también pensaba que no tenía ninguna experiencia bélica, aunque seguramente debido a lo lejos que estaban de *El Huevo*, había sido escogido por su larga experiencia en la exploración astronómica de sistemas estelares desconocidos y en el cálculo de saltos de entrada y salida al *Erre Ene*.

La nam era una dificultad añadida porque le inspiraba un temor irracional. Quizá fuera por el miedo a la infección que aún tenían que pasar o por su aspecto de monstruo de *erreuve* o por el rechazo que le causaba su olor o tal vez un poco por todo. El caso es que le daba pavor y tenía la impresión de que no era el único en la *Urania* con ese problema. Y, por si fuera poco, según Elvira, tanto la propia nam o el brog del capitán Gitzi podían ser un caballo de Troya con la misión de acabar con ellos en el caso de que la Nación Nómada fracasara en su ataque.

Consultó la hora. Elvira tardaba. La IA había sido duplicada en la *Urania* junto con toda la información de su viaje y sin duda no se había materializado porque todavía estaba ocupada modificando los ordenadores para que pudieran albergar su enorme volumen entre todos. Deseó que apareciera pronto para tener alguna sensación de control en esa situación en la que ninguno quitaba el ojo de la

alienígena.

Aunque estaba cumpliendo órdenes y se alejaba del peligro, se avergonzaba del sacrificio que hacían los compañeros que se quedaban en la *Fiat Lux*. Miró al Maestro Faltenmeier y se preguntó de nuevo si el anciano sería capaz de hallar por dónde escapar de sus perseguidores y después, por dónde volver a *El Huevo* porque ningún humano había llegado nunca tan lejos como ellos.

Nguyen Faltenmeier sonrió al sentirse observado. Puso las manos a la espalda y separó las piernas pensando que, aunque no eran los primeros súpercúmulos estelares que veía ni los únicos agujeros negros que rodeaba en un viaje de exploración, aquellas estructuras estelares eran incomparablemente mayores, más gloriosas y más brillantes que cualesquiera otras que hubiera visto, y quizá por eso también, eran más ominosas.

Ninguno de sus compañeros parecía darse cuenta de que ningún ser humano había llegado nunca a un lugar tan extraordinario. Las trombas de estrellas que les flanqueaban eran unas Columnas de Hércules cósmicas que parecían señalar el final del Cosmos. Por eso había marcado esa zona salvaje y bella en las cartas estelares con el nombre de *Finis Mundi*.

Estuvo a punto de pedirle a Danila que le trajera un vaso de agua porque tenía la boca seca. La miró. Parecía muy preocupada y se preguntó por qué ya que su trabajo era muy fácil: no tenía otra responsabilidad que protegerle y de que no le faltara nada. «Y yo tengo la enorme y pesada obligación de abrir los caminos a las estrellas», reflexionó, «Y cada día lo hago peor que el anterior».

Sintió un súbito calor en la boca del estómago al pensar que debía hallar el camino de vuelta a Vieja Tierra sin las guías y las referencias que había dejado a lo largo del viaje. «No seré capaz», se dijo. «Esta vez fracasaré».

A su lado, Mc Cool jugueteaba con el mando satélite de la consola de navegación, molesto por el olor a viejo que emanaba del Maestro. El piloto no confiaba en que Faltenmeier fuera capaz de hallar una discontinuidad en el tejido local del espacio tiempo que la *Urania* pudiera ampliar para colarse en el espacio *Erre Ene* y escapar de allí.

La urdimbre espacio temporal estaba muy tensa debido a las enormes fuerzas gravitatorias de los agujeros negros. Teóricamente

era un tejido absolutamente liso y, precisamente por eso no podía tener imperfecciones o arrugas que se pudieran aprovechar para que la Urania se colara por ellas. No comprendía que Lindemann les enviara de vuelta a casa en la *Urania* sabiendo eso tan bien o mejor que él.

Antes de su traslado a la *Fiat Lux*, Mc Cool había oído rumores de que el Maestro Faltenmeier había perdido su talento. Al principio no los creyó, pero una vez a bordo de la *Fiat Lux* tuvo que admitir que eran ciertos y su desencanto fue absoluto. Su ídolo de la infancia era en realidad un anciano presuntuoso que culpaba a los demás de sus errores y disimulaba sus inseguridades tras violentos accesos de cólera.

Era cierto que tenía algunos golpes de genio pero, en realidad, eran más producto de la experiencia que del talento. Que había perdido facultades era evidente: obligaba a soltar innumerables balizas por el camino para no perderse y no podía prescindir de los cuidados de sus dos guardaespaldas, que actuaban con él como si fueran sus nodrizas.

Las chispas del 3D llamaron su atención. *«¡Carajo!»*, pensó viendo lo rápido que avanzaban. Se sintió desleal por no estar a bordo de la *Fiat Lux* para hacer frente al ataque.

La IA le confirmó su cálculo mental. Las naves de la Nación Nómada tardarían unas pocas horas en alcanzarles una vez les descubrieran. Entonces acabaría su aventura y, en el remoto caso de que lograran escapar, llevaban a bordo al enemigo por partida doble: la nam y el parásito que llevaba al cuello el capitán de los Anónimos. Estaban perdidos y Mc Cool no lograba entender cómo era que Lindemann no se había dado cuenta.

Guillermo se volvió hacia Mc Cool al advertir cómo miraba este a Insele. En un gesto nuevo e inconsciente, acarició con cuidado el brog de su cuello. La expresión de Mc Cool al mirar a la nam no presagiaba nada bueno, pero aún era benévola comparada con la mirada venenosa que Danila dirigía a la alienígena.

—Le pareció que Faltenmeier y Aisha Cortés eran los únicos que parecían tolerar a Insele, mientras que Bril ocultaba sus sentimientos tras un rostro perfectamente neutral. El viaje no se presentaba nada bien.

Danila Grant fue la primera en hablar hacia los demás:

—¿Por dónde vendrán esos nam nómadas?, —preguntó y miró directamente a Insele, como si esta pudiera entender lo que había dicho—. Por cierto, huele horrible. ¿No os parece? No creo que lo pueda aguantar todo el viaje.

—A mí no me huele a nada —le replicó Faltenmeier. Después señaló con el dedo un sector de la holografía—. Su vector me indica que se acercarán desde esta dirección. Deben de estar a unos pocos minutos luz de distancia.

—Perdone Maestro, pero vienen desde aquí —le corrigió Mc Cool indicando un punto con decisión inmediatamente detrás de la chispa parpadeante. Luego con un gesto de la mano, indicó—: Nosotros estamos aquí para que la grande nos haga de pantalla. Ese es el plan.

Danila miró al anciano temiendo una respuesta violenta y furiosa. Sin embargo, Faltenmeier se enderezó y le dijo con benevolencia fingida, quizá por no ponerse en evidencia delante de la nam:

—Muchacho, es usted todavía muy joven. No tiene ni idea de lo que dice.

Con una mueca, Danila le envió al Maestro un «No siga. ¿Qué más da?» y este le hizo caso. Mc Cool se retiró del 3D y se sentó frente a la consola de navegación con una sonrisa en los labios.

La chispa roja fue creciendo de tamaño. Cuando tuvo la medida de una naranja vieron que el grupo atacante estaba compuesto por cinco naves de gran tamaño y unas siete u ocho más pequeñas.

—¡Uff!, —exclamó Cortés—. Son demasiadas. Los nuestros no tienen ninguna posibilidad.

Mc Cool hizo una pequeña corrección de rumbo para que *Nube Gris* siguiera tapándoles y comprobó con Tacla que la *Urania* mantuviera la máxima aceleración.

Los navíos nam se desplegaron en círculo, las naves más grandes formando un aro interior y las pequeñas uno exterior. El joven piloto levantó la vista y les dijo con pesimismo:

—No tardarán en descubrirnos. Al adoptar esa formación en círculo se ha reducido mucho el cono de sombra que nos protegía. No tardaremos en quedar al descubierto.

Unos minutos más tarde, los atacantes detuvieron su avance ante *Nube Gris*.

—¿Por qué se han parado? ¿Qué hacen que no disparan?, —se preguntó Danila en voz alta.

Los humanos se miraron entre sí, extrañados, porque esperaban que o bien comenzara el combate o que los atacantes siguieran adelante para precipitarse sobre ellos. Danila se volvió hacia Insele, reprochándole:

—¿Por qué lo han hecho? ¿Para parlamentar? Son de los tuyos y lo sabrás, ¿no?

—¡Danila!, —exclamó Aisha—. Ella no tiene ninguna culpa.

—¿Ahora te gustan los nam?, —le espetó, volviéndose hacia ella.

—A veces eres tan desagradable… —le replicó con amargura.

Insele habló sin quitar la vista de las imágenes del 3D. Emitió una serie de trinos, silbidos y gorjeos absolutamente ininteligibles para todos salvo para Guillermo.

—La del pelo largo me ha hablado y parece que discute con la de pelo corto. ¿Qué me ha dicho esa humana?, —le preguntó Insele.

—Te pregunta si sabes por qué se han detenido las naves nam y no han atacado.

—Porque nuestro proceder es civilizado —respondió Insele con naturalidad—. *La Que Siempre Triunfa* o *Nube Gris*, como la llamáis, estará advirtiendo a las naves de la nación Nómada que es inmune porque se encuentra bajo la protección del Irdilale Lam, y con ella nosotros y vuestro navío original. Les dirá que las tres están protegidas con un gran conjuro y que grande y tremenda maldición caerá sobre ellos si se rompe la inmunidad. Así hace siempre el Irdilale Lam y así lo estará haciendo ahora.

Guillermo transmitió la respuesta. Danila iba a replicarle, pero Elvira se materializó junto a ella y dijo:

—Miente. Los conjuros son irracionales. Lo más probable es que estén negociando la entrega de la *Fiat Lux* a cambio de no ser atacados.

—No sé si conjuro es la palabra más adecuada —intentó aclarar Guillermo—. A veces el brog…

—Para capturarla y tomar rehenes —puntualizó Danila, interrumpiéndole.

—Exactamente —continuó Elvira, hablando solo con la oficial y obviando lo que iba a decir Guillermo—. Nuestros bancos de datos contienen una gran cantidad de información estratégica de *El*

Huevo que puede ser utilizada contra nosotros, los humanos. Y la tripulación somos una buena moneda de cambio.

Guillermo se sorprendió otra vez de que la IA se identificara como humana. Aisha, junto a Faltenmeier, negó con la cabeza y aseguró:

—El comandante Lindemann nunca permitiría dar información con la que se pudiera atacar *El Huevo*. Antes destruiría la nave.

—Estoy de acuerdo —remachó Mc Cool desde la consola—. O sea, que abordarán *Fiat Lux* y harán esclavos. ¿No es así?

—¿No podéis ser un poco más respetuosos?, —les preguntó Aisha, indignada, al ver la expresión sarcástica con la que Mc Cool se volvía hacia Insele—. Ella arriesgó su vida para advertirnos. ¿No viste el video de la pelea? Lo pasaban a todas horas en la Comunidad.

Elvira la corrigió con un dedo admonitorio:

—O la enviaron para separarnos y convertirnos en un blanco fácil, que es lo que somos ahora mismo.

—Divide y vencerás, se decía en Vieja Tierra —añadió Danila.

Guillermo tradujo únicamente la pregunta de Mc Cool e Insele le respondió:

—Será destruida. Seguro. Vuestra nave es muy pequeña, demasiado pequeña. Y tiene forma de… de… lenteja y eso no da suerte —le tradujo al fin su brog.

Guillermo se indignó:

—Puede que sea pequeña comparada con vuestras naves —le respondió con orgullo muy mal disimulado—, pero su armamento es muy poderoso. Y eso no tiene que ver con la suerte.

—¿De verdad? Dime, Lidiri Lembo. ¿Qué clase de armas tiene vuestra nave canija que puedan hacerle algo a las poderosas astronaves de asalto de la nación Nómada? Apenas os caben en las bodegas soldados para un abordaje, y mucho menos para defenderos de uno.

—¿No usáis proyectiles o disparos de energía concentrada?, —le preguntó Guillermo.

—Los proyectiles no son útiles en la media y larga distancia —el brog añadió a continuación una nota de sorna—. ¿Los vuestros sí?

Aunque Insele contestaba con trinos, silbidos y gorjeos, los humanos deducían el contenido de la conversación a partir de las

contestaciones de Guillermo. Bril comenzó a inquietarse.

—Nosotros… —comenzó a decir Guillermo.

Bril y Aisha se miraron alarmados. Antes de que ninguno de ellos pudiera decir nada, Elvira interpuso su cuerpo ionizado entre la nam y el humano, y le dijo con acritud:

—¡Calla, capitán! Deja de hablar o acabarás contándole todos nuestros secretos.

Guillermo se apartó de Elvira y continuó:

—… también preferimos los abordajes. Algo más que tenemos en común.

—¡Dile que se meta en sus asuntos!, —chilló Danila.

Insele trinó. Luego de escucharla, Guillermo les tradujo:

—Dice que no os espera una muerte gloriosa. Nos van a perseguir, nos abordarán y nos matarán como a… a… —Oyó el fuerte y penetrante silbido que le indicaba que el brog no encontraba la traducción en su cerebro, lo que le produjo una mueca de dolor.

Al ver su mueca de sufrimiento, Bril se preguntó de nuevo si Guillermo estaba siendo forzado por el parásito.

Mc Cool se dirigió a Insele, indignado:

—¿Cómo que os? ¿Nosotros moriremos y vosotros os salvaréis? ¿Nos matarán tus microorganismos o tus amigos nómadas, bicho?

Guillermo intervino entonces:

—Eso es lo que ha dicho o lo que he entendido. Y no tiene que ver con la infección —le replicó, harto de esa situación. Luego se dirigió a Insele—: ¿Tú no vas a morir como nosotros? ¿Te van a perdonar la vida?

—Tú te salvarás porque es tu Destino —le contestó ella.

Guillermo le preguntó a Insele, perplejo:

—¿Estamos predestinados? ¿Eso crees?

La nam no le respondió y se volvió hacia el 3D.

«¿Será *hijaeputa*?», se dijo Guillermo. «¿Qué manera de contestar es esta?».

Al ver el gesto de Insele, Bril decidió intervenir en aquel momento para detener la discusión:

—Tenemos unas órdenes que cumplir —los humanos se volvieron hacia él. Se dirigió a Faltenmeier—: Maestro, es su turno. Encuentre un resquicio que nos permita irnos de aquí y volver a

casa —y añadió—: Cuanto antes.

El Quinto Maestro se irguió y le respondió, orgulloso:

—¡Por supuesto que sí!, —dio media vuelta seguido de sus dos guardianas para dirigirse al pequeño planetario de la *Urania*.

Guillermo le vio marcharse con mucha dignidad. Antes de que saliera de la sala Mc Cool anunció con voz grave:

—Nos han descubierto. Al menos dos de sus naves se dirigen hacia nosotros. Son mucho más rápidas de lo que esperábamos.

Las miradas se dirigieron al 3D. Una nave grande y otra pequeña se habían separado de la formación y enfilaban hacia ellos. Eran tan veloces que solo podían representarse como chispas.

Bril le preguntó:

—¿Cuánto tardarán en alcanzarnos?

—Menos de veinte minutos —y añadió—: Ni siquiera nuestros *Carteros* logran esa aceleración.

El peso de la responsabilidad cayó de golpe sobre Faltenmeier. Hasta ese momento, otros se habían encargado siempre de resolver los problemas. Palideció y por un momento le temblaron las piernas al entrar en el planetario, pero en la penumbra nadie se dio cuenta.

«¡Solo veinte minutos!», se dijo, notando cómo le abrasaban las entrañas.

11
Roc

Iluminado por el glorioso fulgor de las estrellas de *Finis Mundi*, flotando ingrávido y a solas en el planetario mínimo de la *Urania*, el Quinto Maestro Nguyen Faltenmeier deseaba no haber nacido. Después de su última e infructuosa exploración del espacio *Erre Ene* se sentía absolutamente incapaz de hallar una discontinuidad que les pudiera, no ya sacar de allí, sino ir a alguna parte.

¿Cómo había sido capaz de equivocarse en saber por dónde venía el enemigo?, se preguntaba una y otra vez. ¿Cómo había sido posible que un muchacho le hubiera podido corregir en público algo tan sencillo?

Conocía la respuesta, pero se negaba a aceptarla: la vejez le estaba volviendo inútil y la fuerza de los sucesos añadía por su cuenta otra verdad: ya no era el Quinto Maestro que había sido ni volvería a serlo.

A renglón seguido imaginó el motivo por el que le habían enviado a esa misión tan peligrosa con los nam e hizo un puchero: era tan prescindible como el Anónimo.

Las lágrimas le llenaron los ojos y reprimió varios sollozos. «No llores y prepárate. Aún puedes dar mucha guerra, se dijo para sobreponerse. Mucha más que la malnacida de Sara, esa que acaban de nombrar Sexto Maestro». Cogió el inyector hipodérmico y un cartucho de Roc, la droga que le facilitaba sumergirse en el *Erre Ene*, con la intención de inyectarse pero las manos le temblaban tanto que no logró colocar la carga en el aparato.

Una mano cálida se apoyó suavemente en su hombro. Levantó la vista.

Danila flotaba junto a él en el planetario. Le estrechó contra su

pecho y Faltenmeier se deshizo en un llanto silencioso. Cuando los sollozos disminuyeron, la guardiana le separó de su seno.

—¿Nos queda tiempo?, —le preguntó él.

—Unos diez minutos, Maestro —le respondió ella, mesándole el cabello y acariciándole la cabeza—. Quizá menos. Hay que darse prisa, Nguyen.

Faltenmeier la miro rendido por completo, sin fuerzas ni esperanza de poder cumplir su misión. Ella le cogió el inyector, le tomó con suavidad y firmeza por el brazo y le susurró al oído:

—Cualquiera puede equivocarse. No tengas temor, Nguyen. Eres el Quinto Maestro y llevas demostrándolo toda la vida. Si has sido capaz de traernos aquí, seguro que también eres capaz sacarnos de este lugar. Nadie más en el universo es capaz de hacerlo, ni siquiera Sara; lo sé bien.

Faltenmeier la miró, los ojos congestionados por el llanto, pero muy abiertos. Como en ocasiones anteriores, antes de llegar a *Finis Mundi*, las palabras de Danila le sacaban del pozo de la conmiseración y se convertían en la muleta que le permitía seguir adelante.

Se sorbió los mocos y le replicó ilusionado:

—¡Sí! ¡Soy el Quinto Maestro y puedo sacaros de aquí! ¡Soy el único capaz! Sin mí no tenéis nada.

Danila dudó y al final colocó tres cargas de Roc en el inyector, le cogió el brazo con fuerza para que no escapara y le pinchó las tres seguidas haciendo un esfuerzo por no retorcer la aguja en el delgado, fofo y pálido brazo del anciano.

«¡Qué asco! ¡Y ni se ha enterado de que le he metido tres!», pensó al soltarlo. «¡Si no te mata esta triple dosis, ojalá te maten los microbios de la alienígena, maldito cabrón vanidoso, caprichoso y desagradecido! Si no fuera porque debo mantenerte vivo…». Sin embargo, le preguntó con suavidad:

—¿Estás bien, Maestro? ¿Te hice daño? Te inyecté una dosis doble para ayudarte —le mintió.

—¡Tendré calambres en todo el cuerpo! ¡Me dolerá mucho!

«¡Y más que tendrás!», se le ocurrió a Danila como respuesta, pero le dijo con voz maternal:

—Lo sé y también sé que como eres el Quinto Maestro no te importa el dolor con tal de sacarnos de aquí.

12
Puente de mando

Mc Cool tabaleó impaciente en el brazo de su butaca. No podía hacer otra cosa que pequeñas correcciones de rumbo hasta que Faltenmeier le diera las coordenadas de una discontinuidad. Cuando llegaran los datos, él ordenaría a Calipso que forzara esa *arruga* del espacio tiempo, abriéndola por la fuerza con la energía acumulada en los condensadores
Shama-Levy.

Entonces, gracias a su forma, la *Urania* se deslizaría a la seguridad del espacio *Erre Ene* despareciendo del espacio normal y enfilaría, por así decirlo, la anomalía congruente que previamente había hallado el Maestro. Entonces esos mismos generadores abrirían desde el interior la malla del espacio para salir al lugar previsto, en el tiempo adecuado y en el mismo universo.

Mc Cool se levantó de su asiento frente a la consola de navegación y dejó en la butaca el mando satélite. Al ver que abandonaba su puesto, Bril le espetó:

—¿Qué hace? ¡El Maestro puede iniciar el dictado de coordenadas en cualquier momento!

Tacla, que había vuelto de la sala de máquinas confirmó:

—Los condensadores están cargados al máximo a la espera de su visto bueno, piloto.

—No se engañe, Bril —le respondió el joven sin mirarle, acercándose al holotanque con aire insolente—. Con el tiempo que lleva el viejo metido en el planetario, hace rato que deberíamos tener esas coordenadas.

Bril le corrigió al instante:

—Comandante Bril, si no le importa.

Mc Cool se volvió hacia el oficial con una sonrisa condescendiente:

—El viejo no va a decir nada porque no va a encontrar nada. Aquí la malla está tensa como el cuero de una tambora. Lisa por completo —repitió. Y remató con un gruñido—: Parece mentira que usted no lo sepa.

Bril se enderezó y le dijo con voz gélida:

—Le ordeno que vuelva a su lugar y espere las coordenadas.

Mc Cool le sostuvo la mirada con suficiencia, se encogió de hombros y volvió lentamente a su asiento.

—¿Qué importa lo que haga? Ese bicho —le dijo señalando a Insele y a Guillermo— ha dicho que moriremos todos salvo ellos dos.

Elvira avisó:

—Quedan menos de cuatro minutos para que nos alcancen. La *Fiat Lux* ha disparado dos misiles *n-mat* hacia las naves que nos persiguen —y sentenció—: Calculo que hay pocas probabilidades de que entren en el *Erre Ene* superficial.

—Espero que te equivoques, Elvira —observó Guillermo, que tradujo a Insele el anuncio del disparo de los proyectiles y su naturaleza.

Insele no respondió, sino que señaló la traza chispeante y ambarina que dejaban las naves nam y, detrás, la señal verde de los misiles. Uno de ellos desapareció y un instante después apareció junto a la más atrasada de las naves nam. Cinco segundos más tarde, ambas señales se fundieron en una gran esfera blanca de brillo cegador.

—¡Bien por Lindemann!, —exclamó Guillermo—. ¡Ahora el otro *n-mat*!

Pero la segunda traza verde siguió brillando, cada vez más atrasada. A su vez, la centella ambarina acortaba rápidamente la distancia con la *Urania*.

Si el *n-mat* no hallaba inmediatamente alguna pequeña discontinuidad superficial, nada podría evitar que les abordaran. Y si entraba tarde y aparecía tras su objetivo, la nave enemiga estaría tan cerca de la *Urania* que la materia de ambas astronaves

reaccionaría con la no materia del misil y serían todos destruidos.

Elvira informó:

—El enemigo ha comenzado a frenar. Calculo que están sometidos a unas 25 ges.

—Ojalá pasen a 150 y acaben aplastados —gruñó Mc Cool desde la consola—. Inicio una maniobra de evasión, pero no va a servir de nada.

Guillermo murmuró:

—Estamos perdidos.

13
Congruencia de Horst

Respiró hondo para invocarse el trance y, bajo la triple dosis de Roc, el Quinto Maestro entró en una transposición profunda. Rápidamente desplegó sus sentidos en busca de la baliza que había dejado al inicio de *Finis Mundi*, pero ni la encontró ni le llegaba su señal. Había confiado en utilizarla para salir de allí, pero los nam debían de haberla destruido. Desaparecida su esperanza, se sintió impotente y sin saber qué hacer. Tras un puchero, las primeras lágrimas aparecieron en sus ojos.

La urdimbre del espacio y del tiempo era caprichosamente cambiante. El *Roc* le permitía proyectarse mucho más allá de los cúmulos estelares y de los agujeros negros y se decidió a explorar por si Danila o Bril le pedían explicaciones. Encontró algunas congruencias, pero eran cambiantes e inadecuadas para ser utilizadas con un mínimo de seguridad.

Comenzó a jadear y a sentir grandes sofocos. Se le acababa el tiempo en el espacio *Erre Ene*. Tomó aire profundamente varias veces y se proyectó en el *Erre Ene* en una explosión potente y extraordinaria. Entonces se le agitó el estómago y comenzó un dolor lento, creciente e imparable en la pantorrilla derecha. Luego en el muslo izquierdo. El *Roc* empezaba a acalambrarle.

Un tercer calambre le inmovilizó el cuello y la espalda. Estaba a punto de rendirse cuando se dio cuenta de que en esos momentos era capaz de abarcar una porción enorme del espacio tiempo. Eso le animó y aunque el dolor creció el límite de su resistencia, no dejó de ver con los sentidos de su mente. Nunca había llegado tan lejos con el *Roc* y el cuerpo nunca le había dolido así. Cuando creyó que no podía más, tras un nuevo calambre en los dedos de la mano

derecha que le hizo chillar de dolor, el sufrimiento desapareció por completo.

Fue como llegar a la cima de la montaña tras un esfuerzo titánico. Fue el final del padecer y el inicio de percibir el entorno con una nueva perspectiva. El efecto de la sobredosis junto con sus años de experiencia le habían permitido una maduración interior cuyo fruto recogía ahora: sentirse en íntima comunión con el Universo, como si formara parte de él.

La experiencia fue absolutamente mística e intransferible. Jamás podría explicarla ni sabría a ciencia cierta cómo la logró. En aquellos momentos comprendió a la perfección la esencia del espacio tiempo, las peculiaridades del *Erre Ene* y sus propiedades, y halló la clave para controlar el viaje en el tiempo y, con ello, planear una ruta que le permitiera alcanzar su más secreto deseo: escapar de la Humanidad.

En esa situación apareció en el lejano horizonte de su percepción una congruencia de Horst con la firma de las alteraciones
Shama-Levy.
«Asombroso», se dijo. Supo que esa discontinuidad era mínima y estaba casi cerrada, y que daba salida muy lejos, pero también supo que era adecuada en el tiempo y el espacio y que pertenecía a su mismo universo.

Sonrió. «Un Shama-Levy. Algo humano».

A través de su implante, traspasó sin más comprobación las coordenadas a Calipso, que las introdujo en el ordenador de navegación a la espera de que Mc Cool diera su visto bueno.

A la vez percibió una perturbación en el *Erre Ene* superficial cercano. Era el misil
n-mat
disparado por la *Fiat Lux*, atrapado por las inestabilidades del espacio tiempo que producían los tres agujeros negros. El proyectil permanecería allí, zarandeado por toda la eternidad, hasta que alguna casualidad lo llevara al interior de uno de los tres pozos de gravedad. Entonces desaparecería para siempre.

14
Sacrificio

Sentado a la consola de navegación, Mc Cool era el único que no estaba de pie pendiente de las holografías que representaban la *Urania* y su atacante. Su maniobra de evasión había fracasado por completo. Había salido tan mal que le enfurecía la idea de que pudiera pensarse que no sabía manejar su astronave.

—El Maestro no dice nada —se quejó.

Bril, temiendo que abandonara el puesto, se puso a su lado.

—Un minuto y dieciocho segundos para el contacto —anunció Elvira.

La escala del 3D cambió automáticamente para mostrar la distancia de la nave atacante respecto a la *Fiat Lux*, dejando fuera de campo el espacio cercano. El enemigo estaba ya muy cerca.

—Se quieren garantizar el éxito del abordaje —sentenció Guillermo con ojo experto.

De repente, la consola principal de Mc Cool se iluminó con la alarma de error, tras analizar los datos enviados por Faltenmeier. Para Calipso, las coordenadas eran incorrectas porque indicaban un lugar que estaba mucho más allá de su extensísimo catálogo.

—¡El viejo se ha equivocado!, —exclamó Mc Cool, helado de espanto—. ¡Cómo no!

—¡Acepte!, —le gritó Bril, con fe ciega—. ¡Acepte!

—¡No! ¡Acabaremos en la na…!

Mc Cool no llegó a terminar la frase porque Bril apretó el mando por él.

En respuesta a la orden la *Urania* vibró por entero y sonó la alarma de salto. En un gesto producto de la práctica, todos, incluso Insele, se aferraron al asidero más próximo.

—Demasiado tarde —anunció Tacla con voz neutra—. Necesitamos más tiempo para liberar la energía de los condensadores.

En la nave enemiga se abrieron varias escotillas y surgieron multitud de figuras equipadas con armaduras de combate, que se lanzaron hacia la *Urania* a la máxima aceleración de sus propulsores.

Una chispa azul apareció en el holotanque. Bril exclamó, angustiado:

—¿Qué es eso?

Un trino agudo y fuerte de Insele les ensordeció ahogando la exclamación de Bril. Guillermo fue el único que entendió la proclama de la nam:

—¡Haya honor y gloria!

La chispa azul se precipitó hacia la nave alienígena a tal velocidad que Calipso solo pudo reproducirla como una línea discontinua de brevísimos destellos. Por su velocidad, Bril comprendió que era *Liebre*, la pequeña astronave nam que les había estado escoltando durante todo el viaje.

—¡Es *Liebre*! ¿Qué va a hacer?, —preguntó con un grito.

15
Deuda

Un brevísimo y cegador destello de luz blanca bañó el puente por completo.

Inmediatamente después, tras la sacudida del salto, se apagó el holotanque y quedaron sumergidos en el gris uniforme y deprimente del espacio *Erre Ene*.

—¿Qué fue eso?, —preguntó Elvira. Guillermo se volvió hacia ella, desconcertado. Por primera vez en su vida de astronauta, oía que una Elvira no solo no sabía qué había sucedido, sino que lo admitía en voz alta.

—Ha sido *Liebre*, la nave de escolta nam —le dijo Bril—. Se ha estrellado contra la nave nam para evitar que nos abordaran.

Los rostros se volvieron hacia Insele. Esta silbó una modulación grave al principio y muy aguda al final a la vez que les devolvía la mirada uno a uno.

Guillermo vaciló en hablar, incapaz de decir una sola palabra, tal era su turbación ante la intensidad de los sentimientos de orgullo por la obligación cumplida que recibía de Insele, sin que percibiera de ella una pizca de admiración por el heroísmo, ni de lealtad ni de agradecimiento por el sacrificio.

—Insele nos dijo que nos protegerían aun a riesgo de su propia vida y lo han hecho —dijo al fin Guillermo—. Dice que los nam son así. Siempre cumplen con su palabra.

—¡Qué vanidosa!, —exclamó Mc Cool.

—Desde luego —remachó Danila.

—Siempre estaremos en deuda con ellos —les dijo Bril mirando fijamente a Insele—. ¿Se lo puedes decir?

—Desde luego —le apoyó Cortés.

Insele le respondió y Guillermo tradujo:

—Dice que ese era su Destino. Creo que ha dicho que no hay deuda de sangre.

—¿Qué significa eso?, —preguntó Mc Cool.

Antes de que Guillermo le pudiera contestar, Faltenmeier apareció en el puente iluminado por una gran sonrisa de satisfacción seguido de Danila y Aisha. El orgullo que sentía se imponía a las líneas de fatiga de su rostro y a las grandes bolsas bajo sus ojos.

Se detuvo y les observó a la espera de las felicitaciones. Al ver que nadie le decía nada, les dijo:

—Parece que este viejo Maestro encontró justo a tiempo la arruga del *Erre Ene*. Donde nadie se la esperaba, ¿no es verdad, joven?, —le preguntó a Mc Cool con sorna, mirándole con una ceja levantada. Un instante después se volvió hacia el resto y recalcó con voz alta y clara—: Justo a tiempo gracias a mí.

Bril le miró un instante. Luego cerró los ojos y tragó saliva antes de decirle:

—Maestro, le estamos muy agradecidos, pero en realidad, hubiéramos sido abordados de no haber sido por *Liebre*, la nave nam de escolta.

—¿Cómo?, —preguntó con aparente calma; sin embargo, sus párpados se entrecerraron y su rostro habitualmente pálido y algo amarillento comenzó a enrojecer anunciando un arrebato de furor.

—Sus coordenadas llegaron tarde —le soltó Mc Cool. Y señalando a Insele con la mano, le dijo—: Le debemos la vida a su gente.

—¿A la de ese bicho?, —chilló Faltenmeier, colérico y el rostro púrpura—. ¿Tan importante es lo que hizo? ¿Y lo que he hecho yo? ¿Acaso no vale? ¡Vamos hacia un rastro
Shama-Levy!
¡Es humano!

Nadie le contestó.

—¿Vale menos?, —bramó—. ¡Os he sacado de la muerte! ¿Valgo yo menos que ese bicho?

Aisha le dijo:

—Maestro, nadie le quita valor a lo que ha logrado y todos le estamos muy agradecidos.

Guillermo añadió lenta y claramente, intentando dominar la indignación y la ira que sentía en esos momentos:

—*Liebre* se estrelló contra la nave que nos atacaba y eso nos dio el tiempo que necesitábamos. Esos nam murieron para salvarnos. Murieron también por usted y no nos conocían de nada.

—¡Eso es una estupidez! ¿Y usted quién *carajo* es?, —le preguntó el Quinto Maestro—. ¿Es cierto que ese gusano que lleva al cuello le mantiene esclavizado?

Al oírle, todas las miradas se dirigieron al brog de Guillermo. Este miró a Faltenmeier con una media sonrisa y no le contestó.

El anciano avanzó un paso hacia él:

—Le he hecho una pregunta. ¡Respóndame!

Guillermo guardó silencio sin dejar de sonreír. Faltenmeier gritó de dolor y se tambaleó. Danila le preguntó:

—¿Qué le pasa Maestro? ¿Otro calambre?

El anciano asintió con una mueca de dolor. Realmente parecía dolerle. Logró decir:

—Que me responda… Quiero saber quién es.

—Maestro, está usted agotado y los calambres no le dejan en paz. ¿Me permite que le acompañe a su camarote?

—No debería —dijo, apoyándose en la consola de navegación—. Aún queda mucho por hacer. Sé donde no estaremos. Cuando salgamos del *Erre Ene* tendré que orientarme y esa traza

Shama-Levy

nos llevará a Vieja Tierra. No puedo dejar mi puesto.

—Sin duda, Maestro. Pero seguro que lo podrá hacer mucho mejor después de unas horas de descanso, ¿no le parece? Tampoco es tan importante ahora saber quién es ese hombre.

—Tal vez tengas razón, Danila —admitió Faltenmeier a regañadientes—. Llévame al camarote. ¿Me harás un masaje? Me lo merezco, ¿no crees? Estáis siendo muy injustos conmigo.

—Por supuesto, Maestro.

Una vez desaparecieron de la sala de observación, Aisha le preguntó a Guillermo:

—¿Por eso el estallido de luz antes del salto?

Guillermo asintió. Ella murmuró un «comprendo» y dirigió la vista hacia Insele y luego hacia Bril y Mc Cool. Les preguntó:

—¿Sabemos a dónde vamos?

—Lo sabremos cuando salgamos del *Erre Ene* —le contestó Mc Cool—. El Maestro ha dicho que saldremos al espacio humano.

—¿Cuánto durará este salto?

—Al menos dos semanas. Mucho más que cualquier otro —respondió Mc Cool—. No sé cómo llegaremos.

—Demasiado tiempo —le apoyó Bril—. Espero que no nos volvamos locos.

16
Espacio equivocado

Finalizaron los quince días y medio que habían permanecido en el gris e incómodo *Erre Ene* y tras una sacudida, el holotanque se iluminó de nuevo mostrando un campo estrellado totalmente desconocido ante las miradas tensas y expectantes de la tripulación congregada en el puente de mando. La frustración ante el fracaso del salto truncó las sonrisas de ilusión, abatió los hombros y remarcó aún más en los rostros las líneas de fatiga.

Los efectos de su larga exposición al espacio multidimensional: comezón, alucinaciones visuales en forma de fosforescencias y puntos brillantes, habían aparecido al final del décimo día, el límite máximo aconsejado de exposición, a pesar de las protecciones que ofrecían el campo
Shama-Levy
y el doble casco Kostopóvolos de la nave.

El deterioro de las relaciones interpersonales no se hizo esperar. A los pocos días, Faltenmeier se convirtió en un personaje desafiante, antojadizo y llorón, y las discusiones y las broncas entre Bril y Mc Cool y las de Aisha y Danila resonaron a todas horas en la *Urania*.

Kern Tacla se refugió en la sala de máquinas para no oírlas. Parecía que el ingeniero estaba siendo más afectado que el resto por el *Erre Ene*, porque a menudo le vieron hablar o murmurar a solas, tal que si estuviera hablando con otra persona.

Guillermo se encerró en sí mismo como le habían enseñado en el Regimiento Anónimo para enfrentar saltos tan largos y, cuando salía del trance, distraía las horas leyendo su libro encerrado en una de las dos esclusas de la nave o bien acompañando a Insele al

comedor cuando este estaba vacío para evitar roces con el resto de la tripulación, inevitables al disponer para ella sola de uno de los tres camarotes de la *Urania*. El hecho de verles juntos en el comedor a horas intempestivas no tardó en levantar una sospecha entre los humanos, que Mc Cool sintetizó en una conversación con Danila:

—Creo que están esclavizando al capitán Gitzi.

Calipso no lograba identificar ninguna estrella. Ante el fracaso del largo salto y la inutilidad del esfuerzo en soportarlo, Bril apretó la mandíbula y cerró los puños en un intento de disimular su furor y su desaliento. Estuvo a punto de convocar a Faltenmeier para que le diera explicaciones, pero prefirió dejar que siguiera durmiendo para no añadir más cizaña ahora que acababan de salir del *Erre Ene*. Él ya tenía su opinión, pero quiso oír la de Mc Cool:

—El viejo se ha equivocado, como era de esperar —anunció el joven, desesperanzado tras echar un vistazo a las pantallas de la consola—. De momento, Calipso no reconoce ninguna estrella. Ahora está analizando el espectro de las de primera magnitud comparándolas con las de su catálogo. Espero que pueda reconocer al menos una.

—Eso sería perfecto —dijo Aisha.

—Sí, pero no va a ser así —objetó Mc Cool pesimista—. Faltenmeier nos ha enviado muy, muy lejos de *El Huevo*. Demasiado lejos.

Hizo una pausa mirándoles uno a uno con la esperanza desvanecida en los ojos y sentenció desalentado, negando con la cabeza:

—Estamos perdidos. Completamente.

—¿Y lo que dijo Faltenmeier acerca del rastro Shama-Levy?, —le preguntó Guillermo.

Mc Cool se encogió de hombros.

—Ni idea. Sería mentira. Aquí no se detecta nada de eso.

—Aún es pronto para decirlo, Mc Cool —apuntó Bril, que luego añadió—: Dele una *chance* a Calipso y otra a Faltenmeier. Y una más a nosotros, por favor.

—Como quiera —replicó el piloto con indiferencia, volviéndose hacia los hermosos destellos multicolores que producía Calipso

mientras hacía el *scan* en el 3D para comparar los astros desconocidos con los de su inventario.

El espectáculo de luces que ofrecía el holotanque se prolongó largas y aburridas horas durante las cuales Bril demostró su fe ciega en Faltenmeier no separando la vista del barrido de Calipso.

Guillermo estaba a punto de irse, descorazonado y harto de oír los comentarios teñidos de pesimismo de Mc Cool y de esperar el milagro de una coincidencia, cuando vio que Bril ocupaba el puesto de astroavegación con el ceño fruncido.

El oficial comenzó un diálogo de astrogación sumamente técnico con Calipso, del que Guillermo solo entendió que se referían a una determinada porción del espacio. Se acercó al 3D y escudriñó esa parte sin ver otra cosa que oscuridad, porque era un volumen cósmico vacío de cuerpos celestes. No obstante, luego se dio cuenta de que el *scan* de Calipso barría lentamente esa zona una y otra vez.

Unos momentos después, Bril anunció con una gran sonrisa:

—Detecto un objeto artificial cerca de nosotros. Lo señalo —y apareció un punto rojo intermitente en el área más oscura del 3D—. Genera un campo
Shama-Levy
apenas perceptible.

—¿Humano?, —preguntó Guillermo, esperanzado y sintiendo a la vez una nota de peligro en su interior.

—No lo sabemos —le respondió Elvira, como si ella hubiera sido la descubridora del artefacto.

—¿Qué tal si nos acercamos a comprobarlo?, —propuso Guillermo.

—La orden es volver a casa lo más rápidamente posible, capitán Gitzi —se apresuró a replicar Mc Cool, muy tenso.

—Quizá ese objeto pueda darnos una pista. Podría ser que el Maestro o Calipso se orienten o que Insele sepa dónde nos encontramos —le contestó Guillermo. Sin embargo, su muy mal presentimiento le hizo añadir—: Pero solo acercarnos.

Insele se acercó a mirar el punto rojo parpadeante.

—Si la nam supiera algo de esa cosa indicaría que el volumen de influencia de su especie es mucho más grande de lo que habíamos imaginado —dijo Elvira—. *El Huevo* está muy lejos y nosotros en

un espacio equivocado. La propuesta de acercarse e investigar es razonable. Podría ser algo humano; quizá alguna nave colonizadora de las fletadas hace siglos por el Estado Pontificio.

—¿Y qué hace aquí?, —preguntó Guillermo.

—Podría ser una expedición perdida —dijo la IA—. Quizá podamos acceder a su diario de navegación y seguir su camino al revés para volver a casa.

Tras una corta meditación llena de dudas, Bril decidió hacer caso de Elvira y ordenó:

—Mc Cool, ponga rumbo hacia ese objeto. Y la próxima vez confíe en el Maestro.

Unas horas después, lo que apareció en el holotanque les dejó sin habla. No era una vieja nave colonizadora perdida ni nada que hubieran podido imaginar. Era una semiesfera del tamaño de la luna de Vieja Tierra que tenía encajada en su centro otra esfera o quizá —advirtió Calipso— una semiesfera un poco más pequeña.

—Como una pelota de béisbol atrapada en el guante por el *catcher* —musitó Bril, asombrado.

Ninguna de las formas tenía protuberancias en su superficie ni portillos ni miradores. Entre la semiesfera grande y la pequeña quedaba una relativamente estrecha corona circular, que no parecía hecha de material alguno sino de un extraño campo de contención en cuyo oscuro interior no se apreciaba nada con claridad. En ocasiones parecía verse a su través la curva de la esfera pequeña y en ocasiones no se distinguía nada en absoluto.

—¡Increíble! ¡Es enorme y artificial! ¡Tiene el tamaño de la luna de Vieja Tierra!, —exclamó Tacla. Luego observó—: Los humanos estamos muy lejos de poder construir algo tan grande y creo que los nam también.

—En esta zona del espacio apenas hay cuerpos celestes —observó Mc Cool, indiferente al comentario y al descubrimiento—. Ese objeto parece puesto ahí a propósito para que nadie lo visite porque nadie va donde no hay nada, ¿no?

—Tacla tiene razón. Es enorme. Ni emite ni refleja. A pesar de sus dimensiones, nos hubiera pasado desapercibida de no ser porque la *Urania* tiene un equipamiento especial y muy sensible para los campos
Shama-Levy,

y casi no fue capaz de detectar este porque es mínimo —les informó Bril, más a gusto en su papel de astrónomo que en el de comandante de misión.

A Guillermo, el objeto le pareció una construcción siniestra. Una esfera dentro de la mitad de otra. Objetos encerrados en sí mismos, como si quien los construyó quisiera negar el Universo que les rodeaba o los hubiera fabricado para encerrar algo.

Lo que había comentado Mc Cool acerca de que esa zona del espacio estaba tan vacía que ese extraño y descomunal objeto parecía estar puesto allí aposta para que nadie lo encontrara le pareció totalmente cierto.

Se fijó en Insele. Parecía afectada por el descubrimiento. La nam estaba mucho más erguida y sus vejigas respiratorias se agitaban ligeramente.

—¿Qué te pasa?, —le preguntó, temiendo que hubiera comenzado su reacción a los microorganismos humanos—. ¿Te encuentras mal?

Insele le miró en silencio, intentando controlar su respiración. Al fin, le dijo:

—No, Lidiri Lembo. Tengo miedo porque los indicios sobre el augurio que me hicieron al nacer van apareciendo. Esa es la Luna de los Muertos. Ahí se cumplirá mi Destino con una gran desgracia para mí y no sé si estoy preparada.

Guillermo la miró, asombrado. Ella continuó:

—En el interior de esa construcción está la ciudad sin día, porque siempre es de noche en la Ciudad de las Doce Mil Estrellas, donde viven los muertos. Se dice que es un regalo de los suil a algunos escogidos de la Nación Nómada. El Poeta dice que quien logra entrar en la Luna de los Muertos tiene que esforzarse sin descanso y que se pierde sin remedio en el Desierto Infinito si no tiene la Piedra Lunar y que, si no tiene el corazón puro, no le viene a la meninge —«¿meninge?», se pregunto Guillermo. «¿Qué clase de traducción es esa?»— la Canción, y entonces no encuentra la Escalera de los Vientos por la que debe ascender con la carga del difunto. Quien sea indeciso en el puente del Monstruo caerá ante sus murallas. Y después de todo eso, llegar a la Ciudad significa una muerte horrenda porque está guardada por una bestia inmunda llamada Medusa.

Guillermo tradujo para todos dejando meninge por cabeza.

—¿Y quienes son los suil? ¿Otra especie inteligente?, —preguntó Aisha por todos.

—Es la especie primera —respondió Insele simplemente—. Creemos que está extinguida.

Tacla intervino por primera vez:

—¿Está seguro de que ha dicho Medusa?

—Sí —respondió Guillermo—. Completamente seguro.

—Gracias, capitán.

—¿Estás segura de que esa esfera es el lugar que dices?, —le preguntó Guillermo.

—Completamente —se adelantó y señaló la holografía—. En su interior están las naves funerarias.

—¿Y por qué regalaron los suil este lugar a la Nación Nómada?

—Se dice que para que nunca se olvide que la Nación Nómada desciende de ellos y que por eso es la primera de las cinco naciones.

—Comandante —le preguntó Guillermo volviéndose a Bril—, ¿se detectan naves al otro lado de la corona?

—Aún es pronto, capitán. Estamos demasiado lejos —le miró con aprensión—. ¿Sabe ella dónde estamos en relación a *El Huevo*? ¿Ya ha enferma…?

Elvira le interrumpió:

—Seguro que lo sabe, pero nos lo quiere ocultar.

Insele trinó:

—Solo las grandes castas de la nación nómada van con sus riquezas a la Ciudad de las Doce Mil Estrellas —se calló un momento. A Guillermo le pareció que reflexionaba, luego pareció que iba a seguir hablando, pero guardó silencio.

—¿Ibas a decir algo más?, —le preguntó Guillermo—. Continúa por favor, nos interesa saber más de esa Ciudad de las Doce Mil Estrellas.

—Nunca hubiéramos debido conocer este lugar del Universo. Como te dije, la Ciudad fue puesta ahí por los Suil, una especie muy antigua, mucho más que la tuya o la mía para que la Nación Nómada realizara sus ritos funerarios. Los suil fueron la especie primigenia, de la que descendemos todos.

Guillermo la interrumpió, estupefacto:

—¿Creéis que vosotros y nosotros tenemos un antepasado

común? ¡Eso es absurdo!

—¿No querías que te contara la leyenda? ¿Por qué no te callas y escuchas, Lidiri Lembo? ¡Claro que no pensamos eso de vosotros, los humanos!

Guillermo se cruzó de brazos. Ella continuó:

—La leyenda habla de los tesoros que se han ido acumulando en la Ciudad generación tras generación de difuntos de la Nación Nómada. Muchos ladrones han intentado llevárselos, pero ninguno lo ha logrado porque están guardados por terribles monstruos, y el peor de todos es la sirlizalisa. La sirlizalisa, que también es llamada Medusa en algunos ritos de la nación Nómada, es invencible porque mata su mirada y porque posee el secreto de las lenguas y, por eso, el de la inteligencia. Eso dijo el Poeta.

Guillermo les tradujo. Bril la miró con una mueca de desagrado, al igual que Aisha. Tacla la miraba con ojos de asombro y Mc Cool parecía impresionado.

—Increíble —murmuró el piloto.

Elvira preguntó entonces:

—Si nadie ha vuelto, ¿cómo es posible que sepa tanto de ese lugar?

Guillermo transmitió el comentario de la IA a Insele. Esta respondió:

—Solo volvió el Poeta, cuyo nombre es desconocido. Dedicó su vida a buscar a los Suil y cuando les encontró les ofreció su vida a cambio de que le dejaran visitar la Ciudad de las Doce Mil Estrellas. La extraordinaria historia de su viaje es uno de nuestros Doce Textos Originales.

—Imagino que no iremos allí —comentó Aisha.

—Desde luego —afirmó Elvira.

—Nos mantendremos a distancia por si la nam nos puede decir algo que nos ayude —le respondió Bril a Aisha, ignorando a Elvira —. Estudiaremos ese objeto, reuniremos toda la información que podamos y nos iremos donde nos diga el Maestro.

La joven arrugó la nariz, pero no le replicó. Bril se dirigió a ella con delicadeza:

—Aisha. ¿Cuánto tendremos que esperar para que Faltenmeier se recupere y nos diga hacia dónde tenemos que ir?

—Imagino que un par de días más, como poco. Su reacción a los

microorganismos nam está siendo muy fuerte. Su fiebre sigue siendo alta.

Bril tragó saliva. El desayuno no le había sentado bien y apenas había tenido hambre. Se notaba cansado y le dolían las articulaciones.

—Veremos si el viejo se recupera y, si lo hace, dudo de que sea capaz de hallar el camino de vuelta a casa —dijo Mc Cool.

—Estamos perdidos. Es eso, ¿no?, —le preguntó Aisha.

—Exactamente. Es lo que he dicho desde el principio.

Guillermo le explicó a Insele las líneas generales de la conversación. La nam le respondió tras un largo silencio:

—El Destino es una fuerza muy extraña y poderosa, y tiene razón y lógica. Si es cierto lo que me decís de vuestra forma de viajar por el Cosmos, vuestro anciano entenderá el mapa del Universo que está escrito en el cielo de la Ciudad de las Doce Mil estrellas.

—¿Qué dice ese bicho? ¿Un mapa que dice dónde estamos?, —exclamó Mc Cool incrédulo al oír la respuesta de Insele de labios de Guillermo—. ¿Lo ha traducido bien, capitán?

—Sí. Según ella, en el cielo de esa ciudad hay un mapa del Universo que Faltenmeier podría entender —les dijo Guillermo con una voz cargada de escepticismo—. Si eso fuera cierto, entonces quizás podríamos volver a *El Huevo*.

—Los Suil pusieron el mapa allí para que los espíritus de los fallecidos pudieran volver a sus mundos de origen. Eso es lo que dice el Poeta.

—Eso es absurdo —dijo Elvira—. Nos está mintiendo para sacar de aquí a Faltenmeier. No se puede hacer un mapa del Universo porque no se puede hacer un plano del infinito. ¡Y menos en un cementerio para que no lo vea nadie!

Bril asintió con la cabeza.

—Elvira —le dijo Guillermo—. Mejor cállate.

—¿Por qué tengo que callarme, capitán?, —le replicó, desafiante.

—Porque no todo es razón, Inteligencia. Hay algo más allá. Un plano por encima del de la razón —Guillermo se sintió rarísimo hablando como Nicolás Grissom, su comandante en el Primer Contacto.

Elvira se cruzó de brazos y le miró sonriente:

—Capitán Gitzi. ¿Cree de verdad que puede existir un mapa del Universo?

—Elvira tiene razón. No se puede cartografiar el Cosmos —terció Mc Cool.

—Os lo dirá el propio Faltenmeier cuando lo vea —les respondió Guillermo.

—¿De veras crees que será capaz?, —el piloto se apoyó en la consola con una sonrisa tan sardónica como la de Elvira.

Guillermo les miró uno a uno y les dijo muy serio:

—Los nam se están ganando mi respeto cada vez más y, desde luego, ha aumentado ahora que veo esa esfera, del tamaño de Vieja Luna, que nos hubiera pasado desapercibida de no ser de los equipos de la *Urania*. Después de eso, si Insele dice que la leyenda habla de un mapa del Universo y que está ahí dentro, yo la creo. Y, si realmente lo es, Faltenmeier nos lo dirá. Es el Quinto Maestro.

—Querrás decir que lo era.

—Lo sigue siendo por lo que a mí respecta. Nos ha traído hasta aquí, ¿no es cierto?

—¡A maldito sitio nos ha traído ese viejo insoportable! ¡Estamos en ninguna parte!

Insele les interrumpió entonces con unos trinos:

—Me alegra saber que confías en mí y que admiras mi especie, Lidiri Lembo. Deduzco de lo que dices que ese macho joven se merece un correctivo.

Guillermo se volvió hacia ella.

—Desde luego, pero este no es ni el momento ni el lugar.

—Si tardas, te arrepentirás —le contestó ella.

—Más me arrepentiré si lo hago. Somos humanos, no nam.

—Como quieras, Lidiri Lembo.

—¿Qué le ha dicho?, —le preguntó Mc Cool.

—Nada importante —le respondió Guillermo con un descarte de mano.

Bril les advirtió a todos:

—No sé si la nam nos está engañando, pero no voy a sacar a Faltenmeier de la *Urania* para que vea un plano imposible en un cementerio. La seguridad del Quinto Maestro es prioritaria. Vamos a esperar a que se recupere y entonces trazará un nuevo rumbo que

nos llevará de vuelta a nuestro espacio.

Aisha, que hasta entonces había guardado silencio, tomó a Bril por un brazo y le alejó del resto para que no la pudieran oír. Le dijo en susurros apremiantes:

—Comandante, si quiere tener alguna posibilidad de volver a casa tiene que dejarle ver ese mapa. El Maestro está mayor. Ya no es el que era y Elvira le tiene que ayudar casi siempre. Pero aún tiene unos golpes sorprendentes, no sé si de genio o de suerte. Puede que ese mapa le inspire porque ahora está completamente perdido. Y si no le dice nada, no estaremos peor que ahora. Si no logramos volver al *El Huevo* será igual que estemos vivos o muertos. ¿Me equivoco, Elvira?

La IA, que se había unido a ellos, asintió con la cabeza:

—Es cierto. El Maestro necesita mi ayuda con frecuencia para hacer su trabajo.

Ante ese gesto de orgullo y presunción, Bril se preguntó si Elvira no sería en realidad un cerebro humano conectado a una máquina. Se apartó de Aisha y de Elvira, y puso las manos a la espalda con la mirada puesta en la Luna de los Muertos para tomar una decisión.

Según la nam, lo que tenían delante era la impresionante obra de ingeniería de una tercera especie en cuyo interior había una necrópolis protegida por supersticiones y conjuros. La parte sobrenatural era absurda, pero la esfera era muy real y extraordinaria. Desechada la parte ultraterrena y misteriosa, poco peligro podía representar ese planetoide artificial si realmente era un cementerio. «Y en un cementerio, hasta los monstruos se mueren de hambre», concluyó.

Por otra parte, la bella y atractiva Aisha tenía razón. Era evidente que Faltenmeier había perdido facultades, pero no tenían mas remedio que confiar en él. Y, como comandante, tenía la obligación de hacer todo lo posible por volver al espacio humano. Si la leyenda que contaba Insele era verdad y dentro había un plano del Universo, el Maestro tenía que verlo no solo para regresar sino para copiarlo. En realidad, ya eran náufragos y si no podían hallar el camino de vuelta al *El Huevo* seguirían siéndolo por toda la eternidad.

Se volvió hacia el grupo con los brazos cruzados:

—De acuerdo. Si el Maestro no se orienta dentro de unos días,

confiaremos en la nam y lo llevaremos para que vea el ese plano del Universo.

17
El plan

La reacción de Insele a la noticia de que se dirigían al planetoide fue un trino muy agudo y seco que sobresaltó a todos. En la mente de Guillermo su piar fue un ¡No!, gritado a pleno pulmón desde lo más profundo de su voluntad.

—Cometéis un grande y grave error, Lidiri Lembo —le dijo Insele a continuación—. La Luna de los Muertos está protegida por monstruos que no se pueden matar… Y a mí me espera algo malo.

—¿Qué dice?, —preguntó Bril.

Cuando Guillermo se lo dijo, obviando el temor de Insele, el oficial le espetó:

—Si realmente es una necrópolis, entonces no hay nada que temer. Dígaselo.

Lo hizo y la nam le contestó con una fuerte nota de resignación:

—Así se cumpla mi Destino y el vuestro.

Guillermo le explicó:

—Hace muchísimo tiempo, en nuestro planeta original, hubo un tiempo en el que también se pensaba que había vida después de la muerte y se preparaban las tumbas para que los muertos tuvieran todo lo necesario en esa nueva vida e incluso se construyeron edificios especiales para ellos, pero ninguno volvió de su muerte ni ha vuelto nunca ni volverá. Nos extraña que podáis pensar algo diferente.

—Os he contado lo que dice la leyenda —replicó ella—. Nadie ha vuelto para desmentirla. Eso demuestra que es cierta. Al menos en parte, ¿no te parece?

Bril se cruzó de brazos:

—Capitán Gitzi, ¿qué tal si deja a un lado las curiosidades

históricas y se centra en lo inmediato?, —le reprochó, siempre atento a las respuestas que le daba a Insele—. Necesitamos saber más sobre esa luna artificial. Pregúntele por dónde se entra.

Ella escuchó las preguntas de Bril y contestó:

—Dice que no lo sabe. Cree que quien consigue obtener un lugar en la Ciudad de las Doce Mil Estrellas también conoce el modo de entrar. En su opinión, cómo hacerlo será un secreto de la familia o de la casta a la que pertenezca.

—Si tan difícil es entrar, ¿nadie ha intentado hacer una entrada nueva?, —preguntó Danila dirigiéndose a Insele—. Un agujero en el casco de esa esfera no tiene que ser muy difícil de hacer para unos seres tan desarrollados en la guerra como vosotros.

—No sé si alguien habrá intentado esa tontería —respondió la nam, cuyo rostro estaba cubierto de gotas de sudor.

«Espero que supere la infección. Le está dando fuerte», se dijo Guillermo.

Insele continuó un tanto vacilante:

—No tenemos… medios para hacer un agujero y, si los tuviéramos, seríamos estúpidos si los utilizáramos… Es obvio que atravesar el grueso de esa esfera que lleva miles de años ahí nos llevaría no solo la media vida que nos queda sino toda la siguiente y varias… más.

Luego añadió, refiriéndose a Danila:

—No es muy lista, ¿verdad? Por cierto, no me encuentro bien. Son vuestros microbios.

Guillermo la acompañó a su camarote, justo al lado del que ocupaban Faltenmeier y sus guardianas.

Una vez acostada, Insele señaló su mochila y le dijo:

—Dentro hay una bolsa esférica que contiene unas pastillas mitad azul mitad roja. He de tomar una cada seis de vuestras horas. Si no pudiera yo, me las tendrás que dar tu, Lidiri Lembo.

—Cuenta con ello.

—Gracias. Y, sobre todo. Por mal que me ponga y aunque el Destino anuncie que muero, no me metas de ninguna manera en ningún aparato médico —Guillermo percibió su angustia a través del brog. Ella añadió intentando no cerrar los ojos—: Confío en ti, Lidiri Lembo.

Guillermo asintió de nuevo, pero la nam perdió el sentido y no

llegó a ver su gesto.

El primer humano no tardó en caer igualmente enfermo. Fue Bril, que volvió al puente del color de la cera tras ausentarse precipitadamente. A continuación, fueron desfilando por la enfermería el resto de miembros del equipo, donde Guillermo se sintió médico de verdad atendiéndoles.

Durante los dos días que duró la enfermedad, Guillermo repartió su tiempo en observar la Luna de los Muertos y en acompañar a sus compañeros y a Insele al aseo, darles sus pastillas, cambiarles el suero, limpiar sus miserias y preparar algo de comida que la mayoría no quiso ni probar.

Descubrió que las semiesferas parecían estar hechas de una sola pieza, tal era su aspecto sin remaches ni soldaduras ni uniones de ninguna clase. No había en ellas otras discontinuidades que las cicatrices, asombrosamente no muy notables, de las formidables explosiones de energía que habían supuesto los impactos directos de rocas o asteroides en su superficie a lo largo de siglos o incluso milenios.

Gracias a esas marcas averiguó que la semiesfera pequeña era en realidad una esfera que rotaba dentro de la semiesfera y que esta también giraba, aunque lo hacía en torno a un eje perpendicular y con muchísima más lentitud. Era como un mecanismo gigantesco que demostraba una tecnología muy superior a cualquier otra que se conociera.

Una vez pasada la infección, Faltenmeier fue la imagen del entusiasmo ingenuo. Según él, el núcleo de la Luna era un generador

Shama-Levy

de diseño desconocido y extraordinaria potencia que mantenía en el interior de las semiesferas una burbuja estable en el espacio tiempo. Mc Cool no estaba de acuerdo porque la Luna no tenía ni la masa ni la densidad suficiente como para producir ese efecto, pero Bril apoyaba al Maestro.

Faltenmeier se lo resumió a Guillermo en un par de frases:

—El tiempo está detenido en el interior de ese objeto en relación al nuestro. Un observador externo nos verá entrar y, para él, habremos salido al segundo siguiente, aunque según nuestro reloj estemos dentro cien años.

El Anónimo asintió con un movimiento de cabeza sin entender que eso fuera posible. Entonces, le preguntó:

—¿No cree que puede haber dentro alguna defensa contra los ladrones a los que se refería Insele?

—¡Tonterías! Ese *Erre Ene* es inviolable. Si no es con una clave o conmigo, no se puede entrar. Dentro pasará lo mismo que fuera: no hará falta defensa.

La impaciencia de Faltenmeier por ver el mapa del Universo le llevaba a recordar a todas horas y a quien estuviera cerca que él también había tenido años atrás la idea de dibujar un mapa que comprendiera todo el Cosmos, pero que no había podido porque la tecnología humana no lo permitía.

Finalmente tuvieron que rendirse a la evidencia. Lo que habían construido los suil no tenía armas de ninguna clase, portillos de observación, sistemas de comunicación o símbolos.

Bril, que había pasado la infección con una fiebre altísima y con delirios, despertó con una idea para entrar en la Luna que le llevó a pasar dos días ante la consola de astronavegación sin dormir y apenas comer, estudiando el campo de contención que cerraba el acceso, convencido de haber hallado por fin el modo de entrar.

El oficial, con la ayuda de Faltenmeier, desarrolló un posible modo de atravesar la barrera. Su teoría era sencilla, pero suponía un riesgo altísimo: se trataba de aprovechar la capacidad de la *Urania* para abrir el espacio *Erre Ene* de la esfera, saltar a su interior y luego salir de la Luna de los Muertos aprovechando en ambos casos la pequeña discontinuidad espacio temporal que se creaba a lo largo de la corona circular.

Sin embargo, el plan de Bril planteaba un par de problemas importantes: en primer lugar, se trataba de hacer un salto muy corto y de precisión, algo que Faltenmeier solo había hecho cuando era joven y como práctica mientras educaba sus singulares sentidos. Si el salto no era exacto podían acabar fundidos en la pared de una de las semiesferas.

En segundo lugar, la pregunta era la que todos se formulaban: ¿qué pasará si las naves funerarias no dejan espacio suficiente para la nuestra?

Contrariamente al Maestro, Elvira opinaba que los cálculos de Bril estaban equivocados porque partían de unas premisas poco

fundamentadas y que debía de haber miles de pecios en el interior de la Luna de los Muertos. Por lo tanto, no dejaba de repetirle que las probabilidades de aparecer en un lugar vacío eran casi nulas. «No siga», le decía. «Ese aparcamiento está ocupado».

Al considerar que el riesgo era demasiado alto, la IA fue tan remisa a seguir adelante con el plan y puso tantas dificultades que Bril, con el apoyo de Faltenmeier, tuvo que emplear su clave de autoridad para que dejara de insistir en que se había equivocado y colaborara en hacer los cálculos y manejar las hipótesis.

Con la sensibilidad de Elvira rebajada por fin pudieron iniciar la cuenta atrás para el salto. Antes de efectuarlo, Mc Cool debía situar la *Urania* cerca de la corona circular que separaba ambas semiesferas. Allí, le dijo Bril a Faltenmeier, era muy posible que el espacio tiempo estuviera bastante alterado, a lo que el Maestro contestó que no contaba con que eso fuera a ser un problema.

Tras comprender y convencerse de que el artefacto era invulnerable, Mc Cool acercó lentamente la *Urania* a la corona circular, siguiendo las indicaciones de Faltenmeier.

Sonaron las alarmas previas al salto y cada uno verificó estar bien sujeto a su asiento; incluso Insele pudo hacerlo ya que Tacla había modificado la butaca del observador para adaptarla a su tamaño.

Mc Cool anunció que la nave estaba en posición.

Unos pocos segundos antes de entrar en el singular *Erre Ene* de la Luna de los Muertos, Bril pensó «¿Y si tengo un error? Puede que Elvira tenga razón». El temor a su equivocación y a sus consecuencias tomó cada vez más peso en su pensamiento y estuvo a punto de abortar la maniobra.

En el último segundo antes del salto, Guillermo se preguntó si Faltenmeier tendría en cuenta que quizá los ingenieros de ese artefacto habrían diseñado una defensa contra intrusos como ellos.

Faltenmeier dictó las coordenadas del salto. Los generadores de campo
Shama-Levy
abrieron una estrecha fisura en el campo de contención de La Luna de los Muertos y la *Urania* se coló con una fuerte sacudida en el *Erre Ene* del interior de las semiesferas.

Al momento siguiente, Faltenmeier comprobó con satisfacción

que habían logrado su objetivo.

Un instante después le heló el espanto.

18
Cinta de Moebius

Comprendió que habían ido a parar al Limbo, una dimensión del *Erre Ene* hasta ese momento totalmente teórica donde el tiempo y el espacio tenían valor cero.

Tembló de los pies a la cabeza. Estaban varados en una trampa que no tenía salida. El temor del Anónimo estaba ahí: la Luna de los Muertos tenía su propio modo de tratar las visitas indeseadas.

En el puente, no aparecía el gris del Erre Ene al otro lado de los ventanales, sino un blanco cegador. Mc Cool esperaba con impaciencia que Faltenmeier le proporcionara las coordenadas para formar una nueva arruga y salir al espacio normal de la Luna de los Muertos.

Bril miró al piloto con una pregunta muda en los ojos: «¿Qué pasa?» y este le respondió con un encogimiento de hombros y una mueca de angustia.

En el planetario, Faltenmeier expandió sus sentidos en el Limbo, azuzado por el terror y el espanto de quedar atrapados para siempre en ese no lugar.

Bril, junto al 3D tuvo un mal presentimiento. Las consolas no recibían ningún dato, parecían muertas. Notó un creciente ardor de estómago. El Maestro tardaba demasiado en dar las coordenadas de salida.

Faltenmeier no lograba ver ninguna discontinuidad, pero la urdimbre tenía algo sumamente extraño. Se paró a observar y se horrorizó al comprender el sencillo y a la vez perverso método desarrollado para hacer la trampa.

Los creadores de la Luna de los Muertos habían deformado el *Erre Ene* hasta darle la forma de una cinta de Moebius, de manera

que se deslizaban permanentemente a lo largo de un bucle infinito donde no existía el tiempo y no había espacio, ni dentro ni fuera.

Se maldijo a sí mismo por haber sido tan ingenuo. No encontrarían nunca una referencia que les permitiera salir de esa burbuja al *Erre Ene* normal por mucho *Roc* que se inyectara y por mucho que expandiera sus metasentidos. Estaban atrapados de por vida.

Percibió unas mínimas alteraciones en la cinta un instante después. Eran los navíos que habían caído como ellos en la trampa, imposible saber si un segundo o mil años antes. Situó los pecios en relación a él en la cinta y utilizó esa información como referencia para evaluar a sentimiento su posición relativa respecto de sus coordenadas de entrada al campo de contención. Temblaba de nervios de los pies a la cabeza cuando le envío los datos a Mc Cool. Si no lograban entrar a la Luna, al menos podrían salir.

Mc Cool recibió las coordenadas a través de su implante en lugar de recibirlas a través del ordenador de la *Urania*. Sin más se las pasó inmediatamente a Calipso. Un instante después habían salido de la trampa. Faltenmeier cerró los ojos, asombrado de haber conseguido escapar, y se relajó en su asiento completamente agotado.

19
La burbuja

El puente de la *Urania* pasó a tener un aspecto totalmente diferente bañado por el intenso y deslumbrante resplandor níveo que entraba por los amplios ventanales de observación. El tanque 3D se iluminó lentamente como preparándose para reproducir, pero permaneció vacío, sin que se formara en su interior ninguna imagen, y se volvió a apagar.

Bril estaba desconcertado. Nunca le había pasado que el orden de las cosas estuviera tan desbaratado. Ordenó a Elvira que le hiciera un informe, pero la IA no le contestó. Cuando la descubrió congelada y callada en un rincón tuvo un escalofrío. «¿Se habrá estropeado?», pensó. Lo comprobó, pero según el centro básico de control, Elvira estaba bien. La miró de nuevo, todavía más extrañado.

Guillermo e Insele tuvieron que poner sus manos de visera para poder distinguir algo en la blancura al otro lado de las ventanas. Cuando se acostumbraron al resplandor y pudieron ver con claridad, ambos quedaron estupefactos.

Al parecer flotaban sobre un océano de color negro en el fondo de un cráter completamente blanco de paredes tan altas que no se distinguía su final, en gradería de peldaños como los de un anfiteatro.

Era un lugar sin sombras y sin contrastes. Guillermo no vio ningún detalle ni ninguna señal en la superficie del mar, en la playa o en la gradería. Le dijo a Insele:

—No entiendo nada. Mire donde mire, siempre veo lo mismo.

—Yo tampoco lo entiendo. Pero no has mirado arriba. También es muy extraño.

Guillermo levantó la mirada y entonces se asustó de veras. Sobre ellos, el cielo negro era recorrido continuamente por un sinnúmero de trazos brillantes que convergían en el cénit. Era un espectáculo hermoso y extraordinario, pero de vez en cuando, como si algo funcionara mal y estuviera sacudido por cortocircuitos, desaparecían las centellas y las chispas del cielo negro y se distinguían claramente multitud de cascos de naves espaciales.

—Da la impresión de que van a caer sobre nosotros —dijo Mc Cool al verlas.

Guillermo pensó que ese cielo de trazas brillantes era el telón que ocultaba el final de las naves fúnebres: quedar aparcadas por siempre. Había astronaves de todos los tamaños y formas, la mayoría recordaban por su aspecto globuloso a la gran nave nam que les había escoltado.

—¡Esa es nuestra! ¡Es humana!, —exclamó Mc Cool señalando una con un dedo tembloroso—. Es un transestelar de pasajeros.

—¿Elvira? ¿Puedes decirnos cuál es?, —le preguntó Bril a la IA, que permanecía en el rincón. La IA volvió a funcionar, la voz sintética lenta, como cansada.

—Indícasela, Mc Cool.

El piloto señaló una astronave grande, con forma ahusada, cuya forma era netamente distinta de las de su alrededor.

—Esa de ahí —le dijo el piloto—. Es muy diferente al resto.

En ese momento volvió el firmamento con las estrellas fugaces y las naves desaparecieron de la vista. Unos segundos después se hizo de nuevo la transparencia y Bril la vio.

—Elvira, ¿la puedes identificar?, —insistió Bril.

La IA anunció:

—Es el *Nueva Cali*, un transestelar de línea. Desapareció hace casi dos años entre Órbita Nuevo Mundo y Cruz de Término. Llevaba cerca de dos mil pasajeros y no hubo supervivientes. Según el informe oficial, la nave se perdió. En el archivo consta que en esa misma ruta y unos días antes de esa fecha hubo un accidente en otro transestelar, *El Buen Pastor*. Hubo un único superviviente que afirmó haber visto una nave descomunal que pasó a su lado sin prestar auxilio.

Guillermo le tradujo a Insele y esta repuso:

—Seguramente ese náufrago que me dices se cruzó con una nave

exploradora de la nación Nómada —el brog de Guillermo añadió un tinte de falsedad a las siguientes palabras de la nam—: Pero no creo que ese encuentro fortuito tenga nada que ver con que vuestra nave de pasajeros esté aquí.

—¿Y qué hace aquí una astronave humana?, —preguntó él.

—Pregúntale al Destino, Lidiri Lembo —replicó ella. Esta vez, el brog puso una nota de evitación a la respuesta.

Guillermo se volvió al oír el ruido de la compuerta de la sala. Faltenmeier, pálido, ojeroso y amarillento, volvía del planetario apoyándose en el brazo de Danila, pero con una gran sonrisa de orgullo. Les miró expectante y les dijo:

—Bueno, ¿qué? Esta vez sí que me deben algo, ¿no? Ni se imaginan lo que he tenido que sufrir para traerlos hasta aquí.

—Desde luego Maestro —le respondió Bril—. Venga a ver esto. Creo que tiene usted razón.

—¡Pues claro que la tengo!, —replicó con vehemencia Faltenmeier a pesar de su visible cansancio. Se encaró a Guillermo —: ¿Qué? ¿También tengo que darle las gracias a su amiga? —Se calló al ver el panorama del cielo y el que ofrecía la dársena. Luego exclamó, admirado—: ¡Esto es extraordinario! ¡Sublime! ¡Salgamos ahora mismo!

—Esa especie de estrellas fugaces, esos trazos luminosos, son un prodigio de ingeniería —le dijo Mc Cool, que miraba por otro ventanal—. No me parecen muy adecuados para un cementerio. Al menos, para uno humano.

—¿Estrellas fugaces? ¿Trazos luminosos? ¿Eso cree que son, imbécil?, —exclamó el anciano, airado—. ¡No ha entendido nada!

Mc Cool fue a contestar con vehemencia, pero antes de que lo hiciera, Bril le impuso que callara con una seña contundente. Faltenmeier miró a su alrededor y cuando estuvo seguro de tener la atención general, señaló la playa y las escaleras:

—Eso es el espacio, que está quieto y curvado, ¿no lo ve?, —luego levantó el índice hacia el cielo—: y eso es el tiempo que fluye fuera de nuestra burbuja. Nosotros estamos parados, idiota. No son estrellas fugaces, ¡es el Universo en movimiento! Gracias a nuestros generadores

Shama-Levy

podemos mantenernos en sincronía dentro de la burbuja espacio

temporal que crearon aquí los ingenieros de este lugar. Aquí dentro el tiempo está detenido en relación a afuera, ¿me entiende ahora o se lo tengo que explicar aún más fácil?

—Maestro, ¿y cómo podremos salir de aquí?, —le preguntó Bril.

—De la misma manera que hemos entrado —replicó el anciano, mirándole con una amplia sonrisa—. Gracias a mí.

Danila se adelantó:

—Maestro, ¿por qué no les dice lo que me dijo antes?

Faltenmeier vaciló unos instantes, el gesto mohíno. No quería arruinar su momento de éxito.

—Hay un problema con todo esto.

—¿Cuál?, —le preguntó Guillermo.

—Que, en esta situación, el campo de contención que crean nuestros generadores es tan delicado como una pompa de jabón. Si desaparece, se debilita o perdemos la sincronía nos reuniremos —señaló de nuevo hacia las astronaves varadas en el cielo— con ellas.

Una vez más, Guillermo le tradujo a Insele y esta respondió:

—Nunca creí que fuera verdad lo que me dijiste de vuestra forma de viajar, pero veo que es cierto. Tampoco imaginé que fuerais capaces de entrar en la Luna de los Muertos y mantenernos con vida. Pero si estamos aquí dentro es que nuestro Destino así lo quiere, así que adelante. Hemos de cruzar el Desierto Infinito hasta llegar al Puente del Monstruo.

»Cuando lo crucemos estaremos ante la Ciudad de las Doce Mil Estrellas. Pero no llegaremos al Puente porque no tenemos una Piedra Lunar que nos guíe por el Desierto Infinito.

Guillermo compartió la información. Bril le preguntó:

—¿Una Piedra Lunar? ¿Eso qué es?

—Supongo que será una especie de brújula —le contestó Guillermo.

—Claro.

El oficial se dirigió a todos:

—Aunque no tenemos esa piedra, cuando el Maestro se recupere desembarcaremos, exploraremos los alrededores e intentaremos llegar a la Ciudad de las Doce mil Estrellas para que el Maestro vea su cielo y encuentre el camino de vuelta a casa. En cuanto lo tenga claro, nos volveremos a la *Urania*. ¿Entendidos?

—¿Qué haremos con Elvira?

—Vendrá con nosotros en un disco de viaje que llevaré yo mismo. Capitán, pregúntele a la nam si la ciudad está lejos de aquí —le dijo Bril a Guillermo, pensando que eso era lo primero que le tenía que haber preguntado.

—El poema dice que los muertos llegan antes. Esa es una de las muchas cosas que no se entienden de ese texto —respondió Insele.

Al escuchar la respuesta, Bril gruñó:

—¡Poemas alienígenas! No los entienden ni ellos —luego añadió en voz alta para que le oyeran todos—: Llevaremos los sacos para dormir de los camarotes y raciones para tres días. Si en ese tiempo no hemos encontrado la ciudad, nos volveremos.

—¿Y por qué no nos acercamos con la *Urania*?, —preguntó Tacla.

—Porque la nave solo se mueve sobre este mar —le contestó Mc Cool—. No sé por qué no puedo ir más allá de la orilla.

20
Ir sin llegar

Llevaban un rato marchando en silencio. Solo se oía el rumor del viento. Guillermo echó un vistazo por encima del hombro y se sorprendió: apenas se habían alejado de la *Urania*. Era como si el tiempo no pasara o el espacio no existiera pese a todo lo que llevaban recorrido.

Bril encabezaba la marcha seguido de Faltenmeier, que caminaba entre sus guardianas, cargadas con su equipo completo, el arma aprestada, atentas y vigilantes, aunque el lugar estaba completamente desierto hasta la pared del cráter. Guillermo e Insele cerraban el grupo.

El Maestro le dijo algo a Bril y este torció un poco la marcha hacia su izquierda. Un rato después parecía que estaban un poco más lejos de la nave. Sorprendentemente, unos minutos después subían los primeros peldaños del graderío.

Tras varios descansos y una subida trabajosa, porque los escalones crecían en altura conforme se acercaban a la cumbre, Guillermo pudo comprobar que el poeta nam no se había equivocado: cada vez exigía más esfuerzo alcanzar el borde del cráter. Estuvo a punto de comentárselo a Insele, pero prefirió guardar el aliento y esperar al final del ascenso.

La primera sorpresa llegó tras remontar el último escalón, que tenía la altura de un hombre y que prefirieron superar ayudándose los unos a los otros antes que seguir andando en busca de unas escaleras que no estaban a la vista, ni siquiera con los prismáticos.

Desde lo alto de la escalinata y hasta donde alcanzaba la vista se hallaban ante una superficie lisa y nívea, sin ningún relieve. Una llanura cuyo resplandor perlino dañaba los ojos. No había nada que

diferenciara una dirección o una orientación y el horizonte era indefinible, como si estuviera tapado por una bruma. Ni rastro de la Ciudad de las Doce Mil Estrellas.

Guillermo se dio media vuelta. A su espalda, el cráter en cuyo fondo flotaba una diminuta *Urania* sobre un disco gigantesco de color negro, era la única discontinuidad en la inmensa superficie lisa y opalescente, en apariencia sin fin. Se estremeció. El viento era notablemente seco, frío y fuerte.

—El Desierto Infinito —dijo Insele, a su lado.

«Un lugar de locos», pensó Guillermo sin contestar a la nam. «Andas en una dirección y no te mueves, vas en dirección oblicua y llegas; andas un momento y parece que estás lejísimos».

A su lado, Faltenmeier levantó la vista hacia el cielo con una sonrisa en los labios para simular una serenidad y una calma que no sentía. Hasta el momento, su comprensión del espacio tiempo en el interior de la Luna de los Muertos había sido acertada y sus decisiones correctas. Hasta había dado en el blanco al indicar los cambios de dirección para subir hasta allí.

Pero eso había sido lo fácil. Ahora comenzaba lo verdaderamente difícil: dejar atrás la única referencia, el cráter, y comenzar a caminar calculando su rumbo en función del número de trazos celestes, su dirección y su velocidad, sabiendo que cada cierta distancia o tiempo tenían que cambiar de dirección. Si no era capaz de orientarse acabarían todos perdidos porque no acertaría ni a volver a la *Urania*.

La tarea era compleja y la responsabilidad le abrumaba. Por una parte, requería de una gran dosis de su antiguo y disminuido talento y por otra de una comprensión perfecta del espacio tiempo. En su pecho se avivó el fuego de la inseguridad que llevaba consumiéndole desde hacía meses y se prendió uno nuevo: el del temor a entender mal el extraño discurrir del espacio tiempo en ese lugar.

Bril le sacó de su meditación con la pregunta que temía desde que acabaron la subida:

—Y ahora, ¿hacia dónde tenemos que ir? Mire hacia donde mire, veo siempre lo mismo.

Faltenmeier se volvió hacia él lentamente, de manera dramática y luego levantó su dedo índice hacia el cielo.

Al ver el gesto, Mc Cool rezongó en un susurro:

—Solo falta que se lo moje en saliva y diga: por ahí.

Guillermo levantó la vista y quedó desconcertado. Las estrellas ya no convergían en el cénit como cuando subían por el cráter, sino que salvo algún trazo aislado, tenían tendencia a ir en una sola dirección cruzándose cada una a una velocidad diferente.

—Hacia allá —dijo Faltenmeier, que comenzó a andar y le señaló con la mano temblorosa un recorrido tangente al borde del cráter y casi perpendicular a unos trazos celestes cortos y rápidos.

—Maestro, así caminaremos en círculo —advirtió Bril.

El anciano le dijo por encima del hombro sin dejar de caminar:

—¿Todavía no ha comprendido? En este lugar solo se puede ir a dos sitios: a ninguna parte o al otro polo de esta burbuja espacio temporal —Faltenmeier dio media vuelta. Al ver la expresión incrédula del oficial, levantó la mano y le dijo—: No hace falta que me crea, Bril, solo necesito que ande.

—Ha dicho el otro polo. ¿Cuál es el primero?

—El lugar que ocupa la *Urania* —el anciano se giró y siguió andando con el corazón desbocado y el fuego de su pecho todavía más ardiente. Si se había equivocado en sus estimaciones estarían yendo para no llegar nunca a ninguna parte.

Danila comenzó a andar tras Faltenmeier, seguida de Aisha. Bril hizo un gesto de resignación y fue tras ellos. Insele se volvió hacia Guillermo y le preguntó:

—¿Qué ha dicho?

—Que andemos en esa dirección. ¿Qué dice vuestro poema?

—Dice hay que hay que apartarse de los deseos y seguir la senda que canta la Piedra Lunar para hallar el camino que atraviesa el Desierto Infinito. Y esta es la parte fácil, Lidiri Lembo.

21
Desierto Infinito

Perdieron de vista el borde del cráter a los pocos minutos de marcha con la angustia de dejar atrás la única referencia que les permitía estar mínimamente orientados. Aisha Cortés apretó con fuerza el arma. Aquel lugar le resultaba deprimente y perverso, y le producía una inexplicable sensación de angustia. Un viento suave y continuo le agitó el cabello y tuvo un estremecimiento al figurarse que era el alma de un muerto alienígena.

Unas horas de marcha más tarde, Insele dio el aviso:

—Allí hay algo —le dijo a Guillermo, señalando un punto a su derecha.

Este miró en la dirección señalada por la nam y no vio nada.

—¿Estás segura? Yo no veo nada —respondió.

—No lo puedes ver porque no eres tan alto como yo —le replicó ella con naturalidad antes de apartarse del grupo para acercarse a lo que había visto.

—¿A dónde va?, —le preguntó Bril al ver que se alejaba.

—Dice que ha visto algo. Va a comprobarlo.

—¿Os fiais de ella?, —preguntó Danila.

—Yo sí —afirmó Aisha con contundencia—. Antes no, pero ahora sí. Su gente murió para salvarnos y tuve la impresión de que le daba miedo venir aquí.

Guillermo se sorprendió de que la guardiana hubiera notado el miedo de Insele; de no ser por el brog, él ni se hubiera enterado. «¿Cómo se dio cuenta?», se preguntó.

Faltenmeier se acercó al grupo preguntando por qué se habían detenido y por qué se alejaba Insele. Las arrugas en el rostro del anciano eran muy notables y mirada era cansada. El hombre estaba

agotado, pero intentaba disimularlo.

Bril le respondió y el Maestro soltó una carcajada.

—¡Tampoco se ha enterado de nada! ¡Por ahí no se va donde ella quiere ir! Ahora está yendo a ninguna parte. Literalmente.

Tras un par de minutos andando a pasos grandes, Insele apenas se había separado de ellos. Era como si estuviera caminando sobre una cinta sin fin. Guillermo la llamó y ella se dio media vuelta.

—¿Cómo es posible?, —el brog le transmitió el asombro de la nam—. Hace un buen rato que me separé de vosotros y apenas he avanzado. Que vuestro extraordinario esclavo me lo explique.

—No es un esclavo.

—Pero él dijo que sí lo es, de manera que le trataré como desea.

Después de una explicación de Faltenmeier de la que Guillermo entendió menos de la mitad, le acabó diciendo:

—Los creadores de este lugar han modificado el espacio y el tiempo de modo que solo hay una dirección donde ambos, tiempo y espacio, son coherentes. O sea, que solo lograrás avanzar si te desplazas en la dirección correcta. De lo contrario apenas consigues moverte del sitio donde estás, aunque andes mucho.

—Entiendo —respondió Insele—. Entonces, ¿cómo puedo ir donde yo quiera ir?

—En este lugar solo se puede ir a dos sitios: los polos de sucesos según dice el Maestro, que son los únicos en este lugar donde el espacio y el tiempo son coherentes en todas direcciones. Uno está donde la Urania y el otro debe de ser la ciudad que estamos buscando. Es decir, que si seguimos adelante en la dirección correcta acabaremos encontrando eso que has visto.

—O sea, que aquí no hay atajos —dijo ella, medio para sí.

Guillermo consultó con Faltenmeier esa reflexión y este aplaudió vivamente:

—¡Exacto! No hay un camino más corto porque solo hay un camino. ¡Felicítela! ¡Por fin alguien ha entendido algo! ¡Alienígena tenía que ser!

Una vez se lo dijo, Guillermo no supo si a Insele el cumplido le había resultado halagador o al menos de interés.

—Eso es difícil de creer —respondió débilmente la voz de Elvira desde el traje de Bril a las palabras de Faltenmeier. Desde que habían salido del cráter, la IA ni había hablado ni se había

materializado.

—¿Quieres comprobarlo, Elvira?, —replicó al momento el anciano, desafiante. Levantó un brazo e indicó una dirección—. Basta con disparar hacia allá.

Insele, que había seguido la conversación a través de Guillermo, le dijo:

—Bien, que se haga esa prueba. Quiero saber si debo aumentar mi respeto por vuestro esclavo.

Guillermo le hizo un gesto a Danila y esta levantó el fusil hacia donde había indicado Faltenmeier y miró al maestro esperando la confirmación antes de disparar. Faltenmeier asintió con la cabeza y la guardaespaldas apretó el gatillo.

En una secuencia rápida pero perfectamente apreciable, en el extremo del cañón del arma se formó una nube gris azulada y al poco despuntó la cabeza del proyectil, cuyo trayecto pudo ser seguido por todos hasta que se perdió de vista en el resplandor un par de segundos después.

—Por eso no hay trampas en el Desierto Infinito —concluyó Insele—: El Desierto es realmente infinito y es una trampa para quien no tenga una Piedra Lunar o… un esclavo como el vuestro.

Siguieron las indicaciones de Faltenmeier en silencio para ir donde Insele había señalado. Al cabo de unas horas Guillermo sintió que se le erizaba el vello de la nuca al oír una especie de llanto. Se detuvo para intentar situar su origen, pero entonces dejó de oírlo.

—¿Qué le pasa, capitán? ¿Se encuentra bien?, —le preguntó Aisha.

—No es nada. Creí oír algo. Nada más.

Unos pasos después, delante de ellos y un tanto a lo lejos, se adivinó en el suelo una pequeña masa oscura, casi confundida con el brillo que emanaba del pavimento. Más allá había más objetos más grandes repartidos como al azar. Bril ordenó detenerse.

—Capitán Gitzi, adelántese y explore qué es eso —le ordenó Bril —. Mientras, nosotros aguardaremos aquí.

En la cabeza de la fila, Faltenmeier se volvió y se sentó en el suelo. Desde allí le preguntó a Insele:

—¿Es un cortejo fúnebre que no llegó a su destino?

Sin responder la pregunta que le tradujo Guillermo y atendiendo a la dirección que le indicó el anciano, la nam se adelantó

rápidamente gracias a sus grandes pasos seguida del Anónimo.

Lo primero que hallaron fueron cajas y grandes mochilas medio hundidas en el suelo con el que parecían fundidas como si la superficie del piso se las hubiera estado tragando poco a poco. La sorpresa fue que el pavimento era translúcido, de manera que a simple vista se adivinaba el resto del bulto debajo del firme. Insele abrió una de ellas para echar un vistazo a su interior.

—Está prácticamente vacía. Solo contiene algo de ropa muy antigua y poca cosa más.

Se dirigieron directamente a las formas que se veían a lo lejos, pero por mucho que anduvieron no llegaron hasta ellas. Insele se volvió hacia Faltenmeier, y este, con un gesto, les indicó la dirección correcta para avanzar hasta allí.

Guillermo anduvo tras la nam sin prisa. Su sentido del peligro le detuvo en seco al oír de nuevo el llanto que volvió a callar un momento después. Tras un centenar de metros vieron los restos de un par de extraños camiones hundidos hasta la caja. Uno de ellos estaba vacío y el otro tenía algo medio tapado por los restos de una lona negra destrozada por innumerables años de viento.

—¿Has oído algo, Insele?, —le preguntó a la nam.

—Nada en absoluto, Lidiri Lembo. ¿Oyes voces?

—No. Oigo llantos.

—Interesante.

Más allá estaban los esqueletos de dos nam, inconfundibles por sus cráneos, ambos con un agujero, aún con su mochila a cuestas y apenas sobresaliendo del suelo. Junto a uno de ellos, bajo el pavimento, aun podía verse el perfil de algo similar a una pistola.

—Este debió de disparar al otro y luego se suicidó —observó Guillermo, señalando al más cercano.

—No era la comitiva de un funeral —le dijo Insele a Guillermo. Luego estuvo un rato mirando el interior de sus mochilas. Sin levantar la vista, afirmó—. Era una expedición de saqueo. Deben de llevar aquí unos cuantos cientos de vuestros años. El arma es muy antigua.

Guillermo asintió con la cabeza e hizo una seña al grupo para que se acercaran. Allí no había amenazas de ninguna clase, aunque su sentido del peligro le dijera lo contrario.

Un silbido agudo hizo que diera media vuelta.

Insele había subido a la caja del segundo camión y había retirado los jirones de lona dejando al descubierto una jaula. En su interior había unos huesos que Guillermo no tardó en reconocer. Era el esqueleto de un

Ahura-Ahrrimán,

el animal sagrado del Irdilade Lam, la religión practicada por la inmensa mayoría de los nam. Supuso que en el momento de su muerte debía de estar en fase Ahrrimán y no Ahura porque su cola estaba amarrada a un gran peso para evitar que la utilizara como arma.

Insele estaba paralizada, la respiración contenida. A través de su brog, Guillermo experimentó una súbita mezcla de indignación, horror, asco y sacrilegio tan intensa y potente que le sacudió con un temblor de los pies a la cabeza. Se preguntó por enésima vez de qué manera podía deshacerse de esos estallidos emocionales y si la nam también percibía los suyos.

—¡Una Ahrrimán!, —trinó Insele por lo bajo—. ¡Es una Ahrrimán! ¡Una hembra!

El chillido de ira salvaje de la nam rompió el silencio del Desierto Infinito y asustó al grupo que venía con Faltenmeier. A continuación, Insele paseó por los restos de la expedición de saqueadores, levantando objetos y revolviendo en sacos y mochilas como si buscara algo afanosamente. Guillermo hizo una seña a Bril para que continuara avanzando.

—¿Qué ha pasado?, —le preguntó Bril a Guillermo.

—Ha encontrado los restos del animal sagrado de su religión en una jaula y se ha enfadado muchísimo.

—Y ahora, ¿qué está haciendo? Parece que busca algo.

—No tengo idea y le aseguro que no es el momento de preguntárselo —luego añadió una advertencia con rotundidad—: Nadie debe tocar el esqueleto que está dentro de la jaula.

Bril asintió sin interés porque los huesos de una bestia en una jaula no le parecía algo importante. Luego miró a su alrededor. La luminosidad del desierto no había variado en absoluto en las últimas horas, de manera que no había que contar con una alternancia tipo noche y día. «Eso sería algo absurdo en un lugar donde el tiempo está detenido salvo en una dirección», pensó a continuación sintiéndose idiota.

Hubiera preferido descansar con algo de oscuridad. La intensa luminosidad del lugar comenzaba a afectar los nervios de todos, sobre todo los de Faltenmeier, que estaba agotado y aún más irascible que de costumbre.

—Descansaremos aquí durante unas horas y luego continuaremos una jornada más —ordenó—. Si para entonces no hemos encontrado la ciudad nos volveremos a la *Urania*.

Guillermo subió ágilmente a la caja del camión y examinó el esqueleto del animal sagrado sin tocarlo. Después de su experiencia con el Ahrrimán en el Primer Contacto sentía el mayor de los respetos hacia esa bestia cuya inteligencia asesina podía llegar a unos extremos increíbles de planificación, crueldad y salvajismo.

La Ahrrimán se había enrollado en posición fetal en el centro de la jaula sobre su larga cola, como si se hubiera tumbado a esperar la muerte. En contraste con el resto de la osamenta, el apéndice afilado del final de su cola encadenado a un enorme peso reflejaba la luz del desierto. A diferencia del que él había cortado de la cola del Ahrrimán macho tras vencerle, el sable de esa bestia era más largo, curvo y delgado.

Insele subió al camión y se situó detrás de él.

—Tú le diste digna muerte al Ahrrimán —le dijo, como si hubiera leído su pensamiento—. Se canta que la vuestra fue una lucha noble. No como ella, que murió de hambre y de sed atrapada en esta jaula. Este es el peor sacrilegio que puedo imaginar.

—¿Para que la querrían? ¿La leyenda dice algo?

—El Poeta no dijo nada del Ahrrimán en su canción. Quizá la trajeran para enfrentarse a los guardianes de la Ciudad o a sus trampas. Quizá para sacrificarla. Quizá para ofender al Irdilale Lam aquí o quizá esté aquí porque eres el Lidiri Lembo y es parte de tu Destino. No lo sé.

Guillermo le señaló el sable de hueso.

—Es curvo —observó—. El Ahrrimán que yo maté lo tenía recto.

—Los machos tienen el *srili* recto. Este Ahrrimán era una hembra; por eso es curvado.

—Con Irdili enterramos su cadáver. Aquí no podemos. ¿Qué es lo que debemos hacer?

Insele se lo pensó un instante:

—Debes coger el *srili* y guardarlo y defenderlo con tu vida hasta

que se lo entregues al Irdilale Lam. El Destino te ha enviado aquí a recogerlo. Eres el Lidiri Lembo y, por lo tanto, el único que puede manejarlo. Meteremos los restos del Ahrrimán en mi mochila y yo misma los llevaré al Irdilale Lam para que disponga de ellos como se…

—¿Lo oyes?, —le preguntó Guillermo, interrumpiéndola—. Desde que llegamos aquí tengo la impresión de oír una especie de llanto.

—No. Para mí este desierto es silencioso.

En ese momento apareció Aisha:

—Capitán Gitzi, el comandante Bril le llama.

La siguieron hasta el primer camión. Faltenmeier descansaba con la espalda apoyada en una de las ruedas. La larga caminata le había consumido por completo la energía inicial de la aventura y la ilusión de los descubrimientos.

—Todo esto ha sido un error —sentenció entre dientes con el cuerpo dolorido, pensando en su cama—. No deberíamos habernos ido de la *Fiat Lux*.

Al oírle, Aisha torció el gesto. *«Nos traes hasta aquí, ¿y es en mitad de esta nada cuando nos dices que ojalá no hubiéramos venido?»*.

—Estoy agotado y me duelen los pies —abrió los ojos y miró a la guardaespaldas—. Danila, mira a ver si tengo ampollas. ¡No puedo dar un paso más!

—Maestro, ahora descansaremos y luego continuaremos la marcha —le dijo Bril.

—La continuará usted —le replicó—. Yo no pienso moverme de aquí más que para volver a la *Urania*. Tengo los pies en carne viva, ¿no es así, Danila?

Ella le había sacado las botas y los calcetines al anciano. Después de echar un vistazo a las plantas de sus pies, negó con la cabeza hacia Bril. Guillermo no supo si la negación se debía a las llagas o a que era mejor no oponerse al viejo.

—¿Lo ve? ¿Lo ve?, —insistió Faltenmeier, ajeno a la mirada de la guardaespaldas.

El oficial se dio media vuelta para ocultar su expresión. Faltenmeier continuó:

—¿Me ha oído, Bril? ¡Nos volvemos!

Bril respiró hondo para calmarse y le encaró. Le dijo con toda la serenidad que pudo reunir:

—Maestro, ahora comeremos y dormiremos. Más tarde, cuando estemos descansados decidiremos qué hacer —miró a Guillermo y se le ocurrió una salida—: Posiblemente, el doctor Gitzi pueda hacer algo para que pueda seguir caminando.

Guillermo le miró atónito. Faltenmeier le replicó, indignado:

—¿Ese desgraciado es médico? ¡Ese hombre es un Anónimo! ¡Un prescindible! ¡Me niego a que me ponga sus zarpas encima!

Guillermo, asumiendo su papel, le dijo a Faltenmeier:

—Después de comer echaré un vistazo a sus heridas, Maestro. De momento vamos a dejar que se airee la piel de sus pies, ¿de acuerdo?

El anciano le miró malhumorado y frunció los labios para mostrarle su indignación. Luego cerró los ojos y volvió la cabeza a un lado para evidenciar que le ignoraba.

Guillermo sonrió y volvió al segundo camión, subió a la caja y separó sin esfuerzo el *srili* del animal sagrado del resto de la cola.

La espada de hueso era asombrosamente ligera y, a pesar del tiempo transcurrido, mantenía un filo perfecto. El *srili* tenía un vástago que servía de mango y su grueso se adaptaba cómodamente al hueco de su mano. Era un instrumento de guerra temible y tan a su medida que por un momento pensó que si la hubieran fabricado para él no hubiera sido tan perfecta y hubiera sido tremendamente difícil equilibrarla con tanto acierto. Blandió el arma y por un momento tuvo la extraña sensación de que formaba parte de su persona.

Insele apareció con su mochila y sin decir palabra fue metiendo con reverencia, uno a uno, los huesos de la Ahrrimán.

Luego, ambos bajaron del camión. Al ver que Bril y Aisha se acercaban, les esperaron. Bril le preguntó a Guillermo:

—¿Podrá hacer algo por el Maestro?

—Le puedo poner algo de piel sintética y darle un analgésico, pero servirá de poco —respondió Guillermo—. En unas horas estará igual que ahora. Y si no le duelen los pies, le dolerá otra cosa.

—Nos ha propuesto que continuemos sin él —dijo Aisha—. Dice que no nos perderemos si seguimos la dirección del viento. Le respondí que quien tenía que ver el mapa del universo era él, y

¿sabe qué me ha respondido?

Guillermo negó con la cabeza.

—Que le lleve una foto. Eso fue lo que me dijo.

—¿Y lo de seguir el viento? ¿Cómo puede ser eso?

Bril lo explicó:

—Dice que la Naturaleza siempre hace lo más fácil, lo más sencillo, de manera que como aquí dentro hay aire y este se mueve, solo se puede mover de un polo a otro. En este caso, sopla de manera permanente hacia la ciudad. Esa es la brisa que percibimos continuamente.

Guillermo se lo explicó a Insele y le preguntó su opinión. La nam le respondió tras meditar un instante:

—Tiene sentido, pero no puede ser tan sencillo. ¿Cómo sabremos la dirección buena cuando cambie la dirección del viento?

—¿Y también tiene la explicación de por qué se hunden las cosas en el suelo?, —preguntó Guillermo.

—Sí —respondió Cortés—. Dice que es porque la burbuja en la que estamos no es tan perfecta. El tiempo no está totalmente detenido en todas direcciones y la urdimbre espacio temporal se degrada. Eso produce que pierda consistencia y los objetos se hundan en ella al cabo de unos cientos de años. Calcula que esos camiones están ahí desde hace unos trescientos años *viejatierra*.

Guillermo frunció la boca y asintió en silencio, asombrado. Le transmitió a Insele la explicación y esta le dijo:

—Acabaré comprándote ese esclavo, Lidiri Lembo.

Aisha señaló el cielo y añadió:

—Esa degradación es la responsable de que el cielo desaparezca y podamos ver las naves que han llegado hasta aquí. El Maestro piensa que la maquinaria está fallando. Cree que colapsará dentro de unos cientos de años… Me llaman. Disculpen.

La guardaespaldas dio media vuelta y se fue, momento que Bril aprovechó para irse también. Guillermo e Insele se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada en unos cajones junto al segundo camión.

Guillermo le ofreció una de sus raciones de carne, sus preferidas.

—¿Quieres?

Al ver los envoltorios, las vejigas respiratorias de Insele se detuvieron un instante mínimo y, simultáneamente, Guillermo

recibió una ola de aprensión y asco proveniente de Insele.

—No, gracias. Todavía tengo de las mías.

Comieron cada uno en silencio, Guillermo reflexionando sobre la reacción casi imperceptible de Insele ante la comida humana y preguntándose si a él le pasaría lo mismo si tuviera que comer comida nam. «Pero eso no pasará», se dijo. «… Eso espero».

Tras comer, se tumbaron apoyando la cabeza sobre sus mochilas para descansar.

Mirando las naves que se podían ver a través del cielo intermitente, Guillermo le preguntó distraídamente a la nam:

—¿Desde cuándo sabéis de los humanos?

—Desde hace muchos de vuestros años.

Guillermo señaló las naves funerarias visibles en ese momento en el cielo.

—¿Hay más especies como las nuestras en el Universo? ¿Capaces de viajar por el Cosmos?

—No lo sé —respondió ella con sinceridad—. Estoy tan extrañada como tú porque hay muchas naves que no sé de dónde pueden ser, quizá porque son muy antiguas o porque son de otras especies o quizá porque no soy una experta. Vosotros habéis reconocido al menos una astronave vuestra. Podría haber más. Las cosmonaves globulares son nam. Las menos redondeadas serían de la nación Nómada. Y casi todas son así porque este lugar es de su religión. El Irdili Lam no cree en esto y lo ha considerado siempre una leyenda sin fundamento. Cuando vuelva y lo explique costará que me crean.

Guillermo no respondió. Cerró los ojos y quedó dormido hasta que le despertó el zumbido de un motor en la lejanía.

22
Lamentos

Escrutaron a su alrededor, pero nadie alcanzó a ver nada en el horizonte difuso. No se distinguía ningún movimiento. La blancura algodonosa del cielo se rompía de vez en cuando ofreciendo el espectáculo de cientos de naves espaciales colgadas sobre sus cabezas como juguetes de bebé suspendidos sobre una cuna.

—¿Veis algo?, —preguntó Danila.

—Nada —respondió Guillermo—. Insele, ¿ves algo?

—No.

Se oyó una risa. Era Faltenmeier. Todos se volvieron hacia él.

—Posiblemente no veréis nunca el origen de ese ruido. Tened en cuenta que el sonido son ondas —estaba encantado de centrar de nuevo la atención del grupo. Se volvió contra la brisa y señaló esa dirección con un gesto dramático—. El objeto que produce este sonido ha cruzado nuestro camino y su ruido llega hasta nosotros como por un cordel porque estamos en la dirección correcta. La única. En el resto de direcciones se pierde o avanza con muchísima lentitud. Dentro de un rato dejaremos de oírlo.

Sin embargo, el zumbido fue aumentando de intensidad y de repente dejó de oírse. Unos instantes más tarde volvió a percibirse y luego desapareció otra vez. Escudriñaron en esa dirección. No tardó en oírse de nuevo, esta vez mucho más cerca. Entonces lo vieron. El objeto fue adquiriendo tamaño con rapidez; un minuto después pudieron apreciar una forma redondeada en la lejanía.

—Preparémonos —dijo Danila verificando su rifle—. Tanto si es un funeral como si son ladrones de tumbas, a ninguno de ellos les gustará encontrarnos aquí.

—Pues si es a un funeral, parece que llegan a tiempo —rio

Guillermo.

—¿Solo se le ocurre hacer chistes, capitán? ¿Qué habrá pasado con la *Urania*?, —preguntó Aisha, desabrida—. A ninguno se nos ocurrió que pudiera venir alguien mientras estábamos aquí.

—Posiblemente la hayan destruido —dijo Elvira—. Para ellos somos unos intrusos.

—Entonces, ¿cómo volveremos?, —la desesperanza de su voz traicionó el gesto duro y decidido de su rostro.

—De momento vamos a preocuparnos de ese objeto, ¿os parece?, —terció Guillermo acercándose al grupo, seguido de la nam—. Insele es de la misma opinión que Danila. En este lugar estamos de más.

Fueron en busca de sus armas. Aprovechando el momento, Bril se aproximó a Guillermo y le señaló a Faltenmeier, que en ese momento estaba de espaldas.

—Nadie ha de cogerle con vida. ¿Entendido, capitán?

Guillermo asintió resignadamente con la cabeza.

Volvieron a reunirse. El punto en el horizonte casi no había aumentado de tamaño.

—Creo que nos han visto —dijo Elvira—. Parece que se han detenido. Es probable que se estén organizando para enfrentarse a nosotros.

De repente el punto desapareció y el silencio se hizo opresivo. Minutos más tarde, el vehículo volvió a aparecer, pero sin el zumbido. Poco después se dirigía directo hacia ellos, rápido como un proyectil y acompañado de un gran estrépito.

—Ya nos han visto —advirtió Danila—. Vienen a por nosotros.

Se agruparon siguiendo obedientes las indicaciones de Guillermo. En primera fila, Insele armada con una extraña arma sacada de la mochila de un saqueador. A su lado, Guillermo con su fusil, y Bril con el suyo. Detrás, Danila y Aisha protegiendo a Faltenmeier, que estaba muy pálido.

El vehículo pareció desviarse.

—¿Soy yo o se están haciendo a un lado?, —preguntó Danila.

—No me lo parece —le dijo Aisha.

Un minuto después el transporte se había apartado ligeramente, pero luego corrigió su dirección.

—Nos va a atropellar —observó Insele muy tranquila—. Es lo

que yo haría.

—Viene —dijo Guillermo, que luego añadió—: ¡Sobre todo no disparéis! Intentaremos parlamentar.

La nam emitió un largo y sonoro cloqueo. A los oídos humanos sonó como una muestra de miedo, pero el brog de Guillermo lo tradujo como una risa siniestra y cínica.

Momentos después el zumbido era un rugido acompañado de un tremendo estrépito metálico. Un vehículo similar a un enorme camión, alto y redondeado, enfiló hacia ellos a gran velocidad, como una amenazadora nube de algodón gris, sólida y arrolladora.

Insele y Guillermo saltaron para apartarse.

Bril se apartó con ellos, y Aisha y Danila agarraron cada una por un brazo a Faltenmeier y apenas tuvieron tiempo de sacarlo del camino del bólido.

El camión les rebasó con un zumbido agudo y atronador, y entonces Aisha disparó varias veces a una rueda.

Como si hubiera sido una ofensa, la mole dio al instante un giro casi completo de ciento ochenta grados levantándose sobre la rueda pinchada, cayó con estrépito y se lanzó sobre ella, pero en esa dirección la máquina ganó el espacio metro a metro aunque sus ruedas giraban tan veloces como antes.

Como si el vehículo se diera cuenta corrigió y, tras varios botes, regresó por donde había venido cargando contra ellos a toda velocidad.

Antes de que ninguno pudiera reaccionar, el camión viró sobre la rueda, ahora en llamas debido el rozamiento y se alejó echando humo hacia el incierto horizonte.

—No parece que nadie lo conduzca —observó Guillermo—. ¿Cuánto tiempo debe de llevar dando vueltas por este desierto?

—¿No lo sabe ella?, —dijo Danila haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Insele.

La respuesta de Insele fue muy escueta:

—Le vi las ruedas muy gastadas.

Faltenmeier se dejó caer al suelo reclamando que volvieran a la *Urania*.

—Solo caminaré de vuelta a casa. Tengo los pies horriblemente llagados y andar es una tortura.

Ante su negativa a seguir adelante pese a los argumentos de

Danila, Bril y Aisha, y tras casi una hora de discusión, Insele le dijo a Guillermo, que se había mantenido al margen:

—¿No piensas hacer nada, Lidiri Lembo? No puedes dejar que un esclavo se porte de esa manera.

Guillermo, sentado en el suelo y apoyado en su mochila, jugueteaba nervioso con el sable de hueso. Le replicó:

—¡Ya te he dicho que no es un esclavo! ¡Es un hombre libre!

—Eres un blando. Parece mentira que seas el Lidiri Lembo.

Harto de Insele y de la actitud del anciano, Guillermo se incorporó con su ceño de sargento del Regimiento Anónimo terriblemente fruncido.

Su expresión habitualmente serena y pacífica cambió a severa e intransigente. Se fue donde Faltenmeier haciendo molinetes con el sable, como si tuviera el propósito de aplicarle el método que se empleaba en su regimiento cuando los reclutas se negaban a obedecer.

Danila, al verle, levantó una ceja, dio media vuelta y se apartó de su protegido llevándose a Aisha de allí.

—¡En pie, Faltenmeier!, —le ordenó tajante—. Sigamos adelante.

El anciano no se movió. Su respuesta fue una sonrisa desafiante. «¿Y qué vas a hacer si no lo hago?», le dijo con la mirada.

Guillermo le devolvió la sonrisa acompañada de un gesto de satisfacción y unos ojos que decían: «pruébalo para darme una excusa, que te tengo ganas». Golpeó la palma de su mano con el sable, produciendo un sonoro y tétrico chasquido, y avanzó un paso hacia él.

Inmediatamente, la expresión del anciano cambió de la complacencia al miedo. No le cupo duda de lo que aquel capitán de los Anónimos, aquel tipo que no tenía nada que perder porque era un prescindible, estaba dispuesto a hacer con él.

Atemorizado, intentó levantarse del suelo pero le fallaron las piernas y volvió a caer. Entonces retrocedió sin perderle de vista, empujándose marcha atrás con manos y pies, en busca de Danila, pero la guardiana estaba lejos y de espaldas.

23
Hashii

Llegó el estruendo de una tremenda explosión. De nuevo otearon los alrededores sin ver nada.

—¡Mira!, —exclamó Insele señalando el horizonte un par de minutos después.

Guillermo se volvió. Una columna de humo negro y espeso se elevaba a lo lejos.

El anciano, con la cara escondida entre las manos, miró disimuladamente por entre los dedos. El Anónimo estaba distraído. Había desaparecido el interés en él. Sonrió porque había ganado otra vez.

—El camión se ha estrellado contra algo más grande que él. Los muros de la ciudad, seguramente —dijo Danila delante de Faltenmeier—. O sea, que estamos muy cerca, ¿no es así, Aisha?

—Eso parece —replicó la guardaespaldas, guiñándole un ojo.

—Creo que merecerá la pena llegar hasta allí para ver ese mapa del universo —Danila les miró a todos, salvo a su protegido—. ¿No os parece?

—¡Claro que sí!, —exclamó Aisha, captando la intención de su compañera—. Seguro que podremos ir todos a verlo mientras el Maestro descansa. Entonces haremos una foto al cielo, vendremos a recogerle y volveremos todos a la *Urania* para que la examine y nos saque de aquí.

—¿Es que me vais a dejar solo en este lugar abandonado? — Faltenmeier, aún en el suelo, miraba a sus guardaespaldas absolutamente horrorizado.

—No le pasará nada, Maestro. No tema —mantuvo Danila, que añadió con una sonrisa—: Esto es un desierto. ¡No hay nadie!

—¡No podéis abandonarme!, —chilló—. ¿Y si viene otro camión? ¡Vuestra obligación es protegerme!

Las guardianas se miraron entres sí y se hizo un silencio incómodo. De repente un sonido similar al de un llanto rompió la tensión del momento. Se volvieron en todas direcciones pero no consiguieron saber de dónde venía el sonido.

—¿Lo oyen? ¿Qué es eso?, —preguntó Bril—. ¿De dónde viene?

—¡Es el llanto de un niño!, —exclamó Danila—. ¡Malditos nam! ¡Esclavizan niños!

—No es una voz humana —sentenció Bril—. Es lo que me dice Elvira.

Aisha intervino:

—Pues lo parece. Creo que se equivoca.

—Estamos de camino a un cementerio. Debe de ser el llanto de los muertos —sugirió Mc Cool, sardónico—. Capitán Gitzi, ¿se lo podría preguntar a la nam?

—Dice que probablemente sea el sonido del llanto de las Piedras Lunares que guían las comitivas fúnebres hasta la Ciudad de las Doce Mil Estrellas —le respondió Guillermo al recibir la respuesta. Luego se volvió hacia Bril—: ¿Vamos a ver qué es?

—¿Piedras que lloran?, —se preguntó Aisha en voz alta.

—¡Os perderéis!, —exclamó entonces Faltenmeier—. ¡Solo yo puedo llevaros hasta allí!

—¿No dijo que era suficiente con seguir la dirección de la brisa?, —le reprochó Bril.

Faltenmeier le miró con desagrado:

—Si fuera tan fácil os hubiera dicho hace rato que siguierais solos.

—Seguimos su consejo y hemos llegado hasta aquí —le reprochó Bril, sintiéndose estúpido al pensar que, de haberle hecho caso se habrían perdido. «Soy un ingenuo», se dijo. «Tengo demasiada fe en este hombre».

El llanto cesó.

—¡Os vais a extraviar!, —repitió Faltenmeier como toda respuesta. Se puso los calcetines y las botas y anduvo a buen paso como si los pies no le dolieran—. Os guiaré aunque solo sea para ahorrarme el tiempo y la caminata de rescataros cuando os hayáis perdido… —les señaló con el índice y añadió en tono

condescendiente—: Y a pesar de lo mucho que me duelen los pies.

Bril logró componer una expresión neutra y corrió para colocarse en la comitiva de Faltenmeier, formada por Aisha, Danila y Mc Cool. A ellos les siguieron Insele y Guillermo. Tacla se entretuvo curioseando entre los objetos recién encontrados.

Unos pasos después el monótono paisaje liso del Desierto Infinito se hizo tétrico y triste. Lo que de lejos parecía una caja abandonada, al acercarse resultó ser un gran baúl bajo el cual se hallaba el cuerpo de su porteador, momificado por la sequedad y el frío del aire, y medio tragado por el suelo.

El horizonte dejó de ser indefinible y se convirtió en una línea salpicada por infinidad de bultos y manchas oscuras hasta donde alcanzaba la vista.

Más allá encontraron un grupo de nam disecados de manera natural, hundidos en parte en el pavimento. Las pieles pegadas a alargados cráneos y los rostros, grotescas máscaras con los dientes sobresaliendo amenazadoramente en unas bocas muy abiertas.

Guillermo contó doce cadáveres formando un círculo perfecto alrededor de un féretro, las cabezas orientadas hacia un carro ricamente decorado que hacía las veces de catafalco.

Insele y él se adelantaron unos pasos.

—Ese círculo es un *hashii*. Así lo llaman en la Nación Nómada —le explicó Insele a Guillermo en un susurro señalándole el redondel de muertos—. Los esclavos se conjuran para servir a su amo tras su muerte. Aunque este es muy sencillo, es un buen *hashii* y fueron unos buenos esclavos.

—¿Los envenenaron?, —preguntó Guillermo, absolutamente anonadado. Dondequiera que mirara solo había cadáveres.

—Se envenenaron por propia voluntad. Fíjate en los vasos —le señaló ella en voz baja—. Son esclavos de sacrificio y escogen libremente si quieren serlo. Estos acompañaron a su amo hasta aquí y formaron el *hashii* por pura fidelidad.

—¿Y si alguno cambió de opinión en el último momento?, —le preguntó Guillermo, incrédulo.

—Siempre puede haber algún desagradecido —le replicó y volvió la vista.

Guillermo echó una nueva ojeada a su alrededor. Los *hashii* se extendían hasta el horizonte. Vio un cuadro de suicidas por

fidelidad medio fundidos con el suelo perlino, un cielo negro surcado de blancas chispas brillantes y muerte y tristeza hasta donde alcanzaba la vista. Estaban en un paisaje en blanco y negro, a sus ojos tan trágico como injusto.

Todos los muertos del *hashii* estaban boca arriba, en posición de firmes con un arma aferrada sobre el pecho, tapados con unos andrajos agitados continuamente por el viento. Algunos de ellos mantenían un pequeño vaso o un frasco en una mano. Quedó sorprendido de la enorme dignidad con la que aquellos individuos habían afrontado su muerte.

El ataúd estaba abierto. Dentro había un nam momificado. Sobre su cuerpo revoloteaban los andrajos de una especie de guardapolvo negro, abierto por completo y agitado por las rachas de viento.

Insele le echó un vistazo rápido y se apartó enseguida. Le dijo a Guillermo con voz queda.

—Los botones del sudario debían de ser de valor. ¡Ladrones de *hashii*!

Guillermo la miró, asombrado y a la vez escandalizado. Allí había centenares o miles de suicidas y ella se escandalizaba por el robo de unos botones. Los humanos se acercaron en grupo al nam por curiosidad morbosa, atentos a la reacción de Insele, por si les advertía que no se acercaran.

Bril sintió un escalofrío:

—¡Parece vivo!

—A mí, los muertos no me dan miedo, pero las momias me dan asco —dijo Danila—. Y si son nam, aún más.

—No me gustaría acabar como él —observó Aisha—. Y menos en un sitio como este, tan frío, tan seco y tan inhóspito.

—No puedo creer que se suicidaran —dijo Mc Cool—. Estoy convencido de que los mataron.

—¿Podríais hablar más bajo?, —le susurró Insele a Guillermo—. ¿Siempre gritáis así en vuestros cementerios?

Guillermo hizo una seña a sus compañeros y estos bajaron su voz. A pocos metros hallaron el cuerpo de otro nam, caído en el suelo y desnudo. Insele se lo señaló:

—Ahí lo tienes. Ese no quiso participar en el *hashii* y tuvo que morir solo y sin ropa —observó en voz baja—. Un mal esclavo. Por su culpa quizá su amo no llegue a tener otra vida, según su culto.

Ese amo no logró tener un buen *hashiliistili*, el esclavo que se ocupa de que todo salga bien.

—¿Qué quieres decir con «que se ocupa de que todo salga bien»?

Insele no contestó. Guillermo se encogió de hombros y se agachó para examinar las armas.

—¿Cuánto tiempo deben llevar aquí?, —se preguntó en voz alta.

—Imposible saberlo —le dijo Faltenmeier, que se había acercado.

—Sigamos —interrumpió Bril, visiblemente impaciente e incómodo—. Cuanto antes lleguemos a la ciudad y vea usted ese cielo antes volveremos.

A partir de ese hallazgo, el panorama estuvo salpicado de una mezcla de *hashii* repartidos sin un orden aparente, rodeados de equipajes, cajas y cajones, vehículos medio hundidos en el suelo e incontables cadáveres. Algunos se habían convertido en esqueletos y otros eran momias secas y escuálidas, de piel de color verde pálido curtida por el ambiente. La variedad en el estado de conservación de los cuerpos resultaba tan extraña como inquietante.

—Elvira dice que quizá unos están secos y los otros son solo huesos debido a las variaciones en las condiciones atmosféricas que debe de tener este lugar —dijo Bril en respuesta a la pregunta que había hecho Aisha sobre los cadáveres.

Guillermo se sorprendió al ver abiertos todos los bultos y ataúdes. El contenido de los primeros, sobre todo trajes, estaba desperdigado por el lugar, enredados en las momias y flameados por el eterno viento del Desierto Infinito.

Los féretros simplemente tenían las tapas apartadas. Se preguntó si abrir los equipajes formaba parte de los ritos funerarios de esos nam o si eran profanaciones cometidas por los ladrones de *hashii* a los que se había referido Insele.

Se lo iba a preguntar, pero le atrajeron unos carruajes fúnebres cargados con unos sarcófagos de un material cristalino, cuyos tiros estaban hechos para ser ocupados por esclavos. Las tapas estaban esculpidas de manera que reproducían el rostro y el cuerpo de los finados.

Se acercaron para verlos mejor. Los extraños ataúdes eran de un material similar al vidrio y tenían el aspecto de ser terriblemente pesados. En su interior, los cadáveres eran perfectamente visibles.

—Conservados como mariposas en una inclusión de resina —dijo Tacla al verlo.

—Parecen dormidos. Es como si esa envoltura transparente les mantuviera en vida —comentó Aisha en un susurro.

Guillermo se lo tradujo a Insele y esta le contestó:

—Esa es la idea. Es el funeral de una familia. Allá están el padre y la madre y detrás dos hijos. Vienen preparados para continuar su vida en la Ciudad de los Muertos. Por eso van vestidos con sus mejores ropas y esa envoltura, el… —el brog vaciló un instante, Guillermo sintió un mareo y un punzante dolor de cabeza cuando el parásito buscó en lo más profundo de su mente sin encontrar la palabra ni un concepto asociado a lo que estaba viendo y compuso un término por su cuenta—: *kassimer* diáfano es la garantía de su permanencia en la otra vida.

Guillermo, dolorido, le dijo *in mente* al brog «¡Avisa antes, *hijoeputa*!» y a Insele:

—No lo entiendo. ¿Una familia entera? ¿Murieron por accidente o uno murió y los otros se suicidaron?

—No lo sé. Quizá se quitaron la vida al no poder soportar el dolor de perder a alguien muy amado —Guillermo se sintió muy incómodo al percibir a través de su brog un tinte de emoción y admiración en su respuesta.

—Lo que me parece verdaderamente misterioso es que ese material siga siendo tan transparente al cabo de los siglos —le contestó Guillermo, resolutivo, harto del lugar, del brog y las emociones ajenas que le provocaba, y de no entender a la nam.

Los sarcófagos tenían diversas clases de acabado exterior. Unos reproducían las vestimentas del fallecido con un detalle perfecto y meticuloso. Otros, más sencillos, tenían los lados completamente transparentes, de forma que era posible apreciar el cadáver en su totalidad. Los más simples eran simples cajas negras alargadas con la imagen del muerto en la tapa y los laterales, como el primero que habían visto, o bien decorados con el relieve de la máscara mortuoria.

—¡Vaya vanidad!, —exclamó Tacla al ver uno de ellos—. Se repite la cara de este muerto en los cuatro laterales de su ataúd. Acompañado de unos pictogramas, parece…

El sentido del peligro de Guillermo despertó un momento

después, cuando miró a su alrededor y se dio cuenta del contraste entre la perfecta disposición circular de los esclavos para su suicidio colectivo y el contenido de los baúles desparramado por el pavimento. Le señaló a Insele un grupo de baúles abiertos y le preguntó:

—¿Ladrones de tumbas o algún *hashiliistili* traidor?

—Ladrones, sin duda. ¿Quién si no?, —respondió la nam sin el menor atisbo de duda. El brog añadió para Guillermo la incredulidad de Insele ante la idea de que un *hashiliistili* pudiera ser capaz de cometer un sacrilegio de ese calibre.

—¿Y cómo habrán logrado salir de aquí, de esta luna?, —repreguntó él inmediatamente.

—Igual no han podido —le contestó ella.

—Entonces, ¿dónde están?

—En la Ciudad de los Muertos.

Guillermo miró ostensiblemente a su alrededor.

—¿Y dónde está esa Ciudad?

No había rastro de una construcción ni de nada que se le pareciera. Aquel lugar era una enorme necrópolis improvisada, un enorme campamento mortuorio azotado por el viento, envuelto en un silencio absoluto y sobrecogedor, donde cada comitiva fúnebre había acabado por realizar su propia ceremonia al no encontrar la ciudad prometida. Era patente, allá donde se mirara, el intento de investir a los funerales de la dignidad que el sitio les había negado.

Era el lugar sin posibilidad de vuelta atrás, era la trampa perfecta donde acababan todos aquellos que en vida habían confiado en esa religión extraña y mentirosa y habían arrastrado en su fe a los que morían por ellos y para ellos, y quizá incluyendo a humanos como esclavos, pensó Guillermo, recordando el transestelar *Nueva Cali* suspendido sobre sus cabezas.

La fuerza de las cosas desenmascaró la leyenda a sus ojos. La Ciudad de las Doce Mil Estrellas que había cantado el poeta nam no solo no había existido nunca, sino que era un embuste y los ladrones de tumbas no eran otros que los que abonaban la leyenda.

Se volvió hacia Insele:

—¿Esta es vuestra Ciudad de los Muertos?, —le preguntó.

—Espera y ten fe —le replicó ella quedamente—. Los poetas nunca mienten.

Continuaron avanzando y no tardaron en ver los destrozos que había hecho a su paso el vehículo que casi les había atropellado unas horas antes, desbaratando los círculos perfectos de los *hashii* y pisoteando las hogueras, aplastando y llevándose por delante los equipajes, los ataúdes y a sus eternos guardianes.

—¡Qué desastre! ¡Qué calamidad!, —murmuró Insele al ver los destrozos.

Guillermo la miró sorprendido. Por fin parecía real y profundamente afectada por algo.

—¡Mirad!, —exclamó Aisha horrorizada, recogiendo un objeto del suelo.

Se acercaron. La guardaespaldas tenía en las manos una muñeca de tela de aspecto completamente humano.

Guillermo se enfureció con Insele:

—¡Vuestra Nación Nómada trae humanos aquí! ¡Para esto!, —le reprochó, abarcando su alrededor con un gesto del brazo—. ¡Lo sabías! ¡Por eso está aquí el *Nueva Cali*! ¿Cuantas más naves humanas habrá aquí?

Insele le miró imperturbable:

—Por favor no grites. Respeta el descanso y el silencio de los muertos. No te ocultaré que siempre hemos creído que los Nómadas emplean humanos como esclavos. Yo no lo sé de cierto, pero sí que sé que eso es algo que el Irdilale Lam rechaza por completo y yo también. Te juro que ignoro por qué está aquí esa nave vuestra o cualquier otra que pudiera haber.

Luego añadió:

—Mira en torno tuyo. ¿Ves a alguien de tu especie?

Los demás, pendientes de las palabras de Guillermo, renegaron de los nam.

—Si hay humanos aquí, tenemos que liberarlos y devolverlos a sus mundos —dijo Aisha.

—Pues ya me dirás cómo lo vamos a hacer —replicó Danila.

—Aunque sea volviendo a poner en marcha el *Nueva Cali* o tomando cualquiera de esas naves —respondió, señalando el cielo.

—Estás loca, Aisha.

—Ya está bien, oficiales —intervino Bril—. Sigamos adelante.

Más allá volvió a oírse con claridad el llanto, tan imposible de situar como antes y aún más triste y escalofriante.

—¡Como esto siga un minuto más me voy a volver loca!, —gritó Aisha tapándose los oídos—. ¡No me entrenaron para soportar niños llorando!

—Así suena el lamento y la tristeza de los nam —dijo Insele con solemnidad. Guillermo le ahorró la traducción a la guardiana.

Tras mucho andar sorteando innumerables *hashii* para acercarse a la columna de humo, no les llegó olor a quemado y no oyeron el crepitar del incendio hasta estar muy cerca. El camión no se había estrellado contra los muros de la Ciudad de los Muertos, sino que ardía tras chocar contra un extraño coche fúnebre aún más grande que él.

La humareda y las llamas se alzaban en una espiral perfecta hacia el cielo y desaparecían en lo alto como tragadas por un agujero. Unos pocos pasos más cerca, el olor acre del incendio de ambos vehículos mezclado con el de carne quemada inundaba el ambiente de forma tan insoportable que tuvieron que retroceder.

A pesar del destrozo y del incendio, se adivinaba que el *hashii* organizado en torno al difunto del gran vehículo había sido espectacular. Guillermo contó hasta cuatro círculos concéntricos de servidores muertos. La combinación de los lamentos nam que resonaban en el aire y la visión de esas muertes le mantenía el ánimo sobrecogido.

Entonces se dio cuenta de que cada cuerpo del círculo más externo tenía a su lado un objeto, algo que no había visto en los otros *hashii*. Le señaló uno a Insele.

—Es una trompeta —le dijo ella—. Este fue el *hashii* de alguien muy rico, mucho más que el resto. Hubo música mientras sus esclavos se le fidelizaban definitivamente.

«¿Se le fIdelizaban, *hijaeputa*?», se dijo Guillermo a la vez indignado y escandalizado. «¡Mientras se suicidaban o los asesinaban! ¿Cómo lo puedes disculpar?».

El siguiente cadáver del círculo estaba encogido, como si hubiera muerto de dolor. Tenía los ojos cerrados y aferraba su instrumento musical, una extraña flauta de tres canutos y varios émbolos, tal que si hubiera temido que le robaran el instrumento. Guillermo se fijó un poco más y se dio cuenta: aquel desgraciado había sido víctima de una estocada que le había atravesado el abdomen.

—Este no se suicidó. A este lo asesinaron.

—Puede ser —le dijo Insele con cierta indiferencia—. Ya te he dicho, siempre hay desagradecidos o indecisos. En el *hashii* de esta persona tan rica y poderosa seguro que había un par de *hashiliistili*.

—¿Así que este es el trabajo que tenía encargado el esclavo perfecto que decías antes? ¿Matar a sus compañeros si dudaban en quitarse la vida?, —le espetó Guillermo, indignado.

—Es opinión de algunos Nómadas que un buen *hashiliistili* asegura que todo salga bien.

—Entonces, no todos se suicidan voluntariamente.

—Te equivocas Lidiri Lembo, todos quieren seguir a su amo, pero no juntan el valor necesario para hacerlo cuando les corresponde. No es fácil aceptar que tu Destino sea morir, aunque después te espere un futuro perfecto.

La nam desvió el tema señalándole unos cuerpos cercanos al incendio:

—Ahí están los cadáveres de los bailarines.

—Esto es una atrocidad. Una salvajada —Guillermo era incapaz de comprender la normalidad que provenía de Insele. Encontraba inadmisible que no entendiera la magnitud de esa barbarie viniendo de una especie tan desarrollada.

—A mí también me lo parece, pero no sé de qué te extrañas —le reprochó ella—. Entre vosotros ha sucedido o sucede algo igual. Por eso tenéis un término que lo define a la perfección, y le silbó.

—¡Eso no es cierto!, —retrucó, pero inmediatamente después, en su mente resonó una palabra:

—Hecatombe.

24
Piedras lunares

Volvió de nuevo a la momia del músico asesinado. Acurrucada, con los ojos y la boca apretados y las manos engarfiadas en torno a la flauta. Guillermo apreció con pesar que el dolor y el terror se expresaban de igual manera en humanos y en nam.

La furia y la sensación de peligro crecieron en su interior a medida que avanzaban entre los *hashii*. Aunque la apariencia física de los nam era enormemente distinta a la humana, la máscara de la muerte los hacía a todos iguales y fue entonces, al escrutar los rostros y las actitudes de los cadáveres, cuando comenzó a reconocer las diferencias entre ellos.

Una ira sorda e incontenible arraigó en su interior. «El comandante Grissom tenía razón. No importa cómo seas; la inteligencia nos hace iguales», pensó. El olor nauseabundo del incendio le apartó de allí y se dirigió a donde estaba Insele.

—Morir así es una inutilidad —le dijo, temblando de rabia—. ¿Qué clase de religión es esta?

La nam le miró sin contestarle. Guillermo insistió aún más colérico:

—¿Y qué clase de seres sois vosotros, que vivís sin libertad y os dejáis matar de esta manera?, —le gritó.

El grupo de humanos se volvió para mirarle, sorprendido de su vehemencia y temeroso de la reacción de Insele.

La nam le respondió con serenidad:

—No juzgues al conjunto por lo que hacen algunos —le replicó ella—. No todos somos como ellos. No en el Irdilale Lam.

Tacla le pidió que les tradujera los trinos de la nam, pero antes de que Guillermo pudiera hacerlo, Faltenmeier se acercó a ellos. El

anciano estaba radiante como si aquella devastación no existiera.

—¿Lo veis?, —les dijo, señalando con el dedo hacia el extremo más alto de la columna de humo, que ascendía en un remolino casi vertical a pesar de la brisa—. Ahí está el otro polo del tiempo. Justo debajo debería estar la ciudad que buscamos.

Mientras los demás seguían con la mirada el dedo del anciano, Guillermo echó una mirada en sentido contrario. El polo del tiempo, la Ciudad de las Doce Mil Estrellas y el plano del Universo habían dejado de tener el más mínimo sentido para él.

Faltenmeier dijo algo más, pero su comentario quedó ahogado por la queja de Aisha:

—¿No hay alguna manera de acabar con esos llantos? ¡Me van a volver loca!

—Ahora los oigo con más fuerza —dijo Tacla—. Creo que estamos cerca.

—Sigamos hacia el polo del tiempo —propuso Faltenmeier…

Continuaron la marcha zigzagueando entre los restos de las comitivas fúnebres hacia una enorme mancha gris en el suelo que parecían ser los restos de una gran pira pero que resultaron ser miles de relucientes piedras esféricas del tamaño de una cabeza humana formando un mar inmenso, cuyo límite se perdía en el horizonte difuso del Desierto Infinito.

—Son las Piedras Lunares —dijo Insele—. Ellas son las que cantan el llanto. El poeta no mintió.

Se acercó a una y la cogió. Era muy pesada. Apenas la separó de su lugar, la piedra tembló en sus manos e inició un lamento.

—¿Los llantos que oíamos venían de aquí?, —le preguntó Guillermo—. Esas están en silencio.

La nam dejó la piedra en su sitio y el llanto cesó. Cogió otra y, al alejarse, la piedra inició de nuevo su canto, ligeramente distinto al anterior pero igualmente lúgubre y afligido. Se retiró unos cuantos pasos más y la depositó en el suelo. La piedra continuó su triste canción y rodó en dirección a sus compañeras hasta chocar con ellas.

Entonces, las piedras se apartaron para abrirle paso y al moverse unieron sus voces a la primera, con lo que el llanto aumentó de volumen hasta ensordecerles en una melodía desconsolada y sombría que no se detuvo hasta que la piedra volvió a ocupar su

sitio original.

Entonces Insele, emocionada, cantó con unos trinos asombrosamente claros y delicados el poema de la Ciudad de los Muertos.

—Es el canto más hermoso que he oído en mi vida —dijo Guillermo conmocionado y, por primera vez en su vida, se le saltaron las lágrimas no solo por la belleza del canto sino por la emoción que le habían transmitido las palabras del poema. Añadió, enjugándose el rostro—: Y explica de una manera muy hermosa lo que acabamos de ver y oír.

—Me complace que te haya gustado —le replicó ella.

—¿Qué ha dicho la nam? ¿Por qué se ha puesto a cantar? —Bril le miró fijamente y su expresión cambió del asombro a la desconfianza al ver sus ojos enrojecidos por el llanto. «¿La nam le está ablandando? ¿A un Anónimo?», se preguntó.

—Dice que las piedras dejan de cantar cuando llegan a su destino —le resumió Guillermo—. Y que su destino es la felicidad de la muerte.

—¡No! Se equivoca. Este no es su sitio —exclamó Faltenmeier, con suficiencia—. Su sitio está justo debajo del polo del tiempo.

Guillermo le miró, harto del Maestro y de su suficiencia, pensando qué demonios sabría ese viejo de unas piedras que se movían solas y se lamentaban al igual que una inteligencia llora la pérdida de sus seres amados.

—Debe de ser horrible y deprimente viajar oyendo continuamente el canto de la piedra —dijo Aisha—. No me extraña que acaben suicidándose.

—Desde luego es muy frustrante. Quizá esa sea la manera de facilitar el suicidio colectivo —observó Tacla.

Un temblor sacudió el océano de Piedras Lunares. Algunas se salieron de su sitio. Los choques y los lamentos de plañidera produjeron un sonido de ultratumba atronador que les hizo mirar a su alrededor, asustados. Guillermo tuvo la impresión de que la piedra más cercana a él estaba ahora un poco más adelante.

—¿No te parece que han avanzado?, —le gritó a Insele por encima del estruendo.

—Yo diría que sí —le contestó ella una vez callaron las piedras.

—¿Se han dado cuenta?, —preguntó Bril haciendo un gesto—.

Las piedras se mueven en esta dirección.

—¡Claro! Hacia el polo del tiempo. Ya se lo dije —le respondió Faltenmeier de inmediato—. ¿Es que no entendéis qué está pasando?

—¿Y la ciudad?

—Sigamos a las piedras —propuso Bril—. Imagino que nos llevarán hasta ella.

—En absoluto —dijo Faltenmeier—. Las piedras están en dirección a ninguna parte.

—No entiendo nada —dijo Bril—. Antes dijo que iban al polo del tiempo y ahora van a ninguna parte. ¿Me lo puede explicar?

—No. ¿Para qué? No lo entendería —le respondió Faltenmeier con su habitual suficiencia.

Insele, que había seguido las palabras del anciano a través de Guillermo, le dijo:

—Desde luego, tu esclavo es preclaro. El poeta dice en sus versos que las piedras por sí solas no te llevan a la Ciudad, sino que te dicen dónde está y que ruegues para que te sea mostrado el camino. Ese es el pasaje más bello y emocionante del poema. Si te gustó el anterior, este te deleitará.

Entonces se separó del grupo y retrocedió hasta el *hashii* más próximo, de donde recogió una curiosa lira. Sus largos dedos la cogieron con infinita delicadeza para que no se deshiciera y comenzó a cantar a capela, sin hacer sonar el instrumento. Sus trinos se dejaron oír de nuevo, nítidos y claros en el silencio del Desierto Infinito.

Un enorme pesar se expandió nuevamente en el interior de Guillermo conmoviéndole de tal manera que tuvo que darse la vuelta para que no le vieran las lágrimas.

Entonces, a la voz de Insele, donde antes estaba el horizonte, el resplandor del pavimento iluminó la altísima muralla que apareció ante sus ojos, lisa, maciza e impresionante, en un temblor del aire.

25
Monstruo

Era aún más alta que el cielo o al menos lo parecía. Guillermo pensó que tal vez fuera así; al fin y al cabo, cualquier cosa era posible en aquel lugar.

—¡Es increíble!, —exclamó Bril estupefacto—. ¡Es altísima! ¿Cómo es posible que no la viéramos antes?

—¿Os habéis dado cuenta?, —les preguntó Mc Cool—. ¡Las estrellas! ¡El muro las detiene!

—Es como si la muralla las rechazara —observó Bril—. Y lo hace con una delicadeza extraordinaria.

—Es obvio que el muro desvía el tiempo —afirmó Faltenmeier con su odioso engreimiento. Esperó hasta obtener la atención de todos y añadió—: Es muy probable que el tiempo sea diferente al otro lado de esa pared. Si los suil han sido capaces de dominarlo de esta manera, les habrá parecido un juego de niños hacer un mapa del Universo. ¡Una maravilla más!

Guillermo recorrió la muralla desde la base hasta donde le alcanzaba la vista y entonces se le puso el vello de punta. El suelo desde las piedras hasta la lejana base de la muralla estaba cubierto por completo por un caos de huesos, cadáveres momificados, féretros destrozados, jirones de ropa, cajas desbaratadas, bultos y multitud de objetos inidentificables.

—¿Qué es esto? ¿Un vertedero?, —preguntó Tacla, a su lado. Añadió incrédulo—: ¿Un basurero aquí?

—No tengo ni idea, ni imagino qué puede ser —le contestó Guillermo. Luego se dirigió a Insele—: ¿Sabes qué es eso?

—Creo que tiene relación con esa estructura del fondo —y le señaló hacia un extremo del mar de Piedras Lunares—. La Escalera

de los Vientos que decía el poeta.

Él se volvió.

—Parece una escalera, sí, pero… ¡Allí estaba el incendio! ¿Y los *hashii*? ¿Dónde está todo eso ahora?

—Parece que la muralla deforma localmente el espacio tiempo —dijo Bril con cautela, mirando a Faltenmeier en busca de su aprobación—. No sé cómo y tampoco se me ocurre, pero el caso es que lo hace. ¿No es cierto, Maestro?

Faltenmeier le contestó con tono docto:

—Dicho de una manera muy infantil, así es. Probablemente, cuando el tiempo de esa muralla deje de imponerse sobre el del tiempo del Desierto Infinito, volveremos a ver el incendio y esas curiosas formaciones de idiotas suicidas.

Al oírle, Guillermo no pudo evitar un mohín de disgusto. El Maestro se dio cuenta y le desafió con la mirada: «Ande, lléveme la contraria».

Guillermo le dio la espalda y se alejó hacia la Escalera de los Vientos. Soplaba una brisa ligera. Vista desde lejos era larga, alta y describía una elegante curva parabólica hacia la muralla. No tenía barandillas. Era una cinta tan delgada y liviana que parecía imposible que pudiera sostener peso alguno sobre sus peldaños.

Su primera impresión fue que flotaba en el aire. Su arranque era tan blanco que se hubiera confundido con el pavimento de no ser porque el filo de los escalones se recortaba contra la muralla. Describía un largo y elegante arco y acababa en una mancha oscura que parecía una abertura en la muralla.

—Lleva a la Ciudad —dijo Insele, señalando el final de la Escalera—. ¿Vamos?

La primera en comenzar el ascenso fue ella, seguida de Guillermo. Subieron en fila india en silencio, al principio siguiendo el ritmo vivo de la nam y andando por el centro al no haber barandillas.

Al cabo de unos minutos callaban para guardar el aliento porque los peldaños parecían no acabarse nunca y aumentaban de altura conforme ascendían. Parecía que llegar al final de la escala era la última prueba que habían de superar para entrar en la Ciudad de las Doce Mil Estrellas.

La marcha era agotadora para Faltenmeier, que se detenía con

frecuencia. La luz menguaba a medida que ascendían y el viento dejó de ser una brisa ligera para soplar con unas rachas tan fuertes que mantenerse derecho era una prueba más a la que estaban sometidos quienes querían llegar a la Ciudad.

Detuvieron la marcha cuando el viento arreció y se hizo difícil mantener el equilibrio. Grant y Cortés flanquearon a Faltenmeier y le obligaron a sentarse entre ellas para evitar que se le llevara el viento. Ahora se entendía a la perfección el caos que habían visto en torno a la escalera antes de comenzar el ascenso.

Guillermo se asomó cautamente para observar el paisaje del Desierto Infinito desde las alturas. Salvo Tacla y Mc Cool, nadie más se atrevió a descollar la cabeza. Abajo ya no estaban los restos de las comitivas fúnebres que habían caído debido al viento o a la dificultad del ascenso sino que a sus pies y en su lugar, tal como había dicho Faltenmeier, estaban de nuevo, el incendio y la columna de humo, y multitud de manchas de color negro o pardo, los *hashii*, visibles en el blanco horizonte dondequiera que se mirara.

Guillermo silbó con fuerza y Danila levantó la cabeza al oírle por encima del viento. Con un gesto le preguntó a la guardaespaldas si Faltenmeier estaba en condiciones de continuar y ella le contestó afirmativamente de igual manera. Siguieron escaleras arriba.

Tacla pareció leerle el pensamiento cuando gritó para hacerse oír sobre la ventolera:

—Me pregunto cuántos lograron llegar hasta aquí.

—¡Y los que debieron de volver a bajar con el muerto a cuestas!, —exclamó Mc Cool.

Culminaron la subida después de varias horas y muchas paradas. Ante ellos apareció un pasillo largo y estrecho atravesando el ventoso abismo, y al fondo, muy lejos, una forma indefinible y oscura. Conforme avanzaba detrás de Insele, Guillermo se sintió invadido por una clara sensación de peligro.

En contraste con la blanca e impoluta lisura y la falta de adornos del muro de la escalera y de la pasarela, la entrada a la Ciudad de los Muertos era un túnel cuya entrada era la tenebrosa y profunda boca abierta de un rostro humano enorme esculpido en un negro material.

—¿Qué clase de broma es esta?, —exclamó Faltenmeier, que se

detuvo al ver la entrada. Se volvió hacia Insele—. ¿Nos ha traído a una feria infantil? ¿Al túnel del terror?

—Este es el monstruo que el poeta advierte que guarda la entrada a la Ciudad de las Doce Mil Estrellas —dijo Insele con un fuerte estremecimiento que Guillermo percibió como un potentísimo escalofrío—. Según el poeta, solo nos separa de la ciudad nuestra fe y este túnel.

Guillermo parpadeó aturdido por la fuerza del temblor recibido de Insele. «Esto la ha asustado de veras», pensó. Se preguntó otra vez si ella también le percibiría como él la estaba notando, porque vivir sensaciones y emociones ajenas como si fueran propias era desconcertante y dañino. Automáticamente se respondió a sí mismo que, seguramente, percibiría las suyas en mayor medida ya que ella sabía manejar el brog y, en consecuencia, pensó: «Pues no sé cómo lo aguanta». Maldijo de nuevo que le hubieran colocado el simbionte.

—Yo he visto algo parecido. Pero no recuerdo dónde ni a cuento de qué —dijo Danila, refiriéndose al rostro. Luego exclamó—: ¡Ya recuerdo!

Guillermo sacudió la cabeza para sacarse de encima la incómoda sensación de tener la mente desnuda ante Insele y se acercó a observar detenidamente la figura.

Su percepción del peligro se acentuó y se movió con cautela, atento a su alrededor. La cabeza era completamente desconcertante pero lo más extraño, y a la vez espeluznante, era su cabellera. Extendió la mano para tocarla.

La melena estaba esculpida en hebras increíblemente finas que le parecieron de piedra o quizá de metal. Entre ellas surgían pelos gruesos como lombrices mezclados con cabellos semejantes a serpientes que sobresalían como dispuestas a atacar a cualquiera que se atreviera a franquear la entrada.

Insele se adentró un paso en el interior de la figura y luego salió.

—Es la gorgona Medusa —sentenció Tacla, que observaba la cabeza desde unos pasos más atrás.

—Lidiri Lembo —le llamó Insele mientras examinaba la cabellera sobre la entrada—, yo creo que estos cabellos que parecen serpientes son muy parecidos a los brog, ¿no crees?

Insele le dio la espalda a la boca de la figura y Guillermo sintió

que se acrecentaba su sensación de peligro.

Hubo un pequeño movimiento en la grotesca cabellera.

Uno de los cabellos pareció cobrar vida.

Guillermo se precipitó sobre Insele y la apartó a tiempo de evitar que una de las serpientes que guardaban la entrada cayera sobre ella.

El reptil huyó hacia el interior del túnel y desapareció en la oscuridad.

—¿Qué fue eso? ¿La cabeza les ha atacado?, —preguntó Tacla.

—Eso parece —le contestó Mc Cool.

—Otra vez me salvas, Lidiri Lembo. Parece que mi Destino… — La nam no acabó la frase y el brog añadió una mezcla de gratitud sincera a la vez que muchísimo rechazo.

Aisha gritó en ese momento:

—¡La escalera! ¡Está desapareciendo!

Era absolutamente cierto. La escalera se deshacía en el aire ante sus ojos. El pasillo no tardaría en desaparecer también. «El monstruo está recogiendo la lengua, se dijo Guillermo. Nos obliga a ser tragados».

—¡Todos adentro! —gritó—. ¡A la carrera y sin parar! ¡Hasta que acabe el túnel!

Aisha y Danila agarraron cada una por un brazo a Faltenmeier y lo llevaron en volandas hacia la entrada, Mc Cool ya había desaparecido en el interior y Tacla lo hizo detrás de Faltenmeier y sus guardianas. Después fue Bril.

Insele y Guillermo se quedaron hasta que comenzó a diluirse en el aire el inicio de la pasarela; entonces retrocedieron unos pasos en el interior de la boca monstruosa.

Se miraron y de mutuo acuerdo echaron a correr por el interior del túnel, él delante de ella. Sin embargo, al cabo de unos segundos, Insele le rebasó y se volvió hacia él.

Ella le tendió la mano y él quiso cogerla, pero no logró atraparla. Aunque corrían uno al lado del otro, era como si lo hicieran en lugares distintos.

Ella redujo su carrera y él aceleró para alcanzarla pero sus trancos se hicieron largos y lentos, como si el espacio fuera de goma. Insele se fue alejando inexorablemente de él.

Entonces volvió a incrementarse su sensación de peligro y nació

en Guillermo un temor inesperado: perder a Insele.

26
La Ciudad de las Doce Mil Estrellas

Vio un tenue brillo en la oscuridad, débil como el de una llama en niebla cerrada. Guillermo corrió aún más veloz y un instante después desembocó en un enorme balcón. Para su sorpresa fue el primero en llegar, aunque había sido el penúltimo en entrar en el túnel. Se encogió de hombros; era imposible entender el espacio y el tiempo suil.

Se acercó a la barandilla, sostenida por unos balaustres con el mismo diseño que el planetoide: una semiesfera encajada en otra. Frente a él, una enorme extensión de edificios de todos los tamaños, alturas y formas, ordenados según calles y avenidas.

Una gran ciudad muda, alumbrada por el resplandor de unas estrellas que recorrían fugaces el cielo, se desplegaba desde sus pies hasta lo más distante siguiendo la curva interna de una esfera descomunal. Por fin habían llegado al verdadero interior de la Luna de los Muertos.

Nunca había imaginado que un cementerio pudiera tener edificios. Había visto algunas necrópolis con pequeñas construcciones, algunas incluso en asteroides, pero nunca algo parecido a lo que estaba viendo, tan muerto y tan tétrico. Hasta un camposanto clásico de los encerrados por una tapia, con sus estatuas y sus pequeñas tumbas, comunicaba más vida que ese lugar.

El aire era más frío que en el Desierto Infinito. Sin embargo, lo que más le impresionó fue el silencio. Pesado como una gran losa de piedra y tan absoluto que hacía evidente que aquel lugar estaba muerto y era para muertos.

Levantó la vista. No pudo ver la totalidad del firmamento

porque se lo impedía el techo del balcón. Las estrellas se movían en todas direcciones, a veces rápidas y a veces lentas. El firmamento parecía cualquier cosa salvo el plano del universo que prometía el poeta de los nam.

En la Ciudad de las Doce Mil Estrellas no lucía una sola luz, aunque un brillo fantasmal parecía emanar de sus construcciones. Tuvo un estremecimiento cuando le pareció ver movimientos en las calles. Por un momento pensó que había alguien vivo allí abajo, pero no tardó en comprender: eran las sombras cambiantes que arrojaban los edificios a tenor de los brillos del cielo en continuo movimiento.

A lo lejos, contó hasta seis torres situadas en los vértices de un hexágono en cuyo centro, una gran plaza circular árida y vacía, se levantaba una séptima torre delgada y alta.

De ese centro partían seis avenidas radiales que dividían la ciudad en otras tantas porciones. Una de ellas estaba envuelta en humo y a su través creyó distinguir una punto rojo, como algo quemándose. Miró con atención esperando ver las llamas, pero no llegó a distinguirlas.

Entonces se le ocurrió que quizá Faltenmeier tuviera razón y que la Luna de los Muertos fuera tan antigua que tuviera problemas debidos a su edad. Se preguntó a continuación si los suil habrían llegado a preverlos. Inmediatamente se respondió a sí mismo que sí. Si habían llegado a construir una máquina tan grande y tan impresionante como esa, seguro que habían previsto su envejecimiento.

Un terrible alarido, inhumano y escalofriante, sonó a lo lejos poniéndole la piel de gallina. El aullido resonó por toda la ciudad y el grito se desvaneció entre las tumbas. «No estamos solos», se dijo, apretando las manos en torno a su fusil.

Comenzó a impacientarse, pero no tuvo que esperar mucho. De repente, salió Insele rodando por la abertura, como si túnel se hubiera indigestado con ella y la escupiera. Luego llegaron Danila, Faltenmeier y Aisha andando tranquilamente como en un paseo seguidos de Tacla, Mc Cool y de Bril, que frenaron su carrera a un par de metros del balcón.

—Así que esta es la Ciudad de las Doce mil Estrellas —dijo Faltenmeier con una sonrisa de satisfacción, mirando

alternativamente el cielo y los edificios—. No las voy a contar porque seguro que son exactamente ese número.

—Hubieran debido llamarlo el cementerio de las doce mil estrellas —dijo Mc Cool.

Tras un largo vistazo, Bril observó:

—No veo símbolos religiosos, al menos no como los conocemos nosotros.

—Tal vez esas esferas lo sean. Hay una sobre cada edificio —replicó Tacla, observador como siempre.

—¿Seguro que son sepulturas?, —preguntó Aisha—. Algunas de ellas brillan. Quizá viva alguien en esta ciudad, después de todo.

Cuando Guillermo le tradujo a Insele, esta contestó indignada:

—Dile que deje de decir tonterías. Es el brillo de las almas de los fallecidos. Lo dijo el poeta.

Guillermo prefirió callarse lo que pensaba del poeta, pero les habló del aullido que había oído y les dijo la opinión de Insele sobre las almas de los muertos, ahorrándoles el resto.

Bril comentó:

—Elvira me dice que será un animal carroñero. Creo que tiene razón. En un cementerio no hay posibilidad de cazar.

Tacla le pisó la palabra:

—Me llama la atención la organización de la ciudad. Está rígidamente ordenada, como si fuera un monumento, pero a la vez hay lugares donde se rompe ese orden. Como si hubiera basura o sobrantes, algo por completo inapropiado en un lugar como este —señaló un lugar cercano sin construcción entre dos edificios—. ¿Lo veis? Ese espacio parece un solar vacío.

—A mí me parece que hay pájaros —dijo Faltenmeier—. Por allí volaba uno.

Bril fue a contestarle que era imposible que allí hubiera pájaros, y menos que fuera capaz de verlos en la oscuridad, pero prefirió mantener un silencio benevolente. Nadie se hizo eco del comentario y Faltenmeier les dio la espalda, molesto.

—Creo que son las sombras que producen las estrellas, Maestro —le dijo Aisha—. Por un momento me pareció ver gente en una de las calles. Maestro, ¿aquí ya podremos andar directamente a donde queramos?

Aisha tuvo que repetir la pregunta varias veces hasta conseguir

un asentimiento del anciano.

Guillermo tradujo a Insele la observación de Tacla y la nam se adelantó con curiosidad a mirar. Efectivamente, desde el balcón se veía que entre algunas tumbas había objetos desparramados que no se veían en ningún otro lugar.

—Desde aquí parece como si se hubiera caído la carga de un camión —dijo Mc Cool.

—¡No sea absurdo!, —opuso Faltenmeier—. ¿Cómo iban a subir un camión por esa escalera que casi nos mata?

—Yo diría que son cadáveres —dijo Guillermo, señalándoselos a Insele—. ¿No te parece?

Bril intervino, muy impaciente:

—Hemos venido aquí para que el Maestro vea el cielo de este lugar, se oriente y nos lleve de vuelta a casa. Por lo tanto, dejen sus especulaciones y centrémonos en verlo por completo.

Danila observó, señalando una torre cercana muy alta:

—Hay multitud de construcciones y son de alturas muy diversas, de manera que no se podrá ver la totalidad del cielo desde las calles así que, o bien nos llegamos a esa especie de plaza central tan despejada de la que parten las calles principales o intentamos subir a una de esas torres con forma de hélice, si es que se puede. La plaza está muy lejos. Propongo la torre más cercana. ¿Sabrá llegar, Maestro?

—¿Con quién te crees que hablas?, —le respondió Faltenmeier.

27
Miseria y depresión

Bajaron por la larga, recta y amplia escalera que les llevó a un cruce del que partían varias calles de diferente anchura. Aisha dejó en el suelo una baliza ante la mirada indignada de Faltenmeier.

—Por si tengo que volver sola, Maestro —le dijo la guardiana con una mirada de disculpa.

Estaban rodeados por sombríos y extraños panteones con formas geométricas ordenados cada uno en su parcela: cubos, tetraedros, esferas o paraboloides despidiendo un tenue fulgor perlino. El ambiente era tan triste e intimidatorio que en medio de ellos era muy fácil creer que el resplandor de las edificaciones se debía las almas de los muertos.

Tacla les dijo en voz baja:

—Esta es una buena ocasión para poner a prueba nuestra falta de fe en los espíritus.

—O lo contrario —le replicó Faltenmeier.

Bril les miró con aprensión. Él sí creía en una vida después de la muerte. Llevado por el ambiente tétrico organizó en susurros una fila india: Tacla a la cabeza seguido de Mc Cool; tras él Grant, Faltenmeier y Cortés. A continuación, Bril. Guillermo e Insele cerrarían la marcha.

Anduvieron con cautela, aprensión y desconfianza, con las armas preparadas, por una calle ancha y larga, jalonada por edificaciones poliédricas de caras completamente lisas y monocromas de una o dos plantas, alineadas hasta donde llegaba la vista. Algunas flotaban en el aire, otras parecían en movimiento y una gran mayoría estaban incrustadas en el suelo, surgiendo una parte mínima de ellas, una esquina, a veces dos, en ocasiones una arista, sugiriendo

que el resto de la forma, enorme, permanecía hundida bajo el pavimento.

—Los nam están mucho más adelantados de lo que creía —le dijo Tacla a Guillermo en un aparte—. Los humanos seríamos incapaces de hacer algo así aunque nos regalaran una luna como esta junto con el manual de instrucciones.

Las tumbas y los panteones tenían una única nota en común: puntos discretamente brillantes de distintos tamaños colocados en apariencia al azar, acompañados de una pictografía totalmente extraña. Tacla y Mc Cool iluminaron algunos con su linterna, pero Bril y Guillermo les pidieron que no lo hicieran porque el brillo de su luz, además de delatar su presencia, deslumbraba e impedía ver en la penumbra.

Guillermo se dio la vuelta. En esa tenue media luz, pudo ver el rastro que dejaban ellos en el polvo de aquella avenida junto con la traza, ya antigua, de los agotados esclavos de sacrificio que durante siglos habían llevado a los fallecidos hasta su última morada para morir con él.

Un extraño aullido les paró en seco.

—¿Qué ha sido eso?, —preguntó Mc Cool.

—Ha sonado muy lejos —dijo atropelladamente Bril—. Sigamos adelante.

—¿Lejos? Lo que sea que ha gritado así nunca estará suficientemente lejos —afirmó Danila.

—Habrá sido un animal —dijo Mc Cool.

—¡Aquí no puede haber bichos!, —exclamó Bril, tenso—. ¡Esto es un cementerio!

Faltenmeier iba más atento al cielo que a las singulares construcciones suspendidas en el aire; a veces tan altas que hubieran podido pasar cómodamente por debajo de ellas. Muchos edificios no tenían entrada o parecían no tenerla. A Guillermo le daba la impresión de que esos debían de ser inviolables. Otros, sin embargo, tenían amplias aberturas envueltas en oscuridad.

Ante una de ellas, Mc Cool dijo:

—Es como si te invitaran a morirte con ellos.

—Pues no es como para poner un pie dentro —comentó Aisha.

—Son terriblemente inquietantes —dijo Danila—. No hago más que ver sombras en cada abertura. Nunca he tenido tantas ganas de

irme de un sitio como las que tengo de irme de aquí.

Llegaron a una zona donde la mayoría eran obras de tres plantas de altura sin ventanas o aberturas y a veces de hasta de ocho pisos de altura. Varias tenían forma de hiperboloide, y muchas más tenían unas geometrías de las que Guillermo desconocía el nombre.

Para su extrañeza, porque no había esperado que el ingeniero fuera tan observador, Tacla señaló con acierto que muchas de las tumbas habían sido originalmente más pequeñas y que habían sido ampliadas más tarde.

—Es decir —añadió—, que los vivos ampliaron las tumbas para dejar los nuevos cadáveres con los difuntos de la familia o del clan. Debe de hacer siglos de eso, porque el polvo de estas tumbas está intacto.

Insele se detenía con frecuencia a examinar las tumbas a lado y lado de la calle. Guillermo la acompañaba y le comentó que, en su opinión, los grupos de puntos brillantes debían de ser estrellas y que quizá fueran el símbolo religioso común de todas las tumbas.

La nam estuvo de acuerdo y cuando Guillermo lo consultó con Faltenmeier, el Maestro se quedó pensativo unos segundos. Luego, su rostro se iluminó con una sonrisa benevolente y Guillermo se llevó la sensación de que al anciano ni se le había ocurrido ni tenía ni idea, pero fingía saberlo.

Tacla dejó la cabeza de la fila para curiosear a su vez, de modo que el Maestro quedó al frente del grupo. Varios edificios después torcieron a la derecha por un callejón estrecho.

La calle era muy angosta y oscura porque apenas llegaba la luz del cielo. Las tumbas se hicieron aún más amenazadoras y más viejas, y el resplandor de las estrellas en lo alto más espeluznante.

Un poco después, Insele cogió a Guillermo del brazo para detenerle. Antes de que dijera nada, el brog le transmitió unas fuertes notas de inquietud y nerviosismo. Ella le dijo:

—Este lugar no es nam. Nosotros no hacemos cosas así y la Nación Nómada tampoco.

Guillermo la miró fijamente:

—¿Entonces?, —le replicó, extrañado.

—Debe de ser suil —dijo ella con un temor cuya causa Guillermo intuyó inmediatamente.

—O sea, que todo esto es un gran engaño. Atraen aquí a los

suyos para quedarse con sus riquezas. Si no acaba con ellos el Desierto Infinito o la Escalera de los Vientos… —Guillermo dejó la frase en suspenso al ver que Tacla estaba junto a él.

—Eso parece —le contestó ella con profundo pesar e indignación —. No hay saqueadores de tumbas, los Nómadas de este lugar son los saqueadores de su propia gente.

—La maldad existe y es universal —dijo Tacla a su lado—. Este lugar no es nam, ¿no es cierto, capitán? Y todo esto es una gran mentira.

Guillermo le miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabe?

—Sabemos muy poco de los nam, pero para levantar algo así —le dijo señalando su alrededor—, hace falta una tecnología que estoy seguro que no tienen. Y, por otro lado, los hashii del Desierto Infinito lo demuestran.

—Mejor no lo comentamos a los demás, ¿le parece, Tacla? Es algo que no tiene que ver con nuestra misión y tampoco les preocupa.

El ingeniero asintió con un gesto de cabeza y continuaron detrás del grupo.

Torcieron por varias calles más a derecha e izquierda. Al cabo de media hora, Danila dijo que, de no haber dejado la baliza en las escaleras, ahora estaría totalmente perdida.

Aisha señaló a su izquierda un hueco vacío y amplio entre la masa impresionante de dos tumbas:

—¡Mirad! Eso debió de ser un *hashii*. Solo quedan los esqueletos.

Mc Cool añadió, señalando más adelante otro espacio vacío semejante a un solar en una calle:

—Allí hay otro más. También muy antiguo.

—No lo entiendo —observó entonces Bril—. No tiene sentido un rito como el *hashii* en un lugar tan ordenado como este.

Guillermo y el ingeniero se aproximaron a uno de los corros.

—¡Qué curioso!, —dijo Tacla para apartar el interés de Bril, mientras observaba las costillas de uno de los cadáveres—. Brillan como si las hubieran pulido. Y también las vértebras.

Guillermo asintió. Insele estudiaba otros cuerpos y le preguntó:

—¿Qué opinas?

La nam, acuclillada, le respondió volviéndose hacia él:

—El equipaje del difunto no tiene nada de valor.

—Me refiero a los cadáveres.

Insele no contestó.

A medida que se internaban en el laberinto de calles y callejas encontraron más *hashii* siempre en los lugares libres de tumbas, siempre desvalijados y siempre con los huesos pulidos hasta un brillo perlino.

Guillermo percibió de Insele una ira creciente conforme hallaban los nuevos *hashii*, pero no se extrañó; a él también le hervía la sangre. La realidad era devastadora. La mítica y exclusiva Luna de los Muertos nunca fue un regalo de los suil a la Nación Nómada, sino que esta lo aprovechó desde el primer momento para crear un culto aberrante en su propio beneficio.

Las pocas comitivas fúnebres que lograban atravesar el Desierto Infinito, hallar la Canción y superar la Escalera de los Vientos, al llegar a la Ciudad quedaban obligadas a improvisar los funerales en los pocos lugares que siglos antes habían dejado libres los enterramientos y los panteones suil; siempre en los lugares residuales de la ciudad o en las calles más estrechas y periféricas del cementerio. Y cuando no hallaban el lugar adecuado porque no cabían todos, los esclavos realizaban su ceremonia funeraria en los cruces.

—Es un final miserable e inmerecido —le dijo Guillermo a Insele.

—Es desleal. Un engaño sucio y despiadado, esto ha de saberlo el Irdilale Lam y el resto de las naciones —dijo la nam con odio.

Fue Faltenmeier quien encontró un cadáver aislado en la calle. A partir de ese descubrimiento fueron hallando más cuerpos, unos tumbados en los callejones y otros sentados en el suelo con la espalda apoyada en la pared y la cabeza caída sobre el pecho.

—Son los esclavos que sucumbieron después de sus respectivos *hashii* —dijo Insele—. No se atrevieron a morir con sus compañeros y estuvieron vagando por la ciudad hasta que murieron de hambre.

—Pues más adelante, en el próximo cruce con una avenida, hay unos cuantos más —anunció Bril—. Creo que son cadáveres recientes. No están en los huesos como los otros.

Se acercaron. Había una docena de muertos alrededor de un

féretro sobre un carro.

A lo lejos, Guillermo hubiera pensado que se trataba de otro *hashii* de no ser por los charcos oscuros de la sangre y por las armas desperdigadas por el suelo que pudieron ver cuando se acercaron. Aquellos nam no se habían suicidado, sino que habían muerto defendiendo el ataúd de su amo.

El sarcófago era metálico y había sido forzado. El recubrimiento cristalino del cadáver del nam había sido destrozado a golpes y, de acuerdo a la posición de las manos y los brazos, al muerto le habían quitado algo grande que había tenido agarrado con ambas manos contra su pecho.

Guillermo se acercó a los cuerpos. Hacía tanto frío y estaban tan bien conservados que no era posible precisar cuánto tiempo había pasado desde el ataque.

Todos presentaban heridas de proyectiles. Miró a ambos lados para hacerse una composición de lugar. Les habían emboscado atrapándolos entre dos fuegos, pero los atacados habían sabido defenderse y algunos de los atacantes habían caído.

Se acercó al cadáver de uno de los agresores, junto a una de las esquinas, y su asombro dio paso a la alarma al ver el fusil junto al cuerpo. El arma era idéntica a las que habían hallado en el hito estelar que había servido de base de abastecimiento para *El Mudo* cuando se produjo el Primer Contacto. La única diferencia era que la que tenía en las manos utilizaba munición de tierra.

«¿Qué hace aquí un arma de *El Mudo*? ¿Les atacó un comando nam o uno de *El Mudo*? ¿O es que *El Mudo* tiene armas nam?», se preguntó.

Las implicaciones de ese descubrimiento eran enormes. Con cierto nerviosismo comprobó rápidamente que el resto de las armas eran, efectivamente, iguales a las que habían encontrado en el arsenal de *El Mudo*. Repartió unas cuantas junto con su munición y entre su grupo, diciéndoles que las cambiaran por las que llevaban puesto que eran mucho mejores. A la vez, verificó que no hubiera humanos entre los cadáveres y que los muertos no llevaran tatuada la doble hacha del labrys cortando una lengua.

—Les tendieron una emboscada. Desde ese lado y ese otro —le dijo Guillermo a Insele señalando al grupo del cruce y luego los extremos opuestos—. Fuego cruzado. Querían algo que tenía el

difunto. Algo grande que tenía entre las manos.

Guillermo dirigió la mirada distraída al muerto que tenía a los pies y se sorprendió por lo repulsivo que era. Un momento después se dio cuenta de que le faltaba la nariz. Además de eso había algo extraño en ese cuerpo, pero en ese momento no supo qué era.

Una nueva percepción llegó a su mente a través del brog, como si hubiera alguien más por allí. Miró en torno suyo, pero no vio nada alarmante. Se volvió al oír a Insele.

—Una emboscada, dices. Eso parece —dijo ella yendo hacia él.

—Llevaban armas humanas —le entregó a Insele uno de los fusiles.

La nam examinó el fusil y lo manejó con la facilidad que da la práctica mientras andaban hacia el cruce.

—No es un arma humana. Es nuestra —sentenció—. Es una modificación de nuestros fusiles de asalto para disparar proyectiles duros. No es para misiones espaciales; es para misiones planetarias.

«¿Y tú dices que eres poeta, *hijaeputa*?, —le gritó *in mente* Guillermo—. ¡Tú eres tan soldado como yo!».

—Es posible que entre los saqueadores haya humanos de *El Mudo* —le respondió Guillermo, señalando los cuerpos.

—¿Humanos aquí? ¡Imposible!

—Entonces, ¿cómo explicas estas armas?

—Hace tiempo que creemos en el Irdili Lam que algunos nam mantienen comercio con humanos.

Guillermo se impacientó:

—¿Comercio con humanos o de humanos?

—De ambos, Lidiri Lembo. Desgraciadamente, de ambos.

Guillermo se separó de Insele y volvió a observar su entorno con recelo. Su sentido del peligro se mantenía alerta. Algo no encajaba. Fue Tacla quien se lo dijo. Le tocó ligeramente con el codo y le señaló con disimulo el cadáver del nam sin nariz. Le susurró:

—Capitán, diría que ese muerto está en el bando equivocado. Sus ropas son como las del grupo de los emboscados pero está en el grupo de los agresores. Además, no hay sangre a su alrededor y yo diría que le acaba de temblar un dedo de la mano derecha.

28
Schilí

Guillermo empujó el supuesto cadáver sin miramientos con el cañón del fusil, pero el nam siguió haciéndose el muerto. Tras tentarle un par de veces más, se agachó a su lado y le levantó la cabeza, con lo que dejó al descubierto un brog de pelaje grisáceo con numerosas manchas pardas.

Sonrió con perversidad. Apoyó la punta de su cuchillo suavemente, como si disfrutara, en la piel del cuello por debajo del brog y lo movió ligeramente como si quisiera separarlo. El brog se ajustó inmediatamente al cuello del nam. Entonces, Guillermo dijo en voz alta y clara:

—Sé que me entiendes. O abres los ojos o hago que tu brog te los cierre para siempre.

Al momento, el nam abrió los ojos y chilló:

—¡Para! ¡Para! ¡Te lo ruego por tu estirpe!

Y cuando vio que su amenaza era Guillermo exclamó, aterrorizado:

—¡Aaah! ¡Eres un monstruo…! ¡Y hablas!

Guillermo guardó su cuchillo con un gesto rápido y le inmovilizó por ambos brazos sin que opusiera resistencia. El nam era más alto que Insele y mucho más delgado.

Insele, que había seguido la actuación de Guillermo con estupefacción, se dirigió hacia ellos. Le preguntó:

—¿Cómo te diste cuenta?

—No fui yo —le contestó. Señaló a Tacla—: Fue él.

—Tu medio máquina me parece cada vez más extraña —comentó ella. Luego le preguntó al nam:

—¿Cómo te llamas, esclavo? ¿Cómo es que llevas un brog?

—¡No me mates! ¡Solo soy un sirviente! ¡Aléjame del monstruo, ama! Por favor, ¡aléjame de él!

—¡Deja de suplicar, esclavo, y dime tu nombre de una vez!

En ese momento se reunió con ellos el resto de los humanos. Al verlos, el nam se encogió.

—¡Es horrible!, —exclamó Danila—. ¡Y huele todavía peor!

—Por favor, mátelo capitán —le dijo Mc Cool—. Nada bueno puede venir de un bicho que huele tan mal.

El nam le decía entonces a Insele:

—Me llamo Schilí, gran señora. ¡No dejes que se me acerquen los monstruos!

La nam meditó durante unos segundos. Luego le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Mis amos son los servidores de… —El brog de Guillermo dudó con el término Medusa al interpretar el silbido. La sensación de miedo estaba continuamente presente en el nam— la sirlizalisa, digna señora…

—¡Mientes, desgraciado!, —le interrumpió Insele—. La sirlizalisa no existe. Es un cuento religioso para niños.

—¡Lo que os digo es cierto, gran señora! ¡Os lo juro! ¡Existe! La sirlizalisa es un ser monstruoso. Nadie que la vea sobrevive. Se aparece de la nada y ataca.

—¿Qué sabrás tu de la sirlizalisa?

—Soy esclavo de sus sirvientes, gran señora. Sé lo que dicen de ella.

—¡Embustero! Seguro que faltaste a tu obligación en el *hashii* y ahora te inventas este cuento para intentar salvarte —le acusó Insele—. ¿Quizá fuiste el *hashiliistili* de tu *hashii*? ¿Por qué no cumpliste con tu misión? ¿Qué haces aquí? ¿A qué dedicas tu miserable tiempo? No mereces vivir si traicionaste a tus compañeros y la confianza de tu amo.

—Mi ama, os juro por mi estirpe que os digo la verdad.

—¿Por tu estirpe, desgraciado? ¡Si no sabes ni lo que es!

—¡Vine con mi amo a cumplir una misión sagrada! —Guillermo notó un gran alivio en el nam pese al miedo siempre presente.

Insele rio con ganas y le preguntó sarcástica:

—¿Qué misión sagrada?

—Recuperar el escudo de Assinai. Hay que devolverlo a su

dueño.

—¿Quién te crees que soy? ¿No tienes bastante con una fábula que ahora me cuentas otra? ¡El escudo de Assinai solo existe en las canciones infantiles!

—El escudo existe y es muy importante.

—¿Por qué? ¿Por lo que dice la canción?

—No mi ama, porque trae buena suerte y porque lleva la imagen de la madre de todos los brog.

Insele quedó callada. Guillermo tuvo la impresión de que la nam se había quedado helada con las palabras de Schilí.

El nam siguió hablando:

—Nadie sabe cómo, desde hace incontables generaciones, el escudo siempre vuelve a tiempo al linaje Silii Ra Sil para acompañar al difunto de cada generación en su *hashii*. Mi amo supo de la llegada de un miembro de ese clan a la Ciudad y cuando concluyó su *hashii* llegamos nosotros. Mi amo quería coger el escudo de manos del difunto allí mismo, pero le convencí para que no lo hiciera para que las almas de sus esclavos no se vengaran en nosotros por profanar a su amo delante de ellos. Me hizo caso y nos llevamos el féretro, que pesaba mucho. Mientras lo trasladábamos nos atacaron los ladrones de tumbas —explicó señalando a su alrededor—. Yo y otro esclavo logramos huir en la confusión.

—¿Y qué pasó con tu compañero? ¿Dónde está?

—Seguimos a los ladrones para recuperar el escudo pero, ¡nos tropezamos con un sirliza, gran señora! Yo corrí en dirección contraria con los ojos cerrados. Mi compañero debió de mirarlo porque no le he vuelto a ver desde entonces.

—¿Qué es un sirliza? ¿Es diferente a la sirlizalisa?

—¡Sí señora! Muy diferente. El sirliza es el macho de la sirlizalisa. ¡Es muy peligroso, pero menos que ella!

—Bien. Háblame del escudo de Assinai —Insele parecía muy interesada—. ¿Cómo es?

—Es muy hermoso, gran señora. Es grande, redondo y muy brillante. Refleja como un espejo. En su centro tiene esculpida la horrible cabeza de la sirlizalisa.

—¿Y dónde está? ¿Lo tienes tú?

—Te puedo decir dónde están los ladrones que lo robaron si me guardas la vida.

—No me interesan ni los ladrones ni el escudo ni tu vida —le respondió Insele al momento, como si el asunto no le importara—. ¿Tienes también la espada?

—¡Ojalá tuviera el *srili* de la Ahura-Ahrrimán!, —exclamó el nam.

La nam calló largo rato. Luego le dijo a Guillermo:

—Mátalo y sigamos adelante.

—¿Por qué?, —le preguntó.

—Ya no resulta útil y será una carga. Además, es un esclavo.

—No pienso matarle —le replicó él, irritado—. Se vendrá con nosotros.

—Escucha —le respondió ella al instante, estupefacta. Guillermo percibió con claridad que Insele estaba indignada, molesta y hasta nerviosa—. Hemos venido aquí para que tu esclavo peculiar vea el mapa del Universo, no para rescatar a este desgraciado mentiroso. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—No soy un asesino —replicó Guillermo—. Y tampoco dejaré que lo mates. Seguirá con nosotros.

—Nos traicionará en cuanto pueda —le advirtió ella—. Es un peligro. Además, vuestro esclavo anciano sabe cómo volver a la *Urania*. Este no nos hace ninguna falta. No compartiré mi comida con él, de manera que, si le dejas con vida, serás por completo responsable de su persona y de lo que haga.

—¿Qué pasa?, —le preguntó Bril a Guillermo—. Habla usted como si Insele quisiera ejecutar al nam. ¿Es así?

—Sí. Dice que será un estorbo y que nos traicionará en cuanto pueda.

—¡Claro que sí! Su obligación es traicionarnos porque somos sus enemigos. ¿Y eso tan obvio es lo que te preocupa? ¿Dijo quién atacó a ese grupo?

—Sí. Unos ladrones de tumbas. Insele no le cree y yo tampoco.

—Esos ladrones podrían atacarnos.

—Es muy probable, pero el nam está demasiado tranquilo. O miente y no existen esos ladrones o ya están muy lejos. Tampoco nos puede decir cuánto tiempo hace de ese ataque.

—Estamos todos muy cansados. Si usted cree que esta zona es segura, haremos un alto para descansar y comer algo, y ya

decidiremos.

—Comer me parece una idea excelente —respondió Guillermo —. Como precaución montaremos un perímetro de vigilancia.

29
Mitos humanos

Se apartaron de la emboscada hasta el siguiente cruce. Salvo Aisha y Mc Cool, que montaron guardia, el resto se sentó formando un círculo dejando fuera a Schilí. Sacaron las raciones de sus mochilas y vaciaron en sus respectivas cantimploras los condensadores de humedad. Bril le pidió a Guillermo que les resumiera el interrogatorio del nam.

Le escucharon con atención. Una vez terminó, Bril fue el primero en hablar y lo hizo sin rodeos:

—Escuche, capitán. Elvira afirma que la nam le está manipulando a través del brog. Lo que nos ha contado de la sirlizalisa, como la llaman los nam, es muy parecido al mito de Medusa, la gorgona que convertía en piedra a los hombres con su mirada y que fue decapitada por un héroe llamado Perseo.

—¿De qué me está hablando?, —replicó Guillermo, con desconfianza. Dio un mordisco a su ración y luego le preguntó—: ¿Qué carajo es una gorgona? ¿Y quién es ese Perseo?

—Según Elvira, Medusa era una gorgona; un ser con cuerpo y cara de mujer, y cabello de serpientes que convertía en piedra a los hombres cuando les miraba. Pers…

—¡Perseo es un mito de hace miles de años originario de Vieja Tierra!, —le interrumpió Faltenmeier con entusiasmo, dejando la cantimplora a un lado y encantado de arrebatarle el protagonismo a Bril—. En honor a Perseo existe una constelación que lleva su nombre. Es visible desde el hemisferio norte de Vieja Tierra. En esa constelación está la estrella Algol, que representa el ojo de Medusa, que convertía en piedra a quien lo mirara.

—¿Y qué hizo ese Perseo?, —inquirió Guillermo, ahora

francamente molesto.

—Con la ayuda de sus dioses y su habilidad, Perseo reunió lo necesario para vencer a Medusa —le dijo Bril, continuando el relato en competición con Faltenmeier—. Comprenderá que resulta extraño o, al menos muy sorprendente, que en este lugar exista una gorgona como la del mito terrestre y que al menos dos de las armas que dieron a Perseo para matar a Medusa sean las mismas que ha nombrado usted: el escudo y la espada. Y el escudo era especial: un espejo, como el de los nam. En otras palabras, que como no es razonable pensar en una coincidencia tan extraordinaria, la conclusión lógica es que le están manejando a través del brog o de cualquier otra manera con un propósito que todavía no alcanzamos a comprender.

—¡Tonterías!, —replicó Guillermo.

—No puede ser una casualidad —insistió Bril—. Hay una coincidencia más: la cara que vimos al terminar de subir la escalera. Según Tacla es el rostro de… la gorgona Medusa.

Bril se volvió hacia Danila.

—Y a usted esa cara le recordó a alguien, ¿no fue así?

—Sí —dijo la guardaespaldas—. Era muy parecida a una escultura de Medusa que vi en un museo de Vieja Tierra.

—¿Has estado en Vieja Tierra?, —le preguntó Mc Cool, asombrado de que alguien hubiera estado en ese mítico planeta.

—Sí. De pequeña.

—¡Vaya! ¡Qué lujo!

—Yo nunca he estado en Vieja Tierra —les espetó Guillermo a la defensiva—. Es más, siempre he estado muy lejos de ese planeta. No conocía el mito de Perseo y no tenía ni idea de quién era ni Medusa ni gorgona ni quien la mató o la dejó de matar. Insele no pudo sacar nada de mi mente porque hasta ahora no había nada de eso en mi cerebro. Y en último caso, ¿qué importancia tiene?

Bril le respondió con cautela:

—En opinión de Elvira usted resulta poco confiable. Al llevar un brog pueden cambiarle las percepciones o las ideas, como parece que así es. Aún sabemos poco de los brog.

Guillermo le retrucó, escandalizado:

—¿Qué clase de idiotez es esa? ¿Confiable? ¿Qué quiere decir?

—Que, en caso de conflicto, favorecerá a los nam —le aclaró

Aisha que se había acercado al oír la conversación dejando la guardia a Danila—. Es lo que pensamos todos.

—Eso es —afirmó Danila desde lejos—. Se está volviendo como ellos, capitán. Ahora apenas habla con nosotros. Claro que antes tampoco era usted muy sociable.

Guillermo dudó y miró a Tacla, que le devolvió la mirada, impasible. ¿Podrían tener razón?, se preguntó. En el hito estelar, él le había dicho exactamente lo mismo a Beatriz: que cada día parecía más nam. No supo qué pensar.

Mc Cool añadió, haciendo un gesto hacia Schilí, que estaba atado con las manos a la espalda, en cuclillas y con los ojos clavados en la comida.

—Y ya tiene un esclavo.

—¡No es mi esclavo! ¡Yo no quiero eslavos!

—¿Qué piensa hacer con él?, —le preguntó Aisha—. Por lo visto, la nam no quiere saber nada de él.

—Lo trataremos como un prisionero y lo llevaremos con nosotros —Guillermo se levantó y les dijo tras una pausa—: En consecuencia, ahora me daréis una parte de vuestras raciones y de vuestra agua.

—Según Elvira, lo más sensato en nuestra situación es amarrarlo a una tumba y olvidarnos de él —le dijo Bril separando un pedazo de su ración y entregándosela.

—Elvira no acierta nunca. Parece mentira que sea una IA —dijo Mc Cool y le avisó a continuación apartando su tableta—: No. Yo no le daré ni una pizca de mis raciones.

—No dejaremos a nadie atrás en este lugar espantoso —insistió Guillermo, pasando a Aisha, que le dio casi un cuarto de la suya—. Sea nam, humano o lo que sea.

—Me parece bien —apoyó Tacla, que separó una mitad de su ración—. Puede ser que ese nam nos sea muy útil.

—Estoy seguro de que es una equivocación que venga con nosotros. Yo estoy de acuerdo con Elvira. No, no le voy a dar nada —dijo Faltenmeier—. La última palabra la tiene nuestro comandante. Bril, ¿usted qué opina?

Bril les miró a todos de hito en hito. Tacla tenía razón y, además, el mando humano le agradecería que le llevaran un nam de regalo aunque fuera esclavo. Evitó la respuesta:

—El problema que puedan tener los servidores de los sirliza, de la sirlizalisa o como se llamen esos bichos, no es cosa nuestra. Sigamos hacia esa torre, que el Maestro vea todo el cielo de este sitio horrible y larguémonos cuanto antes de aquí. Este cementerio nos está nublando el juicio.

Insele comía de pie, apoyada en una pared y observaba Guillermo. El Anónimo fue hacia Schilí. El nam se arrodilló y se encogió formando una bola al ver que el humano se aproximaba.

—Levanta y no temas —le dijo Guillermo.

El nam alzó la vista. Guillermo le mostró la comida y el agua.

—Es para ti.

—Mi vida en tus manos por segunda vez, amo. ¿Es tu alimento?

—Mío y de otros. Compartimos contigo nuestras provisiones. Eres nuestro prisionero y te trataremos con dignidad.

—Eres un amo extraño —le dijo, cogiendo la comida—. Compartes tu alimento y el de los demás conmigo y me lo ofreces para que coma a la vez que vosotros. Además, te opones a la gran señora para no matarme. Eres realmente extraño.

—No soy tu amo y tú no eres mi esclavo.

—Quiero serlo. Eres mejor amo que los sirvientes de la sirlizalisa —Schilí silbó agudo y el brog le tradujo:

—Usaré tus colores.

Guillermo parpadeó sorprendido. Le preguntó:

—¿Quién te cortó la nariz? ¿Por qué lo hicieron?

Al oírle, Insele dejó de comer y se acercó ellos. Fue la nam quien respondió a Guillermo:

—Cortar la nariz es práctica habitual en algunos clanes de la Nación Nómada si el esclavo roba o miente. También se hace para mantenerlo cerca. Así marcado no escapa porque todos saben que tiene dueño o que no es de fiar.

Guillermo la oía estupefacto. Jamás en su vida hubiera imaginado algo así. Insele continuó:

—Otros clanes cortan dedos u otras partes o marcan la piel. Quiero que sepas que el Irdilale Lam se opone a la esclavitud y a esos modos de hacer.

—¿Y tú, Insele? ¿Tú te opones también?

—Yo creo que debe cumplir su misión en esta vida si el Destino le ha hecho esclavo.

—Pero tú sirves al Irdilale Lam, ¿no es así?

—Es cierto. No me verás liberar a un esclavo, pero sí defender hasta la muerte la libertad.

—No te entiendo —le replicó Guillermo—. ¿No defenderías su libertad?

—Claro que no; no existo para cambiar su destino —luego añadió—: Y, por cierto, yo tampoco te entiendo; sobre todo por tu devoción a esa medio máquina.

—¿Tacla? Es una persona, no una maquina.

—Como quieras. No dice eso mi olfato.

Guillermo se volvió entonces a Schilí.

—¿Fueron los servidores de la sirlizalisa quienes te cortaron la nariz?

—Sí amo.

Guillermo notó que le hervía la sangre. Le dijo:

—Cuando volvamos, si es que salimos de aquí, me encargaré de que la recuperes.

Guillermo sintió una fuertísima oleada de ilusión procedente de Schilí a través de su brog.

—¡Estás loco! ¡Una promesa a un esclavo no se puede deshacer!, —exclamó Insele.

—No pienso echarme atrás.

—Usaré tus colores, amo —la ilusión dio paso a un fuerte sentimiento de fidelidad.

—Ahora sí que tienes un esclavo —le dijo Insele con preocupación—. Dicen que los esclavos con brog no pueden mentir, cosa que dudo a la vista de este. Con esas palabras te acaba de prometer servicio y su brog ha quedado marcado con tu impronta. Ya no puede volver con sus anteriores dueños. El cambio de fidelidades se castiga con la muerte.

Guillermo tragó saliva.

30
La torre y el cielo

Reemprendieron la marcha guiados por Faltenmeier. Al cabo de unos minutos, Schilí, que andaba atado delante de Guillermo, se dio la vuelta y le preguntó:

—Amo, ¿a dónde os dirigís?

—No soy tu amo —le contestó él, con aspereza—. Vamos a la torre de esta sección de la ciudad.

Guillermo creyó distinguir una mueca en el mutilado rostro de Schilí.

—Es una zona muy peligrosa, amo. ¡No vayas!

—¿Qué peligro hay? ¿Más ladrones de tumbas?, —le preguntó Guillermo con sorna, a pesar de que el brog había añadido a las palabras del nam unos fuertes sentimientos de angustia y terror. Cada vez percibía más claramente las emociones del nam y eso le molestaba.

—No, amo. Allí vive uno de los sirliza.

Insele, que andaba detrás de Guillermo, comentó:

—Ese desgraciado todavía pretende confundirnos con los sirliza. Harías bien en librarte de él y de sus mentiras.

Guillermo no contestó. Tras una larga caminata llegaron a una plaza redonda en cuyo centro se levantaba la torre circular, altísima, de paredes absolutamente lisas. En la base del edificio había una entrada, una especie de vestíbulo y una amplia escalera de caracol con peldaños de gran altura. En el interior del vestíbulo flotaban miles de puntos brillantes.

—Parecen nubes de polvo —dijo Danila—. Llevamos mucho tiempo andando, ¿no es ya la hora de cenar?

Faltenmeier la miró sonriente a la vez que asentía con la cabeza.

—Casi —dijo. Y le dijo con reverencia—: Son estrellas. Y, como las del cielo, nos indican en parte el camino a casa. Cenaremos luego; ahora tenemos que subir.

—¡Vaya!, —dijo Mc Cool sarcástico, evaluando la altura de los escalones— ¿Tanta tecnología y tenemos que subir a pie? ¿No pensaron en poner un ascensor? Sus amigos me decepcionan, Maestro. ¡Esta es la ciudad de las escaleras!

—¡Ignorante!, —le contestó el anciano con desdén.

—Debían de tener las piernas muy largas y los pies muy grandes —observó Tacla.

Schilí se volvió hacia Guillermo:

—Amo, no subas y no me obligues a subir. En lo alto puede estar esperando el sirliza —a través del brog percibió que la angustia del nam era genuina—. Aunque no le veas, él sí que te ve porque también se guía por el calor además de por la vista. Eso decían mis otros amos.

—Con nosotros estarás a salvo.

—Te equivocas, amo. Nadie está a salvo del sirliza ni de su hembra, la sirlizalisa.

Iniciaron la subida dejando a su izquierda unas ventanas sobre la ciudad y a la derecha una pared luminiscente curva, lisa y suave al tacto.

Unos peldaños más arriba comenzaron a aparecer en la pared a su derecha unas acanaladuras verticales, como saeteras, que se fueron haciendo más anchas y altas conforme subían. Lo asombroso era que también mostraban la ciudad.

—Es la misma imagen que vemos por nuestra izquierda —observó Bril—. Esto es muy curioso.

Unos peldaños después, fue Tacla quien señaló:

—Los ventanales nos muestran momentos diferentes de la ciudad. Digamos que estoy viendo por la ventana de la izquierda el estado actual. Diría —señaló la ventana derecha—, que este lado muestra la ciudad en un momento anterior, porque comparo y veo que algunos edificios son más bajos y otros no están construidos.

—¡Muy observador!, —exclamó Faltenmeier. El anciano se sentó en los escalones, jadeando—. Los suil nos enseñan cómo creció esta necrópolis. Si no me equivoco, y sé que no me equivocaré, a medida que subamos veremos por la derecha la ciudad más antigua. Menos

construida.

—¿Y para qué lo harían?, —preguntó Danila.

—Nunca lo sabremos —respondió el Maestro—. Aunque quizá la nam nos pueda decir algo al respecto.

Guillermo le trasladó la pregunta a Insele. Esta le dijo:

—No lo sé. El poeta solo dice de las torres que son los lugares de la última oportunidad. Nadie sabe qué quiso decir —se volvió a Schilí—: Desgraciado, ¿sabes por qué vemos lo que vemos en las ventanas de esta torre?

—Los Creadores lo hicieron así para que los que vinieran a dejar sus difuntos supieran donde encontrar a los anteriores. Eso decían los cuidadores de la sirlizalisa.

Guillermo se lo dijo a los demás.

—¡Vaya tontería!, —exclamó Mc Cool.

—Pues no tanto —opuso Tacla—. Imagina que vas al cementerio para dejar a un amigo y quieres volver a su tumba al cabo de mucho tiempo. El cementerio ha cambiado tanto que no eres capaz de encontrar el lugar donde lo enterraste, pero si te recuerdan cómo era cuando fuiste y te muestran cómo es ahora, te resultará mucho más fácil orientarte y saber dónde está. ¿No te parece?

—Quizá tenga razón —dijo Bril.

—No sé yo si es muy útil eso que dices, Tacla —le dijo Danila.

Continuaron subiendo y, efectivamente, como había dicho Faltenmeier, las ventanas de la derecha mostraban una ciudad menos construida. Tras varias paradas para que el anciano recuperara el aliento y descansara las piernas lograron llegar a lo más alto, un mirador alrededor de un pozo, desde el que se abarcaba toda la necrópolis.

El espectáculo era sobrecogedor no solo por la enorme superficie de la Ciudad, que les rodeaba como si quisiera absorberles y parecía venirse encima debido a la curvatura de la esfera, sino por las sombras siempre cambiantes que se deslizaban como espectros en completo silencio por las calles y las fachadas de la ciudad.

—¿Son fantasmas?, —se preguntó Aisha en voz alta.

Ante esa equívoca e inquietante vida de ultratumba, Guillermo entendió que se dijera de ese lugar que era donde vivían los muertos. Le dio la espada a la urbe y sintió la picazón del peligro en la punta de los dedos al ver el pozo frente a él, similar a un cero g

como los que usaban para subir y bajar por el que pudiera surgir una amenaza. Sin disimulo, apuntó su arma hacia el hueco.

Danila dijo:

—Si hubiéramos explorado más la base de la torre hubiéramos hallado la salida de este cero g.

—Lo miré con atención y no vi ninguna salida —respondió Tacla —. La base era una pared completamente lisa.

—Danila, ¿estás segura de que es un cero g? Igual es otra cosa —le preguntó Aisha.

—Tal vez no lo sea, pero tiene todo el aspecto —replicó la guardiana.

Faltenmeier levantó la vista y quedó ensimismado contemplando el firmamento. El cielo plagado de estrellas era de una belleza abrumadora.

Al cabo de un par de minutos, ante el asombro y el silencio de todos, se tumbó en el suelo y cruzó las manos debajo de la cabeza.

—Danila, ¿tenemos roc?

—No Maestro, lo dejé en la *Urania*.

—¡Idiota! Me has privado de un gran espectáculo.

Faltenmeier cerró los ojos y se concentró. No llegó a ver la furia en los ojos de Danila y, si la vio, no le dio importancia.

La comprensión del espacio tiempo que había alcanzado en el salto que les permitió huir del ataque se había vuelto más profunda. Apreció claramente nexos de unión con otros planos del Cosmos y en ese momento entendió por completo el plano de esa parte del Universo que le ofrecían los suil y comprendió también el motivo religioso por el que ese plano estaba allí: para que las almas de los suil pudieran volver a sus respectivos mundos.

Estimó que para completar la totalidad de la cartografía suil faltaban al menos dos planos. Sonrió porque en ese cielo había indicaciones claras de dónde encontrarlos. Se preguntó entonces si los suil creerían en la resurrección en vista de su interés en mostrar a sus finados el camino de vuelta a casa.

Suspiró, lamentando tener que irse de allí. Se levantó, les miró uno a uno y les dijo con gran solemnidad:

—Ya sé cómo volver a casa. De hecho, ahora sé cómo ir a cualquier sitio. Estoy muy cansado —añadió acercándose al pozo.

—Maestro, apártese de ahí. No sabemos lo que es —le advirtió

Aisha, temiéndose lo que iba a hacer.

—Sé muy bien lo que es —le contestó Faltenmeier con suficiencia. Exclamó alegre—: ¡Nos vemos abajo!

Y saltó al agujero.

Faltenmeier aún estaba en el aire, que ambas guardaespaldas se lanzaron al unísono. Lo atraparon por los brazos pero no pudieron impedir que su cuerpo desapareciera en la negrura del hueco.

Al momento surgió de la abertura un chillido agudo y horrendo mezclado con un alarido humano igualmente estremecedor.

—¡Está dentro, amo! ¡El sirliza está dentro!, —chilló Schilí.

Lograron sacar al Maestro. Sus ojos y su boca estaban abiertos en una mueca de espanto y en su cuello tenía enrollado un brog negro como el carbón.

Un borbotón de espuma desbordó sus labios.

—¡El sirliza lo ha atacado! ¡Vámonos, amo! ¡Vámonos sin mirar atrás!, —chilló Schilí en una súplica al ver el cuello de Faltenmeier —. ¡Va a salir!

Guillermo no lo pensó dos veces:

—¡Fuera de aquí! ¡Todos abajo de inmediato!

En una maniobra única y sincronizada a la perfección, Danila y Aisha alzaron en volandas a Faltenmeier cada una por una axila y comenzaron a bajar los escalones a toda la velocidad de la que eran capaces.

Detrás salieron corriendo Schilí y Bril. El prisionero delante del oficial.

Insele y Tacla dudaron y apenas se movieron de su sitio.

Mc Cool, con la expresión calmada, aprestó su arma mirando inexpresivo el pozo. Su dedo acarició el gatillo.

—Bajad. Protegeré vuestra huida.

—¡No seas idiota! ¡Baja con nosotros!, —le pidió Tacla.

—Largaos —insistió el piloto, muy seguro—. Os demostraré que lo del sirliza, Medusa o como se llame ese bicho es un cuento.

Súbitamente, un nuevo chillido surgió de repente del pozo a espaldas de Guillermo. Tacla dejó de lado sus dudas e inició una carrera escaleras abajo.

Algo surgía del hueco. La nam se dio la vuelta para no verlo y comenzó a retroceder en dirección a las escaleras. La oscuridad quedó iluminada con una suave luz de color ámbar.

Un instante después, el piloto disparó ráfagas de su arma hasta quedarse sin munición.

El rostro de Mc Cool quedó iluminado por una luz amarillenta deslumbrante. En su cara se petrificó una expresión de horror que Guillermo nunca olvidaría. Eso fue lo último que vio Guillermo del joven piloto porque Insele estiró de su mano y le obligó a correr hacia la salida a toda la velocidad que le daban sus piernas, sin mirar atrás.

31
Lidiri Lembo

Saltaban los peldaños de tres en tres y de cuatro en cuatro. Unas vueltas de escalera después, con Insele detrás, Guillermo vio a Schilí, completamente libre de sus ligaduras, esperándole unos escalones más abajo.

—¡Corre amo! ¡Corre!, —le animaba el nam mientras le hacía señas para que se apresurara—. ¡El sirliza es muy rápido y nos puede alcanzar!

Schilí esperó lo justo para bajar a su lado, preparado para ayudarle si tropezaba y sin estorbar a Insele. Los tres alcanzaron a Tacla poco antes de que este llegara a la salida y se reunieron con Danila y Aisha lejos de la base de la torre. Entonces adoptaron una formación defensiva en forma de medio círculo con las espaldas protegidas por la pared de un edificio cercano.

Schilí se opuso inmediatamente, chillando:

—¡De espaldas, amo! ¡No de frente! ¡Hay que irse mucho más lejos y no mirar en su dirección!

Guillermo les advirtió y reanudaron la carrera hasta llegar a un hueco entre panteones. Allí las guardaespaldas, jadeantes, sostuvieron por las axilas a Faltenmeier, desmadejado como un muñeco roto, y se prepararon para salir corriendo de nuevo.

Al comprobar que el monstruo no aparecía, lo sentaron en el suelo con la espalda apoyada en la pared. El anciano, babeante, se deslizó poco a poco hasta quedar completamente tendido.

Danila aplicó el implante de su mano sobre el que Faltenmeier tenía en el brazo y buscó sus contantes vitales:

—¡Maldito sitio! ¡No me llega nada! ¡Elvira! ¡Elvira!, —chilló a la Inteligencia Artificial—. ¿Lees algo?

—Nada en absoluto. No leo nada de ninguno de vuestros implantes desde que llegamos a esta luna.

—¡Vaya mierda!

Guillermo decidió no atar de nuevo a Schilí en vista de lo poco eficaces que habían sido sus anteriores ligaduras. El nam podía haber escapado y, sin embargo, le había esperado para bajar con él.

Schilí, junto a Tacla, vio por el rabillo del ojo que Insele se le aproximaba y entonces se parapetó detrás del humano. La nam, aprovechando que Guillermo examinaba a Faltenmeier y que nadie podía entenderla, le dijo a Schilí con unos silbidos apenas audibles:

—Si traicionas al humano me encargaré de que tengas la muerte más horrible que puedas imaginar.

El brog negro estaba tan apretado en torno al cuello de Faltenmeier que parecía imposible que el anciano pudiera respirar. Guillermo le levantó un párpado. Ojo en blanco. Levantó el otro. Igual.

Bril le preguntó por el estado del Maestro. El Anónimo negó con la cabeza, desanimado. Luego le preguntó por Mc Cool.

—Se quedó a cubrir nuestra retirada y no logró escapar.

El oficial chasqueó la lengua, muy disgustado consigo mismo y con lo sucedido. Había fracasado como comandante, pensó. Había meditado poco las decisiones y las que había tomado habían empeorado muchísimo la situación. «Mi primer error fue mi debilidad por Aisha. Nunca hubiéramos tenido que entrar en esta luna y mucho menos subir a esa torre con Faltenmeier sin haberla explorado antes a fondo».

Le miró de nuevo. El anciano había abierto los ojos y caía un hilillo de baba de su boca entreabierta. Su mirada era bovina y de su rostro había desaparecido cualquier rasgo de inteligencia. Se le veía mucho más envejecido.

No se movía. No parpadeaba. Danila le dio unos cachetes en la mejilla y no reaccionó. Era tan sensible como una piedra.

Bril se dio media vuelta para no verle y encaró el paisaje de la necrópolis. «Se acabó, se dijo desesperado bajo el peso de los acontecimientos. Estamos tan muertos como esta ciudad».

Guillermo estudió el brog negro. Le pareció que el simbionte apretaba demasiado el cuello del anciano, pero este no presentaba signos de asfixia. Se concentró en su propio brog y buscó la misma

sensación de conexión con el brog negro que la que sentía con el de Insele o con el de Schilí, pero no logró nada. Era como si el simbionte negro no existiera para el suyo.

Se incorporó con un terrible malhumor. Aquello era un desastre. Mc Cool era reemplazable porque seguro que Danila, Aisha o Bril podrían pilotar la *Urania*, pero Faltenmeier era insustituible. Había que quitarle ese brog si querían salir de allí y volver a *El Huevo*.

Le preguntó a Insele:

—¿Cómo se lo podemos quitar?

—No podemos. Si lo hacemos, el brog interpretará que se le ataca y se defenderá asfixiando a su portador. Llegará a matarle para impedir que le separen de él.

—Lo sé, lo sé —le contestó recordando a Beatriz y su primera experiencia con el brog durante el Primer Contacto.

—Qué dice. ¿No se le puede quitar?, —le preguntó Bril—. Córtelo y ya está, ¿no?

—Antes de que termine de cortarlo, le habrá asfixiado. A estas alturas el brog ya se ha conectado con su sistema nervioso de forma que, si se lo quito, le causaré unas lesiones irreversibles. Además…

Antes de que pudiera continuar, Insele añadió a regañadientes:

—Existe una leyenda.

—¿Cómo dices? —Guillermo se volvió de inmediato hacia la nam.

—Es la leyenda que cuenta una canción muy antigua. Cuenta que la diosa *Assinai*, la Justa Guerrera, creó a la sirlizalisa. La sirlizalisa era una hembra tan cariñosa y *Assinai* la amó tanto que juró que nunca le haría daño. Fue una criatura fiel y apacible hasta que *Anii*, la envidiosa hermana de *Assinai*, la dotó de la capacidad de elegir y de un terrible don: matar las almas de la gente con su mirada o mediante uno de los brogs que se criaban en su cabeza. *Anii* convenció a la sirlizalisa para que le exigiera a *Assinai* su libertad a cambio de no matar su alma y la de sus hijos colocándole a cada uno un brog negro. Entonces, *Assinai* se encerró para meditar una solución. Al final decidió encerrar a la sirlizalisa pero, para capturarla necesitaba varias cosas: un escudo para defenderse de la mirada que mata el alma; el *srili* de la hembra

Ahura-Ahrrimán

como arma, y un saco que fuera capaz de contener los brog negros y resistir su mirada.

»*Assinai* trabajó sin descanso, sin comer ni beber hasta que tuvo acabados el escudo y el saco. Después fue en busca del *srili* robándolo del Irdilale Lam. Entonces fue en busca de la sirlizalisa y luchó con ella pero la sirlizalisa logró escapar gracias a *Anii*. *Assinai* la buscó por todas partes sin hallar rastro de ella hasta que uno de los Doce Sabios desapareció. La Justa Guerrera siguió el rastro del Sabio y su sorpresa fue que la sirlizalisa lo tenía bajo su dominio e intentaba aprender de él para hacerse todavía más fuerte. *Assinai* se encontró en un terrible dilema. Había creado un monstruo y comprendía que debía destruirlo, pero lo amaba. Decidió entonces matar a la sirlizalisa pero como había jurado no hacerle daño, para no matarla ella hizo que de su semilla naciera un hijo capaz de eliminar a la sirlizalisa. Ese hijo logró eliminar a la bestia y además liberó al sabio regando el brog negro de su cuello con la sangre del monstruo.

—¿*Assinai* tiene que ver con el escudo del que hablabais antes?

—El escudo del que hablábamos es el escudo que *Assinai* fabricó y luego entregó a su hijo para que se protegiera de la sirlizalisa. Una vez fue cortada la cabeza del monstruo, *Assinai* recuperó el escudo, colocó en su centro la imagen de la cabeza de la sirlizalisa e hizo lo necesario para que nunca nadie olvidara lo que había sucedido.

Guillermo la miró con preocupación.

«Quizá Elvira tenga razón y me están manejando a través del brog sin darme cuenta», se dijo. La leyenda que le contaban parecía realmente sacada de su mente, mezclada con el guion de algún viejo *erreuve* de aventuras que pudiera haber visto de niño.

Miró a los nam de hito en hito. Era inverosímil que, sin conocerse, se hubieran puesto de acuerdo para engañarle. Por otra parte. ¿Qué le había dicho Insele en el Desierto Infinito en relación al *srili*? «El Destino te ha enviado aquí a recoger el *srili*; eres el Lidiri Lembo y, por lo tanto, el único que puede manejarlo». También estaba la escultura con aspecto de Medusa que custodiaba la entrada a la ciudad de las Doce Mil Estrellas.

—¿Y el *srili*?, —le preguntó al fin.

—Según la leyenda, la cabeza de la sirlizalisa solo se puede cortar con un *srili* como el que encontraste en el Desierto Infinito.

—¿Le tengo que cortar la cabeza a la sirlizalisa?

—Si quieres quitarle el brog a tu peculiar esclavo, sí. También necesitarás el escudo para protegerte y la bolsa de *Assinai* para guardar la cabeza.

Guillermo, pálido, se volvió hacia Schilí:

—Y tú. ¿Sabes algo de esto?

—¿Por qué se lo preguntas al esclavo? ¿No confías en mí? —Guillermo notó a través de su brog la indignación de la nam.

—Es como cuenta la gran señora, amo —le contestó Schilí—. El brog negro del Sabio se hinchó con la sangre de la sirlizalisa y se hizo grande y grande hasta que se desprendió de él y este recuperó su alma. El brog negro se alejó volando y el sabio y el hijo de *Assinai*, después de cumplir con *Assinai*, volvieron a ese lugar lejano para quedarse. Se dice que la bolsa está en el Templo Negro.

Schilí dudó un momento antes de proseguir:

—Quizá se pueda cumplir la profecía de los suil.

—¿Qué profecía?

—Que vendrá el que vence al mal, el Lidiri Lembo, tomará el escudo y la bolsa, y hará libres a los esclavos —dijo Schilí.

Guillermo sintió un sudor frío. Miró de soslayo a Bril, que parecía muy atento a la conversación. Se dio cuenta de que Tacla estaba igualmente interesado.

—Estáis locos. Los nam estáis completamente locos con vuestras supersticiones y leyendas —miró a Insele—. ¿Qué quiere decir todo esto?

—Que eres el Lidiri Lembo y que tienes un destino que cumplir —le dijo ella.

Schilí se volvió inmediatamente hacia Insele.

—¿Qué decís, gran señora? ¿Él es el Lidiri Lembo?

La nam se rindió:

—Así lo ha dicho el Irdilale Lam. Este humano venció al Ahrrimán y lleva el símbolo de su victoria en el pecho, grabado por el propio Irdili con el *srili* del macho que mató. También tiene ahora en su poder el *srili* de la hembra

Ahura-Ahrrimán

muerta en el Desierto Infinito desde antes de que naciera cualquiera

de nosotros. Murió para que él encontrara su cadáver. No me caben más dudas: el Destino lo ha traído hasta aquí. Si es cierto que con él desaparecen los esclavos, entonces se iniciará el fin del mundo nam, comenzando por la Nación Nómada —Insele hizo una pausa—. Por eso le quieren matar y por eso han robado el escudo.

32
Mejor muerto

Escuchó la pregunta que tanto temía:

—¿Por qué dice que están locos? ¿Qué le han dicho? —Bril se le quedó mirando, esperando su respuesta.

Guillermo vaciló. Si le decía la verdad, sería malo porque pensarían que era una marioneta de los nam, pero sería peor si mentía. Optó por una verdad a medias:

—Creen que se le puede quitar el brog a Faltenmeier.

Bril le miró esperanzado y a la vez perplejo. Era una buena noticia, pero le sorprendía que a Guillermo no le pareciera tan buena.

—¿Qué problema hay?, —quiso aclarar.

Cuando Guillermo le respondió que había que cortarle la cabeza a la hembra del sirliza y rociar con su sangre el brog negro de Faltenmeier, Bril le clavó una mirada de estupefacción bajo unas cejas muy levantadas. Se rascó la cabeza. No sabía por dónde empezar a responderle ni si tenía que hacerlo.

—¿Me está hablando de utilizar un remedio bárbaro, una superstición para curar al Maestro?

—Eso parece —le respondió Guillermo—. A mí me parece tan… tan…

—¡Eso es más propio de un pueblo primitivo que de una sociedad avanzada!

Tacla, que estaba a su lado, exclamó entonces señalando a Guillermo:

—¡Realmente notable! ¡Usted es el Perseo de esta historia!

Bril y el Anónimo le miraron. El ingeniero se había aproximado a ellos sin que se dieran cuenta. El comandante no quería que

trascendiera el contenido de la conversación, y menos habiendo perdido a un miembro del grupo.

—Tacla, retírese. Esta es una conversación privada —le dijo con aspereza.

—Disculpe —y el ingeniero se alejó unos pasos.

Bril continuó entonces con su interrogatorio:

—¿Y lo que decían del escudo y de algo llamado *srili*? ¿Qué es eso?

—El *srili* es la cola del esqueleto del animal que encontramos en el Desierto Infinito. Es como una espada curva. Corta mejor que nada que conozcamos —le dijo Guillermo—. Lo del escudo es un paralelismo respecto del mito que me contaron ustedes acerca de Medusa, comandante.

El desespero de Bril era tal que estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa con tal de sacar a Faltenmeier de su estado de idiotez. Comprendía que era muy peligroso exponer al Maestro a la sangre de un ser desconocido, pero a la vez pensaba que era mejor y más glorioso volver a casa con el héroe muerto que con el héroe imbécil.

Las guardaespaldas quizá se opusieran a su plan, pero estaba seguro de que cumplirían sus órdenes. Vació el aire de sus pulmones, se tomó un momento, inspiró y le dijo a Guillermo:

—Bien. Pues si necesitamos la sangre de ese animal, volvamos a la torre y capturémoslo.

—No va a ser tan sencillo, comandante… —replicó Guillermo, temiendo la reacción de Bril a lo que le quedaba por decir—. Nos atacó un macho y nosotros necesitamos la sangre de la hembra. Además, la criatura que nos atacó no debía de estar ni a dos metros cuando Mc Cool vació su cargador en ella. Sus disparos no sirvieron de nada.

Elvira le dijo a Bril a través del implante:

—Todo lo que dice es absurdo. No tiene sentido. La probabilidad más alta es que la mente del capitán haya sido dominada y nos entregue a los nam.

—¿Qué otras opciones tenemos, Elvira?, —le preguntó Bril moviendo apenas los labios.

—Desarmarle, volver a la *Urania* y poner al Maestro en animación suspendida. Trazar un rumbo de vuelta basado en el de

entrada y buscar la *Fiat Lux*. Activar la baliza de emergencia.

—Eso es absurdo. Si hacemos como dices, no volveríamos ni saltando toda la eternidad. Sé de lo que hablo, Elvira.

Tras un silencio, la inteligencia artificial le contestó:

—Cualquier otra opción tiene menos probabilidades de éxito.

Bril cerró la comunicación con la IA, abrumado y sumido en la desesperanza. La solución del Anónimo no le atraía en absoluto, pero debía tenerla en cuenta porque la opción que le brindaba Elvira era un suicidio seguro.

Ya había descendido a su infierno particular, sin futuro en la Armada y con la hoja de servicios manchada. Había fracasado en su misión; lo había perdido todo. No tenía nada que perder. Lo único que le quedaba era la fuerza de la desesperación y se decidió: «Como si hace falta quemar ofrendas o hacer sacrificios a sus dioses», pensó.

Le dijo a Guillermo:

—Capitán, encuentre ese escudo y esa bolsa cuanto antes. No podemos volver a la *Urania* con el Maestro en ese estado. Desde esta medianoche, que será cuando calculo que lleguemos, le esperaremos un par de días en el balcón en el que aparecimos. Luego nos iremos sin usted siguiendo el consejo de Elvira, que es intentar invertir las coordenadas de nuestros saltos. Solo puedo ofrecerle a Tacla como fuerza de apoyo. Tampoco nos podemos hacer cargo de su prisionero, así que lo llevará con usted junto con la nam.

33
Doble seguro

Faltenmeier permanecía completamente quieto, los ojos abiertos, la mirada perdida en el infinito; ciego a los gestos y sordo a los ruegos y a las órdenes. El grupo al mando de Bril inició el camino de vuelta al balcón con el anciano sostenido por Danila y la joven Aisha.

Viéndolos alejarse, Guillermo le preguntó a Insele, confiando en que su brog no delatara la verdadera intención y alcance de su pregunta:

—¿Cómo es que hay cierta… sintonía entre nuestros brog y no podemos captar nada del brog negro?

—Veo que te estás acostumbrando al tuyo —le dijo la nam. Guillermo captó una nota de satisfacción en Insele—. Contestando a tu pregunta: no lo sé.

Guillermo encaró a Schilí:

—Dijiste que sabes dónde están los ladrones del escudo. ¿Es verdad?

—Sí, amo. Les oí decir que debían llegar al balcón de las aguas.

De nuevo, ni rastro de mentira en la percepción. Guillermo se dio cuenta entonces de que sin verles y oyendo sus silbidos y sus trinos, a través del brog podía diferenciar fácilmente a Insele de Schilí. Era como si cada uno tuviera su propio acento mental.

—¿Dónde está ese lugar?

Schilí hizo un gesto con las manos abarcando la esfera y señaló con la mano una dirección:

—Hacia allá. Donde Niebla Perpetua. —Guillermo percibió una punzada de miedo en Schilí asociada a sus palabras y a su gesto.

—Vi la niebla desde el balcón por el que llegamos —dijo Insele

—. Creí que era algo que se quemaba.

El nam continuó:

—La ciudad está dividida en seis partes. Mis antiguos amos creían que cada una de ellas está dedicada a un ambiente natal de los Creadores. Niebla Perpetua es uno de ellos.

Tacla se volvió hacia Guillermo y le preguntó de qué hablaban. Cuando lo supo, le dijo:

—Capitán, ¿le puede preguntar cómo son las otras partes?

El nam contestó y Guillermo le fue diciendo al ingeniero:

—Ahora estamos en un ambiente que llaman Pureza. Schilí dice que en la Nación Nómada no hay lugares como este, compuesto de formas puras que flotan en el aire o surgen del suelo o se hunden en él. Otra zona sería Niebla Perpetua. Asegura que es una de las partes más peligrosas de toda la ciudad.

—¿Por qué?, —preguntó Tacla—. ¿Y cuál es la zona más peligrosa?

—Eso es lo que le iba a preguntar —le contestó Guillermo que, a continuación, le formuló la pregunta al esclavo.

—Dice que la más peligrosa es Arenal. En Niebla Perpetua se ocultan muchos peligros —respondió Schilí del que captó una corriente intensa de miedo—. Allí viven los *qüirril*. Acechan a los que se adentran en Niebla Perpetua y los devoran. No hay *hashiis* ahí. Nunca llegan a formarse porque todos son despedazados antes. Aquí en Pureza, todo es más tranquilo. Solo existen unos gusanos que se comen la carroña de los *hashii* hasta dejar los huesos brillantes. Hemos de irnos de aquí antes de que lleguen. Vienen a miles en cuanto huelen comida.

Guillermo miró automáticamente hacia los cadáveres y asintió con la cabeza.

—¿Y las otras cuatro partes?

—Una es Frondosa. Está llena de vegetación. Otra parte de la Ciudad está sobre agua, junto al lago central de donde parten las seis avenidas de la ciudad y la llaman Líquida. He oído que, a veces, hay grandes y fuertes tormentas, pero yo no he estado nunca. La quinta parte es Inmensidad y está en ingravidez. Luego está Arenal; allí hace un frío terrible y nadie va allí porque se aparecen los espíritus de los suil muertos y además la sirlizalisa vive en el Templo de los Héroes, que dicen que está dentro del Templo Negro.

—¿Y qué sabes de los suil?, —le preguntó Insele, cortando a Guillermo que quería saber más del terreno en el que se iban a adentrar.

—Son los creadores de todo esto, mi ama. Ignoro cómo los llamáis en vuestra nación. Ellos construyeron estas ciudades de los muertos dentro de mundos y nos dejaron como herencia a la sirlizalisa.

—¿Ciudades?, —le interrumpió de nuevo la nam—. ¿Hay más mundos como este?

—Sí ama —la sensación de miedo y de ocultar algo se mantenía, pero no asociada a la pregunta—. Los Cuidadores los visitan aprovechando el paso de la Nación Nómada.

—He visto cómo el sirliza sobrevive a los disparos. ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo se mata a la sirlizalisa?, —preguntó Guillermo.

—No se le mata con balas porque en realidad no tiene cuerpo. El sirliza y la sirlizalisa son colonias de un tipo de brog largo y delgado. Se entretejen entre ellos para lograr rigidez y envergadura. Solo se les puede matar con cortes que hieran muchos de esos gusanos o cortándoles la cabeza. Un disparo o varios apenas le hieren porque son tan flacos y son tantos que no les afecta perder un pedazo o varios. La sirliza es casi igual pero sus gusanos son mucho más duros. No se la puede matar —sentenció el nam.

—¿Para qué se cuida la sirlizalisa?, —preguntó Guillermo—. ¿De qué vive?

El terror y la ansiedad golpearon bruscamente, con la fuerza de un martillo pilón, la conciencia de Guillermo, que durante unos instantes tuvo que cerrar los ojos y repetirse que esas sensaciones no eran suyas. Miró a Insele. Se preguntó si ella lo percibía, porque no lo parecía, o si lo que él notaba eran sus propias imaginaciones provocadas por su brog.

—Las *Sirlizalisas* son las madres de los brog puros —dijo Schilí en un susurro, como si le costara decirlo. El pavor y angustia llegaban a Guillermo a borbotones—. Los brog existen para recordarnos siempre cuáles son nuestros orígenes.

Insele emitió un silbido muy bajo.

—Así que este es el origen de los brog —le tradujo el simbionte, asociando la frase a una reflexión en voz alta a la vez que a una inmensa alegría en la nam.

—¿Cuántas sirlizalisa hay en esta ciudad?, —preguntó Insele a continuación.

—Solo una, mi ama. Hasta donde sé, solo puede haber una en cada ciudad. Parece que son muy territoriales.

—¿Y machos?

—Muchos.

—¿En cada ciudad hay una sirliza?

—Sí.

—¿Y cuántas crías tiene la hembra?, —continuó preguntando Insele. Guillermo percibía en ella una gran alteración. Emoción, ilusión, importancia y alegría se mezclaban en un caos de sentimientos y, a la vez, en el nam disminuía el nivel de angustia. Guillermo se llevó la impresión de que la nam estaba descubriendo un secreto.

—Me han contado que la sirlizalisa tiene hasta diez partos en su vida, que es muy larga. En cada uno tiene seis u ocho crías. El macho se hace cargo de ellas y las defiende de los otros machos hasta que los cuidadores las separan. Mientras tanto, el resto de machos anda suelto por la ciudad, buscando comida y manteniendo su territorio peleando contra otros machos. Los machos principales tienen su nido en los pozos de las torres. Así lo hicieron los Creadores.

—Entonces, ¿qué sucede cuando les retiran las crías? ¿Cómo se las retiran?

—Nadie lo hace. El macho muere devorado por las crías y estas quedan solas. Entonces las recogen los cuidadores. El brog que lleváis, amos, son hembras jóvenes de primera generación —el miedo en el nam disminuyó—. Provienen directamente de una sirlizalisa. Las crías que tendrán serán blancas también pero no serán tan puras.

La emoción y la alegría que experimentaba Insele invadieron a Guillermo, que sintió una extraña euforia. Como le había sucedido con Schilí, tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por aquella alegría ajena que se colaba en él como una droga.

Sin embargo, como si estuviera oyendo otra conversación, también captaba el resto de miedo y de angustia de Schilí.

Guillermo preguntó:

—Pero en este cementerio, ¿de qué vive la sirlizalisa?

Ambos nam callaron.

Se hizo un silencio.

La satisfacción de Insele fue dando lentamente paso al horror y al asco.

El miedo de Schilí golpeó a Guillermo de nuevo con tremenda fuerza.

El esclavo callaba, bloqueado por el terror.

—¡Contesta!, —le gritó Insele.

El nam silbó unos tonos intraducibles. Tacla, que seguía la conversación a través de las preguntas de Guillermo, respondió por él:

—Es evidente que al menos vive de los esclavos que traen aquí a sus amos para hacerles el funeral. Lo que no sé es si vivos o muertos de los *hashii*.

Guillermo le miró, abrumado por la idea y el ingeniero le devolvió la mirada con un alzamiento de hombros y un mudo «es evidente» dibujado con una mueca en su rostro:

—Es lo más probable, capitán.

Quiso confirmar la teoría de Tacla con Schilí y este respondió:

—Es cierto amo: Cuando llega un séquito fúnebre a la boca del monstruo hacemos que entre a la ciudad por el balcón de Niebla Perpetua. No hay que hacer más; la sirlizalisa aparece nadie sabe de dónde, los caza uno a uno y se los lleva para devorarlos.

—¡Sois inmundos! ¡Merecéis la muerte más horrible!, —exclamó Insele.

—No lo sé, ama, no lo sé. Yo solo era un esclavo y no me ocupaba de eso.

Schilí retrocedió hasta quedar con la espalda apoyada en una pared. El terror del nam le golpeaba la mente una y otra vez, con lo que Guillermo percibió que ocultaba algo con todas sus fuerzas.

—No había funerales siempre, ¿verdad? Entonces, ¿qué hacíais cuando no había esclavos de sacrificio?, —le preguntó Guillermo con el vello del cuerpo de punta, imaginando la respuesta.

Schilí volvió sus ojos hacia él. Silbó algo ininteligible.

—¡Contéstame!, —le ordenó Guillermo.

El nam se dejó resbalar por la pared hasta quedar sentado. Se abrazó las rodillas.

—Me matarás si te lo digo, amo.

—¡Contéstame!, —le gritó colérico. El esclavo se agitó como si su brog hubiera recibido una descarga eléctrica. El pavor invadió la mente de Guillermo hasta provocarle náuseas.

—Le daba monstruos, amo.

—¿Monstruos?… ¿Monstruos?… —repitió. Luego comprendió—: ¡Humanos como yo, querrás decir!

—Eso es, amo.

Guillermo sintió que la ira le ascendía, imparable. Temblaba de furia cuando le gritó:

—¿Utilizabas seres humanos para dar de comer a un animal, desgraciado? ¿Qué clase de ser eres? ¿Qué… —Guillermo no tenía palabras para expresar la cólera que sentía ni el profundo rechazo que le producía el nam.

Tacla intervino entonces, pálido y tan demudado como él:

—Por favor, capitán. Pregúntele desde cuándo nos utilizan.

—Desde siempre —fue la respuesta del nam tras la pregunta de Guillermo—. Hay un establo de monstruos en Niebla Perpetua.

—¿Establo? —Guillermo estaba fuera de sí—. ¿Nos tratáis como ganado?

—Nunca pensé que los monstruos fuerais inteligentes —contestó Schilí a la defensiva—. ¡Eres el primero al que oigo hablar!

—No le culpes. Lidiri Lembo —le dijo Insele—. No tiene la culpa.

—¿Y tú me lo dices, *hijaeputa*? ¡Si usa a los tuyos también!

—Sí, pero eran esclavos de sacrificio. Piénsalo bien; sabían que van a morir, ¿qué más da por una causa que por otra?

Guillermo la fulminó con la mirada. Antes se había indignado y ahora se mostraba comprensiva. Incapaz de entenderla, la dejó por inútil.

—¿Cuántos humanos hay ahora?, —le preguntó al nam.

—Quizá unos pocos centenares, amo, pero ninguno está aquí. Estaban a punto de ser trasladados a otra Ciudad.

—Podríamos rescatar a alguno. Su información sería preciosa —sugirió Tacla.

—No podemos, Tacla —Guillermo le respondió apesadumbrado, negando con la cabeza.

—¿Y por qué no?

—Porque somos muy pocos, porque no tendríamos donde

meterlos para devolverlos a casa y porque sin el Maestro estamos tan atrapados aquí dentro como ellos en su establo. Vayámonos de aquí, consigamos ayuda y rescatemos a esos desgraciados, no a uno sino a todos.

El ingeniero asintió. Guillermo continuó:

—Para eso necesitamos el escudo, la bolsa y matar a ese bicho —se volvió hacia el nam—. ¡Schilí! ¿Cuántos forman el grupo que robó el escudo?

—No sé decirte, amo. Muchos. Quizá diez.

—¿El balcón de Niebla Perpetua también tiene una larga escalinata con curvas?

—Sí, amo. Todos los balcones son iguales.

—Pues llévanos allí —le ordenó Guillermo de inmediato—. Tenemos que llegar antes que ellos y prepararles una emboscada.

—Un momento, Lidiri Lembo —intervino Insele—. No es un buen plan.

Guillermo se cruzó de brazos y le replicó al momento:

—Ya sé que somos muchos menos, pero en las escaleras del balcón podemos tener ventaja.

—Podemos hacerlo de otra manera —le dijo ella. Guillermo recibió de su brog un sentimiento mezcla de inspiración y satisfacción.

—¿Cuál? ¿Es que sabes lo que van a hacer?

—En cierto modo, sí —le respondió ella—. Estoy segura de que su plan es consecuencia de lo que representas.

Ahora, Guillermo levantó una ceja. «No imagino qué clase de poesía escribes», pensó.

—No te entiendo.

—La Nación Nómada te quiere muerto porque eres el Lidiri Lembo, el que acabará con la esclavitud.

—¿Qué quieres decir?

—Que significas el fin del sistema social de los nam. Sobre todo, el de la Nación Nómada.

—Tonterías.

—No. Es tu destino. Tu Sino.

—¿Quieres decir que creen de verdad en esa profecía?

—Mucho más que el resto de naciones. Por eso intentaron acabar con la nave en la que viajabas antes de saltar hasta aquí y

ahora están en este lugar para llevarse los objetos que deberías utilizar para cumplir con tu destino. Si no los tienes, no podrás hacerlo realidad.

Guillermo la escuchaba, estupefacto. Ella continuó:

—Lo importante para ellos es que no se cumpla el augurio. Enviaron un comando mercenario a robar la bolsa y el escudo para dejarte sin las herramientas necesarias para que cumplas con tu destino, por si no lograban acabar contigo antes…

Insele se detuvo a tomar aire:

—… Por ese motivo, encontraremos a los mercenarios donde se guarda la bolsa. Te propongo que seamos inteligentes. Ellos son más y están mejor equipados. Esperemos a que salgan con su botín y entonces les atacamos y nos lo llevamos. La canción dice que nadie ha salido vivo del refugio de la *Sirlizalisa*. ¿No es cierto, Schilí?

—Lo es, mi ama.

Guillermo les miró de hito en hito:

—Tienes razón, Insele —le respondió tras una breve reflexión—. Esperarles a la salida es la mejor manera de aprovechar la ventaja que nos llevan. Schilí, llévanos donde está la bolsa.

—¡No, amo! ¡No! No te puedo llevar allí. ¡Es la muerte segura! Hemos de atravesar Niebla Perpetua y luego ¡adentrarnos en el Arenal hasta el Templo Negro! El Templo Negro tiene cinco entradas y solo una es la buena. Equivocar la entrada es la muerte segura.

34
Niebla Perpetua

Anduvieron un par de horas hasta una larga, oscura y tenebrosa avenida que desaparecía a lo lejos tragada por un gigantesco muro de densos y gruesos jirones de bruma gris, a veces claros y a veces oscuros, que se movían lentos y perezosos. Guillermo tuvo la sensación de que entrar en el interior de aquella espesa nube sería como meterse en un bol de melaza. Miró su reloj. Medianoche.

El cielo iluminaba con una claridad espectacular la calle, muy singular debido a la vegetación y los árboles de hojas oscuras plantados a ambos lados de su amplia calzada central.

Anduvieron recelosos ante los frentes de las tumbas, algunos de ellos con unas columnatas gruesas, tan juntas que no se podía pasar entre ellas e ideales para emboscarles. Otras fachadas, las más inquietantes, tenían unas aberturas similares a ventanas por las que asomaba un resplandor como si la vida continuara con normalidad en su interior.

—Quizá —le comentó Tacla a Guillermo en relación a esos huecos—, con la intención de simular que es una vivienda y que está habitada.

Sin embargo, a Guillermo le inquietaba pensar que un cadáver no hubiera parecido más muerto que esos frentes repletos de ventanas falsamente vivas.

El ingeniero avanzaba cubriendo el flanco derecho con el fusil sostenido en una actitud de militar profesional impropia de un civil, mientras Guillermo hacía lo mismo por el lado izquierdo, preparados ambos para disparar en cuanto algo se moviera en las tumbas o en las bocacalles que atravesaban.

Delante de ellos, Insele se mantenía atenta al frente, tan

castrense como Tacla. Sin embargo, el temeroso Schilí andaba tan cerca de Guillermo que este notaba en ocasiones su aliento en la nuca.

A petición del ingeniero se acercaron a uno de los árboles. Acarició de arriba abajo el tronco de uno de ellos y luego intentó arrancar una de las hojas. No pudo. Entonces, la examinó con atención y anunció:

—Es sintética. Por lo que veo, deduzco que los suil no lograron dominar el tiempo hasta el extremo de alargar la vida. O sea, no lograron la inmortalidad. Sin embargo, la vida sí que ha llegado a este lugar porque crecen hongos en la base de estos falsos árboles —se volvió hacia Guillermo y concluyó—: Los suil consiguieron hacer casi eterno lo inanimado, pero no lo lograron con la vida.

Cerca de la nube el banco de niebla dejó de ser frío y seco, y se hizo más agradable. Vislumbraron entre los jirones de la bruma algo similar a la llama de un farol, como una estrella amarillenta detrás de la niebla.

De repente, la luz descendió lentamente y luego volvió a subir. Después desapareció. Un escalofrío recorrió la espalda de Guillermo. Tacla e Insele vacilaron en su avance.

Unos pasos más adelante quedaron envueltos por completo en un calor inusitado y una elevada humedad. Aparecieron nuevas luces similares a la primera, unas fijas y otras vacilantes como llamas a punto de apagarse; unas inmóviles y otras oscilando suavemente de arriba abajo.

Guillermo oyó a Tacla tragar saliva.

Insele se detuvo y las señaló:

—¿Y eso?, —le preguntó a Schilí, con un deje mal disimulado de nerviosismo.

—Niebla Perpetua está llena de luces como esa —respondió el nam, muy tranquilo—. Son globos de luz que flotan en el aire y nos guían. En ocasiones, las *pioosas* se posan en ellos y es cuando bajan.

—¿*Pioosas* aquí? ¿En la niebla?, —preguntó Insele, extrañada.

—Sí, ama. Y también animales feroces. Los *qüirril*.

—¿Estás seguro, esclavo?, —le preguntó Insele—. Creo que nos quieres asustar.

—Sí ama, aquí hay mucha vida y mucho peligro. A mí también me asustaron las bolas de luz cuando las vi por primera vez, y aún

me dan miedo.

—¡A mí nada me da miedo, esclavo!, —le replicó Insele, indignada.

—¡Por supuesto, ama! ¡Por supuesto!

Mientras discutían, Guillermo se internó para estudiar de cerca la esfera luminosa más cercana. De la bola, del tamaño de la cabeza de un buey, colgaban unos tallos delgados y curvos, acabados en un filamento casi invisible, que resultaron ser los largos abdómenes de infinidad de pequeños insectos de grandes alas translúcidas.

Los pequeños animales cubrían completamente la esfera y se empujaban continuamente entre sí en una aparente lucha por estar en contacto con la superficie. Su movimiento producía un rumor y unos chasquidos que le recordaron el ruido del celofán al arrugarse.

Schilí le avisó, alarmado:

—¡Amo, no te acerques a las *pioosas*…!

De repente, uno de los insectos le saltó a la cara con su largo y afilado abdomen por delante. Inmediatamente Guillermo saltó hacia atrás y lo apartó golpeándolo con su fusil. El extraño animal cayó al suelo y volvió volando con un grave zumbido a la esfera de luz.

—¡Has evitado el veloz aguijón de una *pioosa*!, —exclamó Schilí con admiración—. ¡Y además la has golpeado! ¡Eres el más poderoso, amo!

Con un último y potente impulso, el insecto se posó en la esfera y comenzó a pelear por hacerse un sitio. La bola de luz descendió ligeramente.

—¿Eso era una *pioosa*?, —preguntó Guillermo.

—Sí —le explicó Insele cuando se reunieron con Guillermo—. Su aguijón está envenenado.

Schilí añadió:

—Las bolas de luz están cubiertas de ellas. Les atrae su calor y su luz. Hay que andar en la niebla procurando no acercarse a ellas y sin encender ninguna linterna.

Insele le hizo un gesto al esclavo para que avanzara en dirección a la densa niebla. Schilí no se movió. Miró a Guillermo y le preguntó:

—¿Realmente quieres seguir adelante, amo?

—Sí. Muéstranos el camino.

—Ahora puedes guardar tu arma, amo. Es el momento de que

empuñes tu *srili* por si nos encontramos con un sirliza o con la sirlizalisa.

Guillermo asintió y sacó el *srili* que llevaba desde que Insele le indicara en el Desierto Infinito que debía guardarlo. La nam empuño un machete y Tacla, al verles, no preguntó nada sino que se echó el fusil a la espalda y buscó un cuchillo en su mochila.

La nam contempló el *srili* durante unos segundos. Guillermo hubiera dicho que con respeto y devoción. Al coger el hueso de la hembra

Ahura-Ahrrimán

por su empuñadura natural sintió un extraño hormigueo en la mano.

Aunque el largo hueso blanco amarillento estaba incluso mejor equilibrado que su espada, era más afilado y parecía muy resistente, ante una eventual pelea confiaba más en el acero templado de su espada, pero no quiso cambiar de arma a la vista de todos.

Se internaron en la bruma y a los pocos pasos quedaron totalmente sumergidos en una niebla densa, húmeda y cálida. Guillermo aprovechó la ocasión para sustituir el *srili* por su espada.

Avanzaron siguiendo las indicaciones de Schilí. El esclavo no había mentido sobre las esferas de luz. Cuando no se veía nada un par de metros más adelante, las bolas luminosas eran un faro para orientarse, porque su resplandor lograba atravesar lo más oscuro y denso de la niebla.

A veces, tan solo a unos pasos de distancia del banco de bruma más opaco, el ambiente se aclaraba y se convertía durante unos segundos en una neblina que luego volvía a cerrarse hasta no ver ni siquiera la mano frente a la cara.

En uno de esos momentos ciegos, se oyó un chasquido como el de una caña al romperse.

—¡Demonio!, —exclamó Tacla desde atrás—. ¡No sé qué he pisado!

En los cortos momentos de claridad se llegaba a adivinar que las tumbas en ese lugar eran algo menos imponentes. Era como ver un *erreuve* estropeado, pensó Guillermo, que tenía la impresión de que lo que estaban viendo eran las tumbas y los mausoleos más antiguos. El ingeniero se lo confirmó:

—La humedad de la niebla ha ido estropeando el material de las

tumbas, cualquiera que sea este. Deben de ser muy viejas si es que no son de las primeras —observó Tacla—. Las aristas de las paredes y las de esos techos a dos aguas tan curiosos han perdido su filo y parece que los muros tienen los mismos hongos que los árboles.

—Schilí dice que por aquí hay animales peligrosos —le dijo Guillermo, que estaba asombrado del poder de observación que mostraba el ingeniero.

—¡Le creo!, —luego añadió—: Por cierto, fue usted muy hábil con ese insecto.

Guillermo se volteó hacia él y le tomó por el codo:

—Oiga, Tacla. Usted no es un simple ingeniero, ¿verdad? ¿Es usted un androide?

Tacla le miró fijamente un instante como si evaluara qué decirle.

—¡Claro que no! Soy humano, como usted, soy ingeniero y soy muy curioso porque me encanta mi trabajo, quizá hasta demasiado. ¿Qué otra cosa puedo hacer a mi edad si no curiosear?, —le contestó.

Siguieron adelante en fila india, ahora con Guillermo delante, seguido por Schilí, que le daba instrucciones de por dónde ir.

La bruma se hizo aún más espesa; tanto que en ocasiones tenían la desagradable impresión de poder masticarla. Dejaron de verse los unos a los otros. A instancias de Schilí guardaron silencio y se tomaron de la mano para continuar su avance sin perderse.

A Guillermo le sorprendió la aspereza de la mano del esclavo en comparación con el tacto sedoso de las de Insele. Sus dudas acerca de él se disiparon y terminó de creerse la historia que les había contado.

Schilí parecía dudar conforme se adentraban en Niebla Perpetua. Avanzaba cada vez más lento y tras anunciar en susurros los cambios de dirección les hacia esperar unos segundos antes de tomarlos. Al cabo de unos minutos, aunque la niebla se había aclarado ligeramente, se sintieron aún más perdidos en ella sin otra referencia que el débil resplandor amarillento de algunas esferas aisladas que, apenas veían una nueva, desaparecía la anterior tragada por la bruma.

Insele increpó al nam:

—Te has perdido, esclavo. Con esta niebla es imposible que sepas dónde estamos y menos a dónde nos llevas.

—¡Baja la voz, ama, o nos descubrirán!, —le respondió el nam, alarmado—. Sé dónde estamos y os estoy llevando por el camino más seguro. Es más largo pero aún así debemos ser prudentes. Estamos en el territorio de caza del sirliza. Hemos de detenernos a escuchar la niebla.

—¿Escuchar la niebla?, —replicó Insele en un murmullo—. ¿Qué tonterías dices?

—Debemos estar seguros de que no haya bestias en nuestro camino, ama. La única manera es oír sus pasos o sus lamentos. Es lo que hacen los cazadores.

«¿Cazadores?,» se preguntó Guillermo.

—¿Y crees que las vas a oír?

—Sí, ama. En la niebla se oye todo mucho más.

—¿Venías aquí a menudo?, —le preguntó Guillermo.

—Sí, amo.

—¿Para darle de comer a la sirlizalisa?

—Sí, amo.

—¿Quienes son los cazadores?

Guillermo sintió que se levantaba una ola de enorme temor en Schilí.

—Son los que cazan los monstru… A los que se nos escapaban…

Le interrumpió una turbadora y tétrica melodía de crujidos. Un momento después se escucharon una serie de chillidos y terribles alaridos.

A continuación, los gritos de dolor fueron respondidos por un silbido largo, agudo y espeluznante, cuya desesperación conmocionó a Guillermo hasta lo más profundo.

El silbido murió finalmente y se hizo un silencio sepulcral.

—Los *qüirril* tienen una víctima —susurró Schilí, aterrorizado—. Vámonos de aquí mientras están ocupados devorándola. Antes de que acudan más.

—¿De dónde ha venido el grito?, —preguntó Insele con voz queda—. ¿Es el comando?

La bruma se aclaró ligeramente.

De súbito oyeron un fuerte crujir de carne y huesos, y un frotar de mandíbulas escalofriante acompañado de un gemido largo y lastimero, y un piar sostenido.

«*Qüirril*», le dijo el brog de parte de Schilí.

En la mente de Guillermo se formó un torbellino ensordecedor. La voz de un nam desconocido pedía desesperadamente auxilio y socorro.

Escucharon otro chillido similar al anterior seguido de unos más, pero esta vez la respuesta fueron unos gritos nam y multitud de disparos. Saltaron esquirlas detrás de ellos.

—¡A cubierto!, —exclamó Guillermo al tiempo que se refugiaba detrás de la tumba más próxima.

Más disparos pasaron por encima de sus cabezas y grandes fragmentos del pesado material de las tumbas cayó sobre ellos.

En medio de la confusión, otra voz nam, recia y clara, ordenó a gritos:

—¿Quién ha ordenado a cubierto? ¿Quién está ahí? ¡Ayuda!

Guillermo y su grupo callaron.

La voz bramó de nuevo:

—¡No os separéis!

Nuevos gemidos y un alarido.

—¡Disparad! ¡No dejéis de tirar!

—¡Se lo están comiendo vivo!, —se alzó una voz nam, aterrada.

—¿Qué son esos animales?, —preguntó otro nam— ¡Son demasiados!

Un nuevo alarido nam.

Más disparos, más gritos con sabor a muerte y luego el silencio.

Unos minutos después, una nueva voz nam exclamó en la niebla, amedrentada:

—¡Lirilulo ha desaparecido! ¡Hace un momento estaba a mi lado! ¡Nos están eliminando uno a…

Otro aullido nam y un nuevo crujir de huesos.

La niebla se levantó de improviso.

A unas decenas de metros pudieron ver a dos nam defendiéndose a golpes de machete del ataque por oleadas unos animales del tamaño de jabalís, con grandes ojos rojos y mandíbulas provistas de afilados dientes cortos y recios.

—¡Los mercenarios!, —exclamó Tacla.

—El más grande de ellos lleva el escudo a la espalda, ¿lo ves?, —susurró Insele al oído de Guillermo señalando a uno de los nam —. Dejemos que esas bestias acaben con ellos Luego las eliminamos, cogemos el escudo y vamos en busca de la bolsa.

Los mercenarios luchaban salpicados de sangre propia y ajena de los pies a la cabeza, con la espalda apoyada contra la pared de una tumba, esgrimiendo sus machetes con toda la energía de que eran capaces, rodeados de innumerables cuerpos de bestias muertas.

Al primer vistazo, Guillermo se dio cuenta de que el portador del escudo estaba sentenciado. El escudo era de tipo aspis y lo llevaba a la espalda de manera que entorpecía la defensa de sus costados. Fue cuestión de tiempo que un *qüirril* más grande que el resto aprovechara la ocasión para saltar a su lado descubierto, trepara como un rayo apoyándose en el escudo y lograra atraparle por la garganta.

El animal mantuvo obstinadamente la presa en el cuello del nam. El desgraciado intentó quitárselo y entonces otras bestias saltaron sobre él. Fue cuando cayó al piso. Antes de que llegara a tocarlo, el tipo estaba cubierto de fieras que le devoraban vivo entre chillidos y aullidos de dolor.

El superviviente, ante la terrible muerte de su compañero, buscó un lugar más elevado donde defenderse y redobló sus esfuerzos por abrirse paso hasta la tumba más cercana. Las bestias restantes, un par de docenas, detuvieron su ataque y se retiraron lejos del alcance de su arma, agrupándose en torno a una mayor, justamente la que había atrapado por el cuello a su compañero.

Guillermo no dio crédito a la conducta de los monstruos. «¡Se están reagrupando!», se dijo y concluyó: «Ese nam no tiene ninguna posibilidad».

35
Mersili Mil Bessehí

Saliendo de detrás de la tumba que le ocultaba, Guillermo se abalanzó sobre la retaguardia de los *qüirril* blandiendo su espada con un poderoso grito *kiai* lanzado desde lo más profundo de su ser.

—¡Estás loco, humano!, —le gritó Insele, saliendo al momento detrás de él, armada con el machete.

La sorpresa del ataque desorganizó a las bestias durante unos momentos, los suficientes para que Tacla tomara posición, armara su fusil y comenzara a disparar sobre los *qüirril* eliminándolos uno a uno con una rapidez y eficacia sobrehumanas. Las alimañas dudaron unos momentos y finalmente huyeron hacia la niebla más profunda.

El mercenario, agotado, se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de la tumba que le había servido de defensa.

Miró hacia Guillermo y se señaló el brog que llevaba al cuello.

—Tú debes de ser el humano que ha vuelto loco a la Nación Nómada —le dijo con sorna—. No me extraña. No solo porque eres el más feo de los monstruos sino porque hueles tan fuerte y tan mal que mi cuchillo te encontraría sin dificultad en la noche más oscura.

—¿Quién eres?, —le preguntó Guillermo.

—Soy Mersili Mil Bessehí —el brog le comunicó un fuerte sentimiento de orgullo.

—¿Quién te envía?, —le preguntó Insele, en un tono duro y autoritario.

El mercenario se volvió lentamente hacia ella.

—Recuerda que soy libre como tú, hembra.

—Recuerda que eres nuestro prisionero, mercenario.

El nam volvió la vista hacia Guillermo y le contestó:

—Me envió alguien que paga muy bien por esa reliquia —y señaló el escudo bajo el cuerpo de su compañero muerto. Luego añadió—: Lástima que el escudo de *Assinai* solo sirviera para que le mataran.

Schilí surgió cauteloso de detrás de la tumba. Al verle, el mercenario exclamó iracundo:

—¡Desgraciado sin nariz! ¡Hubiera tenido que matarte! Tú les has traído hasta aquí, ¿verdad?

—¿Le conoces?, —le preguntó Guillermo.

—¿Cómo no acordarme de él? Era el único esclavo desnarigado, seguramente como castigo a un robo o una mentira. Me di cuenta de que se hacía el muerto y, no sé por qué, le perdoné la vida. Quizá porque ya teníamos el escudo.

—¿Y la bolsa? ¿Dónde está la bolsa de *Assinai*? ¿Cuántos erais?

—Imagino que continúa en su sitio —dijo. El brog de Guillermo interpretó su tono en clave de indiferencia—. Después de recuperar el escudo quedamos pocos. Íbamos a buscar la bolsa cuando nos atacaron estas bestias.

—¿Qué dice?, —le preguntó Tacla a Guillermo.

Guillermo le puso en antecedentes y el ingeniero sugirió:

—¿Podría preguntarle quién les guiaba? Y cuando se lo diga, pregúntele al esclavo si conocía a su guía.

Guillermo le miró y levantó una ceja, extrañado. A continuación, hizo la pregunta. El mercenario respondió:

—Nuestro guía era un esclavo de los Servidores. Si no lo hubieran matado los *qüirril*, lo hubiera matado yo porque se había perdido en esta niebla.

—¿Cómo se llamaba ese esclavo?, —le preguntó Guillermo.

—Morlii.

Guillermo le hizo una seña a Schilí para que se apartara y fue con él.

—¿Conoces a ese Morlii?

—Se ocupaba del establo, amo.

—¿Sabía dónde está la bolsa?

—Lo dudo, amo.

Guillermo transmitió la información a Tacla. Este afirmó con rotundidad:

—Entonces tiene sentido que hayamos encontrado a los mercenarios y que no hayan llegado hasta la bolsa, con toda la ventaja que nos llevaban. Seguro que ese nam no la tiene.

Guillermo le miró de arriba abajo con admiración y pensó: *«¡Tú eres cualquier cosa menos ingeniero!»*.

—Amo —llamó Schilí—. ¿Me das permiso para coger la comida que llevaban los mercenarios en su equipo y guardarla para ti?

—Buena idea. Sí —le dijo Insele—. Busca la comida que puedan tener.

Guillermo hizo entonces una mueca. Hasta el momento, no había probado la comida nam. Se preguntó a qué sabrían sus barras de alimento y si le sentarían tan bien como parecían caerle a Insele las raciones para humanos. «Y, por cierto, ¿qué le parecerán nuestras raciones?», se preguntó.

—¿Qué va a hacer con ese nam, capitán?, —le preguntó Tacla, sacándole de sus pensamientos.

—Vendrá con nosotros como prisionero.

Insele le espetó, indignada:

—¿Estás loco? ¡Del esclavo aún podías tener dudas, pero de este mercenario no cabe ninguna! ¡Nos matará a todos en cuanto tenga oportunidad y se quedará con el escudo. Solo es leal con quien le paga!

Guillermo se volvió hacia el nam, que no se había movido del suelo.

—¿Es eso cierto, Mersili Mil Bessehí? ¿Nos matarás aunque te hayamos salvado la vida?

—Estoy en deuda con vosotros. No os mataré, pero tengo una obligación que cumplir —le replicó. Guillermo tuvo la sensación de que el nam era cínico pero sincero. Dudó al no saber si su percepción se debía a su intuición o a su brog.

—Hagamos una tregua —le propuso Guillermo—. Hasta que salgamos de aquí, de esta luna, no nos robarás ni serás un peligro para nosotros y no te haremos ningún daño. Luego volveremos a hablar.

—Me parece bien —replicó el mercenario.

—¿Me puedo fiar de ti?, —le preguntó Guillermo.

—¿Y yo? ¿Me puedo fiar de tu hembra?

—No te preocupes —le dijo Insele a Guillermo—. No le haré

nada, pero tampoco haré nada por él.

—Tienes mi promesa, monstruo —le dijo Mersili.

—Confío en ella. No te ataré —le contestó Guillermo. Se volvió hacia Schilí con la intención de preguntarle sobre los cazadores imaginando la respuesta, pero antes observó las calles y el cielo. La niebla volvía a cerrarse sobre ellos. «Luego se lo pregunto. Total, ya sé la respuesta», se dijo con resignación.

36
El escudo

Cogió el escudo y casi lo tiró, indignado. Su primera impresión fue que su extraño material cristalino se quebraría al primer golpe de una espada o una maza.

«¿Nos estamos jugando la vida por esto? ¿Por este escudo de adorno?», se preguntó. La talla de su centro era una maravilla, aunque la imagen del rostro humano con cabellera de serpientes era realmente monstruosa.

Le dio la vuelta. Por el otro lado, solo había un asa en el centro del disco, del mismo material vítreo de aspecto frágil. «Así no hay manera de manejarlo», se dijo.

Busco la traza de que hubiera tenido una segunda asa sobre la que cerrar el puño, pero no había rastro de ella. El escudo era una bella pieza ceremonial, sin duda.

«Algo grande para un humano y pequeño para un nam», concluyó.

La decepción de Guillermo fue tremenda. Iba a anunciar que daban media vuelta para reunirse con Bril y su grupo cuando Insele le pidió el escudo. Guillermo se lo entregó y la nam lo miró rápidamente por ambos lados y se lo devolvió con un gesto que quizá fuera de respeto o de reverencia o quizá pensando lo mismo que él, que el escudo no servía.

«Si fuera más pequeño, tendría sentido una única asa en el centro, como los *huinai*», pensó, recordando los escudos del Más Antiguo Reino Japón que le enseñaron a utilizar durante sus entrenamientos en la Casa del Guardián del Estilo.

Decidió probarlo y pasó el brazo hasta el codo por el asa. Entonces, curiosamente, le pareció muy manejable a pesar de su

tamaño.

Un instante después, un extraño y doloroso hormigueo le recorrió el brazo izquierdo desde el hombro hasta la punta de los dedos. Antes de que pudiera sacar el brazo, el asa se había cerrado firmemente en torno a su antebrazo, trabándoselo.

La imposibilidad de poder librarse de la trampa le aterró, pero le asustó aún más ver cómo su mano se fundía con el material cristalino, sin poder precisar donde empezaba el brazo o acababa el escudo. Fue a ayudarse de la otra mano, pero le detuvo el temor a que quedara también atrapada.

—¡Ayuda!, —gritó—. ¡Ayuda para sacar el brazo!

Tacla e Insele sujetaron el disco y Guillermo Intentó abrir el asa con la mano libre pero, aunque tiró de la abrazadera con todas sus fuerzas, no logró aflojarla. Soltaron el disco y fue cuando Schilí cogió con una mano el asa y con la otra su brazo y comenzó a estirar con todas sus fuerzas de cada uno en direcciones opuestas.

Guillermo sintió como si le arrancaran el brazo y le gritó que se detuviera.

—¡Un poco más, amo! ¡Aguanta un poco más que casi está!

Entonces, Guillermo agitó el brazo para deshacerse de Schilí y, con ese sencillo gesto, el disco se levantó inesperadamente ligero y rápido, golpeando con tal potencia la cara del esclavo que este salió despedido a pesar de su tamaño hasta tropezar con una tumba y caer sentado.

Guillermo quedó estupefacto.

Tacla, maravillado, le preguntó:

—¿Ha probado a sacarse el escudo suavemente, sin brusquedad?

Guillermo le miró alarmado. Schilí se acercó, pero se mantuvo a distancia frotándose la cara. Guillermo le dijo:

—Lamento haberte golpeado. No era mi intención. Te pido disculpas.

Guillermo notó que una gran emoción crecía en el interior de Schilí.

—¡Eres el más grande, amo!, —el esclavo le dio la espalda y se alejó corriendo a toda velocidad, dejando a Guillermo estupefacto y con la palabra en la boca. Miró a Insele, esperando que ella le explicara la actitud del esclavo, pero la nam no dijo nada; sin embargo, a través de su brog percibió una sensación parecida a la

que transmite un encogimiento de hombros humano.

Tacla repitió su sugerencia señalando el escudo:

—¿Por qué no se lo saca de forma normal?

—¿Y si también se queda mi otra mano?, —le contestó.

—Eso no tendría sentido —replicó el ingeniero—. Además, la leyenda sobre Perseo o sobre la égida nos lo diría.

—¿La égida? ¿Eso qué es?

—Ese era el nombre que recibía ese escudo —Tacla lo señaló con el dedo— en la tradición griega más arcaica, capitán. Yo de usted probaría. Seguro que se lo podrá quitar sin problemas.

Guillermo le miró con desconfianza, pero decidió hacerle caso. Rozó rápidamente con su mano derecha el borde del disco para probar. No pareció que el escudo reaccionara al contacto. Dejó que su mano lo tocara durante un par de segundos y tampoco sucedió nada.

Entonces estiró del escudo por el borde como si quisiera sacar el brazo. Inmediatamente se aflojó la abrazadera, surgió su mano y su brazo quedó libre como si nunca hubiera formado parte de él.

—¡Increíble!, —exclamó Tacla aun más maravillado que antes—. ¡Es increíble! ¡El escudo ha formado parte de usted o usted del escudo!

—Pues le invito a que lo pruebe —le dijo Guillermo.

—En absoluto… —El ingeniero retrocedió un paso—. Si mi brazo quedara atrapado no podría superar la angustia que ha pasado usted.

—Yo también probé el escudo igual que tú —observó Mersili, que permanecía muy atento—. Por curiosidad… Pero no hizo nada ni me pasó como a ti. Nunca creí en la leyenda del Lidiri Lembo y menos que tú lo fueras pero, después de lo que acabo de presenciar, empiezo a comprender el temor de la Nación Nómada.

Guillermo le miró levantando una ceja escéptica y miró el escudo pensando si seguían adelante o no y decidió continuar.

—Conviene que nos vayamos de aquí y que durmamos algo —les dijo, notando la falta de sueño—. Dentro de poco la niebla no dejará que nos veamos las caras.

Buscó a Schilí, que volvía de su corta carrera. Le llamó y el nam se acercó de inmediato:

—Deberíamos descansar. Dime, ¿conoces por aquí algún sitio

seguro?

Guillermo percibió a través de su brog cómo crecía, brutal e imparable, una inmensa explosión de terror en la mente del esclavo. Era como si sus palabras hubieran iniciado una reacción en cadena de espantos cada vez mayores. El nam comenzó a temblar, aunque intentó controlarse antes de contestarle:

—Hay un lugar cerca de aquí. Un… —dudó un instante y luego continuó—. Un refugio.

—¿Es una tumba?, —le preguntó Insele—. ¿Es eso lo que te da tanto miedo?

—Es un panteón vacío, ama —una sombra más se añadió al pavor que experimentaba. Guillermo no supo si el sentimiento que su brog añadía al miedo del esclavo era de desconfianza o de duda.

—Bien. Vayamos, aunque no me gusta la idea de descansar en una tumba —dijo Insele, que añadió con desconfianza—. ¿Seguro que está vacía? No quiero mezclar mi Destino con el de ningún muerto.

La mente de Schilí cambió a un estado de pura indecisión.

—Sí, ama, eso creo. Los lugares donde deberían estar los muertos están vacíos. Yo creo que los suil nunca lo ocuparon.

—¿Llevarnos a una tumba?, —exclamó Mersili—. ¿No se te ocurre nada mejor, desnarigado? ¿Te has vuelto poeta y es tu forma de predecirnos el Sino?

—¡Calla, mercenario! Nadie te ha preguntado —le espetó Insele.

—¿Cómo sabes que ese lugar es seguro?, —le preguntó Guillermo.

Una tremenda sensación de duda en Schilí y su largo silencio antes de contestar hicieron que Guillermo se planteara sus percepciones sobre el nam. El esclavo le respondió envuelto en una nube de espanto:

—Es fácil estar a salvo de los sirliza y de la sirlizalisa porque el acceso está alto y es muy estrecho. Nunca he visto *qüirril* allí — Guillermo supo a través de su brog que Schilí no mentía y que, además, más aterrado todavía. «¿Qué puede ser peor que lo que nos ha dicho ya?», se preguntó Guillermo.

—¿Seguro? ¿Me estás mintiendo?, —inquirió.

—¡No!, —el esclavo se encogió como si fuera a protegerse de una paliza—. ¡No te miento, amo! Pero es muy peligroso. Es muy

probable que nos encontremos con la sirlizalisa o con algún sirliza hambriento.

—¡Habla pues! ¿Por qué tienes dudas? ¿Es una trampa? ¡Di lo que sea sin miedo!, —le ordenó seco y cortante.

—¡Me matarás, amo! ¡Me matarás! Y si no lo haces tú lo hará el otro monstr… tu compañero.

—Nada puede ser peor que lo que ya me has contado sobre mi gente —le cortó Guillermo—. Ninguno de nosotros te hará daño; te doy mi palabra.

—¡Habla de una vez, esclavo!, —terció Insele con un silbido corto, seco y estridente.

Schilí se encogió, se cubrió la cabeza con las manos y al cabo de unos instantes dijo con unos trinos casi inaudibles:

—En ese lugar guardábamos… la comida de la sirlizalisa y del sirliza…

La monstruosidad de las palabras de Schilí tardó unos instantes en llegar a ser comprendida por Guillermo en su verdadera y terrible magnitud. Vaciló y por un momento no le creyó, pero a través del brog supo que era cierto.

Su mente se negó a imaginar que seres humanos fueran entregados como comida a una bestia. Entonces cuando vino a su mente el recuerdo de la muñeca hallada por Aisha en el Desierto Infinito. La estupefacción inicial ante lo salvaje, lo bárbaro y la crueldad de los nam se convirtió en una ola inmensa de asco y de ira.

Tacla, que no había entendido nada le preguntó, alarmado al ver su expresión y que Schilí se apartaba de él.

—Capitán, ¿qué sucede?

Guillermo apartó la vista de Schilí y dio media vuelta para no verle. No era capaz de mirarle a la cara sin pensar que estaba protegiendo al verdugo de su especie.

Insele dijo:

—Tienes suerte de pertenecerle, esclavo. De otra manera, si no es él, yo misma te mataría con mis propias manos. Y lo haría lentamente, te lo aseguro.

Guillermo levantó de inmediato la vista hacia Insele; ella también debía de estar furiosa con Schilí, aunque antes hubiera dado a entender que no importaban las muertes de los esclavos de

sacrificio. Luego dio media vuelta y encaró a Schilí. Le dijo:

—Llévanos allá.

—Pero, ¿qué sucede, capitán?, —le preguntó Tacla.

—Que Schilí nos lleva al establo donde guardaban a los humanos que servían de comida a la sirlizalisa y a sus machos —le respondió—. Ese es el lugar tranquilo donde podemos descansar.

El ingeniero no contestó, sino que miró a Schilí con repugnancia e indignación. El esclavo no vio su expresión de profunda repulsión porque el sudario de niebla cayó de repente sobre ellos. Y, aunque le hubiera visto la cara, no la hubiera entendido.

37
Tierra

Penetraron en la niebla cerrada guiados por Schilí, cogidos de la mano para no perderse. Guillermo, con el gran escudo a la espalda, tomaba con su derecha la temblorosa mano del nam y con la izquierda la de Insele. Mersili, el mercenario, andaba a continuación y Tacla cerraba la fila.

Guillermo había sugerido que el mercenario fuera detrás de él, pero Insele se opuso rotundamente. Como respuesta a su sugerencia, la nam le registró de arriba abajo y le amarró los pies con una cuerda dejando lo justo para que pudiera andar. Su brusco lenguaje corporal al atarle indicó a las claras que le sobraba el prisionero y que estaba dispuesta a deshacerse de él a la menor señal de huida o a la primera excusa.

Unos pocos pasos más adelante comenzaron a pisar en blando. Schilí aceleró el paso, pero Guillermo le hizo una seña para que se detuviera y se agachó para investigar el suelo. Se llevó una sorpresa porque tocó tierra húmeda en lugar del piso duro y negro, de aspecto metálico del resto de la ciudad, muy diferente al perlino y translúcido del Desierto Infinito.

Se frotó las yemas de los dedos y se las llevó a la nariz para olerlas. Le pareció que olían a tierra auténtica. Se preguntó si aquella tierra provendría del planeta natal de los suil y qué simbolismo tendría eso en la Ciudad de las Doce Mil Estrellas.

Tomó la mano de Schilí que temblaba en su hombro y siguieron bruma adelante. Unos pasos después pisaron y tropezaron, con estorbos que se rompían con un siniestro *¡crac!* bajo sus botas.

Con cada ruido se estremecía la mano del esclavo. La niebla era tan cerrada que no se llegaban a ver las rodillas; tan solo se

vislumbraba la luz de los faroles que guiaban al nam. Guillermo aumentó su cautela tentando el suelo a cada paso para desplazarse en silencio como cuando se preparaba para Guardián del Estilo.

Alguien detrás de él aplastó algo con un *¡crash!* que atravesó la niebla, sonoro y penetrante. Schilí se volvió inmediatamente, se acercó a tientas al oído de Guillermo y le susurró:

—¡Amo! ¡Por nuestras vidas! ¡Que dejen de hacer ruido! ¡Atraeremos a la sirlizalisa!

—¿Cómo quieres que andemos en silencio sin ver dónde ponemos los pies?, —le contestó Insele que, para sorpresa de Guillermo había oído el susurro del esclavo.

—Haced como el amo y yo. Pisad con cuidado.

—No es posible sin ver qué hay en el suelo —le replicó ella, molesta.

La niebla despejó en ese momento. Guillermo se volvió hacia la nam con la intención de zanjar la discusión, pero se detuvo estupefacto y tuvo que mirar dos veces para asegurarse de que, efectivamente, Insele estaba pisando un hueso. Al segundo vistazo lo identificó: era un fémur humano.

Miró a su alrededor y el vello se le erizó ante de la impresión. Aquí y allá había jirones de ropa por los suelos y muchos huesos y calaveras, a veces de humanos y a veces de nam como manchas blancas y pardas esparcidas en la oscuridad entre las tumbas grises y tristes, simples sarcófagos como cajas de piedra, algunos flotando a un palmo del suelo, otros cubiertos por un sencillo y grueso techo a dos aguas.

Schilí dijo a modo de disculpa en una nube de dolor y vergüenza:

—No quería que vieras esto, amo.

—¿Y por qué no le dais de comer animales a vuestras bestias?

—No lo sé, amo. Nunca se me había ocurrido que se les pudiera dar otro alimento.

Guillermo le encaró:

—¿Qué clase de seres sois, que ni siquiera os respetáis entre vosotros?

Schilí retrocedió unos pasos y encogió los hombros hasta casi encajar la cabeza entre ellos.

—Yo no lo sé, amo. Siempre ha sido así.

—Son solo esclavos, humano —le dijo Mersili—. Existen para servirnos.

Guillermo ignoró la respuesta del mercenario y, abarcando las tumbas y los restos con un gesto del brazo, le preguntó a Insele:

—¿No le contestas? ¿Es que no tienes nada que decir?

—Es horrible, pero son esclavos —le contestó ella tras una vacilación—. Es el precio de los brog.

Luego, la nam guardó silencio. Guillermo le respondió:

—Esa costumbre o práctica o lo que sea es salvaje y primitiva. Indigno de seres inteligentes —luego añadió—: Permitir que suceda es traicionar a vuestra propia especie. Asesinarla.

—¿Y qué vas a hacer, humano?, —inquirió Mersili con vanidad —. ¿Corregirnos? ¿Enseñarnos?

—No. Lo que haré será desconfiar de vosotros, los nam. Si sois capaces de hacer esto con los vuestros, ¡qué no haréis con los míos!

Tacla, que les había observado con atención, le dijo a Guillermo refiriéndose a los nam:

—Imagino que ellos ven normal esta barbaridad.

—Eso parece. No entiendo cómo la pueden aceptar —respondió Guillermo.

—Yo sí les entiendo. En la historia del hombre esto se ha vivido en varias culturas.

—¿Los humanos hemos utilizado a personas como comida para animales?, —preguntó Guillermo, incrédulo y escandalizado—. No lo puedo creer. No somos así.

—No exactamente. No como alimento para animales. Sí, a veces como comida para otros humanos, piense en el canibalismo, por ejemplo. Pero no me refería a eso, sino al hecho de disfrutar viendo cómo seres humanos eran devorados por fieras.

—¡Eso no puede ser verdad!, —protestó Guillermo, exasperado —. ¡Los humanos nunca hemos sido tan salvajes!

Tacla compuso una expresión compungida.

—Desgraciadamente sí. Sucedió con cierta frecuencia hace milenios en varios lugares de Vieja Tierra. En particular, en una civilización de la que somos herederos.

Guillermo le miró desesperanzado.

—¿Seguro?

—Sin duda, capitán Gitzi —el ingeniero hizo un gesto hacia los

nam—. No fuimos mejores que ellos. Busque la historia de Roma en cualquier Comunidad.

Schilí se acercó a ellos y dijo:

—Amo, tenemos que llegar al refugio cuanto antes. La niebla se nos viene otra vez y estamos en el territorio de caza de la sirlizalisa y puede que de algún sirliza.

—Pero, ¿los *Sirlizas* no estaban en la torres?

—No todos. No todos los machos conquistan un sitio en las torres.

Anduvieron atravesando una bruma más ligera que la anterior, parándose cuando Schilí se detenía a orientarse con la luz amarillenta de los faroles o a escuchar los ruidos que les traía la neblina.

Un par de horas después, según el reloj de Guillermo, fue cuando Schilí se detuvo ante una larga, amplia y empinada escalinata cuyo final quedaba completamente oculto en la oscuridad y en una niebla más oscura.

—¿Allá arriba está la tumba?, —preguntó Tacla—. Eso no tiene nada en común con nada de lo que hemos visto hasta ahora.

38
Incertidumbre

Miró por encima del hombro para asegurarse de que Insele no se había deshecho de Mersili. Efectivamente, allí estaba el mercenario y tras él, Tacla.

—Subamos —dijo Guillermo.

La escalera estaba completamente envuelta en niebla unos metros más arriba. El banco de bruma era tan denso y tenía un brillo tan satinado que parecía sólido.

Tacla manifestó sus dudas de que esa nube brillante fuera niebla, a lo que Schilí aseguró que realmente lo era, solo que mucho más húmeda.

—¿La escalera no tiene barandillas?, —preguntó Guillermo.

—No, amo.

—¿Y si alguien se cae?, —le preguntó Insele.

—No lo sé, ama. Nunca fuimos a buscar a los caídos.

—¿Y cómo es ese… panteón? —Guillermo iba a decir establo, pero se contuvo.

—Es la tumba más espectacular de todas. Yo creo que estaba destinada al suil más poderoso o al más ilustre, pero nunca la pudo ocupar. Tiene luz y a la vez no la tiene. Parece de humo, pero es bien sólida. Parece moverse pero está quieta. Es muy húmeda y tiene un lago y un gran salto de agua, y sin embargo es muy seca.

Guillermo le miró sin entender nada. Le dijo que la escalinata era muy ancha y de mal defender en caso de ataque, pero el esclavo le aseguró que se estrechaba cerca de la tumba y que se estrechaba tanto que había que pasar de uno en uno.

—Aun así no es fácil luchar en una pasarela —comentó Guillermo.

—Nadie lucha ahí, amo.

Guillermo le miró, sorprendido.

—Antes me has hablado de defender.

—Soy un estúpido, amo. Te pido disculpas. Quise decir estar a salvo.

Guillermo se vio envuelto de nuevo en el terror de Schilí. «¿Y ahora, qué será lo que asusta tanto a este *hijoeputa*? ¿Le he pillado en una contradicción?», se preguntó. Le dijo:

—Pues, si no defendíais la entrada, ¿cómo podíais estar a salvo de esos monstruos?

Schilí comenzó a encogerse.

—¡Habla de una vez!

—¡Me matarás! ¡Esta vez sí que lo harás!

—Sí, estúpido. Perderás la vida si no hablas. Yo misma te la quitaré —le gritó Insele.

—Estábamos a salvo porque dejábamos fuera a uno de los tuyos —le dijo a Guillermo en una especie de sollozo—. Esa era la forma de librarnos de ella o del sirliza. Venían aquí y le dejábamos uno de los mons… a uno de los vuestros fuera.

—¿Pero qué hacía esa bestia?, —le preguntó Guillermo con vehemencia, harto de sentir los terrores de Schilí—. ¿Se lo comía allí mismo? ¿Lo mataba y lo llevaba a su guarida? ¿Qué hacía?

—No lo sé, amo. Nunca miramos. Si lo hubiéramos hecho, la sirlizalisa o el sirliza nos hubieran atrapado.

—Me desesperas, Schilí. Desesperarías a cualquiera —le cogió del codo—. ¿Cómo *carajo* mata esa bestia?

—No lo sé, de verdad. Solo sé lo que me dijeron de ella.

—¿Y qué te dijeron?

—Que con su mirada te convierte en piedra.

—¡Por la madre que tuve! Si te convierte en piedra, ¿cómo puedes servirle de alimento? ¡Eso es absurdo!

—No me has entendido, amo —Schilí se encogió todavía más y le contesto con unos silbidos apenas audibles—. Sin duda porque mi brog es muy imperfecto. Quiero decir que con su mirada te convierte en un ser totalmente insensible, sin juicio, sin ideas, como de piedra.

«Otra vez el maldito Perseo», pensó Guillermo.

—Y los machos, los sirliza. ¿Cómo matan ellos? ¿También con la

mirada? ¿Con un brog, como con Faltenmeier?

—Tampoco lo sé. Solo sé…

—… Lo que dicen de ellos —le cortó Guillermo, imaginando lo que le iba a responder—. Sigue. Dime.

—Hace lo mismo que le pasó a tu compañero viejo en la torre, amo. El macho paraliza con su luz amarilla a quien le mira y entonces arrolla un brog negro al cuello de su víctima y desde ese momento su presa pierde por completo la voluntad.

—Pero, si se le quita el brog, ¿se recupera?

—No lo sé, amo. Eso nunca ha pasado, que yo sepa. Yo creo que no, que no se recupera porque el sirliza se lo comería antes de que nadie se lo quitara, si es que hubiera alguien que se atreviera o supiera hacerlo, amo —le dijo como si Guillermo no comprendiera esa evidencia. Su pavor se hizo aún más intenso.

Guillermo le miró con incredulidad:

—Pero, ¿por qué no nos lo dijiste antes?

—No me lo preguntaste, amo.

—¿Y la leyenda?

—La leyenda dice que le quitaron el brog al Sabio, pero el Sabio era nam, no uno de los tuyos. No un monstr… no alguien como tú —corrigió.

Insele añadió en ese momento:

—Y nosotros suponemos que el Sabio quedó bien. La leyenda no dice si se recuperó.

Antes de recriminarles por no haberles advertido de que podía no servir de nada quitarle el brog a Faltenmeier, Guillermo se dio la vuelta para calmar la furia que crecía imparable dentro de él. Apretó los puños con fuerza y unos segundos después le preguntó a Schilí, temiendo su respuesta:

—¿Y hace cuánto que comieron el sirliza o la sirlizalisa?

—No lo sé, amo. Espero que el suficiente para que podamos descansar, amo.

—Y como no te lo pregunté, tampoco me dijiste que uno de esos bichos puede presentarse en cualquier momento mientras estemos descansando en el panteón. ¿No es verdad?

El terror se Schilí no cedía.

—¡Exacto, amo! ¡Eres el más inteligente! Por eso te dije que mejor no veníamos.

Guillermo recordó las olas de terror de Schilí de cuando le preguntó por un refugio para descansar. Entonces cayó en la cuenta de que no había sabido darse cuenta del alcance de las emociones del nam y de su significado. Sus sentimientos habían sido mucho más amplios de lo que había sabido captar y más variados y ahora, cuando era tarde, se daba cuenta de que configuraban por sí mismos mucho más discurso del que había entendido.

—Creo que no os entenderé nunca —gruñó por lo bajo.

—Yo pienso lo mismo —observó Insele, que de nuevo había llegado a oírle.

Tacla, con la expresión muy preocupada, le cogió por el hombro para darle media vuelta y encararle:

—¿Qué sabe ahora que no sabía antes, capitán? ¿Qué información nos han estado ocultando?

—Pues, en primer lugar, que vamos a un lugar de difícil defensa si nos ataca cualquiera de esos monstruos. En segundo lugar, que en ese establo no estaremos completamente seguros porque es posible que aparezca un monstruo como el que acabó con Mc Cool y, para rematar, que quizá Faltenmeier siga vegetativo aunque logremos quitarle el brog.

La cara de Tacla mostró desilusión, temor y frustración en un solo gesto.

—¿Qué hacemos, pues? ¿Vamos a ese lugar?

—No tenemos elección. Necesitamos comer y descansar porque es ahora prácticamente nuestro amanecer. Cualquiera de esas tumbas será más difícil de defender, creo yo.

La escalera se perdía de vista en lo alto, penetrando en una niebla oscura y gris con difusos y tristes reflejos perlinos aquí y allá. Guillermo se preguntó cómo sería cuando estuvieran dentro de esa nube del color de las tormentas, si ahora ya tenía la sensación de estar en un baño de vapor. Se volvió hacia los demás:

—¡Andando! ¡Detrás de Schilí!

—¿A dónde nos llevas, desnarigado?, —le preguntó Mersili.

—¡A un lugar seguro!, —replicó el esclavo, ofendido—: Y ríete ahora de mí porque luego no podrás. Dentro de poco volveré a tener nariz.

—¿Ah sí? ¿Y eso? ¿Cómo?

—El amo hará que me la pongan otra vez.

El mercenario se volvió hacia Guillermo:
—¡Humano, eres tan extraño como hueles!

39
¿Derechos? ¿Qué derechos?

Subieron a buen ritmo pero al cabo de una hora tuvieron que detenerse a menudo para descansar las piernas, ensopados por el sudor y la humedad. Después de unos minutos de reposo continuaron adelante, pisando siempre en el centro de los escalones de una escalera a cada peldaño más estrecha.

La penumbra dio paso a una cierta claridad. Los reflejos de la bruma pasaron a ser brillos que tanto más les envolvían cuanto más se adentraban en ella, como si se encontraran en el interior de un copo de algodón que se hiciera cada vez más blanco y cegador. Si bien no se veía más allá de un par de metros, el resplandor de la neblina aumentaba a cada paso.

La niebla grisácea acabó convirtiéndose en una nube de luz blanca tan intensa que tenían que avanzar con los ojos entrecerrados. Por fin desapareció la bruma y descubrieron la fuente del resplandor: un edificio descomunal que flotaba ingrávido en un perfecto cielo azul celeste. Era blanco y tenía ocho altísimas y delgadas columnas en su fachada.

—Es enorme —dijo Guillermo.

—¡Parece el Olimpo!, —murmuró Tacla.

—¿El Olimpo? ¿Se refiere al planeta Olimpo o su a capital?, —le preguntó Guillermo.

—Nada de eso, capitán. Olimpo era el nombre que recibía el monte sagrado donde se encontraba el palacio de los dioses en los tiempos de Perseo. Si alguna vez existió ese lugar en el Universo, lo tiene delante, capitán Gitzi. Puede estar seguro. No verá nunca algo tan hermoso.

Guillermo suspiró y decidió en ese momento que debía volver a

estudiar.

La escalera tenía ahora los peldaños tan blancos como el edificio y ascendía trazando una airosa curva en el aire salvando el vacío para desaparecer por un negro hueco rectangular situado en el centro de la fachada, tras las columnas.

El grupo se detuvo, impresionado por el contraste entre ese espectáculo blanco, descomunal y luminoso y la ciudad, oscura y triste.

—¿Eso es el establo?, —preguntó un incrédulo Guillermo a Schilí.

—Se parece a los templos griegos de Vieja Tierra —comentó Tacla a su espalda, entusiasmado—. A los más arcaicos. Sin duda es un templo, al menos para nosotros los humanos.

Guillermo se volvió hacia el ingeniero con la intención de preguntarle quién o qué era realmente y cómo era que sabía tanto de todo. Sin embargo, antes de que pudiera decirle nada, se volvió de nuevo hacia el templo al ver la tremenda expresión de asombro en el rostro de Tacla.

—¿Lo ve?, —le preguntó señalando en dirección al templo.

Las columnas de la fachada, antes firmes y esbeltas, ahora cimbreaban y se agitaban a derecha e izquierda, aparentemente sacudidas por unas potentes rachas de viento.

—¿Cómo es posible?, —se preguntó Guillermo en voz alta.

—No las mueve ningún viento —le dijo Tacla—. Esas deformaciones siguen un patrón espiral.

Unos instantes después Guillermo pudo comprobarlo con sus propios ojos y pensó del ingeniero: «¿Cómo *carajo* se ha dado cuenta?».

Con la oscura entrada al templo como centro, el aire temblaba y se enrollaba en una espiral gruesa y potente alrededor de un círculo negro como el carbón.

—Estamos viendo un ciclón espacio temporal. ¡Es fascinante! Es el espacio deformado por efecto del tiempo, capitán, y… —Tacla dudó unos instantes y levantó y cerró los ojos como si estuviera haciendo un esfuerzo de concentración o de memoria. Luego continuó—: No, capitán. Disculpe. Me he precipitado; me hace falta más observación.

Guillermo le preguntó a Schilí:

—¿Este edificio es así siempre?

—Sí amo, por eso dije que está quieto pero a la vez se mueve.

—Resulta curioso que las columnas se agiten pero que ni el techo ni el suelo se vean afectados por ese remolino de aire.

—No es aire, capitán. Ese remolino, como lo llama usted, es una tolvanera provocada por un campo gravitatorio alrededor de un punto, el ojo, ese disco oscuro del centro —Guillermo miró al ingeniero atónito, preguntándose por enésima vez quién demonios era realmente Kern Tacla—. La fuerza de la gravedad que surge de la entrada deforma el espacio y el tiempo y los hace fluctuar; por eso se mueven esas columnas.

Guillermo le miró estupefacto.

—Oiga, Tacla. ¿Usted quién es realmente?

El ingeniero le contestó levantando las cejas, como asombrado por la pregunta:

—¿Yo? Nadie.

Guillermo hizo un gesto de renuncia y soltó un *¡Bah!* entre dientes.

—Bien —le dijo—. Sea aire, gravedad o lo que sea, el caso es que tenemos que atravesar eso si queremos llegar al interior de ese lugar —dijo Guillermo. Se volvió hacia el esclavo, pensando muy bien cómo iba a preguntarle—: Schilí ¿hay que esperar algún tipo de peligro o alguna dificultad en el camino que nos queda hasta llegar a la abertura del edificio?

—No, amo. Nunca he tenido ninguna dificultad para llegar hasta allí.

—¿Ninguna en absoluto? Tacla dice que hay un campo gravitatorio en la entrada.

—Bueno amo. No es una dificultad porque se puede seguir después de atravesar con cuidado el ojo del ciclón —en la mente de Guillermo aparecieron los conceptos cuidado, equilibrio, empujón y borde. Una sensación de miedo mezclada con nerviosismo se desprendió de Schilí.

—¿Qué sucede al pasar?, —¿precaución?, ¿equilibrio?, ¿borde?, ¿empujón?, se preguntó Guillermo, que no supo si achacar el miedo de Schilí a la vehemencia con la que le había preguntado o a las continuas dudas del esclavo acerca del efecto de sus respuestas.

—Una sensación de caída. Parecida al vértigo.

—¿Y cuando estemos dentro? ¿Crees que podremos descansar?

—Yo creo que sí, amo. Creo que dentro podremos descansar.

Guillermo notó una enorme placidez en Schilí y le preguntó extrañado:

—Antes tenías miedo de que apareciera un sirliza o la sirlizalisa. ¿Eso ha dejado ya de preocuparte?

—Sí, amo.

—¿Por qué?

—Porque si viniera un sirliza o la sirlizalisa, y como eres el más inteligente de todos los amos, estoy seguro que decidirías que Mersili le sirviera de alimento para que nosotros pudiéramos descansar.

Guillermo se quedó estupefacto.

—Pues no es una mala idea —terció Insele, muy convencida.

Schilí continuó:

—Antes, yo estaba muy asustado pensando que me dejarías fuera para servirle de comida si llegara el caso, pero me he dado cuenta de que, aunque esclavo y prescindible, te soy necesario, amo.

El brog de Guillermo le transmitió la satisfacción del esclavo junto con una poderosa sensación de paz.

—¡De ninguna manera!, —les replicó Guillermo indignado—. Jamás usaré a un prisionero para saciar una bestia. ¿Cómo se os ocurre? ¡Mersili tiene derechos!

—¿Derechos?, —le preguntó Insele genuinamente asombrada, según el brog de Guillermo—. ¡Los derechos se ganan! ¿Qué derechos se ha ganado él? ¡Te hubiera matado y te matará por el escudo y la bolsa en cuanto pueda! Y sin darte oportunidad ni ninguna clase de honor.

Guillermo se volvió hacia Mersili, desatado y libre. No parecía que fuera a huir ni a protestar, aunque oía perfectamente la conversación.

—¿Y tú?, —le preguntó—. ¿No tienes nada que decir? Es de tu vida de lo que se está hablando.

—Algo me dice que tú mantendrás tu promesa de no hacerme daño, humano. Pero, si les hicieras caso, ni yo ni nadie te lo reprocharía puesto que yo mismo estaba dispuesto a matarte. De todas maneras, aunque monstruo, pareces inteligente y por eso no

prescindirás de mí porque yo sí que sé cómo salir de aquí, no como el desnarigado.

—¿Ah sí?, —le preguntó Schilí—. ¡Es un gran secreto cómo salir de aquí! ¡Solo sabes suplicar por tu vida, mercenario!

—Tú eres un mentiroso, esclavo. Por eso te cortaron la nariz.

—¡No es verdad!, —saltó inmediatamente Schilí—. Fui injustamente acusado.

—Pero, ¿qué hacéis discutiendo de eso? ¿Es que no le dais valor a la vida? —Guillermo les miraba estupefacto—. ¿No os importa?

—¡Claro que sí!, —le respondió Insele—. Le damos valor en función de cómo se emplea y de lo que logra su poseedor.

—¡Eso es, amo! Tu vida es la más valiosa de todas porque eres el Lidiri Lembo y tienes un gran destino. Y la mía también es importante porque soy tu esclavo y vengo de una estirpe servicial y sana, muy sana. Y muy fuerte —añadió para enfatizar su valor—. Sin anomalías genéticas ni de ninguna otra clase. Sin embargo, la vida de la ama está por encima de la mía puesto que no es esclava, así que la menos importante es la de Mersili, el mercenario. Él mata a cambio de dinero y, por lo tanto, su vida tiene un valor mercantil.

—¿Eso creéis?, —les preguntó Guillermo—. ¿Que mi vida es más importante que la vuestra?

—Así es —le contestó Insele.

—Entonces, si yo te pidiera que salieras fuera para ser comida por la sirlizalisa, ¿me obedecerías?

—¡Por supuesto!, —contestó ella sin dudar—. Mi vida no vale lo mismo que la tuya. Mi Destino ni es tan alto ni tan importante como el tuyo. ¿Por qué crees que murieron los de esa nave que llamabais *Liebre*?

—Para que pudiéramos escapar.

—Te equivocas a pesar de tu talento. Murieron para protegerte —le corrigió la nam—. Eres el Lidiri Lembo, el que lo cambiará todo.

Guillermo sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—Entonces, tu viniste aquí a…

—A protegerte con mi propia vida.

40
Templo

Tragó saliva. No creía que atravesar aquel fenómeno incomprensible y gigantesco solo fuera a provocarle una ligera sensación de vértigo, como le aseguraba Schilí.

Ante ellos, la estrecha escalera atravesaba el negro ojo del remolino de aire, espacio y tiempo, a cada paso más enorme y poderoso e inquietante, porque aquella noria gigantesca giraba en absoluto silencio.

A medida que se acercaban al torbellino, sintieron que el aire se volvía sólido y que el ojo se volvía todavía más oscuro. Caminar se volvió un trabajo lento y a contracorriente, como si estuvieran dentro del agua. Schilí, que abría la marcha, se volvió hacia Guillermo y le dijo:

—Un poco más adelante sentirás el vértigo que te dije —de nuevo mezclado en la mente de Guillermo con el concepto equilibrio— y estaremos dentro.

—¿Dentro? Si todavía queda un largo trecho desde el ciclón hasta el templo.

—Sí, amo. No preguntes cómo es así, pero en cuanto crucemos el remolino estaremos dentro. Es fácil. Es como si te empujaran.

Guillermo le contó a Tacla el fenómeno y este le contestó:

—Si ya me cuesta a mí subir hacia ese torbellino, prefiero no saber cómo obligaban a nuestra gente a subir en fila india y luego atravesar ese tornado imposible que ni hace ruido ni produce viento. ¿Se ha dado cuenta?

Guillermo asintió con la cabeza y estuvo a punto de preguntarle a Schilí qué había sido de los humanos que habían estado allí antes que ellos, pero prefirió dejarlo para otro momento.

Unos minutos después, frente al ojo, Guillermo tuvo que alargar la mano para tocarlo y convencerse de que la mancha infinitamente negra que tenía ante sí no era una pared sólida. Sus dedos se hundieron en una masa de aire más frío que el ambiente y tan densa que parecía líquida.

En ocasiones la luz se reflejaba en la superficie y entonces se convertía en un espejo donde veía reflejada su cara. La primera vez se sobresaltó porque la imagen que apareció durante un instante fugaz fue la suya, pero de niño. Luego, en otro reflejo, apareció su rostro más familiar y reconocible porque tenía más edad.

En ese momento se preguntó si verse viejo en ese peculiar espejo sería señal de tener una vida larga. Antes de comprobarlo quitó la mirada. No tenía ganas de saber hasta cuando iba a vivir.

Schilí fue el primero en pasar por el ojo del ciclón. Apenas hubo pasado la pierna, pareció ser absorbido y desapareció por completo en el oscuro disco. Sin embargo, oyeron su voz apagada desde el otro lado animándoles a que cruzaran.

Guillermo tragó saliva, se aseguró de tener bien atado el escudo a la espalda y tomando impulso penetró en el hueco negro.

A su espalda, Insele le gritó una advertencia ininteligible.

Se hizo una oscuridad absoluta. Durante un pestañeo tuvo una intensa sensación de vértigo, hubo un frío intenso y se sintió poderosamente lanzado hacia adelante.

Se hizo la luz y se vio impulsado hacia el filo de una plataforma sobre un abismo. Logró pararse y recuperar el equilibrio justo en el borde, pero una racha de viento le empujó hacia adelante.

Braceó instintivamente para no caer y en ese instante apareció Insele. La nam le agarró con sus grandes manos por el escudo y estiró de él hasta ponerle a salvo.

—¿Por qué no hiciste caso al esclavo, Guillermo?, —le preguntó, realmente alterada y llamándole por primera vez por su nombre—. Schilí nos advirtió claramente de que cruzáramos con cuidado por el ojo para no acabar cayendo por el precipicio. El ojo impulsa a quien lo cruza.

Guillermo, jadeando del susto e indignado, le replicó:

—¡Nunca dijo que estaríamos a punto de caer por un precipicio!, —respiró hondo—. ¡Y gracias! Me has salvado la vida.

—Tú salvaste la mía para que pudiera salvar yo la tuya —le

respondió ella muy seria y con gran aplomo. Con igual gravedad, concluyó—: Estaba escrito. Eso es Destino, Guillermo.

La miró largamente y en esos momentos se dio cuenta de que, Insele continuaba llamándole Guillermo. Sintió gratamente que dejaba de ser el Lidiri Lembo.

Avisó a Tacla del peligro de impulsarse al cruzar el ojo; aun así tuvo que sujetarle con la ayuda de Insele para que no le pasara lo mismo que a él.

—Los humanos andáis precipitadamente, sin pensar —observó la nam tras soltar al ingeniero lejos del borde. Le preguntó a Tacla—: Cuando andas, ¿no piensas?

Tacla, pálido del susto, por supuesto no entendió sus graznidos. Después de atender a las explicaciones de Guillermo, le preguntó:

—Entonces, ¿cuántos de los nuestros acabaron allí abajo?

Guillermo preguntó a Schilí, que contestó:

—Muchos, amo. Muchos.

—Malditos nam —masculló Tacla al oír la respuesta.

Guillermo se encaró con Schilí.

—¿Cuándo me dijiste que tuviera cuidado al pasar por el ojo?

La ola de miedo procedente de Schilí fue tremendamente potente.

—Cuando te hablé de cruzar. ¡Te lo dije entonces, amo! ¡Y luego también, cuando te dije que el ojo nos ayuda!

Guillermo recordó entonces los conceptos que habían aparecido en su mente y que no había sabido comprender.

—No entendí nada de eso. Te pregunté si había algún peligro. Fui muy claro.

—Y yo te contesté, amo, que había que pasar con cuidado para no acabar cayendo al abismo.

Insele intervino:

—¿No entendiste lo que dijo?, —y trinó. Inmediatamente, en la mente de Guillermo aparecieron aquellos conceptos.

—En absoluto. Entendí que había que pasar con cuidado, pero nada más.

—El esclavo utilizó una forma lingüística que definía con mucha precisión que se debía andar con cautela para no caer al abismo —le aclaró Insele—. Me pareció que no le hacías caso y te grité que tuvieras cuidado, pero ya estabas pasando. Entonces me lancé

detrás de ti.

Guillermo dirigió a Insele una sonrisa de agradecimiento aun pensando que la nam no la entendería. Luego, asintió con la cabeza en señal de haber comprendido lo sucedido. Como en ocasiones anteriores, el brog le había traducido correctamente pero él no había sabido entenderlo ni manejar los conceptos y sentimientos que había percibido.

Se acercó al borde de la plataforma. Insele se puso detrás de él y le cogió por el escudo. Lejos, frente a él, tenía una pared rocosa poblada de vegetación que se elevaba cientos de metros por encima de su cabeza. Del borde altísimo, enmarcada por altos y poderosos árboles, surgía un estrecho salto de agua que caía sobre una gigantesca nube de agua pulverizada imposible de atravesar con la vista, que lo abarcaba todo a sus pies.

—Me quedaría contemplándolo toda la vida —murmuró Tacla, junto a Guillermo—. ¡Parece incluso que tiene pájaros y hasta me parece oírlos!

Sin embargo, si bien aquel paisaje en apariencia lleno de vida natural, agreste y bello, continuaba por su izquierda, gruesas pilastras se elevaban por la derecha muy por encima del salto de agua para sostener los poderosos arcos y los enormes ventanales que cobijaban aquella imitación de un mundo sin duda verde y hermoso.

Dio una palmada que levantó ecos y respiró tranquilo: no se había quedado sordo ni estaba soñando.

—¿Dónde poníais a los nuestros?, —le preguntó a Schilí.

El esclavo señaló a su espalda, junto al ojo. Guillermo dio media vuelta y encaró una larga y estrecha cinta blanca, flotante sobre el vacío, que se hundía en una oscura lejanía sin final. Ningún rastro de naturaleza, de civilización o de tecnología, sino un lugar vacío; completamente vacío.

Tacla dijo en voz alta lo que Guillermo estaba pensando:

—Eso es la Nada. Representa la Nada —puso la mano en el hombro de Guillermo y le dijo—: Esto no es un panteón, capitán. Estamos en un templo suil.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. He visto muchos lugares en mi vida. Muchos de ellos impresionantes, pero ninguno tan maravilloso y evocador

como este. Resulta difícil concebir que, de una forma tan sencilla, estemos en la Nada y que a nuestra espalda tengamos la metáfora del planeta natal de los suil.

Se acercaron a la Nada. La cinta descendía en ligera pendiente y a intervalos partían, a lado y lado, sendas tiras como delgados corredores que dibujaban en el aire airosas curvas, de manera que el conjunto recordaba una columna vertebral y su costillar.

Tacla se desvió por uno de ellos y en unos minutos, Guillermo le vio sobre su cabeza, pero boca abajo.

—Cada cinta tiene su propio generador de gravedad —le dijo el ingeniero desde lo alto—. ¡Este lugar es impresionante!

Fuera de los pasillos, aparte de ellos y su equipaje, no había nada más. Guillermo tuvo la sensación de sobrar allí. Siguieron adelante y a sus pies vieron una gran plataforma circular. Schilí la señaló:

—Les hacíamos bajar hasta allí para que no escaparan —dijo, destilando a través del brog un temor que Guillermo casi podía oler —. Nosotros descansábamos aquí.

—Voy a bajar —dijo Tacla al enterarse—. No tardaré. No se vayan sin mí, ¿eh?

—Descuide Tacla. Estoy tan cansado que dormiré un buen rato, así que tómese el tiempo que quiera —le respondió Guillermo. Se quitó el escudo, dejó sus armas y su equipaje en el suelo y cogió un par de raciones. Las últimas humanas.

Insele se sentó junto a él y Mersili la imitó, pero más lejos. Guillermo le tendió una de las raciones a Schilí, que la cogió deshaciéndose en alabanzas y ensalzándola en relación a la comida requisada a los mercenarios. Fue a ofrecerle a Insele, pero ella ya estaba masticando la suya.

Guillermo se tumbó apoyando la cabeza en su bolsa. La idea de que la próxima ración que comería sería un producto nam le produjo un gran rechazo. «¿Le quedarán raciones a Tacla? ¿Las querrá compartir?», pensó.

Se durmió con ese pensamiento en la mente y con la ración a medio comer en la mano. Su brazo se relajó, los dedos se le abrieron y la barrita de comida se perdió en el vacío de la Nada.

41
Sirliza

Soñaba una extraña fantasía cuando su sentido del peligro le despertó justo antes de que un chillido horripilante levantara unos ecos que le erizaron el vello del cuerpo.

—Enfrentemos la muerte con dignidad, pues la bestia ha llegado —le dijo Insele con gran solemnidad.

El esclavo se acercó apresuradamente e intervino:

—Es un sirliza, amo. Pide su comida desde el otro lado del ojo. Tengo a Mersili preparado. ¿Se lo entrego ya?, —la pregunta del nam vino acompañada de un fuerte nerviosismo.

—¡En absoluto!, —replicó Guillermo, airado, levantándose.

Una inmensa y poderosa ola de terror le alcanzó cuando Schilí le replicó:

—Entonces… ¿me vas a entregar?

Guillermo miró al mercenario. Mersili tenía las manos atadas a la espalda y llevaba al cuello una especie de rienda que Guillermo no había visto antes.

Schilí dijo, alarmado:

—Si no se lo entregamos, el sirliza entrará y moriremos todos.

—No le vamos a entregar a nadie. Y menos a un prisionero. Normas humanas —le dijo con autoridad—. Esas mismas normas dicen que tenemos que eliminar ese peligro, y eso es lo que voy a hacer.

—No puedo dejar que lo hagas, Guillermo —le dijo Insele.

—El escudo es pequeño para ti y no lo sabes usar. Yo sí —le respondió, callando que eso había sido mucho tiempo atrás, en otra vida antes de entrar en el Regimiento Anónimo.

—Al menos llévate el *srili*. Sin él no podrás herirle, lo dice la

leyenda.

Guillermo agradeció que Insele no supiera leerle la expresión, porque no estaba dispuesto a jugarse la vida peleando con un hueso. A la hora de cortar a su enemigo confiaba mucho más en el acero original de Vieja Tierra.

—Por supuesto —le replicó. Sacó de su mochila el hueso del Ahrrimán y lo dejó en el suelo. Luego cogió el escudo con ambas manos. Pasó la mano por la empuñadura y recibió con una mueca de aprensión el hormigueo y que su brazo se fundiera con el material cristalino del escudo. Lo movió con facilidad para acostumbrarse y recordar la técnica básica de defensa. Sin más, se dirigió a la salida. Insele fue tras él.

—¿A dónde vas?, —le preguntó Guillermo confiando en que la nam no se volviera y viendo el hueso junto a su mochila insistiera en cambiarlo por su espada.

—Contigo. Debo protegerte.

—¿Cómo? El escudo es para uno. Si vienes, el sirliza nos capturará a los dos —le dijo parándose junto al círculo negro que flotaba en el aire.

—No puedo dejar que traspases el ojo y vayas a la muerte. Juré protegerte aunque me cueste la vida.

—Tendrás que esperarme a este lado del ojo. ¿Has dejado de confiar en la profecía y en todo lo que ha pasado hasta llegar aquí? ¿No es todo eso lo que te ha convencido de que soy el Lidiri Lembo?

—Sigo creyendo que eres el Lidiri Lembo.

Guillermo decidió cambiar de estrategia.

—Quizá el Destino envía el sirliza para comprobar tu fe —le dijo con tal desapego y solemnidad que hasta él mismo quedó sorprendido—. O quizá para que yo pueda saber qué es enfrentarse a un sirliza, ya que aún debo matar a la sirlizalisa, a Medusa.

—Quizá deba hacer caso al Destino —replicó ella, dubitativa.

Un nuevo chillido, esta vez más prolongado y agudo, salió del ojo.

—¡El sirliza nunca había estado tan cerca!, —exclamó Schilí, aterrorizado—. Debe de estar a punto de entrar, amo.

Guillermo respiró hondo, cerró los ojos y se preparó mentalmente para el combate. Reprimió un temblor de nervios y encaró la salida.

—Espérame aquí y avisa a Tacla —le dijo a Insele sin mirar atrás. Justo antes de saltar hacia adelante con todas sus fuerzas para aprovechar a su favor el impulso adicional del ojo, se dijo—: «Por cierto, ¿dónde se ha metido?».

42
Srili

Salió disparado al otro lado del ojo con el escudo por delante para taparse del sirliza y para arrollarle si lo encontraba en su camino. El monstruo chillaba seguido y terrible, pero sus aullidos se cortaron en seco cuando Guillermo chocó con él al final de su vuelo.

Justo tras el topetazo, Guillermo dio una voltereta sobre el escudo, salió de pie enfrentado a la bestia y se escudó.

Inspiró profundamente con esfuerzo debido a la gran densidad del aire. Se arriesgó a echar una mirada rápida por encima del hombro, hacia el remolino, para asegurarse de que Insele no le había seguido.

La bestia soltó un chillido agudo y prolongado ante él, como de desafío. Luego fue el silencio.

El brillo de la luz ambarina aumentó ominosamente.

El monstruo se acercaba.

Guillermo resistió la poderosa tentación de mirar a su enemigo. Era la primera vez en su vida que se enfrentaba a alguien sin conocer su aspecto.

Algo negro se movió en su visión periférica.

En los peldaños. Muy cerca de sus pies.

El sirliza soltó tres chillidos cortos apenas separados por un instante de silencio. La luz ámbar se intensificó.

De nuevo el silencio.

Luego, con torpeza, unos tentáculos largos y negros asomaron en gran número por debajo del escudo y se abrieron en abanico alargándose en busca de sus pies y sus piernas.

Guillermo saltó hacia atrás y levantó el borde inferior del

escudo, lo justo para lanzar con la espada un fuerte tajo. La espada se hundió blandamente en los palpos del monstruo, cortando unos cuantos y quedando adherida al resto.

Horrorizado y estupefacto, Guillermo estiró del arma con todas sus fuerzas, pero fue inútil. Los tentáculos se estiraron elásticos con los tirones, pero no llegaron a despegarse del acero por mucho que movió la espada con todas sus fuerzas en todas direcciones.

Como respuesta a sus esfuerzos, el sirliza soltó otros tres chillidos agudos y seguidos.

Más dedos negros rebasaron el borde del escudo, pero esta vez por su derecha. La hoja de la espada no se soltaba y los palpos se alargaron hacia él, como atraídos por el calor de su cuerpo.

Guillermo soltó la espada y retrocedió. El monstruo le empujó por el escudo y sintió una ira terrible hacía sí mismo porque se vio muerto por un monstruo estúpido y necio que le atacaba sin otra estrategia que lanzarse contra él.

La bestia le embistió de nuevo y Guillermo cedió un paso más. La luz ambarina se hizo todavía más intensa, como si la bestia se sintiera más confiada o más segura de su victoria.

El animal volvió a cargar sobre él; esta vez con un golpe mucho más fuerte. Entonces, Guillermo decidió que desviaría el próximo empujón y apartaría al sirliza hasta el borde de la cinta para tirarlo al vacío aunque se le agarrara al escudo y cayera con él. Al menos, así salvaría a sus compañeros.

Entonces oyó a Insele tras él, llamándole:

—¡Guillermo! ¡Guillermo! ¡Cambia tu espada por el *srili*!

Lanzó un vistazo hacia atrás. La nam estaba detrás de él, de espaldas al monstruo, ofreciéndole el *srili* a ciegas.

Un grito de advertencia de Guillermo la detuvo inmediatamente. Si retrocedía más pisaría fuera de la cinta.

Guillermo, como en un paso de baile, dio un giro completo sobre sí mismo alargando el brazo hasta arrancar el arma de hueso de la mano de Insele.

—¡Vuelve dentro!, —le gritó a la nam.

—¡Nunca sin ti!, —respondió ella.

La respuesta de Insele renovó sus ánimos. Inspiró profundamente y se sintió poderoso e invencible al notar la confianza de la nam junto a la que le daba el arma, convertida en

una prolongación de su muñeca.

Encarado a la bestia y protegido por el escudo, con un solo gesto descargó el *srili* con un potente tajo sobre los tentáculos a sus pies. El filo de hueso trazó un arco y cortó limpiamente y sin esfuerzo todo lo que encontró a su paso.

El monstruo, con su peana rebanada en parte, chilló con fuerza y su aullido llenó el aire. Su grito se transformó en un corto jadeo cuando Guillermo levantó el escudo y a ciegas, con los ojos cerrados, de un solo tajo separó la cabeza del sirliza del resto de su cuerpo produciendo un último estertor.

La luz se apagó.

Se hizo un silencio absoluto. Guillermo apartó el escudo con precaución y contempló por un instante el cuerpo de su enemigo.

El sirliza muerto era un amasijo de tentáculos y extraños gusanos rematados en algo similar a una cabeza con dos grandes ojos multifacetados. Su pie era una única peana de palpos y no tenía manos propiamente dichas.

—Es espantoso —dijo ella, poniéndole una mano en el hombro y señalando el cadáver del sirliza con la otra—. Más feo que tú.

43
Huida

Guillermo contempló largamente el interior del templo establo antes de abandonarlo. Le resultaba deprimente dejar atrás la serenidad, la belleza y la magnificencia de lo que Tacla había dado en llamar Olimpo para sumergirse en el caos amenazante de la niebla densa y pegajosa que les esperaba abajo.

Al otro lado del ojo le esperaban el ingeniero y los tres nam. Se colocó detrás de Schilí e inmediatamente Insele se puso entre Mersili y él. El ingeniero se situó el último en silencio.

La nam le preguntó a Guillermo, señalando a Mersili:

—¿De verdad no quieres que le ate?

—¿Mantendrás la tregua, Mersili?, —le preguntó Guillermo al mercenario.

—Por supuesto, humano. Has duplicado mi deuda de vida.

—Ya lo tienes, Insele: mantendrá la tregua.

—Estás loco, Guillermo. Solo mantendrá su promesa mientras obtenga provecho.

Guillermo se encogió de hombros y recogió el escudo del suelo. Cerró los ojos al sentir el desagradable hormigueo en el brazo al armarse con él.

Schilí intentó discretamente que Mersili fuera en cabeza del grupo durante el descenso, pero Guillermo le colocó detrás de él en la fila.

Cuando le indicó a Schilí que se colocara el primero e iniciara la marcha recibió una oleada de miedo y angustia. El esclavo se volvió para decir algo, pero Guillermo, harto de los temores del esclavo y creyendo saber lo que le iba a decir, le repitió el gesto. Schilí comenzó a andar después de echarle un vistazo por encima del

hombro.

Antes de sumergirse en la blanca niebla algodonosa, Guillermo se volvió para contemplar el templo una última vez. Era de una belleza única. Como le había dicho Tacla, nunca volvería a ver un edificio tan hermoso como aquel.

Tras la primera hora de bajar la escalera al ritmo que marcaban las largas piernas del nam, a Guillermo comenzaron a dolerle los muslos y las pantorrillas. Escalones abajo, envueltos en el gris denso y húmedo, y con la ceguera de no ver ni dónde ponían los pies, pero con la seguridad de que aún quedaba un amplio trecho hasta llegar al suelo firme de la Ciudad de las Doce Mil estrellas, Guillermo se detuvo y le preguntó a Schilí:

—¿Es ahora cuando llegarán los cazadores? Porque los cazadores a los que te referiste antes son los que capturan a los humanos o a los nam que escapan. ¿No es así?

Una ola de temor y nerviosismo muy intensa vino de Schilí junto con su respuesta:

—Así es, amo. Estarán rastreando la zona cercana a esta escalera, pero no creo que nos estén esperando abajo. Seguramente nos encontraremos con…

—Algún sirliza o a la sirlizalisa, ¿no?, —le interrumpió Guillermo.

—¡Me lees la mente, amo! Eso es justamente lo que te quería decir antes de comenzar a bajar.

—Esperabas encontrarlos en la escalera, subiendo en busca de su comida, Schilí. ¿Por eso colocabas a Mersili el primero? Según lo que me has contado, los monstruos deben de estar hambrientos.

—Sí, amo —le contestó el nam acompañando su respuesta con una profunda sensación de horror. A continuación, sugirió—: ¿No sería mejor que pasara delante el mercenario?

—Seguiremos como hasta ahora —le contestó Guillermo apretando con más fuerza el *srili*, en el que ahora confiaba ciegamente. Le empujó suavemente con el escudo—. Avanza de una vez y movámonos todos sin hacer ruido.

Continuaron la marcha escaleras abajo rápidos, silenciosos y en perfecta sincronía, tal que fantasmas atravesando la niebla y como si los cinco llevaran años juntos.

Finalmente, sus pies se hundieron en la tierra húmeda de la

Ciudad de las Doce Mil Estrellas. No se veía absolutamente nada, tan solo el gris de la niebla que les rodeaba por completo. El silencio era abrumador. Se cogieron de la mano y siguieron tras el esclavo.

El sentido del peligro en Guillermo se hizo tan apremiante que agarró a Schilí por el cuello y le obligó a ponerse detrás de él. El esclavo pasó a su lado obediente y silencioso como una sombra.

Pasaron a un avance lento y cauto.

Guillermo, con los ojos cerrados y completamente centrado en notar el peligro, se paró en seco y soltó la mano de Schilí. Inmediatamente, el grupo se detuvo.

Un instante después se oyó el tenue *¡slup!* típico de la succión cuando se levanta demasiado rápido el pie de la tierra húmeda.

Imposible situarlo en la niebla.

Insele, Tacla y Mersili se mantenían absolutamente quietos. Schilí apretaba con fuerza el hombro de Guillermo.

Un leve roce. Sin duda a la izquierda.

«Ninguna luz de color ámbar, ningún chillido», pensó Guillermo. «El *hijoeputa* es un nam».

Un tenue crujir de ropa.

Guillermo hurtó el cuerpo a tiempo de evitar una espada que le hubiera cortado por la mitad, destripándole.

A su vez, él saltó hacia adelante y respondió con un tajo del *srili* que silbó agudo y escalofriante.

La respuesta fue un gorgoteo y el ruido blando de un cuerpo al desplomarse en la tierra húmeda.

Un roce al final de la fila, detrás de Insele, hizo que Guillermo se volviera de inmediato, con el arma preparada.

Tacla le dijo con un susurro apenas audible:

—El mercenario ha escapado.

Insele le dijo, cargada de resentimiento:

—Tenía que pasar.

44
Emboscada

Se iluminó levemente la bruma con unos destellos de ámbar. El chillido agudo y sostenido de un sirliza atravesó la niebla. Un momento después su grito fue contestado por otro y luego por un aullido más.

—Tres monstruos —dijo Insele.

—Tienen hambre —le cuchicheó Schilí, la mano del nam temblando en el hombro de Guillermo—. Vienen hacia aquí como suponías, amo.

La niebla espesa hacía imposible saber dónde y a qué distancia estaban los sirlizas. Lo único seguro era que se dirigían a la escalera que tenían a sus espaldas.

—¿Sabes hacia dónde tenemos que ir?, —le preguntó Guillermo a Schilí.

—No acabo de orientarme, amo. Me siento un poco mareado y confundido.

Sin embargo, al cabo de unos instantes, el ambiente se aclaró ligeramente por un instante y Schilí le empujó suave y cautamente hacia una de las tres bolas de luz que lucieron a lo lejos.

—¡Por ahí!

Entonces el sentido del peligro de Guillermo se disparó de inmediato a plena intensidad. A pesar de ese aviso, inició la marcha con el esclavo a la cabeza y sus compañeros detrás tanteando como ciegos con las manos para hallar el paso entre las tumbas, pisando con muchísima cautela para que no les delatara un quebrar de huesos.

Conforme se alejaban de las escaleras aumentaba la sensación de alarma en Guillermo a pesar de que dejaban atrás la amenaza de los

sirlizas. Tras un buen rato de marcha en silencio, Guillermo no pudo más y se detuvo.

—¡Ni un paso más! Vamos en la dirección equivocada.

La niebla se levantó un instante y durante esos pocos segundos pudieron ver que se encontraban en un campo de tumbas grises y ovaladas, tapadas con una losa de material semejante a la piedra.

—Me recuerdan las tumbas de las colonias romanas —comentó Tacla, ajeno a la advertencia de Guillermo. Luego, como si saliera de un sueño o hubiera tomado conciencia real de su situación, le preguntó:

—¿Ya no confía en Schilí?

La respuesta de Guillermo fue sustituida de pronto por una sensación de hambre y la boca llena de saliva. A continuación, comenzó a dolerle el estómago como si no hubiera comido nada en días.

Súbitamente, como si fuera un animal, Guillermo olfateó a su alrededor buscando algo que comer pero no había otra cosa que oscuridad y tumbas grises repartidas sin orden aparente en un suelo de tierra sembrado de innumerables huesos y cráneos tanto humanos como nam.

—¡Deje de hacer ruido, Tacla!, —le espetó al ingeniero, que le miró extrañado.

—¡Pero si no me he movido! Solo he metido la mano en mi bolsillo —contestó.

—¡No me replique, *hijoeputa*!

Tras sus palabras se le apareció en la mente la imagen de un jugoso filete de carne; la boca se le hizo agua y tuvo un ansia desmedida de comer.

Pensó disgustado que debía de ser un pensamiento o una sensación de Schilí, pero la percepción no llevaba su firma, como tampoco la de Insele ni la de Mersili.

«¿Será el brog? ¡*Carajo* de bicho! ¿No tiene bastante con mi sangre?», pensó, llevando su mano al simbionte. Tragó saliva de nuevo una vez y luego otra. La sensación de peligro se acrecentó hasta ponerle de punta el pelo de la nuca.

Schilí le tomó del brazo y le señaló hacia adelante.

Ante ellos había un par de parpadeantes puntos rojos a un palmo del suelo.

Un velo flotante de niebla los ocultó.

Guillermo se imaginó mordiendo con fuerza el cuello de Schilí. Apretó la mandíbula y tragó abundante saliva. Contener su deseo de clavar sus dientes en el cuello del esclavo se convirtió en una tortura. Su aspecto tierno y suculento, y conseguir de una vez por todas la satisfacción de comer carne fresca, caliente y sabrosa hasta hartarse le pareció lo más deseable en esos momentos.

Arrancarle un buen pedazo de cuello jugoso se convirtió en una urgencia. Aunque rechazaba con todas sus fuerzas y desde lo más profundo de su ser que esas emociones asesinas pudieran ser suyas, no dejaban de invadirle y de aparecer en su imaginación tentadoras y poderosas con la fuerza de un instinto.

El retazo de bruma siguió su camino y el panorama se despejó ante ellos. Donde antes había dos, ahora aparecieron seis puntos rojos. Un par de suspiros después se habían convertido en una docena y luego en incontables más.

—*¡Qüirril!*, —exclamó Schilí, aterrado.

En la niebla, uno de los *qüirril* chilló a lo lejos y algunos otros respondieron también, unos cerca y otros en la lejanía, y las llamadas entre las bestias llenaron la mente de Guillermo con una fortísima sensación de ira.

Sintió un orgullo y una vanidad más animal que humana porque, según el diálogo que sostenían aquellos monstruos, salvo uno, todos los *qüirril* le aceptaban como líder. Ante el rebelde, una ira incontenible le nubló la vista y llegó hasta lo más profundo de su conciencia. Comenzó a sudar y a jadear, y entonces, en un momento de lucidez, Guillermo se dio cuenta de que si seguía por ese camino acabaría comportándose como uno de ellos.

Cerró los ojos para calmarse y combatir lo que sentía en su interior. Cuando los abrió unos segundos después, la niebla se había partido en nubes translúcidas que parecían querer evitar el contacto con ellos. Aferró el *srili* en un gesto automático al ver su situación. Miró a sus compañeros. Ninguno de ellos parecía estar experimentando lo mismo que él.

—¡¡Estamos rodeados!!, —exclamó Insele detrás Guillermo—. ¿Dónde nos has traído, esclavo?

El ambiente se llenó con un rumor apresurado de pasos, sordo y apagado.

—Vienen muchos más. ¿Los oyes, amo?, —dijo Schilí.

Unos momentos después, los monstruos les observaban inmóviles en una quietud opresiva y tremendamente amenazadora, sus ojos rojos fijos, las bestias formadas en filas inmóviles a la espera de una orden de ataque, alineadas como olas congeladas en la orilla de una playa.

—¡Dios de mi vida!, —exclamó Tacla en un susurro, apretando su fusil.

Una de las bestias, más grande que el resto y colocada en tercera fila, se levantó sobre sus patas traseras y durante un parpadeo miró directamente a Guillermo; entonces supo de inmediato y sin dudas de ninguna clase que sus sensaciones provenían de ese ejemplar.

La bestia se hundió confundiéndose en el mar de lomos, pero el cruce de miradas había durado suficiente como para que Guillermo alcanzara a distinguir la línea oscura de un brog negro en el pelaje pardo del cuello del monstruo.

Miró a su alrededor y tragó de nuevo, no de hambre sino de miedo. La conexión mental con la bestia fue en aumento y la mezcla de emociones, sensaciones e imágenes procedentes del monstruo se hizo abrumadora.

A continuación llegaron los olores: el apestoso y nauseabundo de los *qüirril* y el acre y penetrante del sudor nam mezclado con el suyo, humano, junto con un aroma extraño y artificial.

Los tufos, percibidos con una intensidad y una finura absolutamente inimaginable, le impactaron con tal intensidad que le flaquearon las piernas, se le revolvió el estómago y tuvo que apoyarse en Insele.

—¿Qué te pasa?, —le preguntó la nam.

—Es… Es mi cabeza…, es uno de los *qüirril* —le respondió con la voz entrecortada—. Es como si yo fuera ese animal.

Señaló hacia adelante y dijo:

—El del brog.

Le resultó imposible hablar más porque el hambre se hizo aún mas acuciante y el ansia de comer fue todo su deseo.

Sintió que los músculos se le ponían en tensión, preparándose para cazar su presa, a Insele. A la vez, los márgenes de su visión periférica se oscurecieron y su vista se centró en un único punto, el cuello de la nam.

Apretó la mano de Insele e hizo un esfuerzo para concentrarse y apartar el impulso asesino, pero no encontró dentro de sí ni las fuerzas necesarias ni el modo de lograrlo.

Insele exclamó:

—¡Estás en un *Aiagache Pébena*!, —las palabras de Insele vinieron acompañadas de una gran sensación de asombro, miedo e indignación.

Apenas lo dijo, se produjo una explosión de terror en Schilí.

—¡Estamos perdidos!, —exclamó el esclavo.

Guillermo no supo hacer otra cosa que encerrarse en sí mismo para resistir el alud sensorial que le confundía y le ordenaba atacar a Insele.

45
Toque a degüello

Los dientes de los *qüirril* crujieron en una extraña y amenazadora canción produciendo un estruendo grave, tétrico y penetrante. El brog de Guillermo conectó inmediatamente la terrible melodía con un concepto claro, poderoso y de un gran significado simbólico en su mente de soldado: el toque a degüello.

Por medio de ese rechinar de dientes, las bestias se preparaban para cazar y matar en grupo del mismo modo que, como miembro del Regimiento Anónimo, la canción del toque a degüello le lanzaba a luchar como un demonio de la guerra junto a sus compañeros: con la mente en blanco, sin cuartel, sin piedad, sin hacer prisioneros, cortando el cuello de oreja a oreja a cualquier enemigo, tanto si se rendía como si no.

Esa chispa de pensamiento racional en el laberinto de instintos, emociones y sensaciones de bestia fue el faro que le permitió fijar su cordura, lo suficiente para darse cuenta de que una fuerza mental, la de un extraño, dominaba y orientaba por completo sus emociones a través de los impulsos animales del *qüirril*.

Guillermo apretó el *srili* y se focalizó con toda su voluntad en no perder el contacto con el nuevo agente. Su percepción se fue sintonizando y afinando, y entonces logró diferenciar la firma mental de los dos brog. Una de ellas era la del basto y sencillo simbionte del *qüirril* y la otra, muchísimo más sofisticada, pertenecía al brog de una personalidad nam totalmente desconocida para Guillermo.

Unos momentos después, las imágenes y las sensaciones provenientes del *qüirril* comenzaron a perder fuerza y presencia, y su influencia sobre Guillermo disminuyó notablemente. Atónito y a

la vez aliviado, Guillermo percibió que un tercer actor, una nueva mente nam se introducía en el brog del monstruo desplazando a la primera.

Entonces se entabló entre ambos nam una tremenda y cruel pelea mental por el control de los instintos del *qüirril*, lo que dejó sumida a la bestia en un estado de total confusión.

Liberado de la conexión con el monstruo y dueño de sí mismo fue cuando reconoció estupefacto la firma mental de Mersili peleando por el control de la bestia. El mercenario mostraba una habilidad y una pericia muy superiores a la de su adversario y el férreo dominio del extraño sobre el *qüirril* se volvió racheado y menguante como el viento al final de la tormenta.

Mersili aprovechó su ventaja para sugerir al *qüirril* que el nam desconocido era quien quería disputarle el lugar como jefe de la manada. La reacción instintiva del monstruo fue tremenda, inapelable e inmediata. Olvidó por completo el hambre y levantó la cabeza y venteó el aire en todas direcciones en busca del olor de su rival.

Aquí y allá algunas bestias dejaron de rechinar los dientes. Otras también callaron y las olas antes ordenadas se desbarataron, porque el interés por la comida fue sustituido por la tensión que provocaba el desafío sobre la jefatura que Mersili sugería hábilmente en el jefe de la manada.

El *qüirril* localizó al nam desconocido, dio media vuelta y se lanzó en su busca.

Al ver la carrera de la bestia directa hacia la niebla, Guillermo agarró por el codo a Insele. La nam no necesitó más explicaciones, sino que inició una huida tras el Anónimo en dirección contraria a la del monstruo, seguida de Tacla, Schilí y de Mersili, que surgió de la bruma como un fantasma.

A su espalda, un alarido espeluznante se abrió paso en la niebla.

46
Deuda de vida

Vislumbraron un horizonte de suaves lomas grises y un poco más allá detuvieron su carrera al borde de un suelo duro y metálico, entre ellos y unas dunas de arena gris a la luz del cielo. Esa franja de metal desnudo parecía tierra de nadie. Guillermo agradeció dejar atrás los sepulcros, los huesos y la niebla, y pasar a ver espacios abiertos.

Schilí se volvió hacia Guillermo y señaló hacia adelante:

—Estamos en el límite de Niebla Perpetua, amo. Este es el principio de Arenal. Allí está el Templo Negro y en su interior el pequeño Templo de los Héroes y la bolsa que buscas… —Las palabras del esclavo llegaron cargadas de temor—. Y también es la casa de Medusa. ¿De verdad quieres continuar?

Guillermo le miró sin contestarle, casi molesto por el comentario. El precio que habían pagado para llegar hasta allí les impedía detenerse.

Entraron en la tierra de nadie y sus pisadas dejaron de ser blandas y silenciosas para hacerse duras y metálicas. El aire se hizo más ligero y seco. Sin aviso de ninguna clase, los cinco adoptaron el mismo paso y su avance se convirtió en el cadencioso resonar del trote acompasado de un pelotón bien entrenado.

Un poco más allá, el pavimento estaba cubierto por una gruesa capa de polvo. A lo lejos, suaves lomas de arena salpicada de lo que parecían profundos cráteres circulares, se distinguían nítidas contra el cielo estrellado. Guillermo tuvo la sensación de estar viendo la superficie suavemente ondulada de un asteroide cuyas llanuras estuvieran plagadas de impactos.

Entonces se detuvo y miró al cielo y luego atrás: en el

firmamento brillaban diáfanas y con gran fuerza las siempre cambiantes estrellas de la Ciudad. Sin embargo, le pareció que en ese cielo sobre el Arenal se veían muchas más y más brillantes, y que el aire era más limpio y transparente.

Quizá, pensó, habían estado mucho tiempo sumergidos en la niebla. A su espalda se levantaba el brumoso muro gris que definía el límite de Niebla Perpetua.

Respiró hondo. Se prometió no volver nunca más a ese lugar. «Si alguna vez llego a tener un hogar fijo», pensó, «será en un sitio con mucha luz donde no haya niebla ni *qüirril* ni nada que se le parezca».

Mersili se detuvo a su lado, puso la mano en su hombro y le dijo:

—Ya no te debo nada, humano. He pagado mi deuda de vida contigo. Te salvé del *Aiagache Pébena* —miró a Insele y Schilí y añadió—: Y también a vosotros. No lo olvidéis.

—Tampoco olvidaré que te salvaste a ti mismo, mercenario —le replicó Insele.

Guillermo les miró.

—¿Qué sucedió?, —le preguntó a Mersili.

—Tú y tu brog sintonizasteis con el *qüirril* que un nam cazador tenía bajo su dominio. Como no tienes práctica en los *Aiagache Pébena*, el cazador logró fácilmente que te fusionaras con la bestia, sintiendo lo que ella sentía, oliendo lo que ella olía y notando lo que ella notaba. Eso fue así hasta que yo te salvé logrando que te dieras cuenta de lo que sucedía. Sin embargo, humano, no fue fácil —añadió con suficiencia.

—¿Los *Aiagache Pébena*?, —preguntó Guillermo, extrañado—. ¿Qué es eso?

—Son prácticas prohibidas —le explicó Insele, adelantándose a Mersili—. Consisten en dominar seres inferiores a través de los brog. Las peleas del *Aiagache Pébena* son clandestinas y se apuesta muy fuerte.

—Tú juegas a eso —concluyó Guillermo dirigiéndose a Mersili, absolutamente convencido de que era así.

—Sí. Y para vuestra fortuna soy un maestro. Uno de los grandes. Me di cuenta de lo que estaba pasando y decidí saldar mi deuda de vida contigo salvándote.

Al oír al mercenario, Guillermo frunció el ceño con la sensación de que sus palabras eran las piezas de un *puzzle* que no acababa de encajar. El nam no le estaba diciendo la verdad.

—¿No es más cierto que viste que no podías escapar de la emboscada de los *qüirril* y lo hiciste por tu vida?, —le preguntó Insele.

—No. Yo ya estaba lejos de vosotros porque me enteré mucho antes de la emboscada. Lo supe desde que el cazador utilizó el brog del esclavo para hacer que Schilí os llevara hasta allí —se volvió hacia Guillermo—. Y tú debes de ser algo sensitivo, porque te detuviste antes de que llegarais a la trampa que os había preparado ese cazador.

Schilí se llevó las manos al brog. Mersili Iba a decir algo pero Insele le interrumpió.

—¡Y te lo callaste!

—Prometí no ser un peligro, nada más. No prometí quedarme ni advertiros de nada.

«¡Será *hijoeputa*!», pensó Guillermo, captando una sonrisa de regocijo mental en Mersili. Sin embargo, a través de la rendija que abrió la satisfacción en la mente de Mersili, Guillermo atisbó por un instante y con absoluta claridad el motivo real de su ayuda. Para su sorpresa, el mercenario no pareció darse cuenta.

Miró a Insele. También podía entrar en los sentimientos de la nam sin que ella se diera cuenta; además notó que tras la experiencia con el *qüirril* la sintonía entre él y sus nam era mucho mayor que antes, así como la suya con su brog y su capacidad de percepción.

Se volvió hacia Schilí. Con el esclavo la conexión era mucho más profunda e inmediata que con ella. En él, sus emociones eran totalmente al perceptibles, como si estuvieran en los estantes de un armario abierto.

La idea de estar sin permiso en la intimidad de los demás le desagradó profundamente. Aún así le dijo a Mersili con rotundidad:

—Mientes. Dinos la verdad.

—Te la he dicho.

—Mientes.

—Te digo la verdad, humano.

—Mientes, Mersili. Sé que nos ayudaste por pura vanidad y no

para pagar esa deuda que tanto te pesa. Tenías que demostrarle al nam que tú eras mejor manipulador que él.

—¡No es cierto!

—Lo es, Mersili. El *Aiagache Pébena* te gusta demasiado, mercenario. Es tu vicio.

El mercenario se le quedó mirando fijamente y no respondió sino que dio media vuelta y se alejó unos pasos.

—¿Lo supiste de su intimidad?, —le preguntó Insele, claramente asombrada y a la vez muy inquieta.

—Sí.

—¿También puedes entrar en la mía?, —inquirió con preocupación.

—Percibo las emociones que están asociadas a lo que dices —le respondió, evasivo.

—¿Desde cuándo?

—Ahora con mucha más claridad —le respondió—. Antes de los *qüirril* era una sensación, ahora es una certeza.

Guillermo captó una gran envidia y desilusión procedente de Insele. Ella le dijo con amargura:

—No sé si fue el alcohol que habías bebido cuando te puse el brog o si esa capacidad que acabas de descubrir y que yo llevo persiguiendo toda la vida es natural en ti o si lo será en todos los humanos. Muy pocos nam la tienen, y solo después de años de estudio, concentración y esfuerzo. Quizá eso sea la prueba definitiva de que eres el Lidiri Lembo, el Elegido.

Dicho lo anterior, la nam dio media vuelta y, al igual que Mersili, se alejó. Pareció meditar un instante y volvió sobre sus pasos. Se situó frente a Guillermo.

Le miró fijamente.

Turbación, envidia y desconfianza fueron las emociones que recibió de Insele en esos momentos.

La nam estaba siendo completamente honrada.

Guillermo le dijo:

—Nunca merodearé en tus emociones. Serán sagradas para mí.

Un instante después, ella le replicó con absoluta sinceridad:

—Lo creo.

47
Raciones

Acercándose, Tacla le dijo:

—Percibo problemas. ¿Me equivoco, capitán?

—No, Tacla. Acierta como siempre —le contestó Guillermo, que le presentó el nuevo panorama con un movimiento amplio del brazo —: Schilí dice que eso es el Arenal. Parece que hay dos templos: el Negro y el de los Héroes.

—¿Héroes?, —preguntó el ingeniero con extrañeza—. ¿Hay más de uno?

—Ni idea —le replicó Guillermo—. Cada vez les entiendo menos.

Tacla se quedó pensativo unos instantes y luego le dijo:

—Creo que en esos templos está la respuesta a todas mis preguntas.

—¿Por ejemplo?, —quiso saber Guillermo.

—La autenticidad de Perseo. Detrás de su mito podría esconderse una historia extraordinaria.

—¿Cuál?

—Se la resumo: en un momento muy, muy antiguo de la Humanidad, en un país llamado Argos, el rey Acrisio encerró a su hija Dánae en una torre de bronce para evitar que ella concibiese un hijo, ya que un oráculo le había asegurado que su nieto lo mataría. El caso es que Zeus, el dios más poderoso, rey de todos los dioses de aquella época y que deseaba a la bella Dánae, se coló en la torre como lluvia de oro y se acostó con ella. De esa unión nació Perseo, hijo del dios máximo y de una mortal.

—¿Y qué?, —le preguntó Guillermo.

—Fíjese en dos elementos del principio de esta historia —le dijo

Tacla, didáctico—. Uno, que el Destino es lo que inicia la aventura por medio de un oráculo y dos, que el bronce era una aleación muy cara y solo se utilizaba en armas y en pequeños objetos con una tecnología que no permitía construir torres de ese metal.

—¿Y?

—Piense en un absurdo por un momento. Imagine que la torre es un navío espacial, un vehículo.

—De acuerdo —le concedió Guillermo con una sonrisa benevolente—. Pero, de momento, no veo nada en su historia que tenga que ver con nosotros.

—De momento, algo que sí tiene que ver con nosotros es el innegable parecido del sirliza y de la cara por la que entramos a la ciudad con la Gorgona del mito: rostro humano y cabellera de serpientes. Además, ambos matan con la mirada.

La ceja escéptica que Guillermo había levantado unos segundos antes se relajó lentamente. Tacla continuó:

—Para matar a la Gorgona, Perseo necesitó tres elementos. Los mismos que usted requiere: una espada, un escudo y una bolsa especial. Dos ya los tiene y estamos en busca del tercero. Además, estaba protegido por la diosa Atenea y según los nam usted está protegido porque debe cumplir con su Destino. ¿No le parece absolutamente asombroso? Sin embargo, el mito tiene un cuarto elemento que usted no parece necesitar.

—¿El qué?

—Un gorro que le haga invisible.

Guillermo soltó una carcajada:

—¿Un gorro…? ¿Un gorro?

Tacla continuó muy serio:

—El mito de Perseo es de los más antiguos del mundo arcaico de Vieja Tierra. Estoy convencido de que en esos templos está la respuesta a todo esto. Además, como dijo el Maestro Faltenmeier, hay una constelación que lleva el nombre de Perseo. Como si no se quisiera que la Humanidad pudiera olvidar su nombre.

Guillermo sonrió y dijo para zanjar el tema:

—Espero que encontremos la bolsa y que usted encuentre las explicaciones que busca.

Schilí se acercó y le dijo a Guillermo, señalando las dunas:

—Yo nunca he estado y se dice que nadie que haya entrado ha

salido de Arenal con vida.

—¿Por qué no? ¿Por los espíritus?, —le preguntó Guillermo—. ¿Porque vive la Gorgona?

—¡Desde luego, amo!

Tacla observó:

—No hay donde ocultarse. Quien se encuentre aquí con esa bestia está condenado.

—No veo huesos —observó Insele, casi tapando la voz del ingeniero y mirando a su alrededor.

—No le dejaban los… mons… —se corrigió a tiempo Schilí—. La comida, quería decir, aquí sino donde el establo.

—¿Por qué?, —le preguntó Guillermo, cortándole.

—No lo sé, amo. Teníamos prohibido dejar comida aquí.

—¿Qué animales habitan Arenal? —Guillermo completó la pregunta—: ¿Hay animales en esta zona?

—No lo sé, amo.

—¿Y de cuáles has oído hablar?

—De ninguno. Lo que sí he oído es que esos agujeros tan perfectos en el suelo son *hashii* bajo las arenas y que si te acercas demasiado o entras en el círculo, el espíritu del muerto se te aparece y te lleva como esclavo de sacrificio.

Guillermo e Insele se adentraron unos pasos en la arena y otearon largamente el horizonte.

—¿Tu ves algo, Insele?, —le preguntó Guillermo.

—Nada —le contestó ella—. Si el esclavo no ha estado nunca en este lugar, no podrá llevarnos hasta el Templo Negro. Y si lo hace, es probable que esté siendo manipulado y que nos lleve a otra emboscada. Por eso el *Aiagache Pébena* está prohibido en todas las naciones nam. Por otra parte, tampoco sabemos cuál de las cinco entradas al templo Negro es la buena. Según la leyenda, las otras cuatro nos matarán.

Guillermo le hizo una seña a Schilí para que se aproximara.

—Si no has entrado nunca aquí —le dijo—, ¿cómo piensas llevarnos hasta el Templo Negro?

—Porque lo veo, amo. Está allí —y señaló un lugar en el horizonte.

—Yo no veo nada —le dijo Guillermo.

—Yo tampoco —afirmó Insele.

—Disculpad. Dentro de unos pasos veréis lo mismo que yo, que soy un poco más alto y todavía tengo buena vista. Veréis el resplandor del fuego que dicen que lo alumbra todo desde que fue construido y que lo alumbrará por toda la eternidad.

—¿Y sabes por dónde podremos entrar sin peligro?

—No, amo. Eso no lo sé, pero estoy seguro de que tú lo averiguarás.

—Estoy deseando ver ese templo —dijo Insele—. Me pregunto si será como lo describe el poema.

—¿Y cómo dice que es?, —le preguntó Guillermo.

—Negro, grande y vacío.

—No parece muy atractivo.

—¿No te das cuenta de lo que significa comprobar que uno de nuestros poemas más antiguos es real? Tienes la misma sensibilidad que un *banto*, Guillermo. La verdad, si todos los humanos son como tú, no logro imaginar qué clase de arte habréis desarrollado.

—¿Un *banto*?, —la palabra despertó en Guillermo el lejano recuerdo de algo que había leído mucho tiempo atrás, pero no logró recordar qué era.

—Un *banto* es un ser imaginario creado hace mucho siglos por un escritor de Vieja Tierra —le aclaró Tacla—. Tenía seis patas y su forma era la de un caballo monstruoso.

El estómago de Guillermo rugió sonoramente de hambre como si respondiera por su cuenta a la aclaración del ingeniero.

Schilí se acercó de inmediato y dejó su mochila en el suelo.

—Amo, ¿tienes hambre?

—Desde luego —le dijo Guillermo, que desde el incidente con los *qüirril* tenía un hambre terrible.

Miró a la nam y se preguntó si ella habría sentido la misma prevención e incluso el asco que estaba sintiendo ahora ante la idea de comer comida nam, y si también había hecho como él: esperar a que el hambre o la debilidad le obligaran a alimentarse.

Schilí le tendió unas barras cilíndricas y delgadas, tan largas como la palma de su mano, empaquetadas en bolsas de color gris:

—Lo llaman *ovo*. Por desgracia esos mercenarios malvados solo llevaban proteínas sin sabor, amo. ¿Cuántas quieres?

Le entregó cuatro paquetes grises sin rótulos o dibujos. Eran diferentes en aspecto y tamaño de las raciones de comida cúbicas

que había visto a Insele sacar de su mochila hasta que no le quedó más remedio que empezar a comer raciones humanas a bordo de la *Urania*.

Los paquetes que le había dado Schilí tenían el tacto blando. «¿Será comida líquida? ¿Un preparado nutritivo?», pensó con aprensión ante la idea de sorber una sopa tibia, adaptada a la trompa de los nam. La apretó hasta notar un cilindro duro en su interior. Parecía que había una bolsa dentro de la bolsa y que entre ambas había líquido o quizá un gas.

Rasgó el envoltorio y se escuchó un ligero siseo. La ración era un fideo grueso de color tostado, de textura rugosa y tacto untuoso. Lo olisqueó descubriendo con horror que el fideo desprendía un tufo ácido similar al de las algas procesadas en los reactores Melissa de las naves penitenciarias de la Armada humana.

Mientras lo examinaba decidiendo si lo mordía o no, se le fue ablandando entre los dedos.

—¿Es normal que se ablande?, —le preguntó a Schilí con una mueca de asco.

—Sí, amo. Se ablanda para que se pueda morder. El *ovo* son proteínas de carne.

Guillermo le miró afirmándose en su idea de que humanos y nam tenían en común mucho más de lo que parecía.

Dio un pequeño mordisco. El bocado fue prácticamente tan blando como el de las algas, pero el sabor resultó ser más ácido y mucho más repugnante que el peor rancho que hubiera probado en su vida.

Su primera reacción fue escupir el pedazo, pero apretó la mandíbula y se obligó a masticar y a tragar. Tenía demasiada hambre y necesitaba la energía de las raciones por nauseabundas que fueran. Tacla parecía comerlas como si hubiera logrado desconectarse de su sentido del gusto.

Se acercó a Insele, que observaba Arenal aparentemente sumida en sus pensamientos. Le ofreció dos de las raciones y le dio otro mordisco mínimo a la suya.

—Toma, con dos tengo bastante.

La nam las cogió.

—¡Vaya! *Ovo* —abrió meticulosamente uno de los paquetes, extrajo un rabito de la ración y la mordisqueó. Le dijo—: A mí no

me saben a nada. ¿Y a ti?

—Mucho más ácidas que las nuestras.

—Yo encuentro las vuestras dulces. Me gustarían más si no fueran tan duras.

Guillermo le dijo, sin quitar la vista de las dunas:

—Me preocupa lo que dijo Schilí acerca de que en el Arenal no hay donde esconderse de la sirlizalisa. Yo tengo el escudo, pero vosotros no tenéis nada. Y también hay que vigilar a Mersili.

—Ya te dije que mataras al mercenario. Solo nos ha traído problemas.

—Gracias a él escapamos de la emboscada con los *qüirril*.

—Eso es cierto, pero no lo es menos que le hemos salvado la vida en dos ocasiones. Y creo que hubieras podido con esas bestias sin su ayuda.

—Te equivocas.

—Eres el Lidiri Lembo y tienes una misión que cumplir. Cada vez estoy más convencida de que el Destino te protege. No conozco a nadie con más suerte que tú.

—Creo que debo entrar yo solo en el Arenal —le dijo Guillermo —. Eso es lo que te quería decir.

Le dio otro mordisco a su fideo. Insele le respondió al cabo de un momento. El brog de Guillermo le transmitió su respuesta con una gran tranquilidad y una contundencia incontestables: «de ninguna manera».

Se hizo un largo silencio entre ambos. Guillermo se adentró pensativo unos pasos en la arena en dirección a uno de los *hashii* y se volvió al oír a Insele, que le observaba desde el borde de Arenal:

—¿Te has dado cuenta? ¡No dejas huellas!

Guillermo miró al suelo, sorprendido. Levantó arena con la punta de la bota. Los granos volaron por el aire, pero en lugar de caer más allá, volvieron a su lugar de origen. Levantó una pierna y la arena se movió hasta rellenar de nuevo la depresión que había dejado su bota al levantarse.

La nam observó:

—En Arenal no se dejan huellas. Si fueras solo te perderías. Eso, si sobrevivieras a la Gorgona —y concluyó—: Necesitamos que el esclavo nos guíe.

48
Arenal

Iniciaron la marcha en fila india, Schilí al frente, seguido de Guillermo. Tras él iban Mersili, Insele y por último Tacla, que había tomado como costumbre cerrar las marchas.

Los cinco anduvieron hundiéndose en la arena a veces hasta las rodillas, siempre pendientes de cualquier movimiento que se produjera a su alrededor. En más de una ocasión tuvieron que esperar a que el ingeniero dejara de entretenerse examinando el efecto del viento en la arena o los mismos granos cuando volvían a su posición.

A Guillermo le pareció irónico que cualquier cadáver de la Ciudad de las Doce Mil Estrellas no pareciera más muerto que aquel arenal. La oscuridad y la ausencia de cualquier construcción lo hacían aún más triste y solitario que las calles de la necrópolis.

Un viento suave, seco y frío levantó pequeños torbellinos que giraban fijos en el mismo lugar, como si estuvieran anclados. «Con razón se para Tacla», pensó.

Le resultaba inquietante echar la vista atrás y comprobar que no dejaban huella alguna en aquellas dunas a pesar de lo que se hundían y de toda la arena que movían a su paso.

Pasaron cerca de varios círculos donde la arena formaba depresiones. Guillermo esperaba ver en su interior los restos de los *hashii*, como en el Desierto Infinito, pero dentro únicamente había un disco negro que reflejaba el cielo como si fuera un espejo.

Tacla, siempre curioso y ante el espanto de Schilí, descendió a uno de ellos para examinarlo. Cuando subió, le dijo a Guillermo:

—Resbala muchísimo y no tiene polvo. No tengo ni idea de qué material puede ser ese disco, que es parecido al de su escudo, ni

cuál puede ser la misión de estas depresiones circulares.

—¿No es un *hashii*?, —le preguntó Guillermo.

—No lo creo.

A lo lejos les pareció ver un bulto que rompía las suaves curvas de las dunas. Guillermo se volvió hacia Insele y, señalándoselo, le preguntó:

—¿Ves algo allá? ¿Puede ser una piedra?

El bulto desapareció e Insele le dijo:

—¿El qué? No veo nada. Solo arena.

Guillermo sintió un escalofrío. «¿Un espíritu nam? ¿Medusa? ¿Otra bestia?», se preguntó.

Hacía tiempo que habían perdido de vista Niebla Perpetua. Al cabo de media hora de trabajoso andar percibieron en el horizonte un débil resplandor rojizo que fue haciéndose más brillante y fuerte conforme avanzaban.

Mersili dijo lo que estaba en la mente de todos:

—Desde luego, este es el peor lugar para enfrentarse a la bestia.

Nadie le contestó y el mercenario continuó diciendo, convencido:

—No hay nam que pueda acabar con ella.

—Tú lo has dicho —le replicó Insele desde el final de la fila, señalando a Guillermo—. Él es humano.

Un rato después fue visible la torre de la que había hablado Schilí, inclinada, alta e imponente, un faro de luz escarlata que teñía de rojo sangre las caras del grupo en la noche eterna de la Ciudad de las Doce Mil Estrellas.

Un poco después, desde lo alto de la última duna, llegó la sorpresa: la torre del templo estaba medio hundida en la arena como un barco que naufraga y del que aún sobresale la chimenea a punto de hundirse en las aguas.

El suelo había cedido bajo el peso de la atalaya y esa parte del edificio había asentado partiendo en dos el Templo Negro con una grieta enorme, proporcional a su arquitectura desmedida, aún más grande que el templo que los nam utilizaban como establo.

—¡Impresionante! ¡Salvaje!, —exclamó Tacla.

—Nunca hubiera imaginado algo tan estropeado y roto en este lugar —dijo Guillermo.

—Es otro templo arcaico —observó el ingeniero—. En piedra

negra y creo que más viejo que el otro en el que estuvimos.

Descendieron resbalando y hundiéndose en las arenas y se acercaron al edificio. El desconcierto de Guillermo aumentó al ver de cerca las numerosas roturas en los negros muros ciclópeos.

Tuvo que torcer mucho el cuello hacia arriba para poder ver el final de las columnas que aún se mantenían en pie, tan gruesas que ni veinte humanos cogidos de las manos hubieran podido rodearlas. Los gigantescos pilares sostenían un techo tan alto que únicamente se distinguía en la penumbra de la Ciudad porque su masa ocultaba las estrellas.

Insele le señaló unas vigas tan quebradas que su equilibrio sobre las columnas era precario. Parecía faltar un soplo para que cayeran y con ellas se desplomara buena parte del edificio. Mersili y Schilí también levantaron la vista y se apartaron por prudencia. Tacla, por el contrario, se acercó todavía más para examinar las piedras del muro.

Sin más, Schilí comenzó a andar por la arena a lo largo del templo dejando a su derecha el edificio y a la izquierda los misteriosos círculos en la arena, mucho más juntos entre sí que en la frontera entre Niebla Perpetua y Arenal.

Guillermo le siguió sorprendido de que en ese mundo, donde el tiempo y el espacio estaban totalmente amaestrados, pudiera existir algo tan decrépito, estropeado y roto.

Llegaron hasta la gran rotura que se abría en el muro a consecuencia del asiento que había roto el edificio. La abertura medía una brazada de ancho; lo suficiente para que pudieran pasar en fila. Entraron y llegaron hasta un saliente.

Allí acababa el suelo.

Hacia abajo se abría un abismo del que no se podía ver el fondo y hacia arriba se les presentaban a lado y lado sendas paredes que subían prácticamente verticales y en apariencia lisas hasta la base de las columnas, muy por encima de ellos.

Guillermo experimentó durante un instante una emoción mezcla de angustia, miedo y aprensión. Se volvió automáticamente buscando con la mirada a qué nam pertenecía la intranquilidad, pero la sensación desapareció tan rápido como se dio la vuelta.

Se acercó al muro para comprobar su primera impresión: la gruesa pared no era de ninguno de los extraños materiales que

había visto en la Ciudad y, por otra parte, el ascenso sería posible, pero nada fácil. Se preguntó cómo se desenvolverían los nam con su tamaño y su peso trepando por esas paredes.

Tacla, tras él, le dijo:

—Es piedra verdadera, ¿no le parece?

—Desde luego —le contestó.

Las dudas que Guillermo había tenido acerca de cómo descartar las cinco entradas mortales al templo y hallar la entrada adecuada se disiparon al instante.

—Yo entraría al Templo por aquí —le dijo Guillermo a Insele señalando la grieta—. Creo que es lo más seguro. Subiremos por la pared de la derecha. Parece tener más salientes y veo una repisa más o menos a medio camino donde podremos descansar.

—No sé si tendrás razón —le respondió la nam—. Lo que sí sé es que tienes mucha suerte, así que me parece bien.

Antes de iniciar el ascenso, Insele tomó a Guillermo por el codo y le dijo:

—Si está escrito, hallarás dormida a Medusa y podrás cortarle la cabeza sin problemas.

—¿Y si no está escrito?

—Entonces morirás. Y nosotros después.

—¿Tanta fe tienes en mí?, —le replicó Guillermo en tono irónico.

—Confío en ti absolutamente. Mi intención es indignar a tu buena suerte para que me demuestre que estoy equivocada.

49
Socorro

Quería formar una cordada, pero la cuerda de Tacla era corta para los cinco y la suya también. Ni juntándolas tenía la longitud suficiente. Schilí se acercó y le preguntó:

—¿Qué buscas, amo? ¿Te puedo ayudar?

—¿Tienes alguna cuerda?, —le respondió—. Una que sea larga.

—No, amo. Solo tengo una correa corta con un collar. Para el mercenario —aclaró. Se volvió hacia Insele pero al momento dio media vuelta y le preguntó—: ¿Para qué quieres una cuerda? Puedo atar a Mersili con el collar. Nunca podría librarse de él sin mi llave.

—No la quiero para atar a nadie sino para formar una cordada.

—Una buena idea. Hace mucho que no escalo —observó Tacla.

—¿Y qué es una…?, —la pregunta de Insele acabó con un silbido corto y agudo.

—Es atarnos todos con una cuerda para que, si uno pierde el pie o resbala mientras trepamos, el resto le podamos ayudar y dar seguridad.

—¡No nos hará falta!, —exclamó la nam, horrorizada—. El Destino ya tiene escrito si alguno de nosotros caerá subiendo por la grieta. No hace falta favorecerlo y que nos matemos todos por uno solo.

Guillermo miró a Insele, estupefacto.

—¿No entiendes que es más seguro si nos ayudamos los unos a los otros? De esta manera progresaremos más rápido y con menos peligro —se volvió hacia el ingeniero—: A mí me parece muy razonable, ¿no?

—Son demasiado individualistas, me parece —le contestó Tacla.

—No entiendo por qué tengo que ponerme en peligro yo por

salvar a un esclavo o a alguien que venía a matarme —le dijo Insele —. Tampoco entiendo tu empeño en arriesgarte por los demás.

Como si supiera lo que estaba pensando, Schilí le dijo:

—De todas maneras, tampoco tenemos una cuerda, amo. Y es mucho peor quedar lisiado tras la caída que muerto. Mejor subimos por separado, como dice el ama.

Captó angustia y miedo en Mersili, y mucha vergüenza, cuando este terció en la conversación diciendo:

—Pues a mí me parece que el humano ha tenido una idea muy buena.

Insele y Schilí se volvieron y miraron a la vez al mercenario envueltos ambos en un aura de estupefacción, pero no dijeron nada. Sintió, además, que Schilí estaba asombrado por el comentario y captó en Insele el reflejo de un rechazo.

Sin más, Guillermo cargó su mochila y el escudo, y encaró la grieta seguido de Tacla. Ambos iniciaron el ascenso buscando depresiones donde poner los pies y salientes donde agarrarse. Entonces agradeció profundamente los entrenamientos peligrosos y agotadores de los Anónimos y las botas que calzaba, ideales para trepar por lugares como ese.

A la vez no le cupo duda de que trepar debía de ser el pasatiempo de Tacla, porque el ingeniero trepaba rápido y seguro, sin titubeos y sin que pareciera importarle el abismo que se abría por debajo de ellos, como si conociera la pared mejor que la palma de su mano.

Llegaron a la repisa y pudieron sentarse a descansar con las piernas colgando. Veían a los nam trepar el precipicio lentos e inseguros, mucho más abajo.

—Imagino que no son planetarios. Seguro que son nativos de estaciones espaciales —observó Tacla señalando la torpeza y la lentitud con la que los nam ascendían por la pared—. Son realmente muy torpes.

—Insele es planetaria —le respondió Guillermo—. Los otros no lo sé. Por cierto, le pido disculpas de nuevo por lo de antes, con los *qüirril*.

—Aceptadas, capitán.

Miró hacia arriba. Aún quedaba un gran trecho, pero algo más corto que el anterior. Miró hacia abajo. Mersili era el que estaba

más retrasado. Contrariamente a lo que había supuesto, el mercenario era el más lento e inseguro de los tres.

Tacla y él les lanzaron unas cuantas voces de ánimo, a las que no respondió ninguno de ellos, ni siquiera con una mirada. Luego continuaron la ascensión. A partir de aquella parada, las paredes de la grieta cambiaron a una piedra cristalina cuyas roturas eran más pronunciadas y más suaves, y trepar se hizo más fácil.

Tras unos cuantos esfuerzos más llegaron a la plataforma del Templo Negro. Hacía mucho frío y el aire era muy seco. Más allá, muy por encima de su cabeza, había otra plataforma semejante a un enorme peldaño. Guillermo se llevó la impresión de que el escalonado no tenía fin y prefirió no pensar en lo difícil que sería la vuelta con todo lo que les estaba costando la ida.

Inspeccionó los alrededores. El único camino posible para superar el nuevo escalón era una grieta, tan estrecha que había que pasar de lado y de uno en uno.

El pavimento estaba cubierto de escombros procedentes del altísimo techo. Había varios pilares gigantescos rotos, de cuyos fustes solo quedaban pedazos cilíndricos en el suelo tal que tambores de piedra grandes como edificios.

—Estamos en los restos de una sala hipóstila parecida a las egipcias más antiguas —dijo el ingeniero, pensando en voz alta, en apariencia completamente ajeno a la sensación que producía el lugar. Luego, hablándole a Guillermo, le dijo—. Aún queda algún lugar como este en Vieja Tierra.

Guillermo fue a preguntarle qué significaba eso de hipóstila y si en Vieja Tierra había lugares tan tristes como ese, pero se calló. Al verle la cara, Tacla se lo aclaró:

—Sostenida por columnas. Eso quiere decir hipóstila.

Guillermo asintió con la cabeza para agradecerle la aclaración y después subió a un pedazo de columna para tener un punto de observación más alto. Desde allí le dijo a Tacla:

—Veo allá lejos una construcción muy parecida a donde dormimos y un gran resplandor. Suba aquí. Quizá sea el Templo de los Héroes al que se refería Insele.

El ingeniero trepó y a la vista del edificio, exclamó:

—¡Imposible!

—¿Qué es imposible?, —le preguntó Guillermo.

—Nada, nada. Una idea loca que se me ha ocurrido.

Guillermo dio media vuelta en silencio, pero un momento después se volvió de nuevo hacia el Templo de los Héroes con una extraña sensación de *deja vu*. Se sacudió como si tuviera un escalofrío para dejar de pensar en eso y, desde su atalaya, miró en dirección contraria.

La Ciudad de las Doce Mil Estrellas se extendía más allá del mar de arena, tapizando el fondo de la esfera hueca que era la luna artificial que habían creado los suil. Desde Arenal, la vista era sencillamente impresionante y quizá le hubiera parecido un buen lugar para descansar tranquilamente toda la eternidad de no ser por los *hashii* y su lamentable y patético significado.

Miró hacia el cielo. Si bien había estrellas sobre Arenal y el resto de la necrópolis, sobre la vertical del Templo no brillaba ninguna. Se encogió de hombros aceptando el fenómeno sin más. «¿Qué otra cosa se podía esperar de los suil?», se preguntó.

Recordó que Schilí le había dicho que había más lugares como ese repartidos por el Universo. Pensó que los extraños suil, que parecían tener prohibida la representación de su aspecto, debían de ser los verdaderos ciudadanos del cosmos, mientras que los orgullosos humanos y los no menos vanidosos nam no pasaban de ser unos meros provincianos o quizá ni siquiera eso.

«Hasta que lleguemos a esta tecnología, nos faltan milenios», reflexionó.

Bajó de su observatorio y se acomodó en una piedra pensando que no había forma de entender a los suil. Estaba cansado y hambriento, y aún quedaba mucho camino por delante. Se sintió idiota por jugarse la vida buscando algo que no había visto nunca, que no sabía dónde estaba y no tenía la seguridad de que fuera a servir de algo. «Si no fuera porque el *hijoeputa* de Faltenmeier es el único que nos puede sacar de aquí…».

Cerró los ojos, respiró hondo y comenzó a disfrutar de un suave relax.

De repente abrió los ojos empavorecido por un espantoso vértigo y miedo a caer, seguido de una tremenda sensación de pánico. La percepción fue tan repentina y tan potente que no pudo identificar de quién venía. A continuación, sintió el deseo de pedir ayuda y la fuerza contraria de un tabú que le impedía gritar socorro.

Se puso inmediatamente en pie y corrió hacia el borde del abismo.

Centró su pensamiento y aisló la percepción. A partir de ese momento no le hizo falta mirar abajo para saber quién estaba en grandes apuros, pero se obstinaba en no pedir ayuda.

50
Rescate

Colgaba agarrado a un saliente con ambas manos, un poco por debajo de la repisa donde se habían sentado a descansar. El aura de terror que emanaba de Mersili era tan poderosa que Guillermo se vio obligado a apartarse del precipicio hasta convencerse de que esas sensaciones tan abrumadoras no eran suyas sino del mercenario.

Insele, jadeante, salió de la grieta. Tras ella apareció Schilí. Ni la nam ni el esclavo se habían fijado en la comprometida situación del mercenario y, si se habían dado cuenta, no habían hecho nada.

—¿Por dónde seguimos?, —le preguntó Schilí.

Guillermo ni le miró, ocupado como estaba en hallar una vía rápida de descenso que le llevara junto a Mersili.

—¡No seguimos!, —le gritó Guillermo colérico, señalando abajo —. ¡Hay que ayudarle!

—¡Déjale! ¡Te iba a matar!, —le replicó el esclavo—. Es su Destino.

—¡Calla y ayuda!, —le contestó, sentándose en el borde de la grieta para iniciar la bajada.

Para asombro de Guillermo, Insele ya había iniciado el descenso. Al ver la inseguridad con la que se desenvolvía se le prendió la hoguera del miedo por ella en la boca del estómago y le gritó:

—¡Para! ¡No sigas!

Ella le contestó:

—¡Normas humanas!, —y añadió con un fuerte trino—: Mersili, ¡vamos a buscarte!

Guillermo silbó a Tacla señalándole a Insele para que se ocupara de ella. El ingeniero sacó una cuerda de su mochila e inició la

bajada. Guillermo, a su vez, se colgó del hombro su rollo de cuerda y comenzó el descenso.

Con una rapidez y seguridad asombrosa, Tacla no tardó en estar a la altura de Insele. Le hizo una seña para que se detuviera y la amarró por la cintura con la cuerda. Luego siguió hacia abajo, llegando a la piedra saliente a la vez que Guillermo. Juntos examinaron la situación. Mersili continuaba inmóvil, aferrado al saliente de piedra varios metros más abajo.

El Anónimo miró hacia arriba y se llevó una sorpresa. Insele se desenvolvía con mucha más habilidad y seguridad que al principio. Tacla le guiñó un ojo a Guillermo:

—¡Lo está haciendo muy bien! Aprende muy rápido.

La nam no tardó en reunirse con ellos; entonces, Guillermo les explicó su plan: ellos ayudarían a Mersili e Insele aseguraría al nam desde el saliente con la cuerda.

Antes de iniciar el descenso, Tacla le enseñó a Insele cómo disponer la soga alrededor del cuerpo y dónde clavar los talones para, con el menor riesgo para ella, aguantar el tirón si el mercenario caía una vez estuviera atado.

Bajaron hasta el nam y se pusieron uno a cada lado. Mersili estaba inmóvil y aterrorizado; tenía el rostro vuelto hacia la pared y los ojos cerrados.

Entonces le llegó a Guillermo en toda su magnitud su estado de pavor, absoluto y paralizante. Solo después de mucho insistir logró que Mersili soltara la mano izquierda del saliente al que estaba agarrado para apoyarse en Tacla. Inmediatamente, el ingeniero le aferró y le guio lento y firme en dirección a la cuerda que Insele mantenía asegurada.

Una vez estuvo atado, Tacla, trepando rápido y ágil como un gato, se llegó junto a Insele y con un silbido comunicó a Guillermo que estaban preparados.

Mersili, confiado por la cuerda y por los ánimos que Insele le lanzaba constantemente, logró vencer su miedo lo suficiente como para subir hasta la repisa. Una vez allí, Mersili se desmadejó.

—Dejadme aquí y seguid vosotros. Soy incapaz de seguir adelante.

—No te dejaremos atrás —le contestó Insele, rotunda—. Normas humanas.

Tacla aconsejó realizar el ascenso en dos fases. Primero subirían él y Mersili formando una cordada utilizando la cuerda de Schilí como aseguramiento; luego lo harían Guillermo e Insele formando la suya propia.

Guillermo les vio partir, el mercenario asustado pero por fin decidido. Al cabo de un buen rato y gracias a la habilidad y paciencia de Tacla salvaron el tramo más difícil y acabaron la ascensión.

Llegó el turno de Guillermo e Insele. El Anónimo se ató la cuerda de seguridad, animado por el aura de confianza y amistad que flotaba entre ellos, convencido de que todo iba a ir bien.

—Subamos cuanto antes. Ve por delante y me muestras —le confió la nam—. Tengo mucho vértigo y no quiero que se entere nadie.

Guillermo subió lenta y cuidadosamente. Miró hacia arriba y distinguió a Tacla, atento a su escalada.

—Tranquilos —les dijo Tacla—. Schilí os asegura.

Unos minutos después, Guillermo estaba a punto de coronar su ascensión.

Sin embargo, en esos mismos momentos, la nam tentaba desesperadamente la pared con la punta del pie, asustada porque los dedos de su mano derecha estaban resbalando de su asidero.

Guillermo se puso en pie al borde del precipicio.

La nam logró encajar la punta de su pie en un hueco de la pared, pero no era suficientemente profundo y ancho.

Sus dedos resbalaron en el saliente.

Insele perdió apoyo y se despeñó arrastrando con ella a Guillermo.

51
A cambio de nada

El estirón de ambos cuerpos fue tan inesperado y tan fuerte, que Schilí no pudo aguantarlo a pesar de su tamaño y de su peso, y fue arrastrado por el suelo directo al abismo, a pesar de todos sus esfuerzos por detenerse.

Tacla se lanzó sobre Schilí en un intento de pararle, pero no lo logró. Fue Mersili quien agarró al ingeniero por una pierna y consiguió frenarles cuando el esclavo ya tenía medio cuerpo asomado al precipicio.

Acto seguido tiró de Tacla y luego entre los dos lo hicieron de Schilí. Después, los tres recuperaron a Guillermo y a Insele.

Lo primero que hizo la nam al estar a salvo fue decirles:

—Os doy las gracias en nombre de mi linaje.

—¿Tienes…?

El brog le tradujo a Guillermo el gorjeo de Insele como el silbido de una olla a presión y este se preguntó qué tendría ella de importante en relación con su linaje: «¿Un embarazo? ¿Un compromiso? ¿Una pareja? ¿Hijos?».

Después, Mersili les dio la espalda y se fue. De su brog emanaba una sensación de bochorno que Guillermo no entendió en absoluto. Los tres le debían la vida y el mercenario se alejaba de ellos envuelto en un aura de vergüenza y enfado hacia sí mismo.

Al ver que Insele también se apartaba de ellos, Guillermo pensó una vez más que nunca llegaría a comprender a los nam. Como si no hubiera sucedido nada fuera de lo común, el esclavo se puso a su lado y le señaló un punto a lo lejos.

—Mira, amo. Aquella zona es Pureza. ¿Ves la gran escalera y el balcón? Pues allí está la puerta de Pureza.

—Por ahí entramos a la ciudad —le respondió—. Y allí nos esperan.

—No podíais haber escogido un lugar más seguro, amo.

—¿Por qué no bajaste en ayuda de Mersili?, —le preguntó Guillermo.

El nam le dijo tras un momento de silencio:

—Porque me pareció que era mejor ayudar desde arriba.

El Anónimo levantó una ceja.

—Hace un momento querías entregarlo al sirliza.

—Sí, pero eso fue antes de que salieras tú solo para matar al sirliza por nosotros y de que fuerais todos a ayudarle, y de que os cayerais y de que todos estuviéramos a punto de morir y de que Mersili nos salvara a todos, cuando la solución a sus problemas era no hacer nada y dejar que nos matáramos. El mundo es complicado y las normas humanas son difíciles de comprender, amo.

«¡Vosotros sí que sois raros!» exclamó Guillermo en su interior. Volvió la vista hacia Pureza, forzándola por ver si lograba distinguir al grupo de Bril. Creyó ver movimiento en el balcón y estuvo observando un buen rato, pero no vio lo que esperaba.

Insele salió en ese momento de explorar el interior de la grieta. Mersili continuaba de espaldas a ellos. Pensando que les convenía un descanso, Guillermo buscó un lugar y se sentó con la espalda apoyada en un muro.

Apenas cerró los ojos y se relajó, un aullido procedente de la alguna parte de la Ciudad deshizo la quietud del momento y le recordó su misión.

Insele le hizo una seña y él, como si llevara años formando equipo con ella, se levantó y se dirigió a la grieta. La nam le dijo, señalando la abertura:

—Deja que el esclavo abra la marcha.

Guillermo, extrañado, levantó una ceja y le preguntó:

—¿Por qué?

—Es un paso muy estrecho. No podrás avanzar con el escudo por delante ni usarlo si aparece el monstruo. Deja que él vaya delante —insistió ella.

La oleada de miedo procedente de Schilí, que la había oído, fue impresionante. El nam se apresuró a decir:

—¡Amo! ¡Amo! Tengo una idea mejor: que vaya primero Mersili.

Es un luchador experimentado y podrá ofrecer resistencia el tiempo suficiente para que te prepares para pelear. Sin embargo, si voy yo delante, no tendrás ese tiempo. Además, nos debe la vida más de lo que nosotros se la debemos a él, así no tiene por qué oponerse.

Guillermo se levantó:

—¿Otra vez? No os entiendo. Hace un momento os jugasteis la vida los unos por los otros y ahora discutís sobre quién tiene que exponerse al peligro —les reprochó—. De verdad que no os comprendo. No dejaremos a nadie atrás y tampoco usaremos a nadie como defensa. La vida de cada uno es…

No pudo terminar la frase porque Mersili había metido medio cuerpo en la grieta y le decía:

—El desnarigado tiene razón, humano. No perdamos más el tiempo.

—Sal de ahí. No tienes ninguna deuda que pagar —le espetó Guillermo. Su brog no percibió nada del mercenario, como si este hubiera levantado una barrera en torno a sus emociones.

—Ya me resulta difícil acostumbrarme a que leas mi intimidad y tener deudas de sangre contigo, humano, pero de ninguna manera la quiero tener con un esclavo —le respondió. Sus ojos habitualmente de color verde se habían tornado pardos.

—No tienes esa deuda.

—No lo entiendes, humano. La deuda está contraída —les miró de hito en hito y añadió—: Seguidme.

Y desapareció en el interior de la grieta.

Guillermo meneó la cabeza, harto de complicar tanto algo tan sencillo, y le siguió de inmediato. Tras él fueron Insele, Tacla y, detrás, un cauto Schilí.

52
Tablero macabro

Entraron en el interior de un estrechísimo desfiladero cuyas paredes se elevaban potentes, lisas y verticales. La luz del ambiente apenas llegaba a alumbrar la espalda de quien les precedía, de manera que avanzaban prácticamente a tientas. La temperatura era tan baja que el aliento formaba pequeñas nubes al respirar.

Dondequiera que pisaran tenían que evitar hacerlo sobre cascotes cristalinos tan afilados que parecían poder traspasar las suelas de sus botas. Además, algunos salientes eran tan cortantes que los evitaban para no herirse con ellos.

Siguieron los giros y los quiebros de la enorme fisura hasta que, de repente, tras una curva, el suelo comenzó a ascender en una cuesta iluminada por un relampagueante resplandor que arrancaba aquí y allá fuertes e intensos brillos irisados que contrastaban como chispas de colores sobre el negro de las paredes.

El frío aumentó, un viento helado se coló por la abertura y la luz fue menguando hasta desaparecer y dejarles totalmente a oscuras. Entonces se dejaron oír unos extraños chasquidos.

Mersili se detuvo y Guillermo topó con él. El mercenario se volvió hacia ellos en las tinieblas y les susurró:

—Imposible seguir.

Tras unos minutos ciegos y envueltos en crujidos sobrecogedores, la luz volvió a aparecer y siguieron adelante. Luego, tras superar una empinada pendiente que hubieron de trepar ayudándose de las manos y los pies, desembocaron en una enorme plataforma rectangular que parecía flotar en el viento gélido del Templo Negro, iluminada por una pareja de soles que iluminaba sin calor.

Uno de los dos soles resplandecía brillando orgulloso. El otro era una brasa roja y candente unida a su hermano por unos lazos de cegadores destellos multicolor por los que parecía que el rescoldo le sorbía la energía a la brillante.

Guillermo nunca había visto algo tan hermoso ni tan evocador ni, tampoco, tan equívoco puesto que los astros ni les abrasaban ni caían sobre sus cabezas pese a que sus explosiones se les venían encima.

La enorme explanada estaba cubierta por completo de formas indefinidas y restos de tela que crujían aquí y allá agitados por el viento gélido. En el extremo opuesto a los soles artificiales, centrado en el eje de simetría de la plataforma, estaba el templo resplandeciente que Guillermo y Tacla habían vislumbrado a lo lejos.

—Su arquitectura es diferente a cualquiera humana —comentó Tacla—. Es más redondeada, más abigarrada. Recargada, diría yo.

—¿Ese es el Templo de los Héroes?, —le preguntó Insele a Schilí.

—Supongo que sí, ama —replicó el esclavo.

Frente a ellos, el suelo estaba quebrado al hilo de la grieta por la que habían llegado. La rotura cruzaba la plaza en diagonal por delante de una escalinata de peldaños que flotaba en el aire y que subía hasta un lugar oscuro a pesar del resplandor que lo bañaba todo. Al otro lado de la plaza, enfrentada a esa escalera, había otra similar que también ascendía hacia las sombras.

—¿Está dentro lo que buscamos?, —le preguntó Guillermo a Schilí, señalando el templo.

La nam se volvió a Schilí:

—Contesta, esclavo. ¿Esa es la madriguera del monstruo?

El esclavo no le respondió porque daba diente con diente, Guillermo no supo si de una tiritera, como sucedía con los humanos, o porque estaba aterrorizado. No quiso bucear con su brog en él.

Schilí levantó una mano trémula y señaló la plaza.

—¿Habéis visto?, —les dijo Schilí en un susurro—. ¡Son las víctimas de Medusa!

Tenía razón. Las formas que llenaban la plaza hasta donde alcanzaba la vista eran cuerpos conservados por el aire

extremadamente seco y frío. Tacla y Guillermo se miraron absolutamente estupefactos.

Schilí intentó retenerles cuando dieron un paso hacia el interior de la plaza para examinarlos.

—¡Amo! ¡No vayas! Medusa puede aparecer en cualquier momento.

Insele, atenta a cualquier movimiento en los alrededores, le hizo un gesto al esclavo para que callara y les dejara ir.

Ningún cadáver estaba entero; a todos les faltaba algo: un brazo, una pierna o las dos, la cabeza o medio tronco. Eran cuerpos embalsamados de manera natural, momias cubiertas de harapos con la piel pegada a los huesos. Parecían las fichas de un juego macabro en un tablero sin casillas.

Guillermo se aproximó a la momia que observaba Tacla. Se fijó en la cabeza y el vello del cogote se le puso de punta al advertir movimiento en lo profundo de las vacías cuencas de los ojos. Miró con más atención y descubrió que eran unos gusanos blancos ligeramente luminiscentes.

Los cuerpos más grandes eran sin duda nam y los de las figuras pequeñas, mucho menos numerosas, eran humanos. Se figuró entonces cómo mataba la Gorgona: primero capturaba a sus víctimas en cualquier lugar de la Ciudad anulando su voluntad. Luego las llevaba a aquella explanada para devorarlas mientras estas veían cómo eran comidas, sin poder gritar o correr, a juzgar por las expresiones desencajadas por el terror de todos y cada uno de los rostros momificados.

Guillermo se lo señaló a Tacla y este le dijo:

—Sí. Esos gestos me recuerdan una antigua pintura. *El Grito* de un tal Edward Munch.

El ingeniero prefirió no aclarar esta vez quién era el tal Munch y continuó:

—Estas momias deben de llevar mucho tiempo aquí porque han sido tragadas casi por completo por el pavimento, como sucede en el Desierto Infinito.

Guillermo asintió. Le llamó la atención que entre una momia nam casi entera y una mujer humana hubiera un escudo y una espada junto a los restos de un cuerpo del que solo asomaban las manos y parte de las caderas. Su sorpresa fue enorme al descubrir

que aquellas manos tenían seis dedos.

—¡Tacla! ¡Venga!, —llamó—. ¡Vea esto!

El ingeniero se aproximó y no dio crédito.

—¡Manos polidactílicas!, —exclamó desconcertado.

Aquellas extremidades tenían dos dedos opositores en cada palma en lugar del pulgar único que compartían humanos y nam. Un pulgar estaba donde lo tenían humanos y nam, y el otro era simétrico respecto al eje de la palma de la mano.

Era fácil pensar que una de aquellas manos hubiera aferrado el escudo. La conclusión era evidente: alguien de otra especie inteligente había muerto intentando acabar con el monstruo, también con un escudo y una espada. «Y, seguramente», pensó Guillermo, «no debe de ser el único».

Tacla temblaba de emoción. Se tumbó en el suelo para examinar muy de cerca los despojos del extraño. Guillermo le vio acercando tanto la cara a los restos que le pareció absurdo.

Se volvió hacia los nam y miró de nuevo a Tacla. Él tenía un escudo y ellos no. Estaban condenados si seguían a su lado. La bestia aparecería en algún momento y los tres acabarían devorados vivos como las momias que llenaban la explanada porque no tendrían donde ocultarse.

Si las leyendas nam y el mito humano eran verdad y Medusa era parecida al sirliza, el escudo era lo único que le separaba solo a él de la muerte.

Guillermo le hizo una seña a Insele para que se aproximara. Esta dejó de vigilar la plataforma y se acercó.

—¿Habías visto alguna vez algo así?, —le preguntó señalándole las manos de seis dedos, antes de decirle lo que estaba pensando.

—¡Dos dedos de más!, —exclamó la nam, impresionada—. Es la primera vez que lo veo.

Y añadió para sí:

—La Nación Nómada nunca nos dijo nada. ¡Esto es extraordinario!

Schilí se acercó, seguido de Mersili. Guillermo les preguntó:

—¿Habíais visto antes unas manos como estas?

—Nunca, amo —respondió el esclavo.

—Yo tampoco —replicó el mercenario, en el que Guillermo percibió un gran desánimo.

Se apartó y miró en torno suyo esperando ver más víctimas de la nueva especie, pero había tal cantidad de cuerpos que no le fue posible diferenciarlos. Tuvo que llamar a Tacla porque el ingeniero se alejaba sin mirar atrás buscando sin duda otras momias de seis dedos.

En ese momento la luz comenzó de nuevo a menguar. La estrella oscura eclipsaba el resplandor de su compañera. Los lazos de luz entre los soles desaparecieron.

El viento creció de intensidad y las sombras cayeron como un pesado manto de humo que lo ocultara todo a la vista. Los jirones de ropa flamearon y chascaron con fuerza animados por las rachas cada vez más intensas.

En las cuencas vacías brillaron rojos los gusanos antes blancos, de manera que la expresión atormentada de las víctimas cobró vida durante unos largos instantes y en el ánimo de Guillermo creció con fuerza una gran sensación de fatalidad.

Antes de desaparecer en las tinieblas, las momias más próximas brillaron con una irónica sonrisa de conmiseración.

Tacla transformó en palabras la angustia que Guillermo sentía en su interior:

—No saldremos vivos de aquí.

La oscuridad les envolvió por completo y entonces el Templo de los Héroes cobró un discreto brillo. Cuando pasó el eclipse, Guillermo miro en derredor y volvió a la grieta de la que habían salido, seguido por los nam y Tacla.

Cuando estuvieron dentro de la rotura, se volvió hacia ellos y les dijo:

—No tiene sentido que os quedéis aquí conmigo.

Se hizo un pesado silencio. Schilí fue quien habló primero:

—Has tratado mi vida como si fuera la tuya. Me has respetado y me has mostrado un camino que ni imaginaba. Compartiré tu suerte.

Guillermo le miró, estupefacto.

La nam dijo a continuación, sin dejar de vigilar los alrededores:

—¿No eras tú quien decía que no había que dejar a nadie atrás? ¿Cómo quieres que ahora te deje solo ante ese monstruo?

Guillermo se volvió hacia ella, aún más sorprendido. Entonces, Mersili añadió:

—Eres muy extraño y me haces sentir desagradablemente extraño, humano. He perdido la cuenta de mi deuda de vida con vosotros y te has ganado mi respeto. Aunque una parte de mí sabe que quedarse es la muerte segura, permaneceré contigo.

—Yo le sigo, capitán. Esta aventura bien vale una vida —le dijo Tacla.

—¡Estáis todos locos!, —les dijo Guillermo, confundido—. No tenéis ninguna posibilidad.

—Tampoco la tenemos de ninguna otra manera, capitán —le replicó el ingeniero.

Insele le dijo como si él no hubiera dicho nada:

—Sería bueno tener la bolsa para cuando le cortes la cabeza a la Gorgona. Propongo que nos dividamos para buscarla —la nam señaló a Tacla y a los nam—. Vosotros por un lado y yo por otro. Esclavo, dale tu espada al mercenario para que te pueda defender.

—¿Por qué no cargas tú con el monstruo?, —preguntó Mersili.

—Porque no quiero estar si se estropea.

Guillermo no entendió a qué se referían. Lo dejó para otro momento, preocupado por otro tema:

—Y mientras, yo, ¿qué hago?, —le preguntó Guillermo—. ¿Esperaros?

La nam le miró. El brog le transmitió una enorme solemnidad cuando Insele le dijo:

—No, Lidiri Lembo. Tú enfrentarás nuestro Destino. Esperarás a la Gorgona y la matarás.

53
Lugar salvo

Terminó de hablar y, sin más, Insele dio media vuelta con tal decisión que pareció llevarse con ella el aire cuando se fue hacia la escalinata más alejada. En un momento ya estaba lejos. Tacla, Mersili y Schilí se fueron a paso tranquilo en la dirección opuesta, sin dejar de vigilar de lado a lado.

Guillermo les contempló alejarse sorteando los cadáveres disecados. Se volvió hacia el templo donde se suponía que estaba la Gorgona. Hermoso, pero deprimente. Luego miró a su espalda y el espectáculo fue igualmente desolador: restos de víctimas hasta donde abarcaba la vista.

Se acercó a la momia de los seis dedos. El viento y el tiempo habían desnudado por completo los despojos. Le pareció que el ser había tenido en apariencia dos brazos, dos piernas y probablemente una morfología parecida a la humana y la nam.

«Es asombroso, pensó, lo tremendamente repetitiva que es la Naturaleza en el Universo».

Examinó la espada y el escudo del extraño, que también habían desaparecido en buena parte absorbidos por el suelo. El escudo, en apariencia metálico, no era reflectante como el suyo, era también circular y tenía una muesca en forma de media luna sin duda para poder alancear. Hubiera sido un arma común y corriente de no ser por el extraño relieve que se apreciaba en su centro, medio tragado por el pavimento. La espada, ya casi desaparecida, era recta y delgada, a primera vista más apropiada para pinchar que para cortar.

Dio media vuelta y tuvo que cerrar ojos porque el resplandor de la estrella era tan intenso que le impedía ver. Levantó el escudo a

modo de visera y le pareció que hacia allá había menos momias, pero sus pensamientos estaban realmente en otra parte: «Si ese bicho me ataca con ese sol de frente, estoy jodido», se dijo. «¿Y qué *carajo* hago yo aquí en medio? ¿Será cierto lo que piensan los nam sobre el Destino?». Chasqueó la lengua con disgusto.

La estrella eclipsante apareció de nuevo, se hizo la oscuridad y se levantó un viento frío y fuerte que le cortaba la piel de la cara y se le colaba por debajo de la chaqueta térmica. Se la apretó aún más ajustándosela en torno al cuello todo lo que pudo.

Frente a él se recortaba en la oscuridad el Templo de los Héroes brillando con un ligero resplandor. Lo observó detenidamente. Aparecía limpio y perfecto en contraste con las ruinas que lo rodeaban y las momias de la explanada. Contemplándolo sintió una desazón que no supo asociar ni al brog ni a su sentido del peligro. Le recordaba más bien el hormigueo en la piel del cogote las veces en las que en alguna acción había sentido que el enemigo le tenía apuntado y estaba a punto de disparar.

Su pensamiento volvió a su encuentro con Medusa. Pensó que el templo debía de ser un edificio virtual y que, dentro de él, tendría menos oportunidades en el combate que si se enfrentaba con la bestia en la plaza e intentaba sacar ventaja de los obstáculos que representaban las momias.

La luz brilló con timidez porque el eclipse llegaba a su fin. Guillermo dio media vuelta y, efectivamente, pudo ver entonces que la cantidad de momias disminuía cuanto más cerca estaban de los soles.

Fue para allá y, cuando se veía claramente el final de la plataforma y la esfera brillante parecía flotar un poco más allá del borde, tras una última línea curva de cuerpos ya no había ninguno más. Supuso que esa media luna marcaba el final del tétrico cementerio y que, por lo tanto, Medusa evitaba esa zona. En consecuencia, era donde más protegido estaría él.

Extrañamente, un paso más allá de la macabra frontera su peso aumentó como si se incrementara la fuerza de la gravedad y el aire se hizo tan cálido que le ardió en los pulmones.

Se adentró, pero no pudo llegar al borde de la plataforma como era su intención porque el ambiente era abrasador y cada paso requería un gran esfuerzo.

Un malestar interior creció en su interior netamente asociado al brog. Imaginó que era la forma en la que el simbionte se quejaba de la nueva gravedad y del calor. Por primera vez se dirigió a él como a un amigo, diciéndole:

—Calma, bicho. Ahora mismo nos vamos de aquí.

Volvió sobre sus pasos con la esperanza de poder utilizar ese lugar a su favor cuando se enfrentara al monstruo, pero la inquietud que le transmitía el brog, lejos de disminuir, aumentó.

Unos movimientos a lo lejos le pusieron inmediatamente en guardia, pero resultaron ser jirones de ropa flameando al fuerte viento que se había levantado al fondo de la explanada. Un instante después pudo ver a Mersili, Tacla y Schilí bajar los escalones de la escalinata de su derecha con las manos vacías.

—La escalera sube pero en realidad bajamos porque los escalones acaban en Niebla Perpetua, amo, y Niebla Perpetua está más abajo —le dijo el esclavo cuando se reunieron gritando para hacerse oír por encima del viento—. No entiendo en absoluto este lugar y me da mucho miedo.

—Este lugar es extraordinario —Tacla estaba exultante—. Tenemos que volver.

—¿Ha vuelto la hembra?, —preguntó Mersili, cuya aura de depresión parecía haber disminuido.

Fue simultáneo oír la referencia a Insele y sentir a través de su brog la convicción absoluta de que algo terrible le había sucedido.

—Algo no marcha bien —les dijo Guillermo—. ¡Vamos!

Sin decir más salió corriendo en dirección a la alta escalera por la que se había ido la nam, seguido por sus compañeros.

Treparon los peldaños a toda velocidad, saltando los escalones de tres en tres el humano y de cuatro en cuatro los nam, hasta que llegaron jadeantes a un rellano rectangular más allá del cual no había peldaños sino una completa oscuridad y unas fortísimas rachas de viento helado. Mirando a su espalda, la explanada de las momias era el fondo de un abismo.

—Humano, la escalera termina aquí —le informó Mersili, que había sido el primero en llegar—. La hembra debió de caerse. Hemos de dar media vuelta y buscarla abajo.

Tacla se asomó como si hubiera comprendido al mercenario. Se volvió hacia Guillermo y le dijo:

—No se ve a nadie.

Guillermo inspeccionó la plataforma, aunque sabía con una seguridad absoluta, pero totalmente irracional, que Insele no se había caído. Miró a su alrededor esperando ver alguna pista o algún efecto de la tecnología suil que le indicara qué había sucedido con ella, pero no vio nada.

Fue Schilí quien le dijo, señalando la negrura ante ellos:

—Amo, ¿ves la diferencia?, —le preguntó señalando el lado derecho de la meseta.

El esclavo levantó una mano, que quedó iluminada hasta que la pasó por delante del borde de la meseta, donde desapareció. A la vista estaba su brazo, pero la mano no se veía. Era como si la continuación de la escalera estuviera tapada con una cortina negra invisible.

—Parece que el desnarigado tiene razón, humano.

Seguidamente, Mersili sacó su espada y la utilizó como bastón para buscar los peldaños.

—Adelante —les dijo—. La escalera continua.

Al otro lado la luz era cegadora. Una cinta enrollada en espiral como un tornillo ascendía hacia un remolino masivo, enorme y silencioso, igual al del templo utilizado como establo para las víctimas. Conforme se acercaron, el aire se hizo denso y pesado y el ojo del torbellino fue oscureciéndose hasta volverse completamente negro.

—Es igual que el otro vórtice —dijo Tacla—. Tengo la impresión de que estos remolinos sirven para pasar a otro espacio y a otro tiempo.

De nuevo Guillermo tragó saliva, pensando que jamás se acostumbraría a la escala desmedida de los suil.

Mersili insistió en ser el primero en atravesar el ojo del silencioso torbellino. Guillermo pasó a continuación, con la lección aprendida, dejándose absorber por el hueco de gravedad en lugar de impulsarse como había hecho la primera vez.

54
Gangrena

Desembocaron en un vacío negro y tenebroso en el que su camino era una cinta ondulante que acababa muy arriba, en una plataforma circular recortada en la negrura por multitud de chispas y relámpagos.

—Eso no me gusta nada, capitán. Es alta energía —dijo Tacla.

—Parece muy peligroso —trinó a su vez Mersili.

—No perdamos tiempo —les contestó Guillermo, echando a correr—. Insele tiene que estar allí arriba.

Aunque la cinta era muy empinada, marchar por ella fue como ir a pie plano, de manera que su carrera fue breve. De vez en cuando una chispa surgía de lo alto y recorría el camino haca ellos como guiada por la cinta, pero se apagaba inofensiva antes de llegar a tocarles.

Sin embargo, conforme se acercaron a la plataforma, el número de chispas aumentó como si las atrajeran. Entonces dejaron de ser inofensivas para, al principio escocerles y luego dejarles quemaduras en la ropa. Una de los chispazos, como llamado por el metal, dio en la espada que Mersili llevaba desenvainada y se la arrebató lanzándola al vacío. El mercenario masculló un trino agudo e ininteligible frotándose la mano.

Unos pasos más allá, las descargas comenzaron a dirigirse preferentemente hacia Tacla. El ingeniero se detuvo y tomando por el codo a Guillermo, le dijo:

—No me encuentro bien. Será mejor que les espere aquí o al otro lado del vórtice.

Guillermo asintió con un gesto. Mersili y Schilí le vieron marcharse y el esclavo le preguntó:

—¿Qué le pasa? ¿No funciona bien?

Guillermo se encogió de hombros descartando la ambigüedad de la traducción, más ocupado en seguir adelante.

Los relámpagos se hicieron cada vez más fuertes. Al llegar a la plataforma vieron que los rayos y las centellas surgían de una brillante esfera blanca que flotaba en el aire sobre el centro exacto de la plataforma.

Guillermo sintió una enorme congoja y mucho temor al ver a Insele en el suelo, inmóvil, alumbrada una y otra vez por los relámpagos de deslumbrante luz blanca que despedía la esfera. Sobre la bola flotaba un cubo en cuyo interior Guillermo vislumbró una manchada e informe bolsa de piel marrón.

«¿Todo nuestro esfuerzo para ese horrible pedazo de piel?», pensó.

Un nuevo y cegador relámpago partió de la esfera con enormes centellas doradas que cruzaron la plataforma en todas direcciones como disparos de alta energía que defendieran el cubo.

Pensando que Insele había sido alcanzada por alguna de esas descargas y deseando con todas sus fuerzas que la nam estuviera todavía viva, Guillermo se puso el escudo a la espalda y se volvió hacia los nam diciéndoles:

—Quedaos aquí. Os llamaré si hace falta que me ayudéis.

Luego se tendió cuerpo a tierra y comenzó a reptar el largo camino para rescatar a la nam. Cuando se preguntaba si la esfera se daba cuenta de su acercamiento porque la lluvia de chispas se hacia más densa conforme se aproximaba, oyó a Mersili decir detrás de él:

—¡Humano! ¡Tu escudo desvía las chispas!

Al oírle, Guillermo torció el cuello para mirar atrás. El mercenario y Schilí no se habían quedado atrás sino que se arrastraban tras él.

—Tú solo no podrás con ella —le dijo Schilí.

Levantó ligeramente el escudo para protegerles y, tal como había advertido el mercenario, desviaba la mayoría de las centellas. El estallido de cada una liberaba tanta energía que las chispas próximas estallaban o se desviaban, con lo que se creaba a su alrededor una semiesfera de protección.

Se puso en pie y se acercó a Insele con Mersili y Schilí pegados a su espalda en un avance que acabó atravesando un mar de

llamaradas.

Llegaron por fin hasta ella y, al abrigo del escudo, Guillermo comprobó que vivía aunque su respiración era muy irregular. Se horrorizó al ver que tenía la mano derecha completamente negra. La manga de su chaqueta estaba oscurecida desde un poco más abajo del codo. Le subió la manga con cuidado hasta dejar al descubierto el brazo. La piel verde esmeralda de la nam estaba negra desde la muñeca hasta los dedos.

Reconoció inmediatamente la gangrena. La lesión nacía de una traza perfectamente definida, como si hubiera metido la mano en una vasija llena de veneno que le hubiera matado al instante los tejidos.

Schilí se incorporó, decidido a meter la mano en la esfera y coger la bolsa.

—¡Quieto! ¡Ni se te ocurra!, —gritó Guillermo, cogiéndole del brazo.

El esclavo se paró al momento y le miró, desconcertado. Guillermo le señaló el cubo y la mano de Insele.

—Gangrena —le dijo.

Schilí pareció comprender.

Una trampa mortal guardaba el cubo que contenía la bolsa necesaria para transportar la cabeza de Medusa. Insele seguramente habría metido la mano y algo en el interior se la había matado. Lo que faltaba por saber era si el tejido en apariencia muerto se podría recuperar como sucedía a veces en las congelaciones o si, por el contrario, podían dar la mano por perdida.

Llegados allí con el terrible coste que había tenido el viaje, no podían marcharse con las manos vacías. La única manera de coger la bolsa era empujándola con algo pero, ¿con qué?, se preguntó Guillermo. Recordó el efecto de la chispa con la espada de Mersili y desechó la idea de usar algo metálico.

Los nam le miraban expectantes y nerviosos.

—¿Qué tal si la cogemos y nos vamos, humano?, —le preguntó Mersili.

Guillermo le ignoró. Al final, aunque era la única arma que podía utilizar contra Medusa, decidió empujar la bolsa utilizando el *srili*. «Al fin y al cabo, es materia muerta», se dijo.

Sacó el arma e introdujo la punta cautamente en el cubo.

En ese instante, la esfera dejó de relampaguear y desaparecieron las chispas por completo.

Un resplandor blanco nació de la plataforma y se extendió por la cinta hasta el tornado.

—Como en el Desierto Infinito —dijo Mersili en un susurro reverente.

La bolsa quedó flotando en el aire y entonces un terrible y penetrante olor a podredumbre y a animal invadió la plataforma.

—¿Qué huele tan horrible, como a podrido?, —preguntó Guillermo, desconcertado—. ¿Es Insele?

—No es la mano de la hembra, humano. Es la bolsa —dijo el mercenario—. Como si hubieran curtido su piel de una manera muy primitiva. Huele igual que los preparados de piel en mi aldea natal.

Las palabras de Mersili resonaron en Guillermo. «¿Y si fuera realmente…?», pensó sin atreverse a terminar la frase.

—Parece que tiene algo dentro —dijo Schilí, señalándola con el dedo.

Guillermo apartó la solapa que cubría la boca del zurrón. Dentro había un cilindro de metal, más grande que una cabeza humana, cuyo esmerado pulido contrastaba con el basto y grueso cuero.

Levantó la tapa de metal y una pequeña luz ambarina comenzó una intermitencia lenta en el fondo del recipiente que se aceleró un momento después. Unos segundos más tarde, una miríada de luces azules y blancas repartidas por la pared de la caja relampaguearon al unísono una única vez y después se apagaron. El cilindro pareció muerto durante unos momentos, pero destelló un luz ambarina que a continuación parpadeó a un ritmo muy pausado, como a la espera de algo.

«¡Es un contenedor de órganos vivos! ¡Tiene miles de años y se acaba de poner en marcha! ¡Esto es absurdo!», se dijo Guillermo, pero al cabo de unos momentos la fuerza de los hechos le obligó a aceptar lo que estaba viendo.

«¿Será posible que este bolso hediondo sea el que empleó Perseo en Vieja Tierra y por eso huele? Si la bolsa y el contenedor han resistido milenios, eso quiere decir que dentro de la esfera no existía el tiempo —razonó y por fin comprendió—: Por eso los tejidos de la mano de Insele están muertos y por eso el contenedor ha podido ponerse en marcha después de milenios. ¡Malditos y geniales suil!».

55
Gorgona

Guillermo atravesó la cortina de oscuridad dejando atrás a los nam y salió al rellano de la escalera que llevaba a la plataforma con el maloliente zurrón en bandolera. «Olvida el mérito y el honor. Medusa morirá en cuanto te huela», le había bromeado Mersili como despedida.

A su derecha, el sol brillante iluminaba la plaza a punto de ser ocultado por su estrella hermana. Muy abajo, a sus pies, quedaban las momias como piedras asomando en una playa de arena. Ningún movimiento, tan solo el restallar de los andrajos flameando al viento que precedía al eclipse. A su izquierda, el luminiscente Templo de los Héroes.

Se inició la ocultación y las sombras cubrieron lentamente la explanada.

Inspiró profundamente, preparándose para el combate. Se miró el *srili* en su mano derecha, sorprendido otra vez de sentirlo como si fuera una prolongación de su brazo, y el escudo en la izquierda. Nunca hubiera creído que su vida pudiera llegar a depender de un hueso afilado y de un escudo que parecía hecho de vidrio.

Pasaron unos minutos y de repente, abajo, desde una esquina del Templo de los Héroes, dos rayos paralelos de luz amarillenta barrieron las tinieblas de la explanada escudriñándola cuidadosamente.

—Esperabas el eclipse, *hijaeputa* —masculló Guillermo, que apenas aparecieron las luces alzó el escudo para protegerse—. ¿Cuánto hace que estás ahí esperando?

Aferró con fuerza el *srili* y rezó para que el hueso de la Ahrrimán fuera tan eficaz con Medusa como lo había sido con el

sirliza. Levantó la vista hacia el sol artificial y estimó que aún quedaba un buen rato para que acabara el eclipse, de manera que tendría a la bestia situada gracias a la luz de sus ojos.

Bajó la escalera sin prisa y confiado. Guiándose por el resplandor que le llegaba por debajo del escudo no le resultó difícil quedar frente a ella.

—¿Qué te hice para que me quieras matar?, —le preguntó una voz de mujer en su mente.

Entonces, la luz amarilla desapareció y todo volvió a estar oscuro.

—¿Por qué me quieres matar?, —le preguntó de nuevo la hermosa voz, a la vez que en su mente se aparecía el cuerpo desnudo de la mujer más deseable que hubiera podido imaginar.

—No llevo armas. ¿Por qué tú sí?, —continuó ella. Guillermo vaciló un instante, confundido.

Chasquidos de los andrajos.

Aun con los ojos cerrados vio los ojos acariciadores, la boca sensual, la piel tersa y perfecta, la melena lacia enmarcando el rostro más bello del Universo.

Sintió la necesidad de verla con sus propios ojos.

Un roce levísimo confundido con el siseo del viento. Tan cercano y tan suave que no podía ser de unos harapos. «Tengo que verla», pensó. «Tanta belleza no puede tener culpa. He de asegurarme».

Algo como un delicado suspiro a su izquierda.

—¿Por qué me quieres matar?

Un siseo enmascarado por el flamear continuo de los harapos.

—¿Qué te hice para que me quieras matar?, —repitió la voz en su cabeza.

El eclipse acabó y el viento sopló más leve.

Levantó ligeramente el escudo.

Vio unos pies humanos perfectos, mucho más hermosos que cualesquiera otros que hubiera visto en su vida. Alzó un poco más el escudo y las pantorrillas se revelaron bellas a partir de unos tobillos fuertes y firmes. Un poco más. Las rodillas y el inicio de unos muslos infinitos.

Deseó apartar el escudo para ver a la espléndida mujer.

Retrocedió unos pasos.

Las piernas se movieron hacia él, en un andar seductor y lascivo.

Medusa no le había hecho nada. «¿Por qué *carajo* la quiero matar?», se preguntó.

Un paso más atrás, Guillermo pisó una de las momias, que se partió con un chasquido cubriendo de polvo gris sus ya sucias botas.

Medusa también la pisó, pero sus pies desnudos ni se mancharon ni sus uñas de bordes níveos se ensuciaron con el polvo del cadáver milenario.

Una fortísima sensación de peligro y Guillermo saltó inmediatamente a su derecha evitando el primer ataque de la Gorgona, a costa de llevarse un latigazo que le abrió la tela del pantalón hasta el muslo izquierdo provocándole un ardor terrible.

La ilusión que el monstruo le transmitía a través del brog se deshizo al instante y entonces pudo ver las verdaderas piernas de su enemigo: una peana formada por un tallo único de tentáculos, como el del macho solo que más grueso.

Sin embargo, Medusa se movía rápida, equilibrada y precisa.

—¿Qué te he hecho para que me quieras matar?

Guillermo no perdía de vista la peana de la bestia buscando el momento para enviarle un tajo, cortarla e inmovilizarla. Sin embargo, Medusa, como si conociera sus intenciones, se mantenía constantemente a distancia de su arma, balanceándose hacia delante y hacia atrás.

La bestia comenzó a retroceder y él avanzó. Sortearon las momias hasta que Guillermo vio una oportunidad y lanzó varios sablazos, pero Gorgona los evitó con una facilidad desconcertante para Guillermo. No tardó en darse cuenta: «¡El brog me está delatando!», se dijo. Y entonces cantó con voz bien alta el toque a degüello.

Desde la primera sílaba su único pensamiento fue matar. Sin pensar, sin cuartel, sin dudar, incorporando el lado bestial aprendido de los *qüirril*.

Chasquidos cada vez más abundantes al soplar el frío viento anunciando un nuevo eclipse.

De súbito, la peana desapareció de su vista.

La luz del sol artificial se debilitó. Por el rabillo del ojo vio que estaban muy cerca del Templo de los Héroes.

Se concentró para escuchar. Le pareció oír una rozadura como si algo se arrastrara sobre el suelo alejándose de él, de manera que

avanzó rápidamente en esa dirección.

Tropezó con el primer peldaño de la escalinata que llevaba al Templo.

Llegó la oscuridad y el claro sonido de otro restregón le permitió situar a su enemigo.

La bestia retrocedía hacia dos momias un par de escalones más atrás como si esperara que Guillermo abriera un hueco en su defensa al avanzar.

Sin dejar de cantar, Guillermo lanzó de repente un largo y rápido corte a la peana de la bestia.

El monstruo soltó un bramido fuerte y grave y se desplazó a un lado, tambaleándose.

A pesar de la gran cantidad de tentáculos que fueron cortados, otros tantos tomaron su sitio de manera que Medusa recuperó rápidamente el equilibrio y contraatacó aferrando el escudo como si quisiera arrebatárselo. Guillermo cortaba los tentáculos que tenían cogido el perímetro, pero la bestia los reponía a la misma velocidad con la que él los cortaba.

La fuerza del monstruo era impresionante. El primer tirón del escudo le levantó en el aire y le obligó a cerrar los ojos al quedar por completo al descubierto.

El sonido reverberó y Guillermo supo que Medusa le había llevado al interior del templo.

Tras el segundo tirón, Guillermo hurtó el cuerpo, se revolvió a ciegas en el aire y asestó cortes a derecha e izquierda tan rápido y fuerte como fue capaz, esperando rebanar la cabeza de su enemiga con alguno de ellos, pero Medusa continuó zarandeándole como si los ataques de Guillermo no la afectaran en absoluto.

Sin embargo, unos instantes después, el monstruo soltó el aspis y retrocedió, distancia que Guillermo acortó rápidamente con el *srili* en alto, dispuesto a tasajearla.

Notó que una brisa le recorría el rostro de arriba abajo. En ese momento, su sentido del peligro lanzó una potente alarma e instintivamente se cubrió la cabeza con el escudo y se hizo a un lado rodando.

Al momento siguiente, Medusa cayó a plomo a su lado pero Guillermo ya se había puesto en pie y se protegía con el escudo.

En un reflejo abrió los ojos justo a tiempo de evitar un gusano

similar a una oruga, peluda, negra, gruesa y larga lanzada directamente a su cuello. La oruga cayó en una momia y la partió en dos levantando una humareda como hubiera sido cortada con una espada candente.

Medusa lanzó otra oruga que se enroscó en su hombro izquierdo. El dolor fue tan intenso que el brazo le falló y no pudo continuar sosteniendo el escudo.

Guillermo quedó por completo al descubierto con la bestia a su espalda.

Los ojos de Gorgona iluminaron de ámbar una enorme estatua en el fondo del Templo.

Un rozar como un jadeo detrás de él.

De improviso, la voz de Tacla exclamó:

—¡A la altura de su cabeza! ¡Ahora, capitán!

Guillermo no necesitó más. Lanzó un poderoso tajo horizontal girando el cuerpo hacia atrás y a su derecha. El arma describió un amplio semicírculo cortando la cabeza de Medusa, que salió despedida de su cuello y sus ojos dejaron de brillar.

—¡Lo consiguió!, —exclamó apagadamente el ingeniero.

56
Templo de los Héroes

Abrió los ojos. La amplia y fría sala del Templo de los Héroes estaba en penumbra alumbrada por una única y vacilante llama. Vislumbró a Tacla en el suelo aferrado con los dos brazos a la peana del monstruo. Sintió una gran angustia al verle: el ingeniero se estremecía de los pies a la cabeza.

Antes de socorrerle se aseguró de que la bestia no fuera un peligro. Se acercó a la cabeza. Tenía el rostro de una mujer bellísima cuya cabellera era de finas culebras, alguna de las cuales aún se movía.

Sin embargo, el cuello estaba formado por infinidad de serpientes negras, tan gruesas como dedos. Tentó la cabeza con el *srili*, primero cautamente y luego con menos miramientos. No hubo reacción de ninguna clase.

Sangre densa y roja manaba lentamente de lo cortado. Sacó el contenedor del zurrón y en cuanto lo acercó a la cabeza surgieron del aparato numerosos zarcillos de luz azul que se unieron a las serpientes del cuello, cortando las hemorragias y metiéndola en el interior.

Los párpados de la bestia se agitaron como si la cabeza volviera a la vida. Guillermo se apresuró a cerrar contenedor por si el monstruo recuperaba su terrible mirada.

Inmediatamente después volvió junto al ingeniero.

—¡*Hijoeputa*, Tacla! ¿Merecía la pena?, —le dijo con amargura en voz alta.

Tacla volvió la cabeza hacia él y le dijo con una voz desprovista de entonación:

—Sin duda, capitán. Soy la inteligencia artificial implantada en

el coronel Tacla… El coronel y yo somos un biointeligente simbiótico avanzado.

Al instante, a través de su implante, con un *¡plop!*, apareció ante los ojos de Guillermo un mensaje en el aire solo para él procedente de la IA. Guillermo leyó que Tacla era un agente de inteligencia con grado de coronel, experto en misiones de campo, condecorado en numerosas ocasiones y con el más alto nivel de acceso a información reservada.

Le miró asombrado. El hombre que él había tratado en este viaje era muy humano. Sin embargo, esa simbiosis con una inteligencia artificial explicaba a la perfección su insaciable curiosidad, su increíble velocidad de tiro y puntería, su fuerza y habilidad, sus comentarios y la vastedad de sus conocimientos. Y también la actitud de los nam hacia él.

Como si le hubiera leído el pensamiento, la IA le dijo:

—¿De qué se extraña? El coronel y yo somos un simbiótico IA mientras que usted con su brog o Beatriz con el suyo son un simbiótico biológico…

La inteligencia continuó:

—Estoy manteniendo… lo poco que queda de la conciencia natural del coronel. La exposición a la radiación de ese ser ha destrozado su sistema nervioso original. Ahora solo funciona el compartido.

Tras un momento de silencio, continuó:

—Apenas nos queda tiempo. Acérqueme a la tumba cerrada —le pidió la IA—. La de la izquierda, debo leer lo que pone.

Al principio, Guillermo no supo a qué se refería porque no veía nada en la oscuridad. Acercó al ingeniero al extremo de la sala y, conforme los ojos se le acostumbraron a la única luz del salón, comenzó a descubrir los detalles y con ello se incendió la boca de su estómago con una mezcla de temor, asombro e incredulidad.

Ante sí se erguía la escultura gigantesca de una mujer humana desnuda, tocada con una especie de casco de guerra, con un escudo idéntico al suyo en cuyo centro había un relieve con una cabeza con un rostro igual a la que él había cortado hacía un momento.

A los pies de la descomunal figura había cuatro fosos rectangulares en el suelo de piedra blanca. El de la izquierda estaba tapado con una losa grabada con siete símbolos que Guillermo no

había visto en su vida. Los otros tres huecos tenían la tapa corrida a un lado, como preparada para cubrirlos cuando llegara el momento.

—¿Son tumbas?, —preguntó Guillermo, que recordó haber visto algo similar en algún *erreuve* histórico.

—Sí —le contestó la inteligencia artificial de Tacla.

La IA le dijo un momento después:

—La escultura y esa inscripción son las respuestas que necesitaba. Ahora está todo claro.

Encontrar en un sepulcro la única inscripción en lenguaje humano de la Ciudad de las Doce Mil Estrellas le pareció a Guillermo un muy mal presagio.

—¿Sabe qué significan esos símbolos? ¿Quién es la mujer de esa escultura gigantesca?, —le preguntó Guillermo.

—Es griego arcaico; dice Perseo. Está claro que, una vez muerto, su cuerpo y sus armas fueron recogidas en Vieja Tierra y traídas aquí. La escultura representa a la diosa griega Atenea, que es la Justa Guerrera, la *Assinai* de los nam que nos relató Insele. La madre de Perseo y quizá de usted.

Al oírle, Guillermo pensó que la IA desbarraba porque la *Assinai* era nam y no podía tener forma humana. Por otra parte, por mucho que los suil dominaran el espacio y el tiempo, él era de los pocos que sabía quién era su madre y estaba orgulloso de haberla conocido.

—¿Por qué hay tres tumbas vacías?

—No lo sé, capitán. Son para unos héroes. Quizá una sea la suya.

Guillermo bufó, molesto. Le daba escalofríos imaginar que estaba ante su propia tumba.

—¿Los suil conocían el futuro? ¿Sabían que yo mataría a la Gorgona?

—Creo que sí.

—No entiendo nada.

Tacla cogió aire varias veces:

—El coronel y yo creemos que hay una relación muy importante que aún está por descubrirse entre los nam, los humanos, la especie de seis dedos, Medusa y los suil… —Se detuvo para respirar largo rato—. De lo que no cabe duda es que los nam y los humanos se conocían hace miles de años y por algún motivo dejaron de

relacionarse. También sabemos que, para que no se olvidara la hazaña de Perseo en Vieja Tierra, se le dio su nombre a elementos del cielo y se mantuvo el mito tanto entre los humanos como entre los nam, lo que indica que ambas especies tenemos en común mucho más de lo que imaginamos.

Tacla respiraba con mucha más dificultad. Sus párpados se levantaron dejando ver los ojos en blanco. Le dijo al borde de sus fuerzas:

—Necesitamos que acerque mi antebrazo derecho al suyo para transferir a su implante la información que hemos recogido a lo largo de este viaje. El coronel Tacla y yo le ordenamos que se la entregue exclusivamente al almirante Lindemann en persona. Exclusivamente.

Guillermo le respondió mientras acercaba su brazo:

—Probablemente, Lindemann esté muerto en estos momentos. Y tampoco sé cómo voy a encontrarle porque no sé ni cómo vamos a volver.

—No se preocupe, el almirante les encontrará si Falten… —calló abruptamente. Sus piernas comenzaron a agitarse.

—Si Faltenmeier, ¿qué?

Un susurro del que solo entendió.

—… tiempo.

Tacla calló de nuevo, esta vez largo rato. Pareció recuperarse y le dijo con una voz tan tenue que Guillermo tuvo que acercar el oído a su boca para oírle:

—… Un último favor… Llévenos fuera… entrada del Templo… información mil años…

Levantó el cuerpo del ingeniero y lo llevó en brazos hasta la escalinata. Lo dejó con mucho cuidado, apoyado contra una de las grandes columnas e iluminado por el extraño sol.

Tacla abrió los párpados y sus ojos le miraron:

—Gracias. Le deseamos suerte, Alexandros —Guillermo se sintió extraño al ser llamado por su verdadero nombre de pila. Luego, la IA dijo algo ininteligible y tras una larga pausa continuó con gran trabajo—: Tenga… cuidado… agente de *El Mudo*. Creemos que es…

—¿Un agente de *El Mudo*? ¿Dónde? ¿Quién?, —le preguntó Guillermo totalmente desconcertado.

Tras una última convulsión, una sonrisa se congeló en el rostro de Tacla y sus párpados se cerraron definitivamente. Guillermo se puso en pie y levantó la vista sintiéndose sin fuerzas, muy cansado y entristecido.

—Descansa, Kern Tacla —le dijo.

Volvió al interior. Se acercó al sepulcro de Perseo y sintió un escalofrío. Descubrió que en la cabecera de la tumba flotaba en el aire el *srili* del héroe arcaico, exactamente igual al suyo. Entonces recordó que los antiguos tenían la costumbre de enterrar a los guerreros junto con sus armas. Se miró: él tenía el *srili* en una mano, el escudo en la otra y quizá estuviera frente a su tumba.

Salió inmediatamente de allí.

57
Gangrena

Entraron juntos al Templo de los Héroes. Insele, firme sobre sus piernas, se miró la mano ennegrecida un instante y luego levantó la vista hacia la enorme figura. Luego echó un vistazo a las tumbas.

—En esa cabe un nam —fue todo lo que dijo señalando la de en medio.

Insele parecía meditar. Guillermo imaginó que estaba preocupada por su mano y decepcionada porque en un lugar suil había una enorme escultura humana que, además, era la única representación de un ser inteligente en toda la necrópolis.

El silencio se rompía de vez en cuando con el siseo del viento y los chasquidos de los harapos. Unos minutos después, la nam se volvió hacia él y saliendo de su mutismo, le dijo:

—Este lugar es impresionante. Estoy cansada y creo que tengo fiebre —tras una nueva pausa, le preguntó—: ¿Ves Guillermo? Se cumple el augurio que me hicieron al nacer: estoy en la Luna de los Muertos y perderé la mano derecha, ¿no Guillermo?

Él se demoró a su vez en contestar:

—Creo que sí. De lo contrario la gangrena te provocará una septicemia y morirás. El tejido de tu mano está muerto y ha comenzado a descomponerse.

—¿Cuándo la cortarás?

—Cuando lleguemos a la *Urania*. Allí hay un *robomed* que me ayudará. Tenemos que darnos prisa en llegar, pero antes quería que vieras esto.

Ella rio por lo bajo, a lo nam: con un cloqueo. La estatua le daba igual en esos momentos.

—El Destino te ha convertido en el cirujano de la familia.

Primero coses al hermano de mi padre y ahora me cortas la mano. ¡No te presentaré a mi madre ni a mis hermanos!

Guillermo sonrió. Le dijo:

—Tacla me dijo que nam y humanos nos relacionamos hace miles de años y que tenemos mucho en común.

—¿Te afecta la pérdida de esa media máquina?, —le preguntó ella, extrañada.

—¿Sabías que…?

—Sí —le replicó—. Olía muy diferente al resto de vosotros. Mejor, mucho mejor.

—Era humano. Solo tenía una inteligencia artificial simbiótica —justificó Guillermo, dolido por la aparente indiferencia de la nam.

—No entiendo cómo se puede ser máquina y persona a la vez, pero el caso es que mi linaje le debe la vida.

Luego, ella se volvió hacia la escultura:

—Es una representación de *Assinai*. No esperaba verla aquí, pero no me extraña.

—¿*Assinai* era humana?

Insele clavó instantáneamente su mirada en él y exclamó, ofendida:

—¡Claro que no! Era nam.

Guillermo vaciló un momento antes de contestar:

—Pues esa escultura tiene forma humana.

—Tus ojos te engañan —la nam señaló la figura con la mano—. Es la figura perfecta y fiel de una hermosa hembra nam.

Guillermo miró la estatua, absolutamente humana y sin dejar de mirarla, le contestó extrañado:

—No lo entiendo. Tú la ves con la forma de tu especie y yo la veo con la forma de la mía —entonces, Guillermo recordó su entrada a la Ciudad de las Doce Mil Estrellas—. ¿Te acuerdas de la cabeza al final de la Escalera de los Vientos?

—¡Difícil de olvidar!, —exclamó ella.

—Esa cabeza, para ti ¿era nam o era humana?

—Nam —replicó ella con naturalidad.

—Pues los humanos la vimos humana. Parece que algunos símbolos se adaptan a la especie que los está mirando.

Insele volvió a mirar hacia la escultura. Luego recorrió con la vista la tumba de Perseo.

—Conozco esos símbolos. Los he visto a menudo en el Irdilale Lam, pero no sé qué quieren decir.

—Dicen «Perseo» escrito en una lengua terrestre arcaica —replicó él—. Eso es lo que me dijo Tacla.

—Vámonos Guillermo —le dijo ella, tras unos momentos de silencio—. Se nos hace tarde y ya he visto bastante.

El esclavo y el mercenario les esperaban fuera, a unos pasos del cuerpo de Tacla. Guillermo se despidió del ingeniero con un saludo militar. Schilí se detuvo un instante frente al cadáver y luego se retiró.

Mersili e Insele se acercaron al cuerpo, clavaron una rodilla en tierra y apoyaron un instante su frente en la del cadáver.

Schilí les hizo señas para que le siguieran hacia la escalera de vuelta directa a Niebla Perpetua. Comenzaron el ascenso con Mersili a la cabeza, seguido de Guillermo e Insele, con Schilí cerrando el grupo. La nam no dijo nada sobre dejar al mercenario sin vigilancia dirigiendo la marcha.

La niebla apareció tímidamente un buen rato después de iniciar la subida y fue entonces cuando Guillermo comenzó a notar cierta pesadez de cabeza. Un poco más adelante la molestia se convirtió en una ligera jaqueca. Cuando terminó la escalera y estuvieron tan envueltos en la bruma que no se veían los unos a los otros, Guillermo tenía una migraña tan fuerte que apenas podía mantener el ritmo de la marcha.

Al frente vislumbraron los primeros globos de luz amarillenta. En un claro de la niebla, Schilí se colocó a la cabeza para guiarles hacia el balcón donde les esperaba Bril con el Maestro Piloto.

Siguieron adelante a paso ligero y la niebla no tardó en aclararse. Un poco más allá comenzaron a ver las aristas de los mausoleos de Pureza y las estrellas sobre sus cabezas.

—¿Cómo es posible que en tan poco tiempo hayamos avanzado tanto?, —se preguntó Mersili en voz alta.

—Nadie conocía este atajo y debe de haber más para llegar rápidamente a las diversas partes de la Ciudad —le contestó Schilí —. Siempre fue un misterio para mis antiguos amos cómo podía ser que la Gorgona viviera en el Templo Negro y apareciera por aquí.

Guillermo sentía una gran confusión mental. En un principio la atribuyó a la migraña pero cambió de opinión cuando aparecieron

en su mente unos recuerdos que no eran suyos: la Gorgona mirándole directamente a los ojos; el Templo de los Héroes iluminado por el sol extraño; la imagen de sí mismo sucio y empapado en sudor mirándole angustiado; la esfera con la bolsa de Perseo soltando chispas; el sirliza muerto y otras muchas estampas mezcladas sin sentido.

Se paró y se sentó en el suelo, incapaz de continuar.

No tardó en comprender que los recuerdos de Tacla estaban pasando de su implante a su conciencia, quizá a través del brog. Rechazó con fuerza esos recuerdos y el resultado fue un incremento tan fuerte del dolor de cabeza que se le doblaron las piernas y comprendió que, efectivamente y lo quisiera o no, el brog haría suya la memoria del ingeniero y su IA.

En el aire flotaba el olor de la carne en descomposición.

—¿Te encuentras bien?, —le preguntó la nam, sentándose a su lado.

—Necesito un momento para recuperarme. Solo es dolor de cabeza —le contestó, cogiéndose la cabeza con las manos. Simultáneamente, el brog le trajo de Insele una sensación terrible de malestar y fiebre. En ese momento percibió el estado de la nam y sintió una profunda angustia—: Tengo que operarte inmediatamente, pero debo saber…

Guillermo perdió el sentido antes de acabar la frase y ella se desmayó un momento después.

58
El balcón

Apartó el arma y se sentó en uno de los peldaños grises junto a Aisha. A sus pies descendía la amplia escala hasta la Ciudad de las Doce mil Estrellas.

La joven, sin dejar de vigilar el mar de oscuridad del que arrancaba la escalera, dejó que Bril le cogiera la mano y se la apretó cariñosamente. El oficial reaccionó al instante y le dio un silencioso beso en la mejilla, ilusionado con el amor que despertaba en él la *jonimún* recién iniciada.

Bril apartó la funda de su pistola para que no le estorbara y se acercó a la joven para sentir su cuerpo y su calor. Sin embargo, antes miró con desconfianza por encima del hombro. Danila continuaba en su puesto, junto a Faltenmeier, y no parecía interesada en ellos.

El día anterior, Danila había mostrado abiertamente sus dudas sobre la misión de Guillermo y había insistido en abandonar el balcón y volver a la *Urania*. La discusión entre ellos fue muy agria y, en opinión de Bril, estuvo realmente motivada por los celos de no haberle propuesto la *jonimún* a ella.

Finalmente el oficial zanjó el enfrentamiento, cada vez más en el terreno de lo personal, con la amenaza de abrirle un archivo Elvira. La IA le aconsejó que la arrestara inmediatamente, pero él no lo hizo para evitarse problemas y disfrutar tranquilamente de la *jonimún* con Aisha.

Por otra parte, en caso de que Tacla y el capitán Gitzi volvieran, había algo seguro: que la Armada examinaría con lupa su actuación como comandante de esa misión y él no quería bajo ningún concepto que su primer mando independiente se manchara con una

discusión sobre la racionalidad de cortarle la cabeza a una bestia para regar con su sangre al Quinto Maestro con el fin de sacarle de su estado vegetativo.

Cuando Bril no pensaba en el escalafón solo tenía cabeza para Aisha. No dejaba de pensar en la fortuna que había tenido al conocerla. Él era un hombre bien entrado en la madurez y ella era una oficial destacada mucho más joven que él, hermosa, inteligente y dedicada a su trabajo. Perfecta para él y para sus hijos: responsable, cariñosa, dialogante, y con una educación muy sólida y esmerada. En suma: un regalo.

Que Aisha le hubiera dicho que cuando el Maestro estuviera recuperado daría por acabada la *jonimún* no le importaba porque la relación entre ellos era tan perfecta y estaban tan enamorados el uno del otro, que no tardaría en darse cuenta de lo evidente: que él era solo para ella y que ella era solo para él.

Disfrutó en silencio de su contacto y su calor. Deseó que continuara llamándole por su nombre de pila para que desaparecieran los rangos y porque en sus labios, su nombre sonaba gallardo y atrevido.

«Dieciséis horas y veintitrés minutos de *jonimún* y me parece que la conozco desde siempre», pensaba, mirándola con una sonrisa que ella le correspondió.

Tras unos momentos, Aisha volvió la cara hacia él y le preguntó:

—Jacques, ¿crees que el capitán volverá a tiempo? En unas horas se cumplirá el plazo que le diste.

—No lo sé. Ni siquiera sé si hice bien enviándole —respondió él con la voz cansada. Luego le confesó—: Estaba desesperado y le mandé en busca de la cabeza de ese bicho, si es que existe. Una parte de mí quiere que el Maestro se recupere, pero otra desea que eso no suceda para que lo nuestro no se termine.

Ella le apretó la mano cariñosamente. Luego él le preguntó ilusionado:

—¿De verdad quieres que terminemos si todo esto sale bien?

—Ese fue nuestro trato, ¿recuerdas? Ya te lo expliqué —le contesto ella, soltándole la mano y volviéndose hacia él, dolida, porque le estaba sucediendo lo de siempre: no había pasado un día y su pareja de *jonimún* no entendía que ella no quería ataduras. Le preguntó—: ¿Pondrás problemas a nuestro trato? No me puedo

ocupar de los dos a la vez y tampoco quiero dejar al Maestro.

Él replicó con la sequedad del orgullo herido:

—Cuando esto se acabe no tendrás que preocuparte por mí. Lo nuestro será historia.

Aisha Cortés asintió con la cabeza porque los hechos le confirmaban una vez más su teoría: no había en el universo hombre capaz de entenderla ni existiría jamás. Se encogió de hombros, resignada.

Un muro de silencio se interpuso entre ambos.

Bril, consciente de su equivocación, comentó para relajar el ambiente:

—Son realmente curiosos esos nam, ¿no te parece?

—Sí —le respondió ella al instante, agradecida de que se hubiera roto el incómodo mutismo—. Me impresionó mucho que la tripulación de *Liebre* se sacrificara por nosotros. Los humanos no hubiéramos sido tan heroicos… Yo no lo hubiera sido.

—Tengo mis dudas sobre ese supuesto sacrificio —le replicó él con suficiencia—. Creo más bien que esa nave era un dron. O eso, o están locos. Nadie se sacrifica por unos desconocidos de esa manera.

—No me pareció que *Liebre* estuviera vacía. Después del salto, Insele parecía afectada.

—¿Cómo lo sabes? Yo la vi siempre igual. Nunca sé qué le gusta o le disgusta y eso me hace desconfiar de ella. Además, huele espantosamente mal.

—Era su forma de estar, de moverse. Tuve la sensación de que había un aura de tristeza alrededor de ella. No sé explicar cómo lo sé, pero seguro que estaba mal o triste o algo así.

La expresión de Bril se volvió escéptica.

—No sé por qué os metéis tanto con ella —continuó Aisha—. Yo creo que os da miedo. Lo desconocido da miedo.

«Bobadas», pensó Bril, olvidando su propia reacción de rechazo ante la nam para mantener su vanidad. A continuación, le preguntó:

—¿Te gustan los nam?

—Los encuentro interesantes. Huelen horrible, pero cuando te acostumbras no es tan malo. El que nos encontramos y se fue con el capitán me pareció impresionante, tan alto y tan fuerte, pero sin nariz —Bril la miró extrañado. A él le había parecido espantoso y ni

se había dado cuenta de que le faltaba algo en la cara—: Insele me pareció admirable desde el primer momento. Debe de ser muy valiente para atreverse a estar sola con nosotros.

—¿De veras te parecen tan interesantes?

—Sí, y tengo mucha curiosidad por saber cómo son y cómo viven. No me perdía nada sobre lo que descubríamos de ellos en la *Fiat Lux*. Estaba abonada a todos los hilos de la Comunidad sobre los nam.

—Y si también tuvieran algo como nuestras *jonimún*, ¿te irías con uno de ellos?, —le preguntó sarcástico.

—¿Y por qué no?, —le replicó ella al momento con una sonrisa que se le congeló en la cara al verle la expresión.

«O sea, que me cambiarías», pensó Bril con disgusto al oírla, atravesándola en canal con la mirada y luego maldiciendo su exhibición de celos. Unos instantes después, desvió la vista hacia la necrópolis. Ya le estaba saliendo el mal carácter, una faceta suya que casi nadie conocía. Se dio cuenta demasiado tarde de que, a pesar de sus esfuerzos para evitarlo, estropeaba la *jonimún*.

Buscaba alguna forma de borrar el espantoso efecto de su reacción, considerada de muy mal gusto e inmadura en las relaciones pactadas temporales, cuando creyó percibir movimiento en la oscuridad, al fondo de la escalera.

No era la primera vez que las sombras producidas por las cambiantes estrellas del cielo de la Ciudad les confundían haciendo que pareciera que alguien salía de las tinieblas. Le dijo a Aisha distraídamente:

—Me ha parecido ver que se movía algo allá abajo.

—¿Dónde?

Le señaló con el dedo:

—Allí. A la izquierda. Junto a ese cubo grande.

Un instante después no cupo duda de que había algo. Unos segundos después, dos figuras comenzaron a subir por la escalera. A esa distancia, Bril no pudo saber si eran humanas o no. El fuego de la angustia prendió en su estómago y sintió un sabor ácido en la garganta.

Cortés ya apuntaba su arma con mano firme hacia abajo para cuando Bril apuntó su fusil, el pulso temblando de tal manera que no lograba centrar ninguna de las figuras en la mira.

—¡Alerta Danila!, —gritó ella volviéndose un momento hacia atrás—. ¡Actividad en la escalera!

—¿Ya han vuelto?, —preguntó la guardaespaldas poniéndose en pie de un salto.

—No sabemos —le contestó Bril, con la boca tan seca que apenas le salió la voz—. De momento veo dos bichos. Parece que son nam.

—A uno le falta la nariz —dijo Aisha.

—Elvira, ¿reconoces a alguien?, —le preguntó Bril.

La inteligencia artificial no contestó. Los nam estaban cada vez más cerca.

—¿Dejo que sigan subiendo? ¿Hago un disparo de advertencia?, —preguntó Aisha al cabo de unos momentos.

—No parecen armados. Deja que se acerquen un poco más —propuso la voz de Danila a su espalda—. Para tener mejor blanco.

Bril se volvió. Al verla a su lado y no junto a Faltenmeier, le reprochó:

—¿Qué hace aquí? ¡Vuelva inmediatamente a su puesto!

La guardaespaldas observó el ascenso de las figuras sin hacerle caso.

Aisha anunció:

—Uno de ellos es el nam que se fue con el capitán Gitzi.

—Parece que vienen cargados —dijo Danila.

—¿Les dejamos subir?, —preguntó de nuevo Aisha.

Bril dudó un momento y luego le ordenó.

—Haz un disparo de aviso cuando lleguen a la meseta. Que no pasen de ahí.

Bril se llevó la mano al oído derecho como si estuviera escuchando algo.

—¡Un momento!, —exclamó—. Elvira aconseja no disparar porque el ruido revelaría nuestra posición. Me pregunto si habrá en este cementerio alguien vivo para oírlo… —comentó sarcástico.

—Quizá tenga razón —observó Aisha, sin perder de vista a los extraños—. Alguien tiene que cuidar de esto aunque no le hayamos visto.

Bril se volvió hacia ella y le dijo:

—Tendrás que bajar para pararles.

—A la orden —respondió la joven guardaespaldas, que bajó

corriendo la escalera hasta quedar unos peldaños por encima de la meseta más próxima.

Los nam no tardaron en alcanzarla. Aisha les apuntó ostensiblemente con el arma y les dio el alto con voz fuerte y tajante, segura de que su lenguaje corporal sería perfectamente entendido por ellos y por cualquier otro ser inteligente.

Reconoció al esclavo por su falta de nariz; sin embargo, el otro nam, alto y vestido como un bucanero de *erreuve*, era absolutamente desconocido para ella. Una potente vaharada del característico y desagradable olor a nam junto a otro de animal podrido, no menos penetrante y todavía más nauseabundo, la hizo vacilar en el escalón.

Levantó el arma y encañonó al bucanero. El otro, el sin nariz, emitió un silbido corto.

Sin hacer ningún caso de las voces, de la actitud ni del arma de Aisha Cortés, los nam continuaron hacia arriba.

Aisha se quedó boquiabierta: el esclavo cargaba a la espalda con el capitán y el otro llevaba a cuestas a Insele.

—¡Traen al capitán y a Insele!, —gritó a sus compañeros. Y añadió—: ¡Y una bolsa que lleva algo podrido!

59
La bolsa

Encañonaron a los nam en cuanto estos terminaron de subir la escalera. Se detuvieron ante Danila y Bril, y tras cruzar una serie de trinos y gorjeos durante los cuales fueron pasando la mirada de uno a otra, no parecieron tomar en cuenta que los humanos fueran una amenaza.

—Estos tres y el de abajo son el resto del grupo, como te dije. El de la izquierda, el más alto, es el jefe —dijo Schilí.

—Entiendo.

—Vi que las hembras se ocupaban del humano con el brog negro que está tumbado al fondo —dijo, señalando a Faltenmeier—. Es mejor que no nos acerquemos a él. Creo que es muy importante para ellos.

—Entiendo —repitió Mersili—. ¿De verdad crees que no nos dispararán? El macho no es problema porque le tiembla el arma en las manos. Esa hembra es quien me preocupa; la huelo muy decidida. La de la escalera, que ahora está a nuestra espalda, la huelo mucho mejor.

—Estoy seguro de que no nos harán daño. Siguen las reglas del amo. De lo contrario nos hubieran matado en la escalera.

Schilí se acercó a la pared, dejó en el suelo la bolsa con la cabeza de Gorgona y depositó suavemente a Guillermo en el suelo. Luego descargó su mochila y le apoyó delicadamente la cabeza en ella.

—¿Qué haces?, —le preguntó Mersili, extrañado.

—Me he fijado en que siempre busca apoyar la cabeza en algo cuando duerme —le contestó.

—¡Eres un gran esclavo! ¡Pendiente de tu amo, como debe ser!,

—le dijo Mersili, dejando a Insele en el suelo junto a Guillermo con menos miramientos y sin ponerle almohada—. Por mucho que digas, no me fio de las reglas de estos monstruos. Solo dejaremos que se acerquen cuando ellos recobren el sentido.

Luego se plantó junto al cuerpo de Insele, las piernas separadas y los brazos separados del cuerpo, y vigiló a los humanos con atención.

—¡Oléis terriblemente mal! ¡Apestáis!, —les trinó fuertemente. Luego se volvió hacia Aisha y emitió un silbido más delicado—: Quizá tú huelas mejor.

Aisha le devolvió la mirada, fascinada por la belleza musical del silbido, pero sobre todo por su actitud desafiante y segura frente a ellos. «¿Será un esclavo de Insele?», se preguntó.

Bril quiso acercarse a Guillermo, pero Schilí se le clavó delante, impidiéndole pasar. El oficial volvió a intentarlo por otro lado, pero el nam siempre se lo impedía obstruyéndole el paso con su enorme tamaño.

—Elvira, ¿me puedes decir cómo se encuentra el capitán Gitzi?, —le preguntó Bril entre dientes a la inteligencia artificial mientras con gestos tranquilos intentaba explicarle al nam en voz alta que lo único que quería era ayudar a Guillermo.

—Imposible —le contestó la IA—. Sigo sin comunicar con ninguno de vuestros implantes.

—Hay algo muy importante —dijo Danila—: la bolsa. No sé qué contiene ni para qué la llevan los bichos, pero, sea lo que sea, está podrido y envenena el aire y a nosotros, y sobre todo al Maestro. Es muy anciano y ya ha sido suficientemente expuesto a microorganismos extraños. Tenemos que deshacernos de ella cuanto antes.

—Elvira me comunica que es muy probable que la bolsa contenga la cabeza —le contestó Bril, retrocediendo un par de pasos.

—¡Imposible!, —opuso Danila—. Si fuera así debería estar chorreando sangre. Insisto: hay que tirarla por el balcón.

—Vamos a coordinarnos —dijo Bril—. Venid.

Mersili dejó escapar un silbido de desconfianza al ver que los humanos se reunían. Las cosas no estaban yendo bien.

—Atención, desnarigado. Están preparando algo —le advirtió.

El mercenario siguió el intenso intercambio de ladridos y gestos de los humanos. De repente, se callaron. Entonces, el macho volvió a adelantarse hacia el Lidiri Lembo, esta vez de frente.

A la vez, la hembra pequeña se aproximó a Insele con la misma actitud.

Inmediatamente, Mersili se interpuso y, a la vez, Schilí le cerró el paso a la hembra.

«¿Y la otra hembra?», se preguntó Mersili.

Un instante después entendió la maniobra de los monstruos, pero ya era tarde: Danila se había apoderado de la bolsa.

60
Antibióticos

Despertó a causa del potentísimo silbido de alarma de Mersili. Ver cómo Danila volteaba con fuerza el bolso de Perseo con la clara intención de lanzarlo por los aires de vuelta a la Ciudad fue suficiente para hacer que, por encima de su tenaz y fortísima migraña, Guillermo gritara con todas sus fuerzas un «¡¡Quieta!!» con la autoridad inapelable de sus años de servicio en el Regimiento Anónimo.

El movimiento se detuvo al instante y la bolsa quedó balanceándose del puño de la guardaespaldas.

—¡Contiene la cabeza, *hijaeputa*! ¡Contiene la cabeza!, —le gritó.

La oficial dudó. Miró a Bril y luego dejó el zurrón en el suelo y lo abrió. Fue entonces cuando vio el cilindro de metal. Levantó la vista y preguntó:

—¿Qué es esta caja?

—Contiene la cabeza de Gorgona —le contestó Guillermo, agotado, con un hilo de voz. Se volvió hacia Schilí y le preguntó—: ¿Dónde está Insele?

—Allí, amo —le dijo el esclavo señalando detrás.

—Ayúdame a levantarme.

Schilí le puso derecho levantándole por las axilas con tanta rapidez y facilidad que Guillermo se encontró sobre sus pies en un pestañeo. Estaba mareado porque los recuerdos de Tacla no dejaban de circular por su mente y hubo de apoyarse en los brazos del nam para hallar su equilibrio.

Se acercó a Insele y la examinó. La nam tenía fiebre muy alta, la piel de su mano estaba fría, había ennegrecido más, olía

terriblemente mal y comenzaban a formarse ampollas llenas de líquido.

Bril no se atrevió a hacer nada en contra de los nam. No se habían comportado de manera hostil y parecían estar a las órdenes de Guillermo. Sin embargo, Elvira insistía en neutralizarlos cuanto antes insistiendo en que faltaba Tacla y en que la vida de Guillermo no podía estar en manos alienígenas.

—Pero el caso es que esos bichos lo han traído aquí —le contestó Bril entre dientes para acabar con la cuestión.

Al verle de pie, el oficial se acercó cautamente a Guillermo temiendo una reacción violenta de Schilí.

—Me alegro realmente de verle, capitán —le saludó dándole la mano, sin quitar el ojo del nam, que no se apartaba de Guillermo—. ¿Dónde está Tacla?

Guillermo logró articular un quedo «descansa» y se llevó las manos a las sienes. Cuanto más fuerte rechazaba los recuerdos de Tacla, peor era el dolor de cabeza.

Bril hizo una mueca de disgusto, no solo por la pérdida de Tacla sino por el terrible y espantoso aliento de Guillermo. «¡Huele a nam!», exclamó alarmado para sus adentros.

—Lo siento de verdad —hizo un gesto en dirección a Schilí y a Mersili y le preguntó—. ¿Son de fiar?

—Completamente. Sin ellos no estaría yo aquí ni la cabeza tampoco.

—¿La leyenda era cierta?

Guillermo se irguió.

—Demasiado cierta, diría yo. Se la resumo: Perseo y Medusa existieron y estuvieron en Vieja Tierra —le replicó. Respiró hondo y señaló la bolsa—. Ese es la bolsa que llevó Perseo por imposible que parezca.

«¡Está completamente dominado por los nam!», pensó el oficial al momento de oírle.

Guillermo no pudo evitar que se le levantara una ceja al ver su expresión.

—Bien. Nos ha traído la cabeza cuya sangre liberará al Maestro, que es lo que importa —le dijo Bril aparentando normalidad a la vez que le hacía una seña a Danila para que se aproximara con la bolsa. Estuvo a punto de decirle que le arrestara pero no se atrevió

—. Luego me contará cómo consiguieron la cabeza y qué le sucedió a Tacla, pero ahora veamos si esa sangre le quita el brog al Maestro y nos lo devuelve.

—Eso es —afirmó Guillermo, cuyo sentido del peligro le produjo un hormigueo en la nuca.

La guardaespaldas entregó el bolso a Bril procurando estar lo más lejos posible de Schilí. Se olió las manos e hizo una mueca de asco.

Guillermo se encaró con el oficial.

—Recuperemos o no a Faltenmeier —le dijo—, tenemos que regresar inmediatamente a la *Urania* para intervenir a Insele. Debo amputarle la mano cuanto antes o morirá. —Y añadió—: Al menos uno de los nam se vendrá con nosotros. El otro no lo sé.

Antes de que Bril pudiera responder, Danila exclamó, indignada:

—¿Volver con ellos? ¡De ninguna manera! Con esos monstruos la atmósfera se viciará muchísimo más con su tremendo olor. El Maestro necesitará que el aire sea lo más limpio posible para recuperarse. ¡Y no cabremos!

—Y además necesito —continuó Guillermo sin hacer caso de la oficial—, omnialienisporina, una tetraciclina y penicilina. Para ella —les dijo, señalando a Insele—. Y necesito eso ya. Ahora mismo.

Bril y Danila le miraron, estupefactos. Estaba pidiendo medicamentos reservados al Maestro.

Mersili le preguntó con un trino indignado:

—¿Le niegan las medicinas?

La guardaespaldas exclamó:

—¿Está loco? ¡Jamás le daré nada de lo destinado al Maestro! ¡Y menos para un pájaro sin plumas!

Bril la miró. Elvira apoyaba la actitud de la guardiana pero él pensaba que si Faltenmeier no salía de su estado, de nada le servirían sus medicinas y, además, tendría en contra al capitán y a sus amigos. Por otra parte, y fundamental en su decisión, fue que no podía permitirse que en su hoja de servicios figurara que había negado auxilio médico a esa nam, autorizada a acompañarles por el propio Lindemann.

—¿El Maestro ha enfermado desde que le infectó el parásito?, —le preguntó bruscamente a la oficial.

—No, pero…

—¡Dele lo que necesita!

Ella abrió la boca para replicar, pero Bril se adelantó:

—¡Es una orden! Prepare al Maestro para rociar su cuello con la sangre de la cabeza que ha traído el capitán y dele todo lo que pide.

—Gracias, señor —dijo Guillermo.

—Comandante Bril —intervino Danila, indignada. Manejó su implante de la palma de la mano y junto a su cabeza apareció un Punto Elvira, la marca brillante que indicaba el inicio de una grabación—. Abro un archivo Elvira para dejar constancia de mi total oposición a entregar medicamentos asignados exclusivamente al Maestro para que sean aplicados en un nam, así como a regar con sangre de una bestia desconocida el parásito que rodea su cuello.

Bril le contestó glacial mirando directamente al Punto Elvira:

—Oficial, recuerde que compañeros de esta nam murieron para que nosotros pudiéramos sobrevivir.

—No se lo pedimos. Lo hicieron porque quisieron.

Bril fue tajante:

—Está bajo mis órdenes, teniente Grant. Actúe en consecuencia.

Danila dio media vuelta y se alejó hacia Aisha, que no perdía de vista a Mersili. Este, a su vez, tenía la vista clavada en la humana.

Bril se volvió hacia Guillermo y le cogió del codo haciendo un esfuerzo, porque el Anónimo olía como la bolsa que había traído. Le preguntó en voz baja:

—¿Usted cree que ese rito bárbaro funcionará?

Guillermo le miró sin ocultar su indignación.

—Espero que sí. Por esa sangre, Insele perderá la mano si es que no pierde la vida, Tacla está muerto y yo casi muero varias veces de no ser por ellos.

Señaló el zurrón:

—Dentro está la cabeza de ese animal. Viva.

Bril le miró estupefacto:

—¿Viva?

—Sí. Este recipiente es capaz de mantener vivos los órganos separados del cuerpo —ante la mirada de incredulidad de Bril, Guillermo se encogió de hombros y añadió—: Tecnología suil.

Danila volvió con el botiquín en las manos. Guillermo lo abrió, escogió los medicamentos, los cargó en una inyectadora y se dirigió a Insele.

La nam respiraba apresuradamente y parecía al borde del colapso.

Se volvió hacia Mersili:

—¿Qué opinas de su estado? Fui médico de humanos, pero no sé nada de vosotros.

—¿Fuiste médico y no te has dado cuenta? ¡Tienes el mismo olfato que el desnarigado! Su herida apesta desde lejos. Ahora comprendo cómo es que no te cuesta estar a su lado.

El mercenario continuó, mostrando una preocupación sorprendente:

—La mayoría de compañeros que he visto con tanta gangrena no han logrado sobrevivir. Diría que le queda un día. Ella es una hembra; quizá dure un poco más. Su destino ya está escrito.

Guillermo suspiró, molesto. La idea de predestinación que tenían los nam le desagradaba profundamente.

—¿Dónde os ponen las inyecciones?, —le preguntó.

El mercenario se señaló las nalgas.

Guillermo le respondió, diciendo:

—Hay cosas que no cambiarán nunca en el Universo.

61
Sangre

Dejó el contenedor junto a la cabeza del anciano y le observó unos instantes. Guillermo se preguntó si detrás de su mirada muerta quedaría alguna chispa de inteligencia. «Si la sangre te libera, viejo, ¿te quedarás así de idiota y nuestro esfuerzo habrá sido en vano o nos sacarás de aquí?», le preguntó *in mente*.

Se llevó la mano al cuello y notó la piel suave de su brog y su latir, acompasado con el de su corazón. Entonces se le ocurrió que, si esa sangre era la solución para quitarle el brog al Maestro, él podría aprovechar esa oportunidad para deshacerse también del suyo. Se sorprendió porque ya se había acostumbrado al simbionte y la simple idea de quitárselo le asustó.

—No es tan malo llevarte ahora que nos conocemos y que ya no le das más vueltas a Tacla —le dijo en voz alta al brog—. ¿No, bicho?

Se volvió hacia la escalinata. Aisha aún no se había ido. Como precaución, por si la mirada de la bestia aún era peligrosa, había acordado con Bril que le esperarían abajo, en la primera meseta de la escalera.

Sin embargo, parecía que las guardaespaldas eran reticentes a dejar a su protegido. Todo lo contrario a los nam que, sin preguntas y sin dudarlo un segundo, cargaron entre los dos a Insele para llevársela de allí en cuanto Guillermo les contó el plan.

Suspiró. Danila había dejado a Faltenmeier tumbado con el cuello bien a la vista, como si el anciano fuera un reo preparado para la decapitación. Soltó los cierres del contenedor, interpuso el escudo para evitar la radiación directa de Medusa, y abrió la tapa. Al momento, un desagradable resplandor amarillento surgió de la

caja e inundó el balcón.

A continuación, metió la mano en el contenedor e intentó sacar la cabeza, pero no salía. Algo la tenía trabada. Imaginó que eran los numerosos zarcillos de luz azul que la mantenían viva. Entonces, estiró con más fuerza; hubo varios sonidos como de succión y, con un último tirón, extrajo la cabeza por completo.

La agitó sobre Faltenmeier para que el goteo fuera abundante y se concentrara sobre el brog. A medida que disminuía el chorreo desaparecía la luminosidad amarillenta. Cuando le pareció que no salía más sangre de la cabeza, la devolvió al contenedor.

Se puso en pie y apartó el escudo. El maestro estaba ensangrentado desde la cabeza hasta el pecho, pero el brog no había cambiado lo más mínimo. Lo miró atentamente durante un rato, pero el simbionte permanecía inalterado.

Llamó al grupo. Los tres humanos se asustaron al ver al Maestro cubierto de sangre. Mersili y Schilí volvieron llevando entre los dos a Insele y la dejaron en el mismo lugar que antes, montando guardia a su lado.

—Lo ha dejado hecho un desastre, capitán. Aquí no podemos limpiarle toda esta sangre; no tenemos tanta agua —se quejó Aisha.

Danila se volvió y le preguntó sarcástica a Bril:

—Oficial, según la leyenda ¿a quién se le cortaba la cabeza?

Bril la fulminó con la mirada y bajó la vista hacia el Maestro. Realmente, parecía que lo habían degollado.

Por su parte, Guillermo había esperado ingenuamente que el brog se desprendiera del cuello de Faltenmeier en cuanto le tocara la sangre. Al ver que el simbionte no mostraba ninguna reacción se sintió defraudado y le invadió una furia tremenda al pensar en la muerte de Tacla y en Insele, y en todo lo que habían pasado.

«¿Ha sido en vano?», pensó con ira, alejándose hacia el balcón. Desde allí contempló la necrópolis y logró distinguir en las sombras del fondo el enorme palacio en ruinas. «¿Todo el esfuerzo para llegar hasta allí y volver para nada…? ¡De ninguna manera!», decidió.

Dio media vuelta y fue en busca de Bril que permanecía junto a Cortés, al lado del Maestro.

—Nos volvemos a la *Urania*. Inmediatamente —le dijo en un tono que no admitía réplica.

Bril le miró, sorprendido. Un instante después se llevó las manos a la espalda y se irguió, buscando una actitud de autoridad. Bastante había tenido con aguantar los desplantes y los desafíos de Danila como para que otro diera las órdenes.

—Capitán —le dijo lentamente, con la voz ronca en un esfuerzo enorme por no gritarle—. No nos moveremos de aquí hasta que el Maestro responda al, al… tratamiento. ¿Me ha entendido?

Guillermo repuso:

—Quédense si lo desea, pero nosotros nos vamos ahora mismo. Insele no puede esperar a que Faltenmeier despierte, si es que lo hace.

«Está mucho más dominado por los nam de lo que suponía», se dijo Bril pensando que había sido un ingenuo al pensar que la solución propuesta por la nam podía liberar a Faltenmeier.

—Arreste inmediatamente al capitán y capture a los nam —le dijo Elvira a través del implante—. Pretende irse de aquí llevándose al esclavo nam, seguramente el único que sabe cómo volver a la *Urania*.

Bril dio un paso atrás y llevó la mano a la pistola de su cinto.

—Capitán, quedan todos ustedes arrestados. ¡Cortés, Grant!, —llamó—. Recojan las armas de los prisioneros.

Guillermo le dijo, muy serio:

—No me entiende —le señaló a Insele—. Si no la opero morirá de septicemia.

—Ese no es nuestro problema, capitán. Entreguen sus armas, incluso ese hueso —le ordenó, señalando el *srili*.

El lenguaje corporal era inequívoco. Schilí le dijo amargamente a Mersili:

—Tenías razón, mercenario. Los humanos no son de fiar.

Mersili le preguntó, sin moverse de su sitio:

—Lidiri Lembo, ¿les elimino? —Guillermo no tuvo duda de que el mercenario era capaz de hacerlo. Ese era su elemento.

Bril se volvió al momento hacia los nam.

—¿Qué han dicho?, —le preguntó a Guillermo.

—Que los humanos no somos de fiar. No hagas nada, Mersili.

Al oír a Guillermo, Bril, con el rostro del color de la ceniza, retrocedió un paso, sacó su arma y le apuntó. Cortés y Grant encañonaron a los nam.

Con voz de boca seca, Bril le ordenó:

—Diga a sus amigos que se tumben boca abajo en el suelo y que se dejen atar —le señaló con la pistola—. Usted también.

Guillermo no se movió y tampoco dijo nada. Bril, la mano armada temblando y la respiración apresurada, le apremió con un gesto para que obedeciera.

El Anónimo no se movió, la mirada clavada en el oficial.

Danila levantó un poco más su arma apuntando a Mersili. Las vejigas respiratorias del nam se agitaron a gran velocidad. Su mano se movió imperceptiblemente hacia su cuchillo. La oficial lo vio y apretó un poco más su rifle.

Schilí retrocedió un paso. Aisha le ordenó al instante:

—¡No te muevas!

—Dejadles tranquilos, Aisha —le dijo Guillermo, su voz puro veneno—. Ni se os ocurra hacerles daño.

Pasaron unos segundos.

Los humanos pendientes de los nam y estos a su vez de ellos.

La catástrofe al menor movimiento.

Entonces, un tremendo chillido de angustia rompió el delicado equilibrio del duelo:

—¡Socorro! ¡Estoy malherido!

Todos se volvieron. Faltenmeier se había incorporado y se palpaba el cuerpo, aterrorizado al verse cubierto de sangre. El brog negro estaba inmóvil en el suelo, como muerto.

—¿Por qué no me habéis defendido?, —les reprochó a gritos a sus guardaespaldas—. ¡Sois unas inútiles!

Cortés y Grant se volvieron interrogantes hacia Bril. El oficial dudó unos momentos entre seguir adelante con el arresto o cuidar al Maestro. Finalmente indicó con un gesto de la cabeza que le atendieran. Inmediatamente, ambas oficiales bajaron sus armas y corrieron hacia Faltenmeier.

—Capitán —le dijo Bril a Guillermo—. Dese por arrestado.

—Como quiera —le replicó—. Nosotros nos vamos. Nos veremos en la *Urania*.

Aisha se acercó a Bril y le dijo algo al oído. La reacción del oficial fue de furia e incredulidad.

—¿Se cree que soy imbécil?, —le preguntó airadamente—. ¡Que venga Danila!

Aisha le hizo un gesto a su compañera y la guardiana acudió después de despedirse de Faltenmeier con un beso en la frente. Respondió la pregunta de Bril:

—Completamente, señor. Quiere volver a la *Urania*. Es lo que nos pide.

—¿Y está en condiciones de aguantar el camino de vuelta?, —le preguntó a Grant.

—Dice que nunca ha estado mejor.

Tras unos momentos de indecisión, Bril le dijo a Guillermo consciente de que estaba haciendo el ridículo:

—Nos vamos con ustedes.

Guillermo sonrió burlón. Luego se volvió hacia Mersili:

—Aquí acaba nuestra tregua. Ya no eres mi prisionero.

—Hace tiempo que estoy contigo porque quiero, humano —le respondió el mercenario sin ocultar su vanidad—. Si me lo permites, seguiré acompañándote.

Danila inquirió:

—¿Qué dice?

—Que quiere venir con nosotros. Tendremos que apretarnos —le respondió Guillermo. Luego se acercó al brog negro y lo aplastó con el pie.

La guardiana no disimuló su mohín de disgusto.

62

Urania

Sostuvo el brazo amputado de Insele con una gran tristeza. La que fuera una mano hermosa, ahora estaba ennegrecida y salpicada de ampollas, había perdido toda su suavidad y tersura, y la hinchazón había dejado sus cuatro delicados dedos monstruosamente deformados. Depositó la extremidad en una bandeja hermética, la cerró y la metió en la nevera.

Se había visto obligado a cortar mucho más de lo que hubiera preferido. Aconsejado por Asclepio, la IA de la enfermería, decidió realizar una amputación del tercio distal del brazo porque el tejido muerto se había extendido hasta un poco más allá de la muñeca.

Las vejigas a ambos lados del cuello de Insele se inflaban regularmente al compás de su respiración. Miró su reloj y se le encogió el estómago. Según sus cálculos, faltaba muy poco para que saliera de la anestesia.

La nam no había recobrado la conciencia desde que ambos perdieron el sentido en la Ciudad de las Doce Mil Estrellas. Ante la urgencia de la operación, Guillermo no había tenido otro remedio que escoger la sustancia anestésica a su criterio más inocua de las disponibles en la enfermería, aun sin saber si se despertaría a mitad de operación, la reacción que podría tener su metabolismo o si estaba embarazada o si Mersili tenía razón y no volvería a despertar.

No recordaba haber estado tan nervioso en años. Ni siquiera antes de un enfrentamiento en su vida de Anónimo. A la vista de Insele, preparada para la cirugía y ante su responsabilidad, la amputación puso a prueba constantemente su sentido común como médico y su habilidad como cirujano. Gracias a la ayuda de

Asclepio, a detalles anatómicos quizá de Tacla y a su propia memoria, recordó los conocimientos y las técnicas necesarias para abordar la operación con una frescura y una claridad inusitadas y pudo realizar la cirugía con menos dificultades de las que había imaginado.

Ahora que había acabado todo, estaba agotado y con unas terribles ganas de dormir, pero no tenía intención de separarse de la nam. En cuanto recobrara la conciencia y estuviera centrada, pensaba dejarla bajo el cuidado de Schilí o de Mersili mientras él se iba a descansar.

Se levantó para estirar las piernas y aprovechó para comunicar al puente el final de la intervención, como había acordado con Bril, para ahorrarse la sacudida del salto durante la intervención.

Nadie le contestó. Repitió la llamada y tampoco hubo respuesta. Le preguntó a Elvira y esta le dijo que estaban todos reunidos en la esclusa.

—¿Todos?, —le preguntó Guillermo, extrañado—. ¿Incluso los nam?

—Sí.

—En esta ocasión te equivocas. Seguro —le replicó Guillermo, convencido de que Schilí y Mersili le aguardaban fuera de la enfermería para conocer el resultado de la operación.

Salió al pasillo, pero estaba completamente vacío y en un silencio absoluto. Sintió en los pies la vibración y el ritmo firme, pausado y tranquilo, de los pulsos de la planta de energía cargando los condensadores, pero la nuca comenzó a arderle en señal de un problema.

Los nam, que habían mostrado un extraordinario e inesperado interés por la salud de Insele, no estaban a la vista y Calipso, que hubiera debido estar repasando la lista de comprobación de sistemas con Bril en ausencia de Tacla, no estaba haciendo la cuenta atrás para el salto.

Volvió a llamar al puente.

Silencio.

La cabeza de Aisha apareció de repente al fondo del corredor, asomándose por el hueco de la escalera de gato que unía las tres cubiertas de la *Urania*. Le hizo unas señas apresuradas para que se aproximara:

—¡Capitán!, —le llamó con urgencia—. ¡Venga! ¡Rápido!

—¿Qué sucede?, —le preguntó Guillermo.

—Es Danila —le dijo—. Tiene a los nam en la esclusa dos e intenta desembarcarlos.

Guillermo llegó en un instante a la oscura galería de servicio de la segunda esclusa de la *Urania*, tres niveles por debajo de la enfermería. Junto a la compuerta había dos figuras.

—¿Qué hace, estúpida?, —rugió Guillermo al ver que la guardaespaldas, con una pistola y el cuchillo de asalto al cinto, apuntaba con su fusil hacia el interior de la esclusa—. ¡Baje el arma ahora mismo!

Bril se interpuso.

—¡Silencio, capitán! ¡Fuera de aquí!, —le ordenó—. Le recuerdo que está usted arrestado.

Guillermo miró hacia el interior. Mersili se enfrentaba con gallardía a Danila.

—No la he matado por ti, humano —le advirtió el mercenario.

—Si los dejamos aquí, morirán —replicó Guillermo a Bril, encendido de ira—. Sin ellos nunca hubiéramos podido curar a Faltenmeier.

—Ese no es nuestro problema. Mis órdenes son devolver sano y salvo al Maestro —Bril hizo un gesto con la cabeza hacia Grant—. La oficial dice que los virus y las bacterias de los tres nam juntos son muy perjudiciales y que no tenemos ni aire ni comida para todos.

—¿Qué tontería es esa?, —le preguntó Guillermo, estupefacto. Se volvió hacia la oficial—. ¿A usted se le ha ocurrido esa bobada? ¡Eso es una idiotez!

—Ellos llenan el aire de patógenos extraños. Contaminan nuestro aire y el que respira el Maestro —le replicó ella sin quitar la vista de los nam. Luego añadió con un gesto de reproche—. Usted debería saberlo, capitán Gitzi.

—Los tres son una carga vírica y bacteriológica alienígena crítica para el organismo de Faltenmeier —repitió Bril pedante, intentando dar más razón a sus palabras utilizando un lenguaje científico.

Guillermo se quedó sin palabras durante un instante. Luego explotó:

—¡Idiota desagradecido!

—¿Qué me ha llamado?, —le preguntó Bril, agarrándolo con fuerza del brazo, temblando de furia de los pies a la cabeza—: ¿Qué me ha llamado?

—Idiota, le he llamado idiota desagradecido —le dijo para distraer a Danila y acercarse a ella.

En un único e inesperado gesto cogió a la guardaespaldas de la muñeca y del codo, le torció la primera y la empujó por el segundo, y a continuación le arrebató el arma en una simple, rápida e inesperada maniobra. Luego lanzó el fusil a las manos de Mersili.

—¿Ha armado al nam? ¡Le llevaré a un consejo de guerra!, —le chilló Bril fuera de sí—. ¡Le fusilarán por esto! ¡Me ocuparé de que lo hagan!

Antes de que Guillermo pudiera contestarle, una voz grave bramó desde las sombras de la galería:

—Y yo me encargaré de que nunca más vuelva a pisar la cubierta de una nave, oficial Bril. Ni siquiera la de una privada —era Faltenmeier desde las sombras, detrás de Bril—. Les debo la vida a todos ellos. Aisha me lo ha contado.

El Maestro se adelantó hasta quedar iluminado por la luz de la esclusa. Guillermo le contempló aún más sorprendido. Ni aquella voz grave ni aquel agradecimiento eran propios del viejo caprichoso e infantil que había conocido. Incluso su aspecto había cambiado; estaba mucho más erguido y su mirada era brillante y luminosa. Parecía otro hombre.

Bril se volvió hacia él, no menos extrañado. «El brog le ha convertido en una marioneta de los nam», pensó. «Igual que hizo con el capitán».

Hizo cálculos. El Maestro estaba en su contra, así que eran cuatro contra tres. Y si contaba con la nam de la enfermería, entonces el enemigo eran cinco. No tenía suficientes medios para arrestar al capitán, deshacerse de los nam y cuidar de Faltenmeier. Debía esperar hasta que apareciera alguna oportunidad para cambiar las cosas.

El Maestro interrumpió sus pensamientos:

—Volvamos a casa, Danila —le dijo Faltenmeier—, te dictaré las coordenadas del salto en cuanto tengamos la nave preparada.

Guillermo hizo una seña a los nam para que salieran de la

esclusa y le siguieran. Mersili fue el primero. Al pasar ante Danila, el mercenario le tiró el arma a los pies. Ambos nam subieron por la escalera de gato hasta la cubierta de la enfermería envueltos en un aura de orgullo. Aisha se fue con ellos.

Una vez desaparecieron, Danila le preguntó a Faltenmeier:

—¿Preparo el roc, Maestro?

—Ya no me hace falta —le respondió Faltenmeier muy seguro de sí mismo—. El cielo de la Ciudad de las Doce Mil Estrellas me ha mostrado el camino a casa y muchos caminos más.

63
Incertidumbre

Llegó el final de la lista de comprobaciones con la voz de Calipso anunciando que los condensadores estaban preparados y al cien por cien de carga.

Danila, rígidamente sentada en el puesto de pilotaje, echó una ojeada recelosa por encima del respaldo de su asiento. Faltenmeier ocupaba la butaca de Bril y roncaba suavemente con una sonrisa de bebé en los labios. Nada hacía suponer que fuera a dejar el puente para ocupar su puesto en el planetario o que tuviera alguna preocupación.

«¿Se ha vuelto loco?», pensó la oficial. «¿Cómo espera darme las coordenadas sin el roc y sin ver las estrellas en el planetario?».

Bril irrumpió en el puente a grandes pasos, la expresión malhumorada y el gesto brusco. Intercambió una mirada severa con Danila.

En respuesta, la oficial se encogió de hombros e hizo un movimiento de cabeza en dirección a Faltenmeier. «Míralo», dijeron sus ojos.

Bril se volvió en esa dirección y luego le dijo:

—Como si salir de aquí fuera más fácil que entrar —le comentó huraño y desafiante a Danila—. ¡Jodido viejo!

«¡Vaya! Los nam y los desplantes del capitán Gitzi le tienen peor que el final de su *jonimún*», pensó la oficial.

Pero lo que descomponía a Bril no era ni su certeza de que los nam manejaban a los humanos ni los desplantes de Guillermo ni los nam a bordo ni su intenso olor acre ni la incertidumbre de si Faltenmeier les devolvería a casa o no.

Lo que Bril no podía apartar de su pensamiento era la expresión

de Aisha contemplando embobada al más alto de los extraños, como si ese nam fuera la pareja que ella había estado esperando toda la vida.

Las llamas de dolor y de celos que le ardían en el estómago no dejaban de alimentarse con la seguridad de que, tal como había temido, Aisha le cambiaba por el enorme extraño. «Me gustan los hombres fuertes y altos», le había dicho en una ocasión.

Había logrado distraerse mientras estuvo ocupado en la *Urania* sustituyendo a Tacla en la verificación de la lista de comprobaciones con Calipso, pero ahora que la habían completado, su fuego interno le enviaba insidiosamente, una y otra vez, la imagen de Aisha besando con pasión la boca y la lengua repugnante del alienígena ofreciéndose desnuda al nam con la misma extraordinaria desfachatez lujuriosa que le había dedicado a él.

Su dolor de estómago se hizo lacerante y tuvo que sentarse en el borde del 3D para soportarlo. Trató de pensar en otra cosa, pero una pregunta se repetía machacona en su cabeza: «¿Cómo es posible que se sienta atraída por ese bicho asqueroso y maloliente?».

Levantó la vista cuando entró Guillermo seguido de Schilí. Al ver que Mersili faltaba en el inseparable trío, se disparó en su imaginación la escena de su amada sonriendo satisfecha mientras era penetrada por el monstruo. Entonces las punzadas de su estómago aumentaron de intensidad y tuvo que hacer un esfuerzo por no vomitar.

Reprimió las lágrimas. La explicación de lo que estaba sucediendo y la respuesta a la pregunta que le martilleaba el cerebro se le apareció de repente, tan obvia como el color de sus manos: Aisha estaba esclavizada por el monstruo, como pasaba con el capitán y con Faltenmeier, y los brog eran las herramientas que estaban usando para manejarles.

Bril sintió en su interior cómo crecía la fuerza del deber seguida de un sudor frío: tenía que avisar al Mando de la amenaza que representaba esa especie alienígena para la Humanidad y debía impedir que aquellos nam entraran en contacto con más humanos. En consecuencia, debía eliminarlos o de lo contrario todos en la *Urania* acabarían convertidos en marionetas.

De momento, él mantenía su independencia y parecía que Danila no había caído bajo su dominio. Estaban solos y armados, pero los

nam también tenían armas y eran tres, y contaban con la ayuda de sus esclavos. Tenía que comprobarlo, de modo que se acercó a la oficial y, fingiendo interés mientras miraba los datos de su consola, le susurró al oído:

—En el observatorio dentro de un par de horas.

Faltenmeier despertó en ese momento y se desperezó bostezando ampliamente sin ninguna vergüenza. Preguntó con una sonrisa:

—¿Estamos preparados? ¿Podemos irnos?

—Sí —le contestó Bril con sequedad, apartándose bruscamente de la oficial.

—¿Y a dónde quiere ir?, —le preguntó Faltenmeier, muy seguro de sí mismo.

—Al espacio conocido —dijo.

—Con mucho gusto, comandante. Muy bien. Danila —llamó el Maestro—. Atenta. Inicio el dictado de coordenadas para este primer salto. Necesitaremos uno más para meternos en medio de *El Huevo*.

—¡Mejor en la Periferia!, —se apresuró a decir Bril.

—Bien, pues acabaremos en la Periferia. En Puerto Ron, si no le parece mal —y Faltenmeier, sin la más mínima vacilación y con la voz muy clara y segura, le dictó los largos grupos de cifras y letras.

Durante el proceso, la oficial se equivocó varias veces al teclear y él le repitió los números y las claves de corrido, como si los tuviera delante de los ojos. Al terminar, le dijo:

—Ya está, Danila. Necesitaremos toda la carga de los condensadores. Alarma de salto para D menos un minuto. ¿De acuerdo?

La mujer se volvió, pálida como el papel.

—Perdone, Maestro. ¿No faltan las claves de cierre?

—No —le replicó él sin vacilar con una sonrisa—. Ya no son necesarias. Puedes iniciar la cuenta atrás en cuanto nuestro comandante lo ordene.

Danila buscó a Bril con la mirada. Este se encogió de hombros. No tenían otra salida.

—Condensadores a plena carga —anunció la voz de Calipso.

La teniente esperaba de Bril una orden que no llegaba. El oficial le preguntó a Faltenmeier:

—¿No tenemos que ponernos los cinturones de seguridad,

Maestro? Es un salto muy corto —le dijo Bril imaginando que saltaban solo para salir de la Luna de los Muertos.

—Será un salto muy largo, oficial Bril. Tanto, que apenas lo notaremos.

Bril tardó en responder y al final asintió con la cabeza.

Calipso inició la cuenta atrás y sonó el gong.

Sesenta segundos después el negro profundo visible a través de las portillas de observación fue sustituido por el homogéneo color gris del espacio *Erre Ene* y por primera vez en su vida, Bril se sintió como un insecto atrapado en melaza.

—Tenga fe durante unas horas, Bril —le dijo Faltenmeier viendo su expresión—. Vamos por un atajo.

El oficial y Danila se miraron horrorizados.

Aisha apareció en el puente seguida de Mersili, del que Bril no pudo apartar la vista.

El mercenario silbó:

—Inseleberesendou ha despertado y pregunta por ti, Lidiri Lembo.

64
Maestro piloto

Sentado en una silla junto a la cabecera de la cama, Guillermo observó a Insele mientras reflexionaba sobre la insólita biología reproductiva nam y la enorme dimensión del problema que él, como Lidiri Lembo, suponía para el mundo de los nam.

Insele tenía los ojos cerrados, como en un duermevela. Un rato antes, ella le había dicho que ella y su linaje, o sea toda la estirpe de
Lid'a
tanto existente como venidera, le estaban muy agradecidos porque ni la anestesia ni la medicación habían afectado su embarazo. Como le aclaró, la descendencia era muy importante para todos los nam fueran de donde fueran, esclavos o libres.

—Aunque eso es algo diferente en la nación Nómada. Ellos son especiales para todo.

Según le contó Insele, las hembras nam podían mantener en suspenso durante largos períodos de tiempo y de forma natural la gestación de los óvulos fecundados y que ella, aunque tenía el derecho de gestar, escogió suspender su embarazo para cumplir la misión que le había encomendado el Irdilale Lam. Esa circunstancia era lo que el brog no había logrado traducir al no existir ese concepto en el lenguaje humano.

Viéndola, Guillermo se preguntó: ¿Y si no soy yo el Lidiri Lembo o no cumplo con lo que se espera de mí? Rechazó por completo la relevancia que le estaban otorgando. A pesar de la incomodidad de no ser nadie y de algunos momentos en los que deseaba ser algo y alguien, Guillermo se sentía a gusto en el Regimiento Anónimo y, aunque no podía dejarlo por temor a que le reconocieran, le

reclamaran las apuestas perdidas y luego le mataran, tampoco tenía intención de hacerlo.

Miró a su alrededor en un intento de distraer su pensamiento. Debido a la urgencia en operar a Insele solo se había preocupado por el quirófano y no se había fijado en la cantidad de objetos que se habían ido acumulado en la enfermería de la *Urania* porque nadie sabía dónde ponerlos en la *Fiat Lux*. En una estantería había un proyector personal de *erreuves* al lado de una trotada máquina de café y una vieja impresora 3D. «El mundo de los humanos es así. ¿Será igual el de los nam?», se preguntó.

Insele abrió los ojos.

—¿Cómo te encuentras?, —le preguntó.

—Mucho mejor. Apenas me duele —le contestó ella, señalándose el muñón.

—¿Te ha sentado bien la medicación, aunque sea para humanos?

—Mejor que la que te pedí de mi mochila —respondió ella con el aura de una sonrisa—. Mersili me preguntó si vuestras hembras están embarazadas. Le contesté que no y que los pechos que tienen ahora son los normales y que les crecerán todavía más con el embarazo. ¿Lo entendí bien?

—Sí. Eso es.

—Me extrañó su interés.

Sonó un suave *gong*. Alguien pedía permiso para entrar. Guillermo se acercó y entreabrió la escotilla. Faltenmeier estaba al otro lado.

—¿Le importa que hablemos un momento, capitán?

—¿Es importante?, —le preguntó Guillermo con cierta hosquedad.

El Maestro terminó de deslizar la escotilla. Insele, desde la cama de la enfermería, observó su entrada con atención.

—En primer lugar, quiero disculparme con usted y con ella —le dijo señalando a Insele. A continuación, le preguntó—. ¿Cómo está? ¿Es cierto que le ha tenido que amputar la mano derecha por mi causa?

—Sí —le replicó Guillermo—. La perdió al intentar coger la bolsa que contiene el contenedor de la cabeza de Medusa.

Faltenmeier bajó la vista.

—Lo siento —le dijo volviéndose hacia la nam.

Guillermo levantó una ceja incrédula ante esa actitud. Faltenmeier le preguntó:

—¿Puedo hacer algo por ella? Por Schilí y Mersili hago lo que puedo pero no sé hasta cuándo me hará caso Bril.

—¿Conoce sus nombres?, —el asombro de Guillermo aumentó todavía más. Faltenmeier le había tenido que preguntar a Aisha, porque ella era la única que se había interesado en saber cómo se llamaban los nam.

—Les debo a todos ustedes lo que soy ahora y aún les tengo que pedir un favor. A ustedes dos, capitán.

En esos momentos, Guillermo lamentó que el brog no le diera de los humanos la misma información que recibía de los nam.

—¿Qué favor?, —le preguntó.

—Quiero que me ayude a tener un brog. Uno como el suyo.

Guillermo le miró estupefacto.

Insele cloqueó:

—¿Qué pide?

Guillermo contestó a la nam explicándole la conversación hasta el momento y Faltenmeier le pidió que lo hiciera también con lo que iba a decir:

—El brog me ha transformado. Cuando llegué a la Ciudad de las Doce Mil Estrellas era un viejo estúpido y caprichoso. Había perdido mis facultades y mi genio, y era insoportable. Estoy avergonzado de mí mismo.

Guillermo asintió con la cabeza.

—¿Y ahora?, —le preguntó con cinismo.

—He cambiado. El brog me cambió como estoy seguro de que le ha cambiado a usted. Vuelvo a ser el de antes.

Guillermo le tradujo a Insele y luego le contestó:

—A mí no me ha cambiado. Más bien me ha dado dolores de cabeza.

Faltenmeier continuó como si no le hubiera oído:

—Ahora todo está más amplificado, diferente. Lo veo todo más claro. Sé muy bien lo que tengo que hacer.

—¿El qué?

Los ojos de Faltenmeier se llenaron de lágrimas.

—Irme. El brog es mi oportunidad. Estoy harto de servir a la

Humanidad encerrado en una jaula de oro. ¡No puedo más! Quiero ser normal.

—No puedo ayudarle —le contestó Guillermo—. No sé de dónde puede sacar usted un brog ni cómo lo puede conseguir. ¿Y tú, Insele?

La nam no dijo nada.

—¡Pero usted tiene uno!, —protestó Faltenmeier.

—Yo no lo pedí y tampoco me gusta llevarlo —le contestó contradiciéndose de manera inconsciente al llevarse la mano al cuello para acariciar el suave pelaje de su simbionte.

—¡Si me ayudan, yo les ayudaré!, —exclamó—. Quiero un brog como el suyo. Blanco. No uno como el otro, que no deja pensar, que esclaviza la mente.

—¿Cómo nos puede ayudar?

—Les puedo llevar hasta sus mundos de origen si lo desean. O a cualquier parte del Universo y —añadió diciéndole al oído—… a cualquier tiempo, pasado o futuro.

Guillermo retrocedió un paso y le recorrió de arriba abajo con la mirada. «¿Es un farol o es realmente capaz?».

—¿Qué te ha dicho en secreto, Guillermo?, —le preguntó Insele en cuanto el anciano separó la boca de la oreja.

—¿Y qué haremos los humanos sin usted?, —le preguntó Guillermo a Faltenmeier sin responder la pregunta de la nam.

—Hay otro Maestro. Una joven llamada Sara. Será mucho mejor de lo que yo he sido nunca.

Guillermo iba a contestar, pero lo hizo Insele, incorporándose en la cama.

—Dile que tendrá un brog.

Faltenmeier le preguntó, ansioso:

—¿Qué le ha dicho?

Guillermo le hizo caso omiso y le preguntó a la nam:

—¿Por qué quieres ayudarle?

La respuesta de Insele fue un largo trinar. Guillermo la miró con furia.

—¿Qué dice?, —insistió el anciano—. ¿Qué ha dicho?

—Nada —le respondió Guillermo evasivo.

Faltenmeier, por su parte, fue mucho más perspicaz de lo que Guillermo podía imaginar.

—¿Nada?, —le preguntó sarcástico—. Tengo suficiente con que usted no haya querido decirme lo que le ha dicho. Ellos me darán lo que quiero.

Guillermo aceptó la derrota y le dijo:

—Solo cambiará de jaula, Faltenmeier. Seguirá cautivo.

—¿Por qué?

—Los nam se lo darán, sí, pero a un precio.

—¿Qué quieren a cambio?

—Que encuentre o entrene a uno o varios nam con sus mismas cualidades.

A Faltenmeier le cambió la expresión de esperanza y triunfo por otra de frustración.

65

El Huevo

Apareció la primera estrella en el tanque 3D casi con timidez y luego el holotanque, antes vacío, se llenó al instante siguiente con una miríada de puntos de colores cuyo resplandor iluminó el puente y acentuó las líneas de preocupación en los semblantes de Danila y Bril.

Un momento después se hicieron visibles los rótulos identificativos de las referencias estelares más relevantes y los cuerpos celestes de mayor magnitud.

—¡La Periferia! ¡Por fin!, —exclamó Aisha.

—¡Lo consiguió!, —exclamó Bril, con la vista fija en la nube de puntos—. Estamos un poco lejos de Puerto Ron, pero ya estamos en casa.

—Le dije que tuviera fe, oficial —le dijo Faltenmeier.

Bril se volvió hacia la guardaespaldas:

—Danila, localice el transpondedor de la *Fiat Lux* y verifique que el nuestro esté en funcionamiento. No espero que nos localicen, pero hemos de intentarlo.

—A la orden —respondió la oficial, que dio media vuelta para dirigirse a la consola de navegación.

Aisha rodeó el holotanque para acercarse a Mersili. La nuca de Bril se tensó dolorosamente de celos al ver la sonrisa en el rostro ilusionado de la joven mientras se acercaba al nam. Momentos después, la joven acompañaba con gestos lo que le decía al extraño con palabras:

—Esta es la *Urania* —le señaló una luz azul brillante que parpadeaba por encima de la parte más ahusada, luego abarcó el resto del holotanque, señalándose—: Esto es parte de *El Huevo*, el

volumen estelar que ocupamos los humanos.

Aisha se volvió hacia Guillermo.

—¿Sería tan amable de traducírselo, capitán?

Una aguda sensación de peligro le impidió reaccionar inmediatamente a la pregunta. Finalmente contestó y Aisha continuó su explicación indicando la situación del sistema solar original de la especie humana. Guillermo se sorprendió de ver que Danila continuaba con el cuchillo de asalto al cinto.

—¿Qué hace armada en el puente?, —le preguntó.

—Anticiparme a sus amigos —le retrucó ella sin levantar la vista de la consola.

—¿Hay señal de la *Fiat Lux*?, —interrumpió Bril dirigiéndose a Danila, más pendiente de la actitud de su *ex* hacia el nam que del arma de la teniente.

—Ninguna de momento —le replicó ella.

Faltenmeier retrocedió un par de pasos hacia el pasillo que llevaba al puente y les dijo:

—Venimos de muy lejos —le dijo señalando en el aire un lugar aún más alejado—. Y antes, cuando fuimos atacados, estábamos más o menos donde estoy yo ahora. Calculo que la esfera de influencia nam llega hasta aquí. O sea, solo faltan unos cuantos miles de años luz para que se toque con *El Huevo*.

Bril quitó la vista de Aisha y le miró impresionado. *El Huevo* resultaba minúsculo en comparación del espacio nam; mucho más pequeño de lo que había llegado a imaginar. Tenía que darse prisa o los alienígenas no tardarían en dominar a la especie humana.

—Entonces, ¿dónde debe de estar la *Fiat Lux*?, —le preguntó Bril.

—Imagino que aquí, con *Nube Gris* —respondió el Maestro, indicando con el dedo otro lugar lejano.

—Estamos cargando los condensadores para el siguiente salto —anunció Danila—. Maestro, ¿cuáles son las próximas coordenadas?

—Un momento, veamos —Faltenmeier, de espaldas a ella y con las manos a la espalda, entrecerró los ojos y comenzó a dictar con solemnidad una larga serie de cifras y letras.

El sonido de los dedos de Danila apretando las teclas fue lo único que se oyó entonces en el puente.

Bril se preguntó entonces cómo era posible que el ritmo del

tecleo de la oficial no se correspondiera con el dictado del Maestro y lo achacó a la buena memoria de la mujer.

En realidad, Danila entraba en la consola unas coordenadas acordadas previamente con *El Mudo* días antes de la partida de la *Fiat Lux*.

Media hora más tarde volvían a estar en el *Erre Ene* celebrando por adelantado que iban hacia la estación espacial Puerto Ron.

66
Plan

Coincidieron en el corredor principal de la nave. Bril salía del puente al fondo del pasillo camino de su cita secreta en el observatorio y Guillermo, seguido de Insele y de Schilí, se dirigía hacia allá por el otro extremo.

La tensión y la desconfianza entre ambos se hizo evidente. El oficial vaciló al verles, temeroso de que le pudiera saltar un brog al cuello al pasar tan cerca de ellos o que intentaran eliminarle para hacerse definitivamente con el mando de la nave, secuestrando a Faltenmeier.

Aunque era evidente que ambos nam se habían apretado contra la pared del pasillo todo lo que podían para dejarle pasar, frunció el ceño e hizo un aspaviento indicándoles que le dejaran aún más paso libre.

Una vez les rebasó, encogió instintivamente los hombros temiendo un ataque por la espalda. Unos pasos más allá se dio la vuelta y les vio alejarse.

—Como si ellos fueran los dueños y señores de la *Urania*. ¡Malditos bichos!, —gruñó.

Miró a lado y lado para asegurarse de que nadie le veía y subió por una pequeña escalera de mano casi escondida en un lateral del pasillo. Luego continuó por un estrecho pasadizo hacia el observatorio, el único lugar de la *Urania* donde era posible hablar sin temor a ser escuchado por nadie.

La oficial ya estaba allí, esperándole como le había pedido. Aprobó que todavía no se hubiera quitado el cuchillo del cinto. Él llevaba el suyo y su pistola.

Danila le hizo una pregunta muda con un encogimiento de

hombros: «¿Para qué estamos aquí?». Bril no le contestó, sino que en lugar de ordenarle de viva voz a Elvira que abriera la escotilla, lo hizo tecleando su clave de seguridad como comandante y acercando después el implante de su brazo al lector para confirmar su identidad y que estaba vivo. Luego la abrió manualmente.

Ante la mirada incrédula de Danila, Bril manejó de nuevo su implante y, mediante su clave de seguridad, desconectó por completo a Elvira.

—Para que no aparezca en el puente un aviso de que hay alguien aquí —le aclaró a la teniente.

Danila asintió con un movimiento de cabeza y una mueca de aprobación. Entraron inmediatamente en el observatorio y el cambio fue instantáneo: el vello se les puso de punta, la piel comenzó a picarles y el gris del *Erre Ene* que se veía a través de la cúpula se llenó de formas tubulares fluorescentes, a veces blandas y a veces rectas y a veces duras y a veces glóbulos.

Ya no tenían la protección del doble casco de la nave sino que el delgado domo del observatorio y el campo
Shama-Levy
eran lo único que separaba su sistema nervioso de las emisiones del *Erre Ene*.

—¿Cómo se le ocurre?, —le reprochó Danila, cerrando fuertemente los ojos—. Esta radiación es peligrosa. Dos minutos y me voy, Bril.

—Este es el único lugar seguro donde podemos hablar —le contestó él.

—¿Elvira está por completo desconectada?

—Así es.

—¿Totalmente?

—Ahora solo mantiene las funciones básicas. Veo que usted continúa armada.

—No me gusta nada tener a bordo a esos monstruos y menos tan cerca del Maestro —y añadió—: Temo por él.

—Por eso precisamente la he citado en este lugar. Creo que los nam han esclavizado la mente de Aisha, la del Maestro y la del capitán Gitzi. De momento, creo que no han logrado hacerlo ni con usted ni conmigo.

Grant le miró levantando una ceja.

—Conmigo no, desde luego —le escudriñó mientras le decía—: Tiene sentido eso que dice de Aisha. Está como en celo detrás de ese nam maloliente… —Se mantuvo pensativa unos instantes, como si estuviera pensando en varias cosas a la vez—. Tiene razón. Los nam les dominan la mente. El Maestro siempre fue un déspota maniático que solo pensaba en sí mismo y ahora parece otra persona.

—Tenemos que acabar con esos bichos o acabarán esclavizando a toda la Humanidad, comenzando por nosotros.

—Eso mismo pienso yo —le replicó ella—. Hay que matarlos.

Bril asintió gravemente con la cabeza.

—Exacto. Y tenemos que hacerlo pronto, antes de que se metan en nuestra mente.

—Bien. ¿Qué plan tiene? ¿Qué quiere que haga?

—Quiero que se mantenga apartada pase lo que pase y vea lo que vea. Usted es la única que sabe pilotar esta nave y su deber es doble: poner a salvo al Maestro y explicar a la Armada de qué son capaces esos monstruos.

Danila se acercó a él. Le dijo cogiéndole del brazo:

—Debería eliminar primero al más alto de los monstruos. Será fácil porque pasa mucho tiempo con Aisha. No es como el otro, ni como la hembra, a la que Gitzi no pierde de vista.

—Aisha está muy dominada por esos animales —dijo Bril— Tenemos que librarla de ellos. Es como si…

—La conozco —le interrumpió ella— y veo que está actuando ahora igual que cuando va a iniciar una *joni*…

A Bril comenzó a arderle el estómago y notó una gran tensión en la nuca antes de que la oficial terminara de hablar. Su mirada se ensombreció y la guardaespaldas se apresuró a disculparse:

—Perdone. No quise…

—No tiene que disculparse, Danila —le interrumpió—. Lo mío con Cortés no tuvo importancia. Ya pasó. Tengo que decirle otra cosa.

—¿Qué?

—Antes de partir de la *Fiat Lux*, el comandante Lindemann me dijo que cabía la posibilidad de que hubiera un agente dormido de *El Mudo* a bordo.

Los ojos de Grant se abrieron de asombro y palideció. Dejó pasar unos segundos, meditativa. Finalmente, le dijo:

—¿Entre nosotros? ¡Imposible!

—Creo que Lindemann tenía razón.

—¿De quién sospecha? ¿De Tacla o de Aisha o de mí? ¿De Mc Cool?

—De usted no, desde luego —se disculpó Bril—. Si no, no se lo estaría contando.

La oficial le miró inquisitiva.

—¿Por qué me lo cuenta?, —le preguntó, desconfiada.

—Por si me matan y usted logra volver con el Maestro y con el capitán Gitzi. Tenga cuidado con él. Sospecho que él es el agente del *El Mudo*.

—¿Lo sabe alguien más?

—No. Solo usted y yo.

—Y dice que Elvira está apagada en toda la nave.

—Sí. Salvo lo básico.

Danila se llevó la mano a la boca, pensativa, y apoyó la otra en la cadera. Luego, como meditando una decisión, miró al suelo. Después levantó la vista decididamente hacia él, asintiendo con la cabeza.

—Así pues, primero pensaba eliminar al nam alto —le dijo la oficial—. Cuando esté con Aisha.

—Eso es.

—Y, ¿cómo había decido hacerlo?

—Usted podría llamarla para que la ayude con el Maestro, por ejemplo. Entonces, cuando el bicho estuviera solo, yo le mataría y me desharía de su cuerpo.

—Necesitaría mucho tiempo para eso —objetó ella, que se puso en jarras con un gesto evaluativo. La yema de su pulgar comenzó a dar vueltas sobre el pomo de su cuchillo—. Es un cuerpo muy pesado y voluminoso. Además, los otros nam no tardarían en imaginarlo y tendríamos a bordo una guerra. Ese plan es una mala apuesta. Y es muy sucio.

—¿Entonces? —Bril estaba realmente confuso. Lo suyo nunca habían sido las conspiraciones.

—Hay que eliminarlos uno a uno, procurando que nadie se dé cuenta de su ausencia hasta que sea demasiado tarde.

—¿Se le ocurre cómo hacerlo?

—Al menos se me ocurre por quién empezar —la expresión de

Danila se endureció.

—¿Por el nam alto?, —le preguntó Bril con inocencia.

—No. Por usted —le replicó ella, sacando el cuchillo y cortándole la garganta—. Necesito algo que quiere *El Mudo*. Faltenmeier.

Bril la miró incrédulo mientras se ahogaba en su propia sangre. Danila se apartó y le observó sin inmutarse hasta su último estertor.

67
Nación Nómada

Salieron del *Erre Ene* y el resplandor del 3D iluminó el rostro de Faltenmeier. Su mirada, al principio brillante y animada se fue ensombreciendo y su expresión se encolerizó conforme sus ojos recorrían las estrellas que lucían en el holotanque.

Guillermo llevaba horas sintiendo el peligro en su interior. Miró a su alrededor. El ambiente no encajaba. En aquellos momentos solo estaban en el puente él y Faltenmeier, con Danila en el puesto del piloto. Se preguntó dónde podría estar Bril o qué había sucedido tan importante para que no estuviera allí. Temió que hubiera sucedido algo con Mersili.

—Danila —el tono acusatorio de Faltenmeier era cáustico—. Estamos muy lejos de *El Huevo*. No entraste bien las coordenadas que te dicté. Las equivocaste por completo.

—Maestro —replicó ella, volviéndose hacia él, ofendida—. Son exactamente las que me dio.

Antes de que Faltenmeier pudiera replicar, Guillermo señaló un punto más oscuro en el holotanque con un rótulo parpadeante y preguntó:

—¿Qué es esa zona más oscura? ¿Son naves?

El Maestro se acercó para examinar la mancha en la holografía.

—Sí. Son naves. ¡Danila!, —ordenó tajante—: Aumenta la escala.

Luego se dirigió a Guillermo en un tono más suave:

—Deberían ser nam. Estamos en su espacio o muy cerca de él. ¡Esa idiota nos ha enviado al otro lado del Cosmos!

La imagen se fue ampliando en el 3D hasta revelar dos naves. Una de ellas tenía un diseño absolutamente desconocido para

Guillermo. La otra no se distinguía bien.

—¿Y eso?, —preguntó señalándolo—. ¿Es una nave? Parece una roca.

—Es una base de operaciones móvil de la Nación Nómada —dijo un silbido nam a su espalda. Era Insele, que entraba en el puente seguida de Schilí.

—¿Qué dice?, —preguntó Faltenmeier.

Guillermo señaló la nave extraña.

—Que eso es un navío nam de guerra de la nación Nómada.

—¿Dónde nos has llevado, imbécil?, —exclamó mirando a Danila.

La teniente se levantó del asiento, ruborizada de indignación.

—¡Se lo juro, Maestro! ¡Introduje las coordenadas que usted me dictó! ¡Estoy harta de que me eche la culpa cada vez que se equivoca!

—¿Qué pretendes? ¿Echarme la culpa? ¡Este lugar está demasiado lejos de Puerto Ron! —Faltenmeier, la delgada piel de su rostro encendida por la ira, iba a continuar acusándola cuando Guillermo terció, observando el 3D:

—Se nos acercan. Han reaccionado de inmediato —dijo Guillermo. Un momento después, concluyó—: Nos estaban esperando. Las dos.

—¿Cómo es posible?, —preguntó el anciano.

—¡Díganoslo usted, Maestro! ¡Usted nos ha traído hasta aquí!, —exclamó la oficial.

—¿Dónde está Bril?, —preguntó Guillermo, francamente preocupado.

—Sí —le apoyó a continuación Faltenmeier, volviéndose hacia Danila—. ¿Dónde está Aisha? ¿Y el otro nam?

—Ni sé dónde está Aisha ni quiero saberlo. Está en su tiempo libre y no soy su madre.

Guillermo no quitaba la vista del 3D a la espera de que se definiera más la imagen del otro navío. Conforme pasaba el tiempo se acrecentaba la sensación de peligro en su interior.

Fragmentos de la nave desconocida parpadeaban en el holotanque. En una de las apariciones la imagen se mantuvo un instante, el suficiente como para que Guillermo la reconociera y sintiera inmediatamente un escalofrío.

Faltenmeier reaccionó al instante:

—¡Es la *Sangrienta*! ¡La nave insignia de *El Mudo*!

—¡Sí que lo es!, —exclamó Guillermo, que percibió a la vez cómo se asustaba Schilí contagiado de su temor a través del brog. «¡*El Mudo* se ha logrado comunicar con los nam!», pensó alarmado. Exclamó a continuación—: ¡Vámonos inmediatamente de aquí, Maestro!

Faltenmeier no necesitó que se lo dijeran dos veces. Al momento inició un dictado de cifras y letras, pero se detuvo cuando Danila les advirtió.

—¡Los condensadores están casi descargados! ¡Tardarán mucho en recargarse!

—¡Entra las coordenadas! ¡Éntralas!, —chilló Faltenmeier—. ¡Te he pasado un salto corto!

—¿Qué pasa Guillermo?, —le preguntó Insele.

—Tenemos que huir —le respondió señalando el 3D—. Esa nave es la de nuestro peor enemigo.

Insele le dijo, señalando a Danila:

—Esa hembra huele a sangre.

Guillermo la miró estupefacto.

—¿Qué?

—Ella apesta a la sangre de los de tu especie.

—¿Qué está diciendo?, —le preguntó Danila, que justo había terminado de introducir los datos.

—También opina que debemos huir de los nam —le mintió Guillermo a la oficial inmediatamente—. Dice que el navío de la Nación Nómada también es peligroso.

Danila se volvió hacia su consola. Faltenmeier se acercó para comprobar que la introducción de las coordenadas fuera correcta. Se cogió al respaldo del asiento de la oficial y avisó:

—¡Preparaos! Cuanto más corto el salto, más brusco.

La sensación de peligro creció en el interior de Guillermo hasta ponerle el vello de punta.

Sonó el gong previo al salto.

Faltenmeier se sujetó al respaldo de la butaca de mando, Guillermo se cogió a una de las asas del 3D y Schilí se aferró a su brazo; Insele, junto al puesto de transmisiones, se afirmó contra la consola; Danila se cogió a los brazos de su butaca igual que el resto.

La alarma dejó de sonar, pero ni se produjo la sacudida indicadora de su entrada en el *Erre Ene* ni las estrellas desaparecieron del 3D sino que por un momento se apagó todo, salvo los sistemas de soporte vital.

Cuando volvió la luz, se miraron unos a otros con una muda pregunta en los labios.

—¿Qué ha sucedido?, —preguntó al fin Faltenmeier—. ¿Por qué no saltamos?

—¡Los condensadores, Maestro!, —dijo ella—. ¡Alguien desconectó a Elvira y no se cargaron!

—¿Cómo que alguien des…?, —la pregunta de Faltenmeier quedó interrumpida por un fuerte golpe seguido de otro que sacudieron violentamente la *Urania*.

Guillermo anunció:

—Nos han abordado dos naves, una por cada esclusa. ¡Elvira!, —llamó Guillermo—. ¡Cierra y sella todas las escotillas de acceso al puente!

Elvira no respondió. Guillermo repitió la orden.

Las escotillas permanecieron abiertas.

—¿Qué hacemos?, —preguntó Faltenmeier.

—Nada —respondió Guillermo, señalando la entrada al puente —. Ya están aquí.

Un nam del tamaño de un humano apareció en el umbral de la escotilla equipado con armadura ligera y armado con una espada corta en una mano y una extraña pistola en la otra. Atravesó el puente y se plantó frente a ellos. Detrás de él surgió un humano vestido con traje de asalto, armado de la misma manera y luego, mezclados, humanos y nam, algunos con lanzas térmicas de asalto.

Entonces se hizo en el puente un silencio de sepulcro.

68
Conexión

Dos figuras, una humana y otra nam, se materializaron de repente en el 3D, una a cada lado del holotanque, tan reales como si estuvieran de carne y hueso a bordo de la *Urania*.

Las materializaciones eran transmitidas por separado. Una de ellas era un hombre pequeño de rasgos vulgares, vestido de manera ordinaria cuya mirada decidida, fría y penetrante, empequeñecía al enorme nam que estaba en el otro extremo del 3D.

El alienígena vestía una túnica negra bordada con arabescos tornasolados. De su cuello colgaba un aro plateado en cuyo centro flotaba la imagen del rostro de una Medusa nam luciendo una corona dorada.

Guillermo distinguió con asombro y aprensión que el único anillo en los dedos del nam era un labrys y, con no menos sorpresa, vio en el cuello del humano un brog blanco pero con el pelaje manchado como el de un armiño.

El humano señaló con el dedo a Faltenmeier y le dijo con indiferencia fingida al nam:

—Ese es el Gran Maestro Piloto de los humanos. Te dije que te lo entregaría vivo y aquí lo tienes —luego paseó su mirada por el puente. Se detuvo en Guillermo.

—No quería verle vivo, Gitzi —dijo. Y le dijo al primero de los humanos, señalándole—: Wilson. Primero él, luego el resto.

El llamado Wilson le encañonó inmediatamente.

—¿Eres *El Mudo*?, —le preguntó Guillermo al holograma.

—Así me llaman —le contestó con displicencia.

El nam silbó. *El Mudo* se volvió hacia Faltenmeier:

—Tu nuevo amo te pregunta si realmente eres capaz de

sumergirte con tu mente en el *Erre Ene*. Yo le he dicho que sí, pero él quiere oírtelo decir y, sobre todo, ver cómo lo haces.

Faltenmeier no respondió.

—Te he dicho que hables.

Silencio.

—Bueno, ¡qué más da!, —exclamó *El Mudo*. Se acarició el brog —. Dentro de nada te pondrán uno como este, pero pardo, y entonces sí que obedecerás.

Faltenmeier se estremeció.

Aisha y Mersili aparecieron en el puente a punta de espada, empujados por unos humanos seguidos de más nam. Guillermo e Insele retrocedieron hasta hacerles sitio detrás del holotanque.

Con los recién llegados apenas quedó lugar para moverse en la sala. Guillermo esperaba aprovechar esa situación en su beneficio, pero los atacantes de ambas especies habían elegido bien sus armas: de calor o blancas, de manera que sabían perfectamente que iban a actuar en un lugar pequeño.

El Mudo ordenó a Wilson:

—Llevaos al viejo y a los tres nam. Ya sabéis qué hacer con el resto.

Danila le miró con el pánico en los ojos. Fue a decir algo, pero calló.

Entonces Mersili exclamó, dirigiéndose a la imagen nam del holotanque:

—¡No hagas caso de ese humano raquítico, mi señor Silvilaggi Sili Ra! No dejes que maten a estos humanos.

—¿Me conoces?, —gracias al brog, Guillermo percibió vanidad satisfecha en la respuesta del nam— ¿Quién eres tú?

—¡Cómo no voy a saber quién es uno de los Doce Grandes Ra de la ilustre Nación Nómada! Soy Mersili Mil Bessehí, mi señor —le contestó con una pizca de adulación.

—¿No eres tú el que debía hacerse con mi escudo antes que el Lidiri Lembo? ¿Qué haces aquí? ¿Lo tienes?

Guillermo le miró. El aura del mercenario irradiaba satisfacción y orgullo. «¡*Hijoeputa* ingrato y desleal!», pensó. «¿Nos vas a traicionar, *coñoemadre*?».

—No solo tengo el escudo sino que también tengo el *srili* con el que el Lidiri Lembo decapitó a Medusa y también su cabeza. Viva.

—¡¡Cállate, *hijoeputa*!!, —de haberlo tenido cerca, Guillermo le hubiera estrangulado.

—¿De verdad? Devuélveme el escudo. Pertenece a mi linaje.

—Por supuesto, mi señor Silvilaggi Sili. Conmigo lo tienes todo. Pero con el humano solo tendrás al viejo.

—Si me devuelves el escudo, tendrás tu recompensa triplicada —le respondió. A continuación, silbó una orden a sus fuerzas.

A pesar de la indignación y la ira que sentía, Guillermo percibió repentinamente una tensión inusual en su brog.

Las armas de los nam se volvieron hacia los humanos de *El Mudo*. Inmediatamente, los humanos, sorprendidos, reaccionaron y plantaron a cara a los nam.

Aisha no entendía en absoluto el diálogo entre Mersili y el nam del 3D, pero al ver que las fuerzas asaltantes se dividían, se preparó para actuar. Danila se acercó a Faltenmeier y Schilí se puso al lado de Guillermo, que estaba junto a Insele.

Wilson, el sicario de *El Mudo*, con la voz muy tranquila a pesar de tener la punta de una espada nam a centímetros de su pecho y tener él la punta de la suya a la misma distancia del cuello de su oponente, le dijo a *El Mudo*:

—La nave está vacía y su IA fuera de servicio y…

—¿Y qué gano dejando a los humanos con vida?, —inquirió Silvilaggi Sili por encima de la voz de Wilson, que decía:

—… Y me informan que hay un tipo degollado en el observatorio —continuó Wilson.

«¡Bril!», pensó Guillermo.

—Ganarás al Lidiri Lembo —replicó el mercenario a Silvilaggi Sili como si Wilson no existiera—, y al viejo que conoce el Universo y a sus dos hembras, que son las únicas que le entienden.

El brog de Guillermo reflejó el claro tinte de ironía sexual con el que Mersili acompañó sus palabras.

Silvilaggi Sili se rio en la misma clave de sarcasmo sexual.

—¿El viejo necesita dos hembras? ¿Qué clase de animal es?, —preguntó. Señaló a Guillermo—. ¿Dices que ese otro humano es el Lidiri Lembo?

Mersili se acercó a él.

—Mató al Ahrrimán y también a Medusa. Que el Destino me aparte de sus planes si yo no he visto su tumba en el Templo de los

Héroes.

«¡Serás el primero en caer, *coñoemadre*!».

Mersili le puso la mano en el hombro. El primer impulso de Guillermo fue rechazarla, pero se contuvo porque, en el momento del contacto, su brog se unió al del mercenario y juntos entraron en la mente del nam que estaba frente a Wilson.

Mersili continuó hablando, convincente y viperino:

—Si dejas que maten a los humanos lo perderás todo.

Aisha y Danila cruzaron sus miradas. Aisha asintió, confiando absolutamente en su compañera y en el cumplimiento de sus órdenes: evitar que el Maestro acabara en manos de los nam o de *El Mudo*.

Silvilaggi Sili no tardó en volverse hacia *El Mudo*.

—Escúchame, humano. Durante mucho tiempo he cumplido contigo mejorando tus armas y tus naves a cambio de alimento y esclavos. Vete y no vuelvas a cruzarte en el camino de la Nación Nómada. Me desagradas, eres canijo, hueles mal y vendes a tus iguales. Además, eres un necio: hablas y haces que te llamen *mudo*.

Mersili, ayudado por el brog de Guillermo incrementó la presión paralizando al nam frente a Wilson. Guillermo notó el pánico del infeliz al darse cuenta de que esa súbita inmovilidad iba a costarle la vida.

—Ahora —dijo simplemente *El Mudo*. Wilson hundió al instante su espada en el cuello de su enemigo y este se desplomó con un estertor ahogado sin hacer nada para defenderse.

Sin embargo, el nam que tenía detrás reaccionó de inmediato y lanzó un tajo descendente sobre la cabeza de Wilson, tan potente que se le atascó el arma en el cráneo del humano, ocasión que aprovechó el compañero de Wilson para abrasarle el pecho con su lanza térmica.

El puente se llenó con la barahúnda de gritos, silbidos y maldiciones de una pelea sin cuartel. Unos momentos después, los nam lograron agruparse en el puente mientras que los humanos lo hacían en el pasillo de acceso. Entonces hubo un momento de calma durante el cual los oponentes se evaluaron mutuamente.

Insele se colocó entonces en el lado izquierdo de Guillermo con el cuchillo en su única mano. Mersili cogió el sable de un nam muerto y protegiendo a Aisha con su cuerpo logró situarse a la

derecha de Guillermo. Schilí, aterrado, se movió hasta situarse detrás del mercenario.

De improviso tres nam del puente se adelantaron del grupo y se precipitaron sobre los humanos del pasillo. Los asaltantes murieron llevándose por delante a dos humanos.

Comenzó un nuevo enfrentamiento entre las fuerzas de *El Mudo* y las de Silvilaggi Sili. Unos y otros se mataban entre sí sin prestar ninguna atención al grupo al otro lado del 3D.

Faltenmeier se movió hasta el extremo del 3D más próximo a Danila buscando su protección. La oficial le cogió bruscamente del brazo y lo movió sin miramientos hasta situarle delante de ella con el flanco protegido por el holotanque.

Aisha, pasando por detrás de Mersili logró llegar hasta ellos. Danila le hizo un gesto y la joven se coló delante de Faltenmeier, dándole la espalda a Danila y convirtiéndose en el escudo del Maestro.

69
El duelo

Fue uno de los combates más fieros que Guillermo había visto en su vida. No hubo cuartel y tampoco hubo crueldades. Los combatientes se mataron los unos a los otros con una eficacia que le heló la sangre hasta a él. No hubo moribundos y nadie pidió clemencia.

Acabó la lucha y se hizo un silencio pesado y asfixiante. El aire escocía en los ojos de la pequeña sala y el olor de la sangre mezclado con el de la carne quemada lo invadía todo.

La quietud quedó quebrada por las respiraciones jadeantes de los dos últimos supervivientes de la refriega: un nam y un humano. Era solo una pausa, ni siquiera una tregua. La batalla no había acabado todavía.

La sangre, el sabor a hierro en la boca y el espectáculo atroz de las armas y los cadáveres por el suelo espolearon el lado más siniestro y morboso de Guillermo. Pasó de un salto por encima del 3D atravesando la holografía de *El Mudo* para no perderse ni un solo detalle de la inminente pelea, seguro de que el combate final iba a ser extraordinario. Mersili e Insele atravesaron el tanque de igual manera y le flanquearon para protegerle.

El nam se había situado junto a la entrada al puente; de su espada, ensangrentada desde la empuñadura hasta la punta, chorreaba la sangre. Apartó con el pie el brazo de un cadáver humano para despejar el suelo delante de él. En su armadura de combate había varios cortes, pero en apariencia estaba indemne.

El humano estaba al fondo del pasillo. Él sí que estaba herido porque la sangre le goteaba por debajo de su armadura de asalto. Arrojó a un lado su lanza térmica y empuñó su sable de abordaje.

Orgullo y vanidad de especie, percibió Guillermo. Igualdad de armas.

El hombre examinó atentamente a su adversario. Guillermo imaginó que estaba buscando los puntos débiles de su coraza para ir a buscar esos lugares esperando cortar alguna arteria o un vaso importante. Luego, el humano puso desafiante un pie en el pecho de un nam muerto, lanzó a su enemigo un grito de desafío y le hizo gestos burlones para que se acercara.

El nam no respondió a la provocación. Estaba claro que se reconocían mutuamente el valor, la pericia y la valía, y por ello ninguno iniciaba el combate pese a las órdenes que les gritaban repetidamente tanto *El Mudo* como Silvilaggi Sili.

Finalmente, el nam se decidió y se adentró en el pasillo. Al principio, Guillermo pensó que iba directo a su perdición porque con su altura y tamaño le iba a ser muy incómodo luchar en un espacio tan estrecho y bajo.

Sin embargo, tras los primeros cruces de espada, el nam comenzó a retroceder. Guillermo se dio cuenta de que intentaba sacar al humano del corredor y llevarlo hasta el puente, donde tendría más sitio y podría imponerle fácilmente su tamaño.

El humano sabía perfectamente la ventaja que le daba el pasillo y peleó con furia para logar la estocada mortal allí, pero no tardó en darse cuenta de que no la lograría, de modo que bajó su ritmo y se retiró al fondo.

El nam volvió a la carga y así estuvieron un par de lances más hasta que por un error del humano en la lucha o una hábil finta del nam cambiaron diametralmente de posición. Entonces el humano no pudo sostener el empuje de su contrincante y tuvo que recular, con lo que la pelea se trasladó al puente.

Guillermo, Insele y Mersili retrocedieron hasta el extremo del 3D, justo el opuesto a donde se encontraban, Danila, Faltenmeier y Aisha. El combate se recrudeció y la lucha se desarrolló ante el Maestro y sus guardianas.

El humano esquivó al nam en uno de sus ataques y la espada de este hendió la consola de comunicaciones. El puesto comenzó a humear y las imágenes del holotanque se tornaron borrosas.

A través de la humareda, Guillermo vio con horror a Aisha desplomarse como un saco frente a los contendientes sin que estos

la hubieran herido. El aire se volvió niebla en el 3D y, al siguiente momento de claridad, Faltenmeier y Danila habían desaparecido del puente.

Mersili saltó como una fiera hacia Aisha con Guillermo tras él, sin importarles a ninguno de ellos la pelea entre el nam y el humano.

Un momento después, las holografías de Silvilaggi Sili y de *Mudo* desaparecieron por completo del puente de la Urania.

Al irrumpir en el campo de batalla de una manera tan inesperada y sin el brillo del 3D, el nam de Silvilaggi Sili desvió la mirada y ese instante de distracción fue el justo para que el humano de *El Mudo* viera la ocasión y, con un aullido de triunfo, hundiera su sable hasta la empuñadura en una rendija de la armadura de su enemigo.

El nam se derrumbó, fulminado. Luego, el humano se volvió hacia Guillermo y le atacó con un rugido, pero su grito fue cortado en seco por el cuchillo de Insele, que le atravesó el cuello de parte a parte.

Antes de que el humano cayera al suelo, Insele le gritó a Mersili.

—¡Por la espalda! ¡La otra hembra la apuñaló por la espalda!

Aisha sangraba profusamente por varias heridas. Mientras Guillermo la atendía, el mercenario desapareció del puente en dos zancadas pisando sin miramientos los cadáveres.

—Ha sido Danila. Ha sido Danila —repetía Aisha sin poder creer que su compañera la hubiera acuchillado.

Guillermo tenía los cinco sentidos puestos en detener las hemorragias y no se dio cuenta de la voz del almirante Lindemann llamando a la *Urania*. Fue la advertencia de Insele la que le hizo responder.

—¿Almirante?, —le preguntó incrédulo Guillermo al aire.

—¿Cómo es que no hay imagen?

—Hubo un combate en el puente, señor. ¿Cómo nos ha encontrado?

—El implante de Faltenmeier tiene un transpondedor que permite rastrearlo dentro de *El Huevo* —le respondió secamente—. Dígame, ¿dónde está el Maestro?

—Lo han secuestrado —le respondió, desviando la mirada de nuevo a Aisha.

Inquirió al instante con severidad:

—¿Quién?

—Danila… La teniente Grant.

Lindemann preguntó inmediatamente:

—¿Cómo está Aish… la teniente Cortés?

—Muy malherida, señor. Grant la apuñaló por la espalda. Necesita evacuación inmediata.

—¿Y Tacla? ¿Dónde está Tacla? ¿Y Mc Cool?

—Muertos los dos, señor.

Lindemann se calló. Luego le ordenó, como resignado a lo inevitable:

—Rescate al Maestro, capitán Gitzi.

Luego, Guillermo le oyó claramente decir:

—Elvira, inicie la secuencia para activar el implante del Maestro.

Ante la expresión de asombro de Guillermo, Aisha le cogió de un brazo y le dijo, jadeante:

—Salve al Maestro… Han activado su implante para matarlo.

—¡Obedezca mi orden, capitán!, —insistió Lindemann.

Surgieron llamas de la consola de comunicaciones y se cortó la comunicación, y con ella la voz del almirante exigiendo el cumplimiento de su orden.

—No voy dejarte morir —le dijo Guillermo a Aisha.

70
Honor de linaje

Vengar la muerte de Aisha en su asesina era el único interés de Mersili aunque el otro humano que la seguía por su propia voluntad era tan culpable como ella del ataque al nuevo miembro de su familia.

A pesar del intenso olor a sangre y sudor de nam y humanos, a metal recalentado, a material de armadura y al apestoso hedor de la carne quemada, que inundaba el aire en el interior de la *Urania*, Mersili seguía el inconfundible y nauseabundo rastro de olor que dejaban los dos humanos.

Aisha le había producido una impresión inexplicablemente profunda e íntima. Desde el primer momento en la escalera de la Ciudad de las Doce Mil Estrellas, le había olido mejor que el resto y por las notas de su aroma le pareció tan ordenada y leal como el Lidiri Lembo. Con la otra hembra no le había pasado lo mismo: apestaba.

A diferencia de los otros humanos a excepción del Lidiri Lembo, Aisha se había acercado a él sin miedo desde el primer momento. Mersili pensaba que solo podía ser cosa de su Destino que fuera una hembra alienígena la que despertara en su interior la terrible y potente fuerza del instinto de perduración que nunca había querido enfrentar.

La primera vez que estuvieron solos fue en el camarote que compartía con Schilí, cuando ella le mostró el funcionamiento de los mandos para conseguir que aparecieran las literas, una silla y el aseo escamoteables.

Luego ella se le quedó mirando como esperando algo. La mirada de los ojos verdes de Aisha, tan extrañamente iguales a los de un

nam le pareció a Mersili tan firme y decidida que sintió un enorme miedo y salió apresuradamente de la cabina.

Luego, Schilí le preguntó algo a lo que no pudo dar una respuesta coherente: cómo era que no se había dado cuenta de que no cabían en las literas y que la única silla y el inodoro tenían un asiento mínimo y un respaldo incómodo.

Después, humana y nam buscaron estar a solas siempre que pudieron, cada vez más cerca uno del otro, ella aceptando la corta distancia interpersonal y él percibiendo cada vez su olor más agradable. Entonces fue cuando él se dejó tocar la piel bajo la ropa porque entendió a puro sentimiento, sin palabras y sin brog, que era lo que ella deseaba.

En aquella ocasión, Aisha extendió la mano lentamente y dijo:

—Y ahora, ¿qué hacemos con la ropa?

Como si la hubiera entendido, él se desvistió. Ella le acarició el pecho con un tacto lleno de curiosidad y a la vez de suavidad exquisita, convencida de que ese extraño bucanero era el amor que solo había existido en sus sueños.

Mersili pensó entonces que quizá las yemas de los dedos humanos tenían una extraña e hipnótica magia porque no quería que acabaran nunca sus delicadas caricias. Entonces supo que lo que sentía por ella sería muy difícil de explicar a cualquiera y que quizá no se lo pudiera decir nunca a nadie.

Ella se desnudó a su vez y el olor de su sexo y su cuerpo llenó el aire con un aroma único. Aunque Insele se lo había explicado, él no acabó de creer que no estuviera en plena gestación teniendo los pechos tan salientes y los pezones tan marcados. Presionó suavemente su vientre buscando la hinchazón y la tensión propia del embarazo, pero estaba duro y plano como una tabla.

La necesidad urgente de perpetuarse, le golpeó con una fuerza indescriptible y en ese momento supo sin lugar a dudas que, de alguna manera, con esa hembra humana iniciaría su estirpe y lograría recuperar su linaje perdido.

A pesar de que sabía que ella no entendería nada formuló el juramento sagrado:

—Crearé mi estirpe contigo y en virtud de mi compromiso, uno mi Destino al tuyo y te juro protección, cobijo, comida y venganza.

El olfato le llevó directamente a la esclusa donde habían querido expulsarles. El aroma indicaba que allí se encontraba la nave en la que habían venido los asaltantes humanos.

Les vio al fondo.

Danila se dio la vuelta y vio que Mersili se precipitaba sobre ellos.

Inmediatamente, le dio la vuelta a Faltenmeier escudándose tras él y amenazó con cortarle el cuello.

—¿Qué haces, Danila?, —chilló el Maestro—. ¡Suéltame!

—Si te suelto, viejo asqueroso, *El Mudo* destruirá una por una todas las estaciones espaciales de mi familia —le explicó Grant con un gruñido—. Y luego arrasará nuestros mundos. Cuando te entregue vivo a *El Mudo* me habré salvado yo y mi familia, pero lo cierto es que me muero de ganas de acabar contigo desde hace años.

El mercenario no entendió las palabras, pero sí la amenaza de cortar el cuello del humano por el que el Lidiri Lembo había luchado y por el que Insele había perdido la mano. A Mersili no le importó lo más mínimo. El honor de su estirpe y el inicio de su linaje estaban muy por encima de todo eso.

Lentamente estiró de un adorno de su chaleco y sacó un aparentemente delicado, largo y flexible adorno. La hembra ladró algo más, pero a él le dio igual. Con un rapidísimo gesto de su muñeca, el mercenario lanzó su arma y el finísimo acero nam voló directo hacia el ojo de la humana, que se desplomó con un estilete largo, fino y vibrante clavado en el centro de la órbita de su ojo derecho.

—El Destino ha sido justo y he cumplido mi juramento. Te he dado venganza —silbó Mersili al espíritu de Aisha.

71
Chantaje

Entraron en el puente, Faltenmeier tropezando con los cadáveres debido a los empujones que le daba Mersili. El nam silbó una exclamación de asombro y esperanza al ver que Aisha aún estaba viva y apartó de golpe al Maestro para abrirse paso hasta ella.

La alegría inicial fue sustituida por un aura de angustia y temor que Guillermo percibió antes de oír el silbido del mercenario con la pregunta:

—¿Vivirá?

—Necesita una intervención urgente —le respondió Guillermo con voz apremiante.

—¿La llevamos a la enfermería?

—Yo no sabría operarla y la IA no funciona —dijo con pesar—. Hay que evacuarla cuanto antes a la *Fiat Lux*.

—¿No puedes manejar esta nave y llevarla?, —inquirió Mersili, muy angustiado.

—No. No sé pilotar y la IA está fuera de servicio.

—¿Y él?, —le preguntó, señalando a Faltenmeier—. ¿Él sabría?

Guillermo le preguntó. El anciano respondió a la defensiva:

—Podría intentarlo.

—¿Y manejar las comunicaciones?, —continuó Guillermo—. Tengo que decirle a Lindemann que está usted a salvo de *El Mudo*, de lo contrario le matarán a través de su implante.

Faltenmeier no pareció extrañado por la noticia.

—Imaginaba que me harían algo así —replicó. Calló un momento, mientras meditaba. Luego añadió—: Jamás hubiera pensado que Danila se pudiera pasar al bando de *El Mudo*.

—Respóndame —le urgió Guillermo, desconcertado por el

comentario del anciano—. ¿Puede restablecer la comunicación con la *Fiat Lux*?

—Sí, pero no lo haré.

—¿Cómo que no? ¡Su vida está en peligro!

Faltenmeier guardó silencio de nuevo. Unos instantes después, su rostro se iluminó con una gran sonrisa.

Guillermo insistió:

—¿Va comunicarse con la *Fiat Lux*? ¿Sí o no?

El Maestro se cruzó de brazos.

—Podría, pero no lo voy a hacer.

—¿Cómo que no? ¿No se da cuenta?

—Tengo un plan.

—Más vale que sea bueno, porque ella —le dijo Guillermo, señalando a Aisha— se muere.

Faltenmeier miró primero hacia el holotanque vacío y después a la consola, como si verlos fuera de servicio le diera fuerzas. Después retrocedió un paso y le dijo a Guillermo lenta y fríamente:

—Váyanse todos a la nave de *El Mudo*, quédense a la deriva y diga usted a Lindemann que yo también estoy a bordo. La *Fiat Lux* les rescatará de inmediato y, mientras, yo escaparé en la *Urania* a un tiempo y un espacio donde no me puedan encontrar.

Guillermo le miró fijamente a los ojos, sorprendido al principio y furioso después. Le gritó:

—¡Es usted un puerco! ¡Un *hijoeputa* inmundo!

—Compréndame. Nunca tendré una oportunidad como esta.

—¡Qué *carajo* voy a comprenderle! —Guillermo estaba fuera de sí—. ¡Juega con la vida de esta mujer en su beneficio! ¡Ella está perdiendo la vida por usted!

—Es su trabajo —le respondió.

Guillermo, ciego de ira, le dio un bofetón que le envío al suelo.

A través de las respuestas de Guillermo y de la bofetada, Mersili comprendió perfectamente la situación. Dio un paso amenazador en dirección al Maestro y este le dijo a Guillermo desde el suelo frotándose la mejilla y escupiendo sangre:

—Adviértale que no tengo nada que perder.

El mercenario se detuvo en cuanto Guillermo le advirtió. Luego, volviéndose hacia Faltenmeier, le preguntó:

—¿Y su brog? Si escapa nunca lo tendrá.

El anciano sonrió abiertamente:

—Volveré a buscarlo y si tengo que entrenar a un nam, lo haré.

Guillermo miró a Insele. El gesto la llevó a preguntarle a Guillermo:

—¿Qué dice?

Guillermo, obviando la pregunta de la nam, continuó su conversación con Faltenmeier:

—Eso le convertirá en traidor a la Humanidad.

—¿Y qué? Pensaban matarme —le replicó con la sonrisa del ganador.

De súbito, la sonrisa de triunfo se borró del rostro del anciano y fue sustituida por una mueca de aprensión.

—De repente me siento agotado —gimió.

—Si hago lo que me pide, viejo, me formarán consejo de guerra y usted no lo vale —le replicó Guillermo, aún más sombrío—. Me enviarán de por vida a un asteroide penal del Regimiento. Mucho peor que una nave penitenciaria.

—Y si no lo hace, Aisha morirá —le respondió, buscando un sitio donde sentarse y desde donde esperar el resultado de su chantaje—. Usted haría lo mismo que yo.

—Yo jamás haría eso, *hijoeputa* —le retrucó, aún más seguro de que era un canalla.

Entonces intervino Insele:

—Yo llevaré a Aisha utilizando la nave de abordaje de la Nación Nómada, aunque necesitaré la ayuda de alguien porque me falta la mano.

El rostro de Guillermo se iluminó como alumbrado por una lámpara.

—Perfecto. Él se vendrá con nosotros.

—No, Lidiri Lembo —le dijo Insele con mucha seriedad—. Dile que dejo que se vaya, y que si viene al Irdilale Lam y nos ayuda como le pedí, le daremos el brog que tanto desea. Le ayudaremos si él nos ayuda.

Guillermo calló y volvió la mirada hacia Aisha meditando qué decidir. El semblante de la joven era mortalmente pálido.

Mersili seguía la conversación y se acercó a Guillermo con la espada en la mano, dispuesto a eliminarle si con ello salvaba la vida de Aisha. Schilí pareció leerle el pensamiento y se interpuso entre

ambos.

—Mi obligación es devolverlo a la *Fiat Lux* —le dijo Guillermo a Insele después de meditar su respuesta—. Si no, acabaré en prisión el resto de mis días. No puedo permitir que le ayudes a escapar.

—¿De qué está hablando?, —jadeó el Maestro, su rostro antes encendido y ahora del color de la ceniza, cubierto de gotas de sudor y con las arrugas tan pronunciadas que parecía aún más anciano.

—Podrás decir en tu descargo que aportas una nave de la Nación Nómada para que sea estudiada, además de todo lo que has visto —le respondió Insele—. Eso debería tener mucho valor para vosotros.

Faltenmeier se llevó la mano al pecho y jadeó:

—¡Me están matando!

Guillermo le miró, severo e incrédulo, pero el rostro ceniciento, la voz débil, el puño en el pecho y la mirada despavorida del anciano no se podían simular: efectivamente le estaban asesinando. Guillermo sintió entonces indignación y vergüenza de su propia especie, y tomó una decisión. Le dijo a Insele:

—¡Vámonos ya!, —se volvió hacia Faltenmeier y le dijo—: Usted. Lárguese antes de que acaben de matarle o de que le mate yo mismo.

72
Padrino

Al entrar en el camarote del comandante Lindemann, Guillermo percibió inmediatamente que cada objeto tenía su lugar y que cada lugar tenía su objeto, todo en consonancia perfecta con la exigente pulcritud de su propietario.

El comandante, con unas impresionantes bolsas oscuras bajo sus ojos enrojecidos, no se levantó para recibirle, sino que le observó con el gesto muy serio mientras se acercaba al escritorio.

Tampoco le ofreció asiento, de manera que Guillermo se preparó para recibir la noticia de que le enviarían a un asteroide penal tras un juicio sumarísimo por haber dejado escapar a Faltenmeier, haberse enfrentado a Bril y desobedecer su orden en la *Urania*.

Lindemann desvió la mirada al pequeño holotanque junto a su mesa, que duplicaba la imagen que se mostraba en esos momentos en el puente de mando: un navío globuloso procedente de *Nube Gris* aproximándose a la *Fiat Lux*.

Guillermo se cuadró y saludó ante el escritorio. Lindemann, con un gesto cansado, le dijo:

—Descanse, capitán. La información recabada por el coronel Tacla a lo largo de la misión es apasionante y abre unas expectativas inesperadas. Estoy seguro de que nos resultará muy útil. Sin embargo —sus dedos tamborilearon un instante sobre la mesa y remataron su baile con un golpe para subrayar—: me preocupan usted y los *culipetos* del Mando. Ellos sostendrán que dejó escapar al Maestro Faltenmeier, pero yo no puedo obviar que gracias a usted ahora tenemos toda la información que reunió el coronel Tacla y que tenemos en nuestro hangar una nave nam que podremos estudiar a fondo. En resumen, que nuestra misión ha sido

un éxito solo empañado por la falta de Faltenmeier.

Lindemann calló unos instantes durante los que únicamente se oyó en el camarote un nuevo repiqueteo de sus dedos. Luego le hizo la pregunta de rigor:

—¿Tiene algo que decir en su descargo, capitán?

Guillermo le dio la consabida contestación:

—No, señor.

Lindemann pareció aliviado.

—Bien, pues le comunico formalmente que desde este momento está usted arrestado a la espera de ser entregado al Regimiento Anónimo para que le juzguen. Por lo que a mí respecta puede conservar sus armas y su botín de guerra: ese extraño escudo y ese curioso y afilado hueso alienígena.

—Gracias, señor —le contestó Guillermo, a la espera de la verdadera mala noticia.

—Por otra parte, y dejando aparte las formalidades, quiero agradecerle que me desobedeciera y que no dejara morir a Aisha en la *Urania*. Es mi ahijada; la hija de mi mejor amigo. Por ello, propondré que sea degradado a cambio de que no le formen un consejo de guerra porque la condena sería, como poco, de por vida en un asteroide penal.

—Muchas gracias, comandante —Guillermo suspiró aliviado.

—Bien. Cambiando de asunto —Lindemann se acomodó en su butaca—. ¿Por qué dejó escapar a Faltenmeier? Si trajo a Aisha porque la nam pilotaba la nave, también podía haberlo traído a él.

Guillermo se demoró un instante antes de contestar:

—No podía hacer nada por el Maestro, comandante. Su implante lo estaba matando, así que me dediqué a quien realmente podía salvar.

Lindemann asintió beatamente con la cabeza.

—Ya… —le dijo.

Guillermo preguntó con inocencia:

—¿Se sabe algo de Faltenmeier?

—Solo sabemos que está fuera de *El Huevo* —le contestó escuetamente Lindemann—. Su transpondedor no responde.

—Creo que está muerto.

—Lo dudo —su mirada se tornó ladina y cómplice—. Aunque lo estuviera, el transpondedor enviaría una señal.

—Estaba muy débil. No es posible que haya sobrevivido.

—Ya… Dejemos el tema. No quiero oír nada más para no comprometerle a usted ni comprometerme yo. Otra cosa: ¿Sabe usted por qué el nam grande se pasa las horas junto a mi ahijada en la enfermería?

—Lo ignoro, señor —mintió otra vez con la naturalidad que da la costumbre de protegerse de la superioridad—. Cuanto más trato a los nam, más difícil me resulta comprenderlos.

—Puede retirarse —su mirada se dirigió al pequeño holotanque —. Veo que el transporte de *Nube Gris* está a punto de recoger a nuestros invitados e imagino que querrá despedirse de sus amigos. Espero que sirvan las modificaciones que hemos hecho en el *finger* de esa esclusa. Por cierto, antes vaya a ver al doctor Barrios. Tiene algo que decirle.

—Sí, señor —le respondió Guillermo, sintiendo que separarse de los nam y de Insele en particular le iba a resultar particularmente duro y desagradable. Se preguntó si ellos sentían lo mismo que estaba sintiendo él o si, por el contrario, no experimentaban una pena tremenda por la rotura del fuerte vínculo de lealtad que cada uno había establecido y madurado hacia los demás. «Quizá eso sea amor», pensó.

Se cuadró para retirarse pero antes de salir del camarote se volvió:

—Señor. ¿Me permite una pregunta? Bueno, dos.

—Adelante.

—¿Qué ha pasado con Elvira? Apenas la oigo.

Lindemann le miró.

—Era una inteligencia artificial experimental con una parte humana. Similar a Tacla, pero se supone que más adelantada. No sé por qué ambas inteligencias entraron en conflicto y Elvira se desmandó. Me interrumpía, olvidaba la escala de mando, cuestionaba mis decisiones, siempre quería tener la razón, no dejaba de hablar… Se volvió muy… *culipeta* —se le escapó una ligera sonrisa de satisfacción—. Me vi obligado a restringir sus capacidades porque comenzaba a mostrar síntomas de un síndrome de Hal 9000 creyendo que ella podía cumplir la misión mejor que nosotros. Espero que su desconexión no le cause problemas.

Guillermo negó con la cabeza y preguntó a continuación:

—¿Y quién se ocupará de las sanciones y las multas que tengo pendientes, señor?

—No sé de qué me habla —le replicó Lindemann dibujando una sonrisa—. ¿Y la segunda pregunta?

—¿Qué cree que haremos con los humanos secuestrados por la Nación Nómada?

La expresión del comandante se endureció al instante:

—¡Ojalá que esos *culipetos* de la Armada me envíen a rescatarlos!

73
Irdilale Lam

Percibió a través del brog el estado de ánimo de los nam desde el principio del pasillo, mucho antes de llegar a la zona de aislamiento.

El desconsuelo de Schilí era abrumador y sentía la tristeza de Mersili como un gran dolor espiritual, pero debía de ser que la incomodidad y la tristeza de Insele encajaban perfectamente con el vacío que sentía Guillermo, que antes de entrar en la zona de aislamiento tuvo que pararse para secarse las lágrimas ante la mirada desdeñosa de los dos *culipetos* de guardia en la escotilla de entrada a la zona de aislamiento.

Una vez dentro, encontró a los tres nam en la esclusa de salida al exterior, esperando que se acabara de tender el *finger*.

Schilí le preguntó al verle:

—Amo, ¿volverás a buscarme y me darás una nariz?

—Antes de lo que imaginas —le respondió Guillermo con una amplia sonrisa—. El doctor Barrios está deseando trabajar en tu nariz, así que puedes quedarte si lo deseas.

—¿De verdad?, —la reacción de júbilo en el esclavo fue una bomba de felicidad en Guillermo. Se volvió hacia Mersili—: ¡Te lo dije, mercenario! ¡Ya no podrás reírte de mí!

—Cumples realmente con tu palabra, humano —le dijo Mersili, admirado—. Como un nam.

La luz de la escotilla cambió a verde. El *finger* estaba preparado.

—Me cuesta dejarte, Guillermo —le dijo Insele, cargando con su mochila—. Creo que hasta echaré de menos tu espantoso olor.

—Yo también te echaré de menos —le respondió Guillermo, que le hizo un gesto—. Aguarda un instante.

Fue a buscar el escudo y sacó el *srili* de su mochila:

—Toma —le dijo—. Devuelve el *srili* a su lugar y guarda el escudo donde deba estar. Ya no es cosa mía.

Insele cogió las armas y las dejó en el suelo. Luego levantó la mano derecha en son de paz. Guillermo repitió el gesto y se abrazaron con fuerza. Al separarse, ella le dijo:

—Tengo una idea mejor, Guillermo. Tráelos tú mismo al Irdilale Lam.

FIN

Notas

[1] Ver *El precio de un sueño* del mismo autor. < <